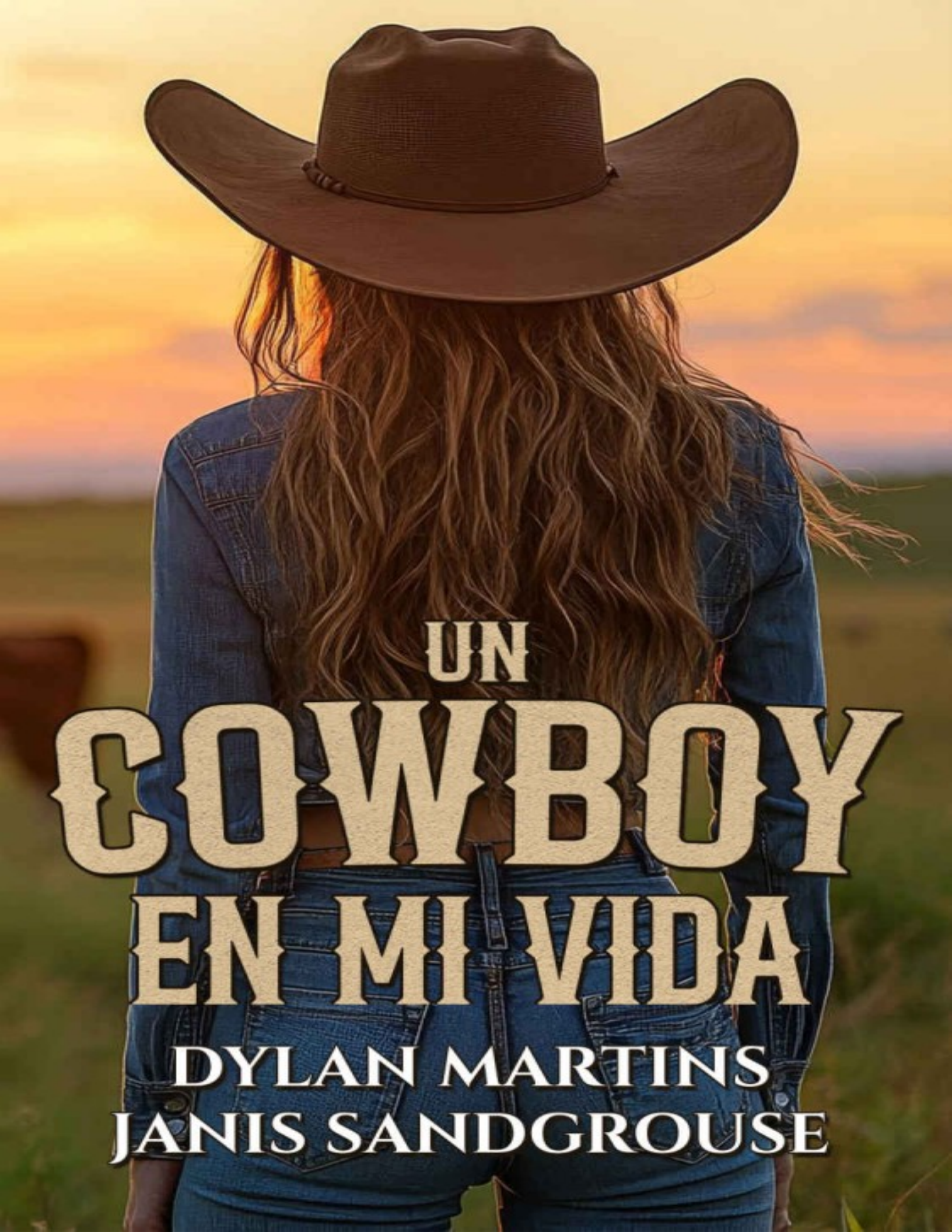

UN
COWBOY
EN MI VIDA
DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

UN COWBOY EN MI VIDA

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Un cowboy en mi vida

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©agosto, 2025.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 1



Maddie

El calor me había recibido de forma abrumadora, como un abrazo implacable que parecía absorber toda la humedad de mi piel y devolverme una sequedad áspera, que me hacía sentir fuera de lugar desde el primer instante.

No era el calor húmedo y pegajoso de Manhattan, con su bruma opresiva que se colaba por las rendijas de las ventanas y se enredaba en el cabello; no, esto era distinto. Era un calor seco, abrasador y polvoriento que parecía colarse por cada poro, haciendo que mi piel se tensara, y el aire se sintiera como una capa invisible de arena caliente.

—Perfecto —murmuré, con una mezcla de sarcasmo y resignación—. Estoy sudando en lugares que ni siquiera sabía que podían sudar.

Bajé del todoterreno con cuidado, sintiendo que mis sandalias, completamente inadecuadas para el terreno, se hundían ligeramente en el camino de tierra que se extendía frente a mí. Cerré la puerta con un portazo que resonó contra el silencio rústico del rancho y me quedé allí un momento, observando. El camino de tierra se perdía entre robles enormes, con sus ramas formando un techo natural que proyectaba sombras irregulares sobre la tierra seca. Podía oír el crujir de algunas hojas secas

bajo mis pies y el susurro de un viento cálido que removía el polvo con delicadeza.

El *Twin Oaks Ranch*, llamado así por estar rodeado de robles centenarios, era mucho más grande de lo que había imaginado. No se trataba solo de un campo abierto, sino de una extensión vasta y viva, donde las vallas de madera estaban gastadas por el tiempo y la intemperie, y la casa blanca, con su porche envolvente, parecía sacada de una postal del sur de Estados Unidos, con sus mecedoras de madera y macetas colgantes llenas de flores silvestres. Tenía un aire nostálgico, como si cada rincón guardara historias que se habían tejido lentamente con el paso de las estaciones.

Un caballo apareció a mi derecha, apoyado sobre una valla cercana, observándome con una mezcla de curiosidad y sospecha. Su pelaje era castaño oscuro, casi brillante bajo el sol, y sus ojos grandes y profundos parecían decir: «¿Qué haces aquí, urbanita?» Me quedé mirándolo, tratando de transmitirle una sensación de calma, aunque dudaba que una neoyorquina recién llegada pudiera pasar desapercibida en aquel entorno.

Mientras caminaba hacia la casa, todavía sintiendo el polvo en mis sandalias, la puerta principal se abrió de repente. Caroline, mi hermana mayor, apareció en el umbral con una sonrisa que parecía iluminar todo el rancho, un faro cálido en medio de la inmensidad seca.

—¡Maddie, por fin llegas! —exclamó, bajando las escaleras a toda prisa.

Antes de que pudiera reaccionar, ya estaba entre sus brazos, envuelta en un abrazo fuerte y caluroso que ignoraba el polvo, el sudor y mis sandalias inadecuadas. Su aroma, una mezcla de lavanda y tierra mojada, me hizo sentir que, por primera vez en mucho tiempo, estaba en casa.

—Huele a ganado —le dije, intentando contener una sonrisa a pesar del cansancio acumulado.

—Bienvenida al paraíso —respondió con un guiño travieso—. Gloria ha preparado limonada fresca y los niños están deseando verte.

De repente, dos pequeñas figuras aparecieron por el patio trasero, corriendo con una energía contagiosa.

—¡Tía Maddie! —gritaron al unísono.

Ethan, de seis años, se abalanzó sobre mí como un pequeño tornado, apretándome con todas sus fuerzas, seguido de cerca por Lila, de cuatro años, que se aferró a mi pierna con una tenacidad que no esperaba.

—¡Hola, hola! —intenté decir, sonriendo mientras trataba de liberarme de sus abrazos sin hacerles daño— ¡Tía Maddie también os quiere y se alegra de veros!

Caroline rio con esa risa suya tan natural y espontánea que me hizo olvidar por un instante el peso del viaje.

—No saben cómo contener su emoción. No todos los días reciben la visita de una neoyorquina glamurosa en el rancho —bromeó, con un brillo divertido en los ojos.

—Glamurosa… —respondí con ironía, mientras recordaba y le contaba que una vaca me había escupido en el parabrisas justo antes de llegar.

—Esa ha sido Loretta, nuestra vaca favorita. Le encantan los coches —me explicó, como si yo fuera una novata total en el mundo rural.

Me detuve un momento, arqueando una ceja.

—¿Las vacas tienen nombre? —pregunté incrédula.

—Claro, es como tú con el aire acondicionado —replicó Caroline, riendo —. Cada una tiene su carácter.

—Yo lo llamo: “mi única razón para vivir” —dije, recordando el aparato de aire de mi apartamento en Manhattan.

Entramos en la casa y el aroma a pan recién horneado y lavanda me envolvió inmediatamente. Todo era acogedor y rústico, tan lejos del caos urbano que había dejado atrás. La cocina, con sus paredes de madera pintadas de blanco y utensilios colgados ordenadamente, parecía un refugio del tiempo. Allí, una mujer de cabello oscuro y rizado removía algo en una olla grande.

—Tú debes de ser Maddie —dijo con una sonrisa amable, secándose las manos en un delantal gastado—. Por fin conozco a la famosa hermana de Caroline.

—Y tú debes de ser Gloria. Me han contado que tu chili es legendario — respondí, sintiendo que ya empezaba a relajarme.

—Y aun así has venido, eres muy valiente —dijo mientras me pasaba un vaso de limonada fresca—. Relájate, el rancho te va a curar.

Tomé un sorbo, sintiendo cómo poco a poco el estrés acumulado en los últimos meses por el trabajo, las presiones y Travis, parecía desvanecerse lentamente en aquel vaso frío.

—Solo necesito sobrevivir a este verano sin que una gallina me ataque — bromeé.

Caroline me guiñó un ojo.

—No prometo nada —respondió, con una sonrisa cómplice.

Y mientras bebía, escuchando a mis sobrinos canturrear, no podía dejar de pensar en la vida que había dejado atrás por un tiempo.

La ciudad que nunca dormía me había estado agotando. Mi apartamento en Manhattan, con su ventanal que daba a una calle bulliciosa, era un pequeño oasis en medio de la vorágine, pero ni siquiera ahí encontraba paz. El sonido constante de cláxones, las sirenas lejanas y el murmullo incesante de miles de voces se habían convertido en una banda sonora que había dejado de reconfortarme y comenzaba a asfixiarme.

Mi trabajo como directora de casting y localizaciones para una prestigiosa agencia de modelos exigía una energía constante, impecabilidad absoluta y cero margen de error. Había ascendido muy rápido, quizás demasiado, y ahora el cansancio era un peso que no lograba sacudirme. Cada día era una maratón: correos electrónicos, llamadas, negociaciones con fotógrafos, agencias, modelos y marcas internacionales, la búsqueda interminable de la localización perfecta, la burocracia para obtener permisos en la ciudad, lidiar con cambios de última hora… Todo mantenía mi mente alerta, el corazón acelerado, y a menudo me preguntaba si ese era el precio que debía pagar por mis sueños.

Pero desde hacía meses había algo peor: Travis, mi exnovio, o, mejor dicho, mi tormento. Al principio pensé que se lo tomaría con dignidad. Habíamos terminado y eso era todo, pero él no lo aceptó. Primero fueron los mensajes insistentes, luego las llamadas a horas imposibles y, finalmente, las amenazas veladas que hicieron que cerrara filas. Cambié números de teléfono, bloqueé perfiles y, aun así, él encontraba la forma de acosarme. Se había convertido en una sombra negra que me perseguía, un peso en el pecho que no me dejaba respirar.

Esa última noche, cuando una nota anónima me fue deslizada bajo la puerta del trabajo, con una amenaza directa y escalofriante, fue la gota que colmó el vaso. Caroline, siempre tan sabia y protectora, me llamó sin dudarlo y me convenció para que me diera un respiro lejos de todo: su rancho, el campo, la tranquilidad de Sweetridge, en Texas.

—*Tienes que desconectar, Maddie* —me dijo con firmeza—. *Aquí no hay coches, no hay estrés y, mucho menos, Travis.*

Yo me resistía. Pensaba que sería un castigo, un aburrimiento, una condena al exilio. Pero también entendía que quizás era justo lo que necesitaba para recuperar mi vida, para apagar ese ruido insoportable que me ahogaba.

Después del cálido recibimiento, me encontré en el porche de la casa, contemplando el horizonte con sus robles que se extendían como guardianes silenciosos. El aire estaba impregnado del olor a tierra seca y pino, algo totalmente nuevo para mí. Cerré los ojos y respiré hondo, intentando grabar aquel instante en mi memoria.

Recordé mi última semana en Manhattan: la tensión en el despacho cuando me bloquearon un proyecto importante, la cara desencajada de mi jefe cuando le conté que Travis había vuelto a enviar mensajes anónimos, las noches sin dormir revisando las ventanas para asegurarme de que nadie estaba afuera. Aquí, al menos, parecía que esas preocupaciones estaban a años luz.

Caroline apareció con una cesta de picnic.

—Pensé que podríamos ir a conocer el rancho —dijo, sonriendo—. Gloria tiene los caballos listos, y los niños ya te han llamado loca por querer montar con ellos.

—¿Loca? —pregunté, arqueando una ceja, divertida.

—Sí, eso han dicho. Pero ya verás, aquí no hay estrés, solo polvo, sudor y mucho amor.

De camino a los establos, pasamos por delante de los trabajadores del rancho. Me sorprendió la camaradería y la confianza que se respiraba entre ellos. Ray Delgado, el jefe de campo, me saludó con un gesto serio, pero respetuoso. Mike Holloway seguía atento a sus vacas, mientras Tommy "TJ" Jackson, canturreaba una melodía country que se me pegó al instante.

Cuando me subí a un caballo por primera vez en años, me sentí extrañamente libre. No tenía que ser perfecta, no tenía que estar impecable, no había nadie juzgando cada movimiento. Solo el sonido de los cascos sobre la tierra, el viento en mi rostro y la sensación de poder.

—Se te ve de lo más natural —me dijo Nate Rivers con una sonrisa coqueta—. Deberías venir a montar más a menudo.

—No prometo nada —respondí, con una sonrisa nerviosa, pero sincera.

Esa tarde, sentada en el porche con un vaso de limonada y viendo el atardecer teñir de naranja el campo, supe que, aunque este verano iba a ser un desafío, también sería la oportunidad para encontrarme de nuevo. Para aprender a bajar la guardia, para dejar entrar la luz después de tanto tiempo en sombras.

La mañana siguiente amaneció clara y fresca, con un sol que comenzaba a subir sin prisa, pero sin pausa, tiñendo el cielo de un azul intenso y transparente que parecía extenderse para siempre. Al abrir los ojos, lo primero que sentí fue el silencio, no el silencio absoluto, sino el tipo de quietud que nacía del contacto con la naturaleza, con un leve murmullo de hojas, el canto de algún pájaro lejano y el leve susurro del viento. Muy diferente del ruido de la ciudad que retumbaba en mi cabeza como un eco constante.

Me levanté con la sensación de haber dormido más horas de las que recordaba, aunque la rigidez en mis músculos me recordaba que mi cuerpo no estaba acostumbrado a la cama firme ni a las horas de actividad física que me esperaban.

Caroline ya estaba en la cocina, y su voz me llamó desde allí.

—¿Desayuno, ciudadana? ¡Ven, que Gloria ya tiene el café listo!

Al entrar, el aroma a café recién molido y pan tostado me envolvió como un abrazo familiar. En la mesa, Ethan y Lila ya estaban sentados, disputándose una jarra de zumo de naranja, mientras Gloria colocaba sobre la mesa un plato humeante con huevos revueltos, bacon crujiente y pan casero.

—¿Lista para el primer día de rancho? —me preguntó Caroline con una sonrisa.

—No sé si estoy lista para sobrevivir —respondí con una media sonrisa, tomando un sorbo de café que me despertó al instante—. Pero seguro que estoy lista para intentarlo.

Después del desayuno, nos dirigimos hacia los establos. La mañana estaba fresca, pero el sol ya prometía calentar pronto. Allí me esperaba Nate Rivers, uno de los jinetes más experimentados del rancho y amigo de mi cuñado desde la infancia. Tenía el rostro quemado por el sol y una sonrisa fácil que me hizo sentir bienvenida.

—Vamos a empezar con algo sencillo —me dijo, mientras ajustaba la montura del caballo que me tocaría—. No queremos que termines tirada en el barro el primer día.

Reí nerviosa. Montar un caballo no era algo que hiciera con frecuencia; de niña había dado algunas clases, pero siempre en espacios controlados y bajo supervisión estricta. Aquí, todo era más rústico, más libre y también más impredecible.

Loretta, la vaca que me había saludado con un escupitajo el día anterior, pastaba tranquila al otro lado del campo, observándonos con sus ojos enormes y parpadeantes. Me parecía casi un personaje más del rancho, con su carácter propio y su fama ganada a pulso.

Mientras Nate me daba indicaciones sobre cómo montar y controlar al caballo, escuchaba el ruido de los demás trabajadores: voces, risas, el tintineo de herramientas y el inconfundible sonido de cascos golpeando el suelo. La vida aquí tenía un ritmo propio, marcado por el sol y las tareas del día.

Al principio, sentí que el caballo no me obedecía, que cada movimiento mío parecía incómodo y torpe. Pero poco a poco, al ritmo de las indicaciones de Nate y con algunos tropiezos, comencé a sentir una conexión con aquel animal magnífico y poderoso.

—Eso es —dijo Nate con una sonrisa cuando conseguí que el caballo avanzara con pasos firmes—. Vas bien.

Sentí una mezcla de orgullo y sorpresa. En Manhattan, estaba acostumbrada a tener el control absoluto, a manejar cada situación con precisión. Aquí, el control era más relativo y dependía de mi capacidad para adaptarme.

Pasaron las horas y el sol comenzó a subir más alto. Me sentía agotada, con la piel enrojecida por el sol y el sudor que me resbalaba por la espalda, pero también llena de una satisfacción nueva, difícil de describir.

En un momento, Nate sugirió dar un paseo hasta el granero, donde Gloria estaba preparando el almuerzo.

—¿Quieres probar a arrear algunas vacas? —me preguntó, con una sonrisa cómplice.

—¿Arrear? —repetí, arqueando una ceja.

—Guiarlas, moverlas hacia el corral —explicó—. Pero no te preocupes, no vas a estar sola.

El trabajo en equipo y la camaradería eran evidentes. Ray Delgado, el jefe de campo, se acercó para ofrecerme una mano firme cuando el grupo comenzó a avanzar, y entre indicaciones, risas y algún que otro tropiezo, logré hacer mi parte sin acabar en el suelo ni provocar una estampida.

Al final de la mañana, mientras nos sentábamos en la sombra para tomar un descanso, Lila apareció corriendo con un ramo de flores silvestres y me las ofreció con una sonrisa radiante.

—Para ti, tía Maddie —dijo.

Me sentí conmovida. En la ciudad, rara vez alguien hacía un gesto tan simple, pero tan lleno de significado.

Esa tarde, mientras la luz dorada del sol se filtraba entre las hojas, entendí que el rancho era más que un lugar: era un refugio, un mundo aparte donde los tiempos se medían en estaciones, no en minutos, y donde el cansancio tenía un sabor distinto, menos opresivo.

Capítulo 2



Cole

El sol apenas asomaba en el horizonte cuando ya estaba de pie, calzándome las botas de cuero gastadas con las que había recorrido cientos de kilómetros en estos terrenos. El aire fresco de la mañana era un soplo de vida, lleno del olor particular y embriagador del campo: tierra húmeda, alfalfa recién cortada, el aroma tenue y cálido del estiércol mezclado con el sudor propio y de los caballos.

Era un cliché, sí, pero para mí ese olor era más que eso: era la esencia misma de la vida, de la rutina, de la paz. La paz que uno encontraba cuando sabía que la tierra y los animales dependían de ti, y tú dependías de ellos en un equilibrio que había sido la base de mi existencia desde que podía recordar.

Iron Creek Ranch no era simplemente una propiedad, ni un negocio cualquiera. Era mi legado, un testimonio palpable de la vida y enseñanzas de mi padre, un hombre de pocas palabras y principios férreos que me enseñó que el trabajo duro y honesto era la única manera de honrar a quienes amábamos.

Habían pasado cinco años desde que murió en un accidente trágico con uno de sus caballos favoritos, y desde entonces, el rancho se había

convertido en mi refugio y también en mi castigo, un lugar donde la soledad pesaba casi tanto como la responsabilidad.

El silencio matutino fue interrumpido por la voz cálida y firme de mi madre, Maggie, que me llamó desde la casa de piedra caliza que dominaba el terreno al borde del arroyo que serpentea perezoso.

—Cole, ¿desayunas o qué? —su voz siempre conseguía sacarme de mis pensamientos más profundos.

Me giré hacia la casa, observando cómo las ventanas reflejaban los primeros rayos del sol y cómo de la chimenea salía un hilo de humo, señal de que ya estaba preparando el desayuno.

—Voy en un minuto —respondí, levantando la mano en señal de promesa, aunque sabía que estaba pensando en todo menos en la comida.

Mi madre era la roca silenciosa de nuestra familia. Tenía esa mezcla extraña de elegancia rural y calidez maternal que hacía que todo en la casa pareciera estar en su lugar, incluso cuando la vida fuera de sus muros era un caos difícil de domar. Siempre la veía con pañuelos de colores alrededor del cuello, como pequeñas flores que contrastaban con sus ojos claros y el cabello blanco, corto y perfectamente peinado. Su forma de cocinar era casi una ceremonia sagrada y, sin exagerar, su comida era el pegamento invisible que mantenía unido al rancho y a sus hijos.

Pero hoy, la mente me ardía de pensamientos. Desde hacía semanas, Caroline McCoy, la mujer de Daniel McCoy, dueño de *Twin Oaks*, el rancho vecino, me había estado hablando de que su hermana pequeña, Maddie, una urbanita neoyorquina, venía a pasar el verano con ellos. La idea de que una chica de ciudad pusiera un pie en este mundo me incomodaba profundamente. Había visto demasiadas veces cómo el rancho y la vida del campo se deshacían ante la presencia de forasteros que no entendían nuestra realidad ni el valor del sudor.

Entonces la vi por primera vez, bajando del todoterreno negro con esa torpeza inconfundible, con sandalias que más parecían hechas para cafés y calles que para el polvo y las piedras. Su cabello castaño cobrizo ondeaba con el viento, y su forma de mirar a su alrededor delataba lo fuera de lugar que estaba. Observé desde la distancia, sin hacer ruido, como se observaba a un animal extraño que había invadido tu territorio.

Pero había algo en ella que me llamó la atención: esa mirada intensa, esos ojos color verde esmeralda que parecían guardar más de lo que mostraba. Detrás de esa fachada delicada se escondía una fuerza que no podía ignorar.

La vi interactuar con los niños de los McCoy. Ethan y Lila la adoraban; se aferraban a ella como si fuera más que la hermana de Caroline, una tía real, un refugio de cariño. Eso me dio envidia, porque para mí, la familia siempre había sido mi roca, mi razón de seguir adelante tras la pérdida de mi padre y el abandono de mi esposa años atrás.

No muchos sabían que, hacía tres años mi mujer me dejó. Se marchó a Miami con la excusa de buscar un futuro mejor, y yo me quedé aquí, con el rancho y el vacío. Ese abandono me hizo más frío, más cerrado, más solitario. Logan, mi hermano, hacía lo que podía para sacarme de la sombra, pero debajo de mi piel había una tormenta que nadie lograba calmar.

Así que, cuando vi a Maddie llegar, una sensación extraña me invadió: la intuición de que esa mujer podía romper mi rutina, podía despertar en mí algo que creía perdido. Pero no iba a hacerle las cosas fáciles. El mundo en el rancho no era para los débiles, y ella no parecía lista para el polvo, el trabajo duro y el silencio que solo los caballos y el viento sabían llenar.

Ser dueño de un rancho de dos mil quinientos acres como el mío era mucho más que un título rimbombante. Era un compromiso diario que comenzaba antes del amanecer y terminaba cuando el último caballo estaba en su establo, las luces se apagaban y el campo se sumergía en la oscuridad.

Mis días eran una mezcla constante entre trabajo físico, revisando cercas que el viento o algún toro rebelde podían dañar, alimentando al ganado, asegurándome de que los sementales estuvieran en plena forma para las competiciones de doma y rodeo, y cientos de responsabilidades administrativas. Mantener el rancho en funcionamiento no era cosa de uno solo; tenía empleados leales y un equipo que, aunque no siempre era fácil de manejar, mantenía todo en pie.

Beau Granger, mi jefe de establo, era un hombre reservado y silencioso, un ex jinete de rodeo que había visto más caídas que nadie. Siempre estaba al pie del cañón, con esa mirada de quien había vivido mucho, pero seguía comprometido. Nunca decía más de lo necesario, pero cuando hablaba, sus palabras pesaban.

Austin Blake era un contraste fascinante dentro del grupo. Era el filósofo del rancho, siempre con libros en los bolsillos, citando a Nietzsche y Emerson, mientras hablaba sobre el ganado y la vida. Su forma de ver el mundo era una bocanada de aire fresco en medio del polvo y el sudor.

Jesse McAllister tenía una voz profunda, casi melancólica, y una nobleza natural que se sentía cuando cantaba a escondidas canciones country al atardecer, a la luz tenue del fuego. Su música, aunque rara vez compartida, era un refugio para muchos de nosotros.

Trey Daniels, impulsivo y competitivo, mantenía una rivalidad amistosa pero intensa con Nate Rivers, el jinete del rancho vecino. Esa competencia sana a veces generaba conflictos, pero también servía de combustible para que ambos ranchos mantuvieran su mejor nivel y orgullo.

Shawn Keller era el alma cómica del grupo. Nadie imaginaría que tenía un *TikTok* rural secreto, donde subía videos absurdos que hacían reír a todos. Era su forma de aliviar la presión y mantener el buen ánimo, aunque la dureza del trabajo nunca desaparecía.

Jessie y Emily eran las únicas mujeres entre los empleados, y traían una frescura necesaria al equipo. Jessie, rubia y atrevida, mantenía en secreto un enamoramiento por Logan, pero no dejaba de bromear con todos. Emily, por otro lado, era morena, dulce y sensata.

Logan, mi hermano pequeño, era el contrapunto perfecto para mí. Siempre con una sonrisa en el rostro, con una broma lista y dispuesto a ir al bar después del trabajo. Tenía su propio mundo, pero también era el hombre en quien confiaba para todo en el rancho. Aunque le gustaba jugar con las chicas y evitar compromisos, su corazón era más grande de lo que admitía.

Y a pesar de los años que hacía que me hice cargo del rancho, el peso del pasado y la responsabilidad que tenía nunca me abandonaban.

Desde la muerte de mi padre, me había sentido atrapado entre lo que era y lo que esperaba ser. Llevaba el rancho con orgullo, pero a veces la responsabilidad me asfixiaba. La presión de mantener intacto el legado familiar, la ausencia de mi padre en las decisiones importantes y la soledad que a veces se cernía sobre mí en las largas noches.

Y desde entonces mi madre ha sido mi roca, mi conciencia y mi sostén. Aunque ya lo era desde mucho antes de que perdiéramos a nuestro pilar más importante de la familia.

—*Cole, no puedes vivir encerrado en este rancho para siempre* —me dijo una noche, mientras me servía un vaso de limonada recién hecha—. *A veces, las cosas nuevas son justo lo que el alma necesita.*

No me gustaba admitirlo, pero tenía razón. Y aunque no quería mostrarlo, la llegada de Maddie había despertado algo dentro de mí.

—Hermano, como no vengas a desayunar, mamá vendrá a buscarte —me dijo Logan, y sonreí al girarme y encontrarlo cruzado de brazos.

—Te creo. —Caminé hacia él y entramos en la casa.

—Por fin —dijo mi madre—. Tienes casi cuarenta años y sigues siendo aquel niño al que había que llamar mil veces para que viniera a la mesa —protestó.

—Aún no tengo cuarenta años, mamá.

—Por eso he dicho, "casi" —remarcó—. Vamos a la mesa antes de que se enfríe.

Nos sentamos a desayunar los tres mientras hablábamos sobre lo que había que hacer ese día; entre lo más urgente estaba reparar una cerca que estaba a punto de pasar a mejor vida, y si eso ocurría, podríamos perder algunas reses.

Otro punto era Daniel McCoy, nuestro vecino más cercano y además socio, o algo parecido a eso, pues solíamos mezclar nuestros sementales con sus yeguas y los suyos con las nuestras para tener la mejor raza de caballos de todo el pueblo, y de Texas, si se nos permitía la licencia de presumir un poco.

Ya debería estar a punto de regresar de su viaje a uno de los pueblos vecinos, ya que iba a llevar varios caballos que habíamos vendido. Le pedí el favor, dado que en el rancho había surgido un pequeño problema del que debía ocuparme y no quería dejar a mi hermano solo con ese asunto; Daniel dijo que no había problema.

Y, como cabía esperar, dado que su mujer, Caroline, le había comentado también a mi madre que su hermana pequeña vendría a pasar el verano…

—Por cierto, ¿sabéis si ha llegado ya la hermana de Caroline? —preguntó — Me gustaría ir a saludarla, presentarme y llevarle un pastel de bienvenida —dijo, mientras recogíamos la mesa.

—Pues no sé, pero ¿por qué no llamas a Caroline o a Gloria para preguntarles? —contestó mi hermano.

—Mejor me paso a visitarlas.

—Llegó ayer —dije de pronto, y se hizo el silencio.

Cuando miré a mi madre y a mi hermano, los dos me observaban con los ojos abiertos y la curiosidad en ellos.

—¿Y tú lo sabes, porque…? —curioseó mi hermano con la ceja arqueada.

—¿Te lo ha dicho Daniel?

—No, mamá, no me lo ha dicho nadie. La vi llegar al rancho.

—¿Seguro que era ella? Te puedes haber confundido, hijo.

—¿Qué urbanita neoyorquina con sandalias de tacón llegaría a un rancho en un pequeño pueblo de Texas? Era ella, estoy seguro.

—En ese caso, mientras vosotros y los muchachos os dedicáis al rancho mañana, yo iré a visitar a los McCoy para presentarme. Tenemos que hacer que esa joven se sienta como en casa —sonrió, resoplé levemente y salí de la casa cogiendo mi sombrero para comenzar el día.

El resto de la mañana estuvo tan llena de trabajo que, para cuando llegó la hora de comer, necesitaba una ducha y una siesta con urgencia. Pero por la tarde salí a montar a uno de mis caballos favoritos, el pura sangre y semental que más potros había dado en los últimos tres años, ese del que muchos querían tener un caballo.

Sin darme cuenta, me encontré en la zona del arroyo más próxima al rancho de los McCoy, y sin darme cuenta también, busqué a cierta mujer con la mirada.

Regresé al rancho, revisé que todo estuviera bien en los establos y cené con mi madre y mi hermano, como hacíamos siempre.

Aquella noche, mientras el rancho se sumía en el silencio, solo roto por el sonido lejano de un búho, me senté en el porche con una cerveza en la mano y miré las estrellas.

Pensé en el peso que llevaba, en los fantasmas del pasado, en los sueños rotos y las oportunidades perdidas. Pero también pensé en Maddie, esa mujer que parecía tan frágil y a la vez tan resistente.

Quizás este verano no sería solo otro ciclo de trabajo. Quizás sería el comienzo de algo que ni yo mismo sabía que necesitaba.

Y, aunque no estaba dispuesto a admitirlo, me sorprendía esperando a verla de nuevo en cualquier momento.

Capítulo 3



Maddie

Cuando escuché el motor de la camioneta acercarse por el camino de tierra, supe que era él. Nadie más conducía como Daniel McCoy: con decisión, con ritmo, con ese leve chirrido en la suspensión delantera que parecía anunciar su llegada como si fuera un personaje de una vieja película del oeste. Dejé lo que estaba haciendo, doblando unos trapos de cocina junto a Gloria, y salí al porche con las manos todavía húmedas. El sol ya estaba bien alto, y el calor tejano comenzaba a apretar, aunque una brisa ligera se colaba entre las columnas del porche, aliviando un poco la temperatura.

La camioneta se detuvo y, tras un par de segundos, la puerta se abrió. Daniel bajó, erguido y sonriente, quitándose el sombrero con una naturalidad que le sentaba casi teatral. Tenía ese tipo de presencia que llenaba un espacio sin esfuerzo: alto, de hombros anchos, piel curtida por el sol y unos ojos del mismo color que el cielo despejado sobre Sweetridge. El vaquero clásico, pero con un aire moderno. Llevaba una camisa de cuadros, vaqueros con las botas polvorientas y el tipo de sonrisa que te hacía sentir en casa, aunque llevaras solo dos días allí.

—¡Ya era hora de que te dejaras caer por el rancho, Maddie! —exclamó, abriendo los brazos antes de acercarse.

Le correspondí con un abrazo cálido, que me envolvió con el olor a cuero, heno y un leve toque de colonia varonil que parecía encajar perfectamente con él. Fue uno de esos abrazos que no eran fugaces ni incómodos, sino llenos de bienvenida, como si no nos viéramos por semanas, cuando en realidad era la primera vez que nos encontrábamos cara a cara después de que se casara con mi hermana.

—Gracias —respondí, con una sonrisa genuina—. Me alegra estar aquí con vosotros.

—No sabes cuánto me alegra verte. Caroline tenía tantas ganas de que vinieras, y yo también. Lo has estado aplazando mucho tiempo.

—Lo sé, pero ya sabes lo que dicen, cada cosa tiene su tiempo y su momento, y este… este era el momento adecuado —sonreí.

Detrás de él apareció Caroline, con las mejillas sonrojadas y el cabello recogido en una trenza desordenada. Nos guiñó un ojo mientras se limpiaba las manos con un paño.

—¿Qué tal el viaje, amor? —preguntó mientras lo abrazaba.

—Calor, polvo y caballos inquietos. Pero todo bien. Los entregué y firmaron los papeles sin problema. Ya están en buenas manos en Waller. ¿Y aquí? ¿Cómo va la adaptación de la urbanita?

—Va mejor de lo que esperábamos —dijo Caroline, sonriendo hacia mí —. Gloria dice que ya se ganó el cariño de las gallinas. Y los niños no la sueltan.

—En ese caso —dijo Daniel, quitándose los guantes—, ¿desayunamos? Me muero de hambre.

—Pasa, Gloria ha hecho panecillos y huevos con bacon —anunció Caroline, abriéndole paso.

Entramos los tres en la cocina, donde el aire acondicionado era un oasis absoluto. Gloria nos saludó desde el fogón con su delantal a rayas y una espátula en la mano.

—A la mesa todo el mundo, antes de que se enfríe.

Sonreí, porque Gloria era como una madre para todos en este rancho, más especialmente para mi cuñado. Ella tenía solo diecisiete años cuando Daniel nació. Su madre falleció en el parto y, junto con la ayuda de la madre de Gloria, que trabajaba al igual que su padre para el padre de Daniel aquí en el rancho, sacó adelante a mi cuñado y el vínculo entre ambos era de lo más especial.

Nos sentamos a la mesa de madera maciza, ya dispuesta con tazas, una gran jarra de café, mermeladas caseras y una cesta de pan caliente que perfumaba todo el ambiente. Las risas comenzaron pronto. Daniel tenía ese talento especial de sacar una sonrisa incluso en una conversación sobre trámites de venta de caballos o reparaciones de cercas. Su buen humor era contagioso.

—¿Y cómo va tu reconversión al estilo vaquero, Maddie? —me preguntó entre bocado y bocado.

—Paso uno: dejar de preocuparme por el polvo en la ropa. Paso dos: entender que los caballos tienen personalidad propia. Paso tres: no correr cuando una gallina me mire mal.

—Parece un plan sólido. Eso sí, no te encariñes mucho con las botas limpias.

—Eso ya lo asumí ayer —le dije, recordando cómo había pisado una mezcla de barro y algo que prefería no identificar.

En ese momento, una explosión de pasos irrumpió en la cocina. Ethan y Lila entraron corriendo, con las mejillas encendidas por el juego, y se lanzaron sobre mí.

—¡Tía Maddie! ¿Vienes con nosotros al arroyo?

—¡Queremos enseñarte nuestro rincón secreto! —gritó Lila, agarrándose a mi brazo como si el mundo dependiera de ello.

Los miré, enternecida. Eran una bola de energía y amor, y la idea de un "rincón secreto" me despertó algo infantil en el pecho.

—¿Puedo ir con vosotros esta tarde? Ahora tengo que ayudar a Gloria y a vuestra madre con la casa.

—¿Prometido? —insistió Ethan, frunciendo el ceño como si se jugara algo muy serio.

—Prometido.

Ambos gritaron un "¡sí!" al unísono y salieron como un torbellino, dejando tras ellos una estela de risas y olor a hierba.

Cuando Daniel terminó su desayuno, se levantó, se colocó su sombrero de nuevo y nos dijo que debía pasar por el establo.

—Nos vemos luego, Maddie. Me alegra mucho que estés aquí. Ya verás cómo este verano te cambia.

—Eso espero —le respondí, sinceramente.

Y en cuanto Daniel se marchó, una figura apareció en la entrada principal. Era una mujer menuda, de cabello blanco recogido en un moño bajo y una blusa de lino beige que combinaba perfectamente con su falda larga. Llevaba en las manos una fuente de cerámica cubierta con un paño bordado.

Caroline sonrió al verla.

—¡Maggie! Justo a tiempo.

—Buenos días —dijo la mujer con una voz pausada y cálida—. Espero no interrumpir. Traje un pastel de arándanos. Me pareció adecuado dar la bienvenida oficial a tu hermana, Caroline.

Me levanté para recibirla.

—Hola, soy Maddie. Encantada de conocerla.

—Maggie Whitaker. Soy vecina… y vieja amiga de esta casa. Pero, sobre todo, soy muy curiosa —dijo con una sonrisa de medio lado—. Caroline me ha hablado tanto de ti que tenía que venir en persona.

Nos dimos un abrazo cordial y enseguida Gloria apareció para llevar el pastel a la cocina y preparar café. Nos sentamos las cuatro en el comedor, y en pocos minutos ya estábamos hablando como si lleváramos años compartiendo desayunos.

Maggie tenía ese tipo de conversación que no dejaba espacio al silencio incómodo. Era inteligente, sabia y con un sentido del humor afilado. Me habló de sus años en el rancho, de cómo le gustaba hornear para sus hijos y para “cualquier alma perdida que cruzara su porche”.

—Estás invitada a venir cuando quieras a *Iron Creek*. Te presentaré a Jessie y Emily, las chicas que me ayudan con la casa. Seguro te caerían

bien. Y si te animas, pueden llevarte al pueblo, salir a tomar algo, despejarte…

—Acepto encantada —le dije, sin dudarlo.

—Así me gusta —respondió—. Las puertas de mi casa siempre están abiertas.

Poco después, Maggie se marchó con una promesa de visita futura, y Caroline aprovechó el momento para servirse más café y contarme la historia.

—Maggie perdió a su esposo hace cinco años. Fue un accidente con uno de sus caballos, muy duro. Desde entonces, sus hijos se encargan del rancho. Aunque, si me preguntas, el que realmente lleva el timón es el mayor, Cole. Es complicado, pero es un buen hombre. Se ha encerrado mucho desde lo de su padre y luego… bueno, su esposa lo dejó. Otra historia larga. Pero es de fiar. Solo… muy reservado.

El resto de la mañana lo pasamos limpiando la casa, preparando comida, doblando ropa, haciendo tareas domésticas mientras los niños revoloteaban a nuestro alrededor con energía inagotable. Ethan pasó diez minutos preguntando si ya era la tarde. Lila se metió en la cocina tres veces para ver si “la hora del arroyo” había llegado.

Y por fin, después del almuerzo y de una merecida siesta bajo el aire fresco del salón, se me acercaron con cara seria y brazos cruzados.

—Ya es por la tarde —dijo Ethan.

—Lo prometiste —añadió Lila.

—Tenéis razón —respondí, sonriendo—. Vamos al arroyo.

—¡¡Bien!! —gritaron al unísono, y me tuve que reír.

El sol de la tarde caía con suavidad sobre los campos cuando me recogí el cabello en una coleta alta y me puse las zapatillas más decentes que había traído. Ethan y Lila me esperaban en la entrada trasera, cada uno con una mochila pequeña a la espalda y unas gafas de sol que les quedaban enormes. Parecían dos exploradores listos para cruzar una jungla salvaje.

—¿Lista? —preguntó Ethan, ofreciéndome una rama como si fuera un bastón de caminata.

—Lista —respondí cogiendo el "bastón" con solemnidad—. Con vosotros, me siento en una expedición científica de alto nivel.

—¡Lo es! —exclamó Lila— Te vamos a enseñar nuestro rincón más secreto. Nadie más lo conoce, solo nosotros y el mapache que vive allí.

—¿Mapache? —pregunté, entre divertida y un poco alarmada.

—No te preocupes. Es tímido. Y no muerde —dijo Ethan, y luego bajó la voz—. Bueno, solo si lo molestas.

El camino al arroyo cruzaba una zona boscosa detrás del granero, donde los robles formaban un túnel natural que dejaba pasar la luz a través de las hojas. La tierra bajo nuestros pies era blanda, salpicada de ramas secas y piedras que Ethan se detenía a recoger cada poco tiempo para mostrármelas como si fueran tesoros.

—Esta parece una piedra lunar —decía, mostrándome una blanca y redondeada—. Y esta, seguro que era de un dinosaurio.

—¡Totalmente de un dinosaurio! —respondí con toda la credibilidad que pude reunir.

El arroyo apareció tras una curva, escondido entre juncos y sauces llorones. El agua era cristalina, poco profunda, y corría con un murmullo que casi parecía una canción. Había una roca plana junto a la orilla que funcionaba como banco improvisado, y un árbol grande cuya rama principal se extendía justo sobre el agua, como hecha a propósito para columpiarse.

—Este es nuestro lugar secreto —anunció Lila, abriendo los brazos—. Aquí venimos cuando estamos tristes, o cuando queremos imaginar cosas.

—Es precioso —murmuré, dejándome caer sobre la roca—. ¿Y qué imagináis aquí?

—Que el arroyo es un río mágico —dijo Ethan—. Que, si metes los pies, puedes hablar con las ranas. Que, si escuchas bien, los peces cuentan historias.

—¿Y ya habéis hablado con alguna rana?

—Claro. Con Fernanda, la reina rana. Tiene un palacio en la parte honda.

—¡Ah! Con razón —respondí, y me quité los zapatos—. ¿Está bien si me uno?

—¡Claro! Pero tienes que mojarte los pies; si no, no puedes entrar al club —dijo Lila, con toda la autoridad de sus cuatro años.

Así que lo hice. Me levanté, me remangué los vaqueros hasta las rodillas y metí los pies en el agua fresca. El contraste con el calor del día fue delicioso. Ethan y Lila ya estaban descalzos, chapoteando y riendo mientras tiraban piedritas al agua, intentando hacerlas rebotar. Yo me senté en la roca y dejé que el silencio del campo se mezclara con sus risas.

Y entonces, sin previo aviso, Ethan se metió hasta las rodillas y me salpicó con ambas manos.

—¡Oye! —grité, fingiendo indignación.

—Es la iniciación oficial —dijo con una sonrisa traviesa.

—¡Pues prepárate! —respondí, y me metí tras él, comenzando una guerra de agua que terminó con los tres empapados, riendo a carcajadas, con los cabellos pegados al rostro y los pies cubiertos de barro.

Nos quedamos un rato así, tumbados sobre las piedras calientes al borde del agua, respirando profundo, con el cielo azul extendiéndose sobre nuestras cabezas. Ethan me contaba sobre sus planes de construir una cabaña secreta en el bosque, y Lila decía que quería tener un pony blanco con alas.

—¿Y tú, tía Maddie? —preguntó Ethan de pronto— ¿Qué soñabas cuando tenías mi edad?

Me quedé callada un momento.

—Soñaba con viajar. Con ver lugares hermosos. Con tener una casa llena de libros y un jardín con lavanda. Y… con tener una familia que me abrazara cuando volvía a casa.

—Nosotros te abrazamos —dijo Lila con su vocecita.

—Sí, todos los días —agregó Ethan.

Se me hizo un nudo en la garganta y me giré para ocultar la emoción.

—Lo sé —dije—. Y me encanta.

Cuando el sol comenzó a bajar, recogimos nuestras cosas y emprendimos el camino de regreso, con los pies mojados y la ropa húmeda, pero con el

corazón lleno. La luz dorada se colaba entre las ramas, y el rancho apareció frente a nosotros como un refugio cálido. Desde lejos, podíamos oler el aroma de algo cocinándose, carne asada, quizás, pan horneándose, y el sonido del crepitar del fuego nos guiaba como una promesa.

Gloria y Caroline estaban en la cocina, preparando la cena. Al vernos empapados, Caroline puso los brazos en jarra con las manos en la cintura.

—¿Esto es lo que entendéis como "un paseo por el arroyo"?

—Prometí una visita, no mencioné que no implicaría una guerra acuática —me defendí entre risas.

—¡Fue su culpa! —gritó Ethan— ¡Ella empezó!

—¡Mentira! —protesté.

—¡Os vi desde el porche! —intervino Gloria— Parecían patos locos. Subid a cambiaros de ropa antes de que pesquéis un resfriado.

Subimos. Los niños corrieron a sus habitaciones y yo me colé en la mía, dejándome caer sobre la cama un segundo antes de cambiarme. Miré por la ventana. El cielo ya era una mezcla de violeta y naranja, y las estrellas comenzaban a aparecer tímidas. Respiré profundo. Ese día había sido largo, sí, pero también uno de los más completos y tranquilos que recordaba.

Mientras me secaba el cabello con una toalla, pensé en Maggie, en su historia, en sus hijos... Debió ser duro para ella perder al hombre al que amaba de una manera tan trágica.

Me vestí con ropa cómoda y bajé lista para la cena. La casa olía a especias, a comida casera, a hogar. Nos sentamos todos alrededor de la mesa, y la conversación fluía entre risas, anécdotas de la infancia de

Caroline, comentarios sarcásticos de Gloria, Daniel hablando sobre caballos y los relatos épicos de Ethan sobre cómo “casi atrapan un pez de un metro”.

Y, en ese instante, mientras miraba los rostros iluminados por la luz cálida de la cocina, supe que me estaba empezando a sentir parte de algo. No era mi mundo, no era mi rutina… pero había lugar para mí en esa mesa. Y eso, para alguien como yo, ya era mucho más de lo que podía pedir.

Capítulo 4



Cole

Había sido un día largo.

Uno de esos que empezaban antes del amanecer y terminaban con la espalda ardiendo y los brazos entumecidos. Me había pasado la mayor parte de la jornada revisando los cercos del norte, ajustando alambre de púas, ayudando a Logan a apartar un par de reses que mostraban signos de enfermedad y persiguiendo a un toro testarudo que parecía haber decidido que el potrero era demasiado aburrido para él. El polvo me cubría desde los hombros hasta las botas, y sentía la garganta seca.

Pero había algo en ese cansancio que me gustaba. Era real. Era trabajo de verdad. Y al final del día, cuando el sol comenzaba a inclinarse hacia el oeste y el cielo se llenaba de ese naranja polvoriento tan típico del verano, solo había una cosa que quería: montar a caballo, respirar aire limpio y olvidarme de todo.

Ensillé a Whisky sin prisa, acariciando su cuello fuerte y oscuro antes de subir de un salto a la montura. Él resopló, impaciente por moverse, como si también necesitara estirar las piernas. Nos alejamos del rancho por el camino de grava que llevaba al arroyo, ese sitio donde la corriente era mansa, los sauces caían como cortinas verdes y las piedras planas guardaban aún el calor del día.

Fue allí donde los vi.

Me detuve a unos treinta metros, entre los árboles, con las riendas flojas y el cuerpo relajado. No quise interrumpir. No todavía.

Ethan y Lila chapoteaban descalzos en el agua, riendo como solo los niños podían hacerlo, con una alegría tan limpia que casi dolía. Estaban empapados, arrojando piedras, salpicándose mutuamente, los pies cubiertos de barro y los rostros iluminados por esa risa que no se podía fingir.
Y en medio de ellos estaba Maddie.

Sentada sobre una roca, con los pies en el agua, las mangas de su blusa remangadas hasta los codos y el cabello suelto cayéndole en ondas oscuras por los hombros. Sus vaqueros se le pegaban a la piel y dejaban ver el contorno de sus piernas perfectamente tonificadas. Reía con los niños, pero había algo más en esa risa, algo que parecía salirle desde lo más hondo, como si fuera la primera vez en mucho tiempo que realmente podía reír así.

Y joder, se la veía feliz.

Esa imagen me golpeó más de lo que debería. Porque había algo en Maddie que se colaba bajo la piel sin permiso. No era solo lo guapa que era, que lo era, sin duda, con esos ojos grandes y ese aire melancólico que parecía no querer compartir con nadie. Era la forma en que se reía, como si lo hiciera por sorpresa, como si no se lo esperara, como si no supiera que aún era capaz de hacerlo.

Debía tener a los hombres de todo Nueva York, y de este pueblo, babeando por ella.

Y, sin embargo, ahí estaba. Jugando en el arroyo con dos niños que la adoraban como si fuera su hermana mayor, su hada madrina, su hogar.

Vi cuando Ethan la salpicó y ella fingió indignación. Cuando los tres se persiguieron en el agua y acabaron tumbados sobre las piedras, mojados, riendo, sin ninguna preocupación. Escuché fragmentos de la conversación: sueños de infancia, planes de cabañas secretas, ponis con alas. Y luego, esa frase que me caló más de lo que esperaba.

"Soñaba con una casa llena de libros y un jardín con lavanda. Y… con tener una familia que me abrazara cuando volvía a casa."

Cerré los ojos un segundo. No sabía por qué me jodió tanto oírla decir eso.

Cuando comenzaron a recoger sus cosas y emprendieron el regreso, con los pies mojados y la ropa aún húmeda, me quedé quieto unos minutos más. Whisky se movió debajo de mí, impaciente, y finalmente le di la orden de volver.

Regresé al rancho cuando el sol ya se escondía detrás de las colinas, dejando un cielo teñido de malva y fuego. Whisky sabía el camino de memoria y caminaba despacio, como si también le pesara el día. Me bajé junto al corral, lo até al poste y le di una palmadita en el cuello antes de quitarle la silla. Lo dejé con agua fresca y algo de heno, y me dirigí a la casa.

La cocina olía a pan horneado y a carne asada.

Mi madre estaba junto al fogón, con el cabello recogido en su moño desordenado de siempre y un delantal manchado de harina. Logan ya estaba sentado, con una cerveza en la mano y las mangas de la camisa remangadas hasta los codos.

—¿Otra vez llegas cuando ya está servido? —dijo Logan con una sonrisa ladeada.

—Estoy aplicando tu filosofía —respondí, dejando el sombrero en el perchero—: que el que más trabaja, más puede hacerse esperar.

—Entonces deberías haber llegado hace media hora —dijo, riendo.

Me senté, y mi madre nos sirvió sin decir nada al principio. Nos conocía. Sabía que a veces, después de un día como ese, las palabras venían mejor con el primer bocado.

Comimos en silencio los primeros minutos. Asado, pan recién hecho, ensalada y un poco de vino. Luego, la conversación fue fluyendo, como siempre.

—Las reses del lote sur ya están listas para el embarque —dijo Logan, masticando despacio—. Hablé con Carson esta mañana. Las llevarán a Tulsa el jueves.

—Bien —respondí—. Si el peso se mantiene, sacaremos un buen precio por ellas.

—Va a ser un buen otoño —agregó mi madre, sirviéndose más vino—. Si las lluvias no lo estropean como el año pasado.

Hablamos de los potrillos nuevos, del viejo tractor que aún necesitaba arreglos, del silo que queríamos pintar antes del invierno. Cosas normales. Cansadas. Conocidas.

Y entonces, como si el comentario no tuviera peso, mi madre cambió de tema.

—Esta mañana conocí a Maddie.

Levanté la vista.

—¿La hermana de Caroline?

—Sí —dijo, mientras recogía los platos—. Como buena vecina, les he llevado pastel de arándanos y he tomado café con ella, Carolina y Gloria.

No dije nada. Solo asentí.

—Es una chica encantadora —siguió, dejando los platos apilados en el fregadero—. Pero hay algo en sus ojos… no sé. Como si llevara una pena dentro. Algo que no se nota a simple vista, pero está ahí. Lo supe en cuanto la miré.

Logan soltó una carcajada.

—No empieces a hacer de detective sentimental, mamá. Pobrecita, a lo mejor solo estaba cansada.

—No es ser detective —respondió ella con calma, dándose la vuelta—. Es ser humana. Si puedo ofrecerle un poco de consuelo, aunque sea con una taza de café y una conversación tranquila, lo haré. Y la he invitado a venir a tomar café cuando quiera; ojalá que sea pronto.

Volví a mirar mi plato, aunque ya estaba vacío. El rostro de Maddie volvió a aparecer en mi cabeza: su risa en el arroyo, sus ojos cerrados mientras se dejaba mojar por los niños, la sombra que se ocultaba detrás de su sonrisa.

Sí, mi madre tenía razón. Había algo que escondía, pero también era su asunto y no el mío, o al menos, eso quise decirme.

Después de la cena, Logan me miró con esa media sonrisa que siempre significaba problemas.

—¿Y si vamos al pueblo? —preguntó— Una cerveza, un poco de billar. Ya sabes, para quitarnos el estrés del rancho.

Lo pensé un segundo. El cansancio me pesaba en los huesos, pero algo en mí necesitaba desconectar. Y el nombre de Maddie seguía dándome vueltas en la cabeza como un eco sordo. Tal vez una cerveza no era tan mala idea.

—Vale —dije, levantándome—, pero tú pagas la primera ronda.

—Siempre lo hago, hermano.

Media hora después estábamos entrando en La Taberna de Jack, ese lugar viejo y ruidoso donde todo el pueblo parecía terminar sus noches. Paredes de madera oscura, trofeos de rodeo colgados al azar, una máquina de discos que aún sonaba cuando alguien se animaba a elegir una canción y el olor inconfundible de cerveza derramada y carne frita.

Era como estar en casa.

Nos sentamos en la barra y pedimos dos cervezas frías. El primer trago fue como una bofetada refrescante después del calor del día. Jugamos un par de partidas de billar, hablamos con un par de conocidos, y Logan incluso flirteó con una chica nueva que, según él, "olía a verano".

Y entonces la vi.

April estaba al otro lado de la barra, sirviendo copas con su típica mezcla de rapidez, descaro y una sonrisa que sólo mostraba a medias. Tenía el cabello recogido en una trenza despeinada, la camiseta del bar le marcaba el pecho sin pedir permiso, y los vaqueros gastados abrazaban sus caderas como una segunda piel. Me miró apenas un segundo mientras servía un whisky, y ese fue todo el lenguaje que necesitábamos.

Nos entendíamos sin palabras.

Me acerqué cuando la barra se despejó un poco. No dije nada. Ella tampoco. Solo me rozó la muñeca con los dedos al pasarme la siguiente

cerveza. Un gesto. Una señal. Como otras veces.

Cinco minutos después estábamos entrando al almacén trasero, entre cajas de cerveza y sacos de cebolla vieja, donde nadie se metía, a menos que trabajara allí. Ella cerró la puerta con el pie, y yo la cogí por la cintura y la empujé contra la pared sin delicadeza.

Necesitaba sacarme de encima algo o a alguien y April sabía ser esa válvula de escape.

Nos besamos como si estuviéramos peleando. Duro. Áspero. Con las bocas abiertas y los dientes chocando. Mis manos se deslizaron por debajo de su camiseta y la levanté hasta exponerle los pechos, su piel caliente y los pezones endurecidos por el contraste con el aire más frío del almacén.

Ella jadeó cuando la mordí ahí, justo en la parte blanda de su cuello.

—Dios, Cole… —susurró, pero más como un impulso que como una súplica.

Le bajé los vaqueros y la ropa interior de un tirón, sin cuidado, sin pausas. Ella hizo lo mismo conmigo, y pronto ambos estábamos medio desnudos, rodeados de oscuridad, olor a madera vieja y adrenalina pura. La levanté con ambas manos bajo los muslos y la empotré contra la pared, con su espalda chocando contra la madera mientras ella enredaba sus piernas a mi alrededor.

Entré en ella de una sola embestida. Profunda y cruda. Como un castigo. Como una necesidad que venía arrastrando desde antes de llegar al bar.

April arqueó la espalda y soltó un gemido ahogado, uno que retumbó entre las cajas.

Me moví con fuerza, rápido, marcando el ritmo con cada embestida. El sudor nos resbalaba por el cuerpo. Su respiración se rompía en jadeos entrecortados. Sus uñas me arañaban la espalda, los hombros y más abajo, donde me empujaba con fuerza contra ella.

No había ternura en eso. Era hambre. Era deseo acumulado. Era soledad mal digerida. Era una forma de no pensar en nada más. En nadie más.

Cuando ambos estábamos cerca del borde, apreté su cuerpo con más fuerza, sintiendo cómo se tensaba, cómo se rendía, cómo temblaba entera.

Ella se corrió primero, con un gemido que se me clavó en el estómago. Yo la seguí segundos después, descargando todo de golpe, con los dientes apretados y la frente contra su hombro.

Nos quedamos un rato así, respirando agitados, sudados, con el corazón retumbando como un caballo desbocado.

Finalmente, bajé la cabeza, le di un beso rápido, casi torpe, en la clavícula, y me separé. Sin palabras. Porque no las necesitábamos.

April se subió los vaqueros sin apuro. Me miró y sonrió de lado.

—Nos vemos, vaquero.

—Claro —dije, ajustándome el cinturón.

Y salí antes de que dijera algo más. Antes de que yo mismo pensara algo más.

Porque por más que el cuerpo estuviera satisfecho, en mi cabeza todavía resonaba esa risa en el arroyo. Ese sueño con lavanda. Esa puta voz suave diciendo: “Y me encanta”.

Capítulo 5



Maddie

Aquel sábado amaneció con un sol vibrante, tan distinto a los grises apagados de Manhattan, que por un momento olvidé que llevaba semanas arrastrando el peso de una vida que ya no sentía mía. Me desperté temprano, más por costumbre que por necesidad, y cuando bajé a la cocina, Caroline ya estaba allí, tomándose un café con Gloria.

—¿Lista para tu primera visita al pueblo? —preguntó Caroline con una sonrisa cómplice.

—¿Tengo otra opción? —respondí, fingiendo resignación mientras me servía una taza.

—No —Gloria rio, mientras se acomodaba el sombrero. Ella tenía esa elegancia natural que solo las mujeres sureñas parecían dominar. Parecía sacada de una película del Oeste.

El pueblo estaba a unos quince minutos en coche. A medida que avanzábamos por la carretera de tierra, con los campos ondulándose a ambos lados, sentí una calma que me sorprendió. No era paz, exactamente, pero sí una especie de... tregua interna.

Cuando llegamos al mercado, la plaza principal estaba llena de puestos de fruta, pan casero, artesanías y ropa vaquera. Había música sonando en algún rincón y el olor a barbacoa impregnaba el aire. Estaba lejos de mis *brunchs* de los domingos en el Soho, pero había algo auténtico en ese lugar, algo que no esperaba que me gustara tanto.

Estábamos mirando unos puestos de miel local cuando Maggie se acercó a nosotras.

—¡Maddie! Qué alegría verte, querida.

—Hola, Maggie —sonreí, mientras me abrazaba.

—Ya veo que habéis conseguido sacarla del rancho —les dijo a mi hermana y a Gloria.

—Y no será la primera vez, que no ha venido para estar allí encerrada —rio mi hermana.

—Maddie, ellas son Jessi y Emily, mis niñas —sonrió—. No son mis hijas, pero como si lo fueran. Me ayudan en la casa.

Jessie era rubia, con ojos brillantes y una energía que se sentía antes de verla. Emily, en cambio, era morena, con una expresión dulce y sensata que me tranquilizó de inmediato.

—Tal como nos la describió Maggie —dijo Jessie, mientras me examinaba de arriba abajo—. Chic, sofisticada y guapísima. Encajas perfectamente en nuestro grupo.

Me reí.

—Gracias... creo.

Emily sonrió.

—Esta noche vamos a salir a la taberna de Jack. ¿Te apetece venir? Estaremos nosotras; Hailey también. Es una amiga nuestra, la hija del veterinario.

Caroline intervino antes de que yo pudiera responder.

—Claro que va a ir. La pobre necesita salir un poco, ¿no crees?

—Vale —dije encogiéndome de hombros, fingiendo indiferencia—. Me apunto.

Nos despedimos de las chicas entre promesas de vernos más tarde y salimos del mercado. Entonces Caroline me miró con esa sonrisa de hermana mayor que solo significaba una cosa.

—Ahora sí, prepárate. Vamos de compras.

Las tiendas estaban justo en la calle principal, apenas a una calle del mercado. El sol golpeaba fuerte, y los adoquines del pueblo brillaban como si cada rincón hubiera sido lavado con jabón y orgullo. En el escaparate de la primera tienda había un maniquí con una camisa de cuadros roja, shorts vaqueros y un sombrero de ala ancha. Era como si me estuviera llamando por mi nombre.

—¿En serio? —dije con una ceja arqueada, cruzándome de brazos mientras miraba a Caroline y a Gloria.

—Totalmente en serio —Gloria me empujó suavemente hacia la puerta—. Si vas a salir esta noche, necesitas algo más… auténtico.

La tienda olía a cuero nuevo y madera. El tipo de aroma que, de algún modo, me hacía sentir muy lejos de Manhattan y sorprendentemente

cómoda. Caroline y Gloria parecían estar en su elemento. Reían, sostenían prendas y me obligaban a probarme cosas que jamás habría considerado en mi antigua vida.

—Te lo juro, Maddie, esta camisa ha sido hecha para ti —Caroline me pasó una de cuadros en tonos azul y blanco.

—Y estos shorts, con tus piernas... van a provocar accidentes. —añadió Gloria con una carcajada.

Me rendí y acabé probándome camisas de cuadros, algunas con detalles bordados en los bolsillos, shorts vaqueros ajustados que me sorprendieron por lo bien que me quedaban, unos vaqueros de corte clásico y cintura alta que realzaban mi figura de forma inesperadamente sexy. Finalmente, Gloria me puso en las manos un par de botas de cowboy marrones, de cuero desgastado, y un sombrero que parecía recién salido de un western.

Cuando salí del probador, las dos se quedaron en silencio.

—Dios mío —murmuró Caroline—. Pareces sacada de una portada de "Vaqueras del Mes", en el mejor sentido.

—Más de un vaquero de este pueblo quedará prendado contigo esta noche, jovencita —dijo Gloria.

Me miré en el espejo. Camisa atada por delante, dejando entrever parte del abdomen. Shorts vaqueros que mostraban lo justo. Botas que estilizaban las piernas. Y el sombrero... el maldito sombrero era el broche final. Me veía distinta. No solo por la ropa. Me veía... libre.

—Me lo llevo todo —dije sin pensarlo dos veces.

Cargadas con las bolsas, volvimos al rancho con las ventanillas bajadas, la música country sonando en la radio y el viento jugando con mi cabello. Al

llegar, dejamos las compras en la habitación y me cambié rápido por algo de ropa cómoda. El resto de la tarde aún era joven y los niños querían salir a explorar.

Ethan y Lila, mis sobrinos, me esperaban con las botas puestas y la sonrisa lista para meterse en líos. Paseamos por los campos, recogimos flores silvestres y hasta intentamos, sin éxito, he de admitir, atrapar una lagartija que Lila juraba que tenía poderes mágicos.

—No le digas a mamá que nos metimos en el arroyo —me susurró Ethan, con los vaqueros empapados hasta las rodillas.

—No se lo diré... si me das una de esas galletas que escondes en tu mochila —le guiñé un ojo.

Nos reímos, mojados y cubiertos de polvo. Fue uno de esos momentos que uno no planeaba, pero que se te quedaban en el pecho. Algo se estaba ablandando en mí. Algo que llevaba demasiado tiempo endurecido.

Al volver a casa, comimos en la terraza con toda la familia. Luego me encerré en mi habitación, abrí el portátil y tuve una videollamada rápida con mi jefe en Nueva York.

—Necesito a un hombre y una mujer para el anuncio del perfume. Algo clásico, pero con química real. No quiero modelos vacíos.

—Lo sé, Maddie —dijo él, masajeándose las sienes—. ¿Estás bien?

—Sí. Solo… quiero que este proyecto sea impecable.

Después de colgar, me pasé unas horas ajustando propuestas, revisando fotos y escribiendo notas. La tarde pasó volando y el cielo se tiñó de un rosa dorado que parecía pintado a mano.

A eso de las seis, me levanté, me estiré y fui directa a ducharme.

Me duché despacio, dejando que el agua caliente arrastrara el cansancio y los recuerdos que aún me rondaban como fantasmas que se negaban a irse de mi vida. Me sequé el cabello con una toalla mientras el aire aún olía a jabón de lavanda. Luego abrí la bolsa con la ropa nueva y sonreí. Hoy tocaba transformarme en una auténtica vaquera.

Me vestí despacio, observándome en el espejo con cierta curiosidad. La camisa de cuadros en tonos rojos y blancos la até con un nudo justo debajo del busto, dejando al descubierto un poco de mi abdomen. Los shorts vaqueros, ceñidos en las caderas, abrazaban mis curvas como si estuvieran hechos a medida. Las botas, marrón oscuro con detalles grabados, me daban un aire firme, poderoso. Y el sombrero... bueno, el sombrero era el toque final. Una mujer nueva me miraba desde el espejo. Todavía era yo, pero con algo distinto en la mirada. Algo más libre. Algo más viva.

Cuando bajé a cenar, las conversaciones en la cocina se detuvieron por un segundo.

—¡Vaya! —exclamó Gloria con una sonrisa enorme— ¿Desde cuándo tenemos a una vaquera de portada viviendo en casa?

Caroline dejó su copa de vino y me aplaudió en broma.

—Estás espectacular, Maddie. Realmente te queda bien ese estilo.

Daniel, mi cuñado, soltó un silbido de admiración.

—¿Estás segura de que vas a la taberna? Porque podrías estar abriendo un rodeo.

Ethan y Lila no se quedaron atrás.

—¡Tía Maddie! Pareces una sheriff de película —dijo Lila, con los ojos brillantes.

—Gracias —respondí, divertida—. Aunque prefiero ser la forastera misteriosa. Es más dramático.

Cenamos entre risas, bromas y pequeñas burlas cariñosas. Cuando me puse de pie para irme, Caroline me abrazó.

—Diviértete y no te metas en líos. Bueno... no en muchos.

Fui a buscar las llaves del todoterreno que había alquilado para el verano, subí y puse rumbo al pueblo. La carretera estaba tranquila, el cielo ya pintado de un azul profundo, salpicado de estrellas. Iba con la música bajita, y el corazón latiéndome un poco más rápido de lo que admití. Había algo en esta noche que se sentía... diferente.

La taberna de Jack estaba iluminada por luces cálidas colgadas en la fachada. Sonaban guitarras country desde el interior y se escuchaban risas, vasos chocando, sillas arrastrándose. Aparqué frente al local y me bajé del coche con paso seguro.

Nada más cruzar la puerta, una ráfaga de olor a cerveza, madera y música me envolvió. Jessie y Emily ya estaban en una mesa cerca de la barra. Cuando me vieron, ambas se levantaron de inmediato.

—¡Maddie! —gritó Jessie mientras agitaba la mano— ¡Estás increíble!

—Dios, sí —añadió Emily—. ¿Te das cuenta de que podrías ser la protagonista de cualquier vídeo de música country sexy?

—Vais a hacer que me sonroje —respondí, mientras me acercaba.

Me abrazaron con una familiaridad que me hizo sonreír sin pensar. Era bonito sentirme bienvenida así, tan pronto.

—Maddie, ella es Hailey —dijo Emily, señalando a una chica rubia de ojos azules brillantes, con una camisa negra y shorts blancos, y una sonrisa contagiosa—. La mejor aprendiz de veterinaria del condado.

—Y la más guapa —añadió Hailey, chocando su cerveza conmigo—. Encantada de conocerte.

Nos sentamos, pedimos otra ronda de cervezas y, entre risas y anécdotas locales, la noche comenzó a fluir como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar. Jessie tenía veinticinco años y era la más joven de todas, ya que Emily y Hailey tenían veintiséis. Me estuvieron hablando un poquito de sus vidas, y yo de la mía en Manhattan, y supe que esas tres chicas serían una muy buena compañía para mí.

Jugamos a un concurso de acertijos del bar, que perdí miserablemente; Jessie casi ganó uno de beber sin manos, y luego llegó el turno del famoso "concurso de baile".

—¿Lo hacemos? —preguntó Jessie levantándose— La canción es perfecta.

La guitarra empezó a sonar y los primeros acordes de *"Achy Breaky Heart"* llenaron el aire. Me dejé arrastrar a la pista entre risas. Jessie se movía como si hubiera nacido bailando, Emily se reía con las mejillas sonrojadas, y Hailey me cogió de las manos para marcarme los pasos. Lo intenté, y para mi sorpresa… me encantó.

Fue en medio de esa canción, con las botas golpeando el suelo de madera, que lo vi por primera vez.

Estaba apoyado en la barra, con un vaso en la mano y la mirada fija en la pista. Alto. Muy alto. Metro noventa como mínimo. Camisa gris ajustada, vaqueros gastados y una chaqueta de cuero colgada del antebrazo. Tenía el cabello castaño oscuro, ligeramente largo, como si el viento lo peinara más que un peine, y una barba de varios días que le daba un aire salvaje. Pero lo que me atrapó fueron sus ojos. Azules. Fríos como el acero. Claros como la mañana.

Y entonces, se acercó.

—Bailas bien para ser alguien de ciudad —dijo, sin rodeos, con una voz grave y tranquila.

—Y tú observas bien para alguien que se esconde en la barra —respondí sin pensarlo, y una media sonrisa le apareció en los labios.

—Cole Whitaker. Dueño del rancho que está al otro lado del arroyo. Supongo que soy tu vecino —dijo extendiendo su mano.

Sonreí, sorprendida.

—Entonces eres el hijo mayor de Maggie —dije, y asintió.

—Así es. ¿Te apetece una cerveza?

—¿Me estás invitando tú o el vecino?

—Ambos —respondió y acepté.

Porque sí, porque esta era una noche para olvidarme de todo y simplemente disfrutar y ser yo.

Capítulo 6



Maddie

Nos sentamos en una de las mesas más apartadas, donde las luces colgantes formaban un halo dorado sobre las botellas medio vacías y los restos de cacahuetes. Cole me ofreció una cerveza que acepté sin quitarle la mirada de encima. Había algo en él, en su forma de moverse con calma, de no tener prisa para llenar el silencio, que me desconcertaba. Los hombres con los que solía tratar en Manhattan eran todos ruido, ego, necesidad de impresionar. Cole… no necesitaba decir nada para imponerse.

—¿Y qué hace una chica como tú en un sitio como este? —preguntó, con ese acento tejano que volvía las palabras más lentas y profundas.

—¿Eso es una frase de ligue? Porque si lo es, necesitas mejorarla —reí.

—No. Es simple curiosidad. —Apoyó el antebrazo sobre la mesa. Noté la cicatriz en su ceja izquierda y me pregunté qué historia se escondía ahí.

—He venido a tomarme un respiro. Mi hermana me convenció de dejar la ciudad por un tiempo. Estaba... en un mal momento.

—¿El tipo que no supo lo que tenía? —dijo, sin cambiar el tono, y lo miré sorprendida.

—¿Ya tienes mi historial completo o estás adivinando?

—Este es un pueblo pequeño. Mucha gente hablando, pero también... conozco esa mirada. He visto caballos con ojos así cuando han estado demasiado tiempo encerrados.

Me quedé en silencio, sorprendida por la metáfora, por lo cierto que era. No supe qué responder, así que bebí un sorbo. Él también.

—¿Y tú? ¿Qué tal se te da eso de llevar un rancho?

—Desde que tenía diecisiete no sé hacer otra cosa, pero me gusta. Trabajo duro; los caballos no mienten. Eso es más de lo que puedo decir de mucha gente.

Asentí. Entendía perfectamente lo que quería decir.

—Supongo que nuestras vidas no pueden ser más distintas.

—Y, sin embargo, aquí estamos, bebiendo cerveza en la misma mesa.

Reí. En ese momento, los altavoces del bar cambiaron a una canción más lenta, y antes de que pudiera reaccionar, Cole se levantó y me ofreció la mano.

—¿Quieres bailar?

—¿Esto forma parte del tour vecinal?

—No, esto es porque quiero bailar contigo, solo eso.

Tragué saliva. No sabía por qué, pero me temblaron un poco los dedos al coger su mano. Me llevó hasta la pista con paso seguro. Apoyé una mano sobre su hombro, duro y sólido, y la otra quedó atrapada entre la suya,

grande y cálida. Bailamos sin hablar. Solo los pasos, el ritmo y nuestros cuerpos marcando una cercanía inesperada.

Me sentía observada, aunque no me importaba, al menos no hasta que vi a una mujer acercarse por el lateral del bar.

Alta, esbelta, con el cabello oscuro recogido en una trenza despeinada. La camiseta del bar le marcaba el pecho de tal modo que no dejaba nada a la imaginación, y sus vaqueros estaban tan ajustados que parecían pintados. La vi observarnos mientras limpiaba vasos con un trapo, y luego, como por casualidad, se acercó.

—Vaya, Cole. No te había visto bailar en meses —dijo con una sonrisa ladeada mientras pasaba por su lado, tocándole el brazo con una familiaridad que no necesitaba explicación.

—April —respondió él, sin emoción, pero tampoco con distancia.

Ella me miró con una sonrisa afilada.

—Tú debes de ser la chica de ciudad. Bienvenida a Texas.

—Gracias —respondí, fingiendo la misma amabilidad—. Bonita camiseta.

Sus cejas se arquearon un segundo antes de sonreír de verdad y desaparecer entre la multitud. Cole soltó una risa muy baja, apenas audible.

—No le hagas caso. April es...

—No me importa —le corté, porque a veces bastaba una sola mirada para saber cómo era una persona y si me caería bien o no.

April no me iba a caer muy bien, ya podía intuirlo.

Cuando terminó la canción, volvimos a la mesa donde Jessie, Emily, Hailey y ahora también Logan, el hermano de Cole, estaban riendo y bebiendo.

—¡Cole! ¿En serio has robado a la chica nueva? —preguntó Logan con una sonrisa enorme.

Era el opuesto de su hermano: más bromista, más abierto. Aunque también llevaba la misma complexión fuerte, la misma mirada azul, más clara y menos contenida.

—Ella se dejó robar —dijo Cole con calma, tomando asiento a mi lado.

—¡Pues me alegro! —Logan me guiñó un ojo—. Nuestra madre quiere que vengas a ver el rancho. Dice que el día que lo hagas, preparará pastel y todo.

—¿Pastel? ¿Eso es soborno? —pregunté, sonriendo.

—El más dulce que vas a probar en este estado.

Reímos todos. Jessie lanzaba miradas fugaces a Logan cuando creía que nadie la veía. Emily me hablaba de una exposición de caballos que se haría en unas semanas. Hailey me preguntaba sobre la vida en Manhattan como si hablara de otro planeta. Cole no decía mucho, pero su presencia era constante, calmada y firme.

Durante un par de momentos, April se acercó a nuestra mesa, siempre con una excusa: traer otra ronda, recoger vasos, preguntar si necesitábamos algo. Y en todas y cada una de esas veces, encontraba una forma de tocar a Cole: su hombro, su cuello, su espalda… Lo hacía con naturalidad, pero no era inocente y aunque él no respondía, tampoco la rechazaba abiertamente.

Me pregunté si sería tonta por fijarme en eso, pero no pude evitarlo.

Ya pasadas las doce, la noche empezó a decaer. La música bajó, y la gente comenzó a despedirse. Afuera, el aire era cálido y seco, y el cielo estaba completamente despejado.

Nos despedimos entre abrazos. Jessie me abrazó con fuerza.

—Tienes que venir más a menudo con nosotras. Ha sido una de las mejores noches en mucho tiempo.

—Lo haré, lo prometo.

Logan se acercó con una sonrisa torcida.

—En serio, no puedes dejar de venir al rancho o a nuestra madre le darás un disgusto. Dijo que le gustaste.

—Ella a mí también me cayó muy bien. Iré cuando menos lo espere —sonreí.

—En ese caso, nos vemos pronto, vaquera.

Finalmente, Cole me acompañó hasta la acera, junto al todoterreno.

—¿Estás bien para conducir? —preguntó con tono serio.

—Sí, no he bebido tanto —sonreí—. No te preocupes.

—No es preocupación. Es... costumbre, supongo…

Asentí, y le sostuve la mirada un segundo más de lo que debía.

—Gracias por el baile, vecino.

—Gracias por aceptarlo, forastera —respondió, mientras inclinaba ligeramente la cabeza.

Subí al coche, arranqué y puse rumbo al rancho, con las luces de la taberna alejándose en el retrovisor y la imagen de Cole clavada en mi cabeza. Su voz, su mirada, la forma en que me sostuvo en la pista de baile… Era todo tan peligroso.

Ese hombre podía ser un problema. Uno muy serio…

A la mañana siguiente me desperté con el sonido lejano de los gallos y una luz suave colándose entre las cortinas. Por un segundo, no supe dónde estaba. Me llevó unos instantes recordar que ya no estaba en mi apartamento de Manhattan, rodeada de edificios y ruido, sino en la habitación de madera clara del rancho de mi hermana, con el perfume del campo flotando en el aire.

Me estiré entre las sábanas y solté un suspiro largo.

La noche anterior me había cambiado algo y no solo por el baile, la cerveza o la risa fácil de Jessie, Emily y Hailey. Era Cole, su forma de mirarme, sin adornos ni promesas vacías. Su voz grave. Sus manos firmes. Me quedé unos minutos con la vista en el techo, preguntándome si solo había sido el efecto de la música y el alcohol... o si, de verdad, algo había empezado a moverse dentro de mí.

Encendí el portátil y repasé algunos correos atrasados. Ya había propuestas para modelos para el anuncio del perfume. Hice algunas anotaciones, y marqué dos posibles candidatos. Mientras trabajaba, recibí un mensaje.

Emily: *¿Sobreviviste a la noche? Jessie quiere saber si tiene que empezar a buscarte en los archivos del bar.*

Me reí, porque sin duda esas tres chicas iban a ser mis cómplices este verano, no me cabía duda.

Maddie: *Sobreviví. Pero si Jessie me hace bailar así todas las noches, tendré que usar botas ortopédicas para el otoño.*

Emily: *Por cierto… Cole no baila con cualquiera. Eso quiere decir algo...*

Me quedé mirando el mensaje un momento. No respondí. No sabía qué decir todavía.

Decidí salir a caminar un rato por la finca. Los niños estaban en la cocina, peleándose por los cereales. Caroline me lanzó una mirada rápida y un gesto de "¿Te divertiste?" al que respondí con una mueca que decía "No empieces". Ella sonrió.

En el camino de tierra, las flores silvestres se mecían con la brisa de la mañana. Caminé despacio, con el sombrero en la mano, pensando. Era tan fácil perderse en ese paisaje… y al mismo tiempo tan fácil perderse en alguien como Cole.

No sabía si volvería a verlo pronto. Ni si quería hacerlo. Pero lo que sí sabía, mientras volvía al rancho con las botas cubiertas de polvo y el corazón algo más tranquilo, era que Texas ya no se sentía como un castigo.

Se sentía, por primera vez en mucho tiempo, como una posible tregua.

Capítulo 7



Maddie

Cuando crucé el pequeño puente de madera sobre el arroyo que separaba las tierras de mi cuñado Daniel del rancho vecino, supe que estaba entrando en otro mundo. El aire parecía más limpio allí. Más denso. Como si la historia, la tierra y los secretos hubieran echado raíces en ese suelo rojo y fértil.

Iron Creek Ranch. Así lo llamaban. El cartel de madera tallada, con letras fuertes y gastadas, lo confirmaba. Había algo imponente en el lugar. El horizonte parecía no tener fin, y las colinas doradas ondulaban en la distancia como una pintura viva. El viento traía consigo el sonido de cascos, de resoplidos lejanos, de vida salvaje domesticada… o casi.

Y entonces lo vi.

Cole, vestido con unos vaqueros gastados que le ceñían las caderas como si hubieran sido moldeados para él, botas cubiertas de polvo, una camisa blanca remangada hasta los antebrazos, bronceados y marcados, y un sombrero que le proyectaba una sombra en los ojos. Sostenía una cuerda en una mano, y en la otra acariciaba el cuello de un caballo negro musculoso. Hablaba en voz baja con uno de los peones, con esa autoridad tranquila que no necesitaba levantar el tono.

Nunca había visto a un hombre tan rudo y tan malditamente sexy al mismo tiempo.

Me detuve junto a la verja, dudando si debía bajar del coche de inmediato o quedarme cinco minutos más a observarlo como una espectadora en un documental de "vaqueros alfa en su hábitat natural".

—Has venido —dijo él al verme, caminando hacia mí con paso lento y firme.

—Espero que no sea muy temprano —respondí bajando del coche—. No quería interrumpir nada importante.

—Siempre hay algo que hacer aquí —sonrió levemente, ese gesto medio oculto que se estaba volviendo familiar en él—. ¿Quieres ver el rancho antes de saludar a mi madre?

Asentí.

—Claro. Me encantaría.

Subimos a una camioneta *pick-up* y comenzamos a recorrer los dos mil quinientos acres que conformaban *Iron Creek*. Cole me iba explicando cada parte con ese tono pausado, sin prisa, pero sin perder detalle.

—Allí están los potreros de doma. —Señaló con la cabeza mientras conducía—. Caballos de raza, especialmente para rodeo y exhibiciones. Criamos desde potros hasta sementales.

Los animales eran majestuosos, musculosos, brillantes, disciplinados. Algunos trotando, otros pastando al sol como si el tiempo no los tocara.

—¿Y todo esto lo manejas tú solo?

—Logan me ayuda. Tenemos un equipo de confianza. Pero sí… soy el que toma las decisiones finales. También hay ganado y cultivo de alfalfa. Es lo que mantiene vivo todo esto.

La *pick-up* se detuvo frente a un establo blanco e impecable. A lo lejos, pude ver la casa de los Whitaker: de piedra caliza, ventanales enormes, rodeada de colinas suaves. Tenía un aire fuerte, elegante y sólido, como su dueño.

Entramos al establo, y el olor a heno, cuero y tierra me envolvió como un abrigo cálido. Cole caminó entre los boxes, saludando a los caballos con gestos suaves.

—Aquí está Biscuit —dijo finalmente, abriendo la puerta de una de las cuadras.

La yegua era preciosa. Marrón cálido, con una franja blanca que le cruzaba la frente y bajaba hasta el hocico. Sus ojos eran grandes, oscuros, casi humanos.

—¿Biscuit? ¿En serio?

—Mi madre le puso el nombre —respondió con una sonrisa suave—. Dice que tiene el color de las galletas de chocolate que preparaba su abuela.

Me acerqué despacio. Biscuit estiró el cuello y me olió la palma de la mano antes de dejarse acariciar el hocico.

—Eres una belleza —murmuré.

—¿Te gustaría montarla?

Lo miré con los ojos abiertos.

—No soy exactamente una experta…

—Podemos ir los dos. Así no hay riesgo.

Me sonrojé como una colegiala.

—Bueno… entonces, supongo que sí.

Cole ensilló a Biscuit con movimientos firmes, seguros. Luego, se acercó y entrelazó sus dedos para darme impulso. Cuando mis manos rozaron las suyas, sentí un escalofrío. Algo eléctrico. Algo que no tenía nada que ver con la montura.

—¿Lista?

—Lo estaré en cuanto dejes de mirarme así.

Él sonrió, y con un movimiento me ayudó a subir. Luego montó detrás de mí, sus brazos a ambos lados, las riendas en sus manos, su pecho contra mi espalda. Biscuit comenzó a moverse con paso tranquilo, saliendo del establo hacia los caminos que llevaban al arroyo.

—Desde aquí —dijo Cole, mientras señalaba con la cabeza hacia el otro lado del agua— puedes ver las tierras de tu cuñado. *Twin Oaks* empieza justo después de esa colina.

Me aferré un poco a la montura, más por excusa que por necesidad. Él hablaba cerca de mi oído, y la sensación de estar entre sus brazos, aunque fuera por razones ecuestres, era demasiado intensa como para ignorarla.

—Caroline me contó lo de tu padre —dije, suavemente, sin saber si era el momento.

Hubo un silencio. Solo se escuchaban los cascos de Biscuit sobre la tierra y el murmullo del arroyo.

—Fue hace cinco años. Estaba entrenando con uno de sus caballos favoritos. Se desbocó… y lo lanzó contra una roca. Murió en el acto.

—Lo siento mucho, Cole.

—Gracias. Desde entonces, mi madre no ha sido la misma. Fuerte por fuera, pero por dentro… lo extraña cada día. Trata de no mostrarlo, pero yo la veo.

Me quedé en silencio. No quise llenar el aire con palabras vacías. Solo asentí.

—También me dijo que estás divorciado —añadí, con cuidado.

Él soltó el aire lentamente.

—Mi ex se cansó de esto. De mí. De los caballos, el barro, el trabajo duro. Quería una vida con más luces y menos polvo.

—¿Y tú?

—Yo quería esto. Siempre lo quise. Así que la dejé ir.

Después de pasear por las tierras y compartir ese silencio cargado de significado con Cole, regresamos al establo para dejar a Biscuit. Él se movía con una soltura envidiable, como si todo el rancho fuese una extensión de su propio cuerpo. Mientras la yegua comía heno, nos dirigimos hacia la casa de los Whitaker, que se levantaba imponente en la colina cercana.

La piedra caliza en las paredes reflejaba el sol con una calidez acogedora. Grandes ventanales dejaban entrever el interior luminoso y amplio, con muebles de madera oscura y detalles rústicos que hablaban de tradición y familia. Cole abrió la puerta con una llave antigua y nos adentramos en un hogar que parecía guardar más de un secreto.

En la cocina, el aroma a especias y carne asada flotaba en el aire, prometiendo una comida casera de esas que no se olvidan. Maggie, la madre de Cole, nos recibió con un abrazo fuerte y una sonrisa que iluminó la habitación. Jessie y Emily estaban ya en la mesa, charlando y riendo, mientras Logan ayudaba con algunos platos.

—¡Maddie! —exclamó Maggie, mientras me abrazaba— Me alegra tanto verte por aquí.

—Gracias por invitarme, Maggie. Todo huele delicioso.

Nos sentamos alrededor de la mesa, con platos llenos de guiso de carne, pan fresco y ensalada de maíz. El ambiente era cálido, como si la familia Whitaker me estuviera aceptando poco a poco, paso a paso.

—¿Puedo preguntar qué le trae a una urbanita neoyorquina como tú a este pequeño pueblo de Texas? —preguntó Logan, entre bocado y bocado.

—Solo desconectar de la ciudad —respondí, mirando a todos—. Caroline me dijo que lo necesitaba. Y, bueno, acepté que así era.

—Si es por un hombre —dijo Maggie con picardía—, seguro que se te pasa pronto. En Sweetridge encontrarás al hombre adecuado, ya verás.

Me reí, negando con la cabeza.

—No lo creo.

—Hazle caso a mi madre —intervino Logan con una sonrisa—. Es una detective del amor de lo más eficiente. Si cree que puedes encontrar el amor en Texas, seguro que lo encuentras.

Miré disimuladamente a Cole, que me devolvió la mirada con una leve sonrisa en los labios. El corazón me dio un vuelco y traté de no parecer demasiado evidente.

Después de la comida, Maggie preparó café y nos sentamos en el porche a disfrutar de la brisa y el paisaje que nos rodeaba. Hablamos de proyectos, de sueños, de la vida que cada uno había elegido o le había sido impuesta.

Cuando llegó la hora de despedirme, todos salieron conmigo hasta la puerta. Cole se quedó un poco atrás, como si no quisiera que la despedida terminara.

—Espero verte pronto —dijo, mientras me acompañaba al coche.

—Posiblemente vaya a la taberna de Jack dentro de un par de noches —respondí, sonriendo.

—Entonces te veré allí —asintió.

Me subí al todoterreno con el corazón latiendo con fuerza. Mientras arrancaba y miraba por el retrovisor, pensé que ojalá ese “pronto” se hiciera realidad.

Mientras el todoterreno avanzaba por el camino de tierra que conducía al rancho, la tarde me envolvía en su silencio, interrumpido solo por el motor y el susurro del viento entre los árboles. El recuerdo de todo lo que había vivido este día seguía fresco y vivo en mi mente: las risas, el calor de la mano de Cole al ayudarme a subir sobre Biscuit, la chispa que sentí cada vez que nuestras miradas se cruzaban.

Me acomodé en el asiento, respirando profundamente, tratando de ordenar todos esos sentimientos que me revoloteaban dentro. No podía negar que estaba sorprendida por la intensidad de la conexión y, para qué me iba a mentir, por lo mucho que deseaba conocerlo más allá de la noche que le conocí en la taberna y de nuestro día por sus tierras.

El día había acabado con la promesa de que el próximo encuentro con Cole Whitaker no tardaría en llegar. Y yo, mientras me recostaba, supe que este verano en Texas estaba a punto de cambiar mi vida para siempre.

Capítulo 8



Cole

Logan y yo bajamos de la camioneta justo cuando el cielo sobre Sweetridge empezaba a teñirse de ese azul profundo que anunciaba la llegada de la noche. El sonido de música country escapaba por las ventanas de la taberna de Jack, mezclado con las risas, el golpeteo de botas contra la madera y el inconfundible murmullo de una noche animada.

No solía venir muy a menudo. No desde hacía un tiempo. Pero esa noche... sabía que ella estaría allí.

—¿Estás seguro de que te apetece, hermano? —me preguntó Logan, bajando su gorro mientras caminábamos hacia la puerta.

—Lo suficiente como para salir del rancho por una noche —respondí sin mirarlo.

Empujamos la puerta, y una oleada de calor, cerveza y música nos envolvió al instante. Mis ojos recorrieron el lugar con la familiaridad de alguien que lo conocía bien, pero mi mirada se detuvo en cuanto la vi.

Maddie estaba junto a las chicas, Jessie, Emily y Hailey. Maddie se reía con la cabeza echada hacia atrás, el cabello suelto en ondas con ese color castaño y algún destello cobrizo cayéndole por los hombros. Llevaba una

camisa de cuadros anudada por encima del ombligo, unos shorts vaqueros que le abrazaban las caderas con descaro y esas malditas botas que hacían que cada paso suyo fuera una provocación.

Joder. No sabía si era el conjunto, la forma en que se movía o esa maldita sonrisa suya… pero me atrapó. Como una tormenta silenciosa que no veías venir hasta que estabas empapado.

Me acerqué, levantando el sombrero en un gesto vaquero clásico, y le dediqué una sonrisa ladeada.

—Buenas noches, señorita Turner.

Ella se giró al oír mi voz, y su sonrisa se ensanchó como si acabara de encontrar lo que buscaba.

—Vaya, Whitaker... llegas justo a tiempo.

Y antes de que pudiera decir otra palabra, me cogió de la mano y me arrastró directamente a la pista de baile. Sentí la risa de Logan detrás de mí y la voz de Jessie exclamando algo, pero todo desapareció cuando la tuve cerca.

Su cintura era estrecha bajo mis manos, su piel suave, caliente. Noté cómo se erizaba al contacto, y no supe si fue por la música o por mí. Bailaba con gracia, sensualidad, y cada vez que se giraba y me rozaba, algo dentro de mí se tensaba.

Maldita mujer.

No podía dejar de mirarla. Esa forma en que movía las caderas, la manera en que su pelo le rozaba el rostro y se lo apartaba con una mano mientras me miraba con esos ojos verdes que parecían desafiantes, dulces y

peligrosos a la vez. Quería besarla allí mismo, sin que me importara quién mirara.

La canción terminó y volvimos con el grupo entre risas. El siguiente evento fue el concurso de cerveza, y por supuesto, las chicas se apuntaron como si fueran las campeonas de un rodeo.

Jessie ganó, por muy poco, pero lo celebró como si hubiera ganado un torneo nacional. Logan, con una ceja arqueada y cara de pocos amigos, se acercó a ella.

—Se acabaron las cervezas por esta noche —le dijo—. Empiezas con los refrescos.

—Estoy perfectamente —protestó Jessie, dándole un trago largo a su botella—. Y si no me crees, te lo demuestro.

Sin esperar respuesta, lo agarró por la camisa y lo sacó a bailar. Logan resopló, pero fue. Nunca podía decirle que no a Jessie, por más que se empeñara en ocultarlo.

Me senté con Maddie en uno de los sofás que daban al fondo de la taberna, en una esquina algo más apartada. Había risas, música y movimiento por todos lados, pero con ella allí, tan cerca, todo pareció calmarse.

Apoyé el brazo en el respaldo del sofá y, sin darme cuenta, mis dedos empezaron a acariciarle el brazo desnudo. Su piel era como seda caliente, y cuando me acerqué un poco más, pude notar su perfume, ese toque floral que parecía no encajar con este lugar y que, sin embargo, en ella, tenía sentido.

April apareció con dos cervezas y una sonrisa que ya conocía demasiado bien. La forma en que me miraba y me rozaba el hombro era descarada,

pero yo apenas le presté atención. Mis ojos estaban clavados en Maddie.

—¿Te estás adaptando a la vida rural o echas de menos Manhattan? —le pregunté, mientras jugaba con la etiqueta de la botella.

Ella me miró por el rabillo del ojo con una sonrisa suave.

—Contra todo pronóstico, me gusta. Cuando llegué, con ese calor insoportable y los bichos por todos lados, pensé que no duraría ni una semana, pero ahora podría acostumbrarme e incluso… disfrutarlo.

—¿Y el rancho?

—Cada día me gusta más. Aunque no lo creas… me siento más yo aquí.

La observé un segundo. Esa sonrisa, esa forma de decir las cosas como si no tuvieran peso y, sin embargo, me golpeaban directo en el pecho.

Me incliné y, con la yema de los dedos, le acaricié suavemente la barbilla.

—Tienes la sonrisa más bonita que he visto en mi vida, Maddie.

Ella tragó saliva y ladeó la cabeza.

—¿Estás intentando ligar conmigo, Cole? ¿O solo llevarme a la cama?

La miré a los ojos.

—¿Tú qué crees?

—Creo que es lo segundo —susurró—. Y si es el caso… no me importaría.

El aire entre nosotros se volvió denso, cargado. Me acerqué a su oído, dejando que mi voz bajara un par de octavas.

—Entonces vámonos.

Vi cómo tragaba de nuevo, pero esta vez no dudó. Se levantó y me lanzó una mirada que no necesitaba traducción.

Me giré, encontré a Logan al otro lado de la sala y, con una simple mirada, él supo lo que estaba pasando.

Salimos de la taberna sin decir más.

Ella caminaba delante de mí con paso seguro, el vaivén de sus caderas recortado por las luces de la taberna detrás. Maddie tenía algo que desarmaba cualquier defensa que me quedara: la forma en la que sabía exactamente lo que hacía, pero sin perder un ápice de naturalidad. Como si el deseo le naciera sin esfuerzo, como si en su andar llevara consigo una promesa muda de lo que vendría después.

Nos subimos a mi camioneta sin decir palabra.

Durante los primeros minutos, solo se oía el ronroneo del motor y el canto lejano de los grillos. Ella miraba por la ventana con una sonrisa suave, casi distraída, pero sus piernas se cruzaban y descruzaban de forma lenta, deliberada. Yo, de reojo, la contemplaba sin disimulo. Esa mujer tenía algo que podría provocar un incendio... y yo ya estaba ardiendo.

Cogí el desvío hacia el viejo camino de tierra que bordeaba el arroyo. Entre los árboles, lejos de cualquier mirada, el cielo tejano se abría en un mar de estrellas tan vasto que, por un momento, pensé que todo podía detenerse allí. Apagué el motor y el silencio lo llenó todo, denso, expectante.

Ella se giró hacia mí.

—¿Siempre traes a las chicas a este lugar? —preguntó con una sonrisa torcida, en un susurro cargado de ironía y algo más oscuro.

—Nunca traje a nadie aquí —respondí. Y era verdad.

Maddie me sostuvo la mirada unos segundos, como si midiera la distancia entre nosotros… pero no esperó más. Se inclinó hacia mí y me besó. Y no fue un beso cualquiera. Fue uno de esos que te partían en dos. Que empezaban suaves, pero enseguida se volvían hambrientos. Que te mordían el alma.

Sus manos se enredaron en mi nuca, tirando apenas del cabello. La forma en que sus labios se abrían, cómo su lengua buscaba la mía sin permiso… Me hacía sentir como si ella ya supiera cada parte de mí que estaba dispuesto a entregar.

La toqué sin pensar, con la urgencia de quien se había contenido demasiado. La cintura, el muslo, su espalda caliente bajo la tela fina. Maddie tembló al contacto, como si la piel se le encendiera bajo mis dedos. Su respiración se aceleró, y la mía no tardó en seguirle el ritmo.

Se rio bajo, contra mi boca.

—Estás temblando —murmuró, y no supe si se refería a ella o a mí.

Nos movimos como dos cuerpos atrapados en una tormenta, sin dirección, solo impulso. Ella se sentó sobre mí, sus rodillas a cada lado de mis caderas, sus ojos fijos en los míos. Su camisa se abrió sin esfuerzo, los botones cediendo uno a uno bajo mis dedos torpes. La tela cayó a los lados, revelando su piel como si la noche hubiera esperado este momento para volverse más oscura, más íntima.

Le desabroché el sujetador mientras ella deslizaba mi camisa hacia abajo, bajando con las uñas en una caricia que me hizo estremecer, dibujando líneas de fuego en mi pecho. Me tocaba como si supiera lo que buscaba. Como si mi cuerpo fuera un secreto que había estado esperando ser leído.

—Estás tan jodidamente sexy —susurré contra su cuello, sintiendo su pulso desbocado.

Ella se arqueó sobre mí, con la cabeza hacia atrás y un suspiro escapándosele de los labios.

—Y tú estás más bueno de lo que admites —dijo con una risa ronca que me desarmó.

La tumbé sobre el asiento trasero, rodeados del olor a cuero, polvo y calor humano. Nuestros cuerpos se buscaron con una urgencia casi violenta, pero detrás de cada movimiento había una ternura salvaje, una necesidad de saberse real, carne contra carne, respiración entrecortada, gemidos que se perdían en la espesura.

Lamí y besé cada rincón de piel que encontraba, separé sus piernas y hundí el rostro entre ellas, la miré y vi el deseo en sus ojos, la necesidad. No lo dudé y llevé mi lengua a su centro, lamiendo entre sus pliegues mientras ella temblaba y gemía.

La llevé al orgasmo con mi lengua, mis labios y mis dedos penetrándola. Maddie se corrió con un grito ahogado y el cuerpo tembloroso, y yo comencé a cernirme sobre ella mientras dejaba besos breves por su cuerpo.

Cada centímetro de su piel parecía tener voz propia, y yo escuché cada palabra con mis labios, con mis manos, con mi cuerpo entero.

Nos miramos a los ojos durante unos segundos; buscaba algo que me dijera que no quería que siguiera, pero en ese momento ella misma me

atrajo hacia sus labios con la mano enredada en mi cabello, y el hambre de su beso unido al modo en el que movía sus caderas, rozando su sexo húmedo y caliente contra mi erección dura y palpitante, fue suficiente respuesta.

El calor era brutal, pegajoso, denso, y, sin embargo, no queríamos menos. Queríamos más, más de esa conexión, más de esa locura que parecía querer tragarnos. El asiento crujía bajo nosotros, y el cristal se cubría de vaho. No sabíamos si era sudor o deseo lo que nos envolvía, pero daba igual.

Lo único cierto era que, durante ese rato, no existió nada más que ella. Que sus ojos ardiendo, sus caderas encontrando el ritmo perfecto, su boca abierta en un gemido ahogado y yo, sosteniéndola, adorándola, cayendo sin red, éramos lo que importaba.

Después, con la respiración aún entrecortada y el cuerpo exhausto, la abracé. Ella apoyó la cabeza en mi pecho, y por un rato, solo fuimos dos cuerpos latiendo al mismo ritmo.

Escuchamos el murmullo del agua cerca del arroyo, los árboles moviéndose con el viento y nuestros silencios hablando de lo que no podíamos nombrar.

Nos vestimos sin decir nada. Ella con movimientos lentos, yo con las manos temblorosas. El deseo seguía ahí, agazapado, pero sabíamos que, por ahora, bastaba.

La llevé hasta su rancho, y cuando la dejé frente a la puerta, no prometimos nada, solo nos miramos y en esa mirada, en ese beso breve, quedó la promesa implícita de que esa noche no iba a ser la última.

Me quedé en la camioneta un rato, con los nudillos apoyados en el volante y la cabeza hecha un torbellino.

Esa mujer era un incendio. Y yo ya estaba ardiendo desde dentro.

Capítulo 9



Cole

El sol apenas asomaba sobre las colinas cuando salí del establo con las botas cubiertas de polvo y el sombrero calado bajo. El aire olía a tierra caliente, a heno recién cortado y a algo más… algo que no encajaba.

Logan me esperaba cerca del corral, apoyado en la valla con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Tenemos un problema —dijo sin rodeos—. Tres reses tiradas al otro lado del campo norte. Dos apenas se mueven. Una... no creo que llegue a mediodía.

No perdí tiempo. Subimos a la vieja *pick-up* y atravesamos los pastos levantando una nube de polvo tras nosotros. Cuando llegamos, el cuadro era más que preocupante. Dos vacas estaban tendidas, jadeando, los ojos vidriosos. La tercera, una de las más jóvenes, tenía espuma en la boca y un temblor que le sacudía el cuerpo entero.

Me agaché, revisando sus encías, su aliento. El corazón me apretó el pecho.

—Esto no es fiebre ni algo que hayan comido en mal estado —murmuré.

—¿Quieres que llame a Hank? —preguntó Logan.

Asentí. Solo había un hombre en todo el condado que conocía cada animal casi mejor que sus dueños: el Dr. Hank Sullivan.

En menos de media hora, llegó con su hija Hailey, ambos con las camisas arremangadas y la camioneta cargada de equipo. Hank se agachó junto a la res más grave, revisándola con ese gesto tan suyo, mezcla de concentración y compasión.

—Parece intoxicación —dijo al cabo de unos minutos—, pero necesito extraer sangre para confirmar. Hailey, prepárate.

La joven Sullivan se movía rápido, precisa. Tomaba notas, inyectaba sueros, marcaba las reses con cintas rojas para que las vigiláramos. Mientras tanto, Hank explicó que podría tratarse de un veneno en el agua o incluso algo ingerido por accidente si las reses habían salido del área habitual.

—Mantenedlas hidratadas, vigilad su respiración y temperatura. Si hay cambios, llamadme. Esta noche tendré los primeros análisis.

Asentí. Logan y yo nos quedamos mirando a las reses cuando se marcharon. No dije nada, pero por dentro, el nudo en el estómago no se soltaba.

Después del mediodía, nos reunimos en la cocina de la casa principal. Mi madre nos esperaba con una cazuela de chili, pan de maíz recién hecho y esa expresión que decía que sabía más de lo que contábamos.

—¿Cómo están? —preguntó en cuanto nos sentamos.

—Débiles, pero estables. Hailey y Hank creen que es envenenamiento. Están haciendo análisis —respondí, sirviéndome un vaso de agua fresca.

Mi madre frunció el ceño, removiendo la olla con más fuerza de la necesaria.

—Ese arroyo no ha dado problemas nunca…

—Hasta ahora —dijo Logan en voz baja.

El resto de la comida pasó entre silencios pesados y frases cortas. Pero mi mente estaba en otro lugar. No podía dejar de pensar en ella, en Maddie Turner.

Dos noches atrás, la había tenido en mis brazos, en mi camioneta, bajo las estrellas. No era solo deseo lo que sentía por ella. Era algo más profundo, más incómodo. Una especie de atracción que me pellizcaba por dentro, como si el mundo se inclinara cada vez que estaba cerca.

No podía seguir con la cabeza en eso, no mientras tenía ganado enfermo y hectáreas que cuidar. Así que decidí despejarme.

Después de comer salí de la casa y fui hacia los establos. Ensillé a Thunder, mi semental negro, fuerte, orgulloso y temperamental. Necesitaba aire, distancia, algo que me alejara del nudo que sentía apretándome el pecho.

Tomé el sendero que bordeaba el arroyo. El sol ya estaba alto y los rayos se filtraban entre los árboles como flechas de fuego. El aire olía a tierra mojada y hojas. Y entonces… la vi.

Maddie estaba con sus sobrinos, Ethan y Lila, cerca del agua. Reían, salpicaban, recogían piedras planas para hacerlas rebotar. Ella llevaba un vestido veraniego claro, con las botas puestas y el cabello recogido de cualquier manera. El viento jugaba con unos mechones sueltos que le caían sobre la cara. Era una visión.

Sin pensarlo mucho, guie a Thunder hacia la zona baja del arroyo, donde el agua apenas me llegaba a los estribos. El caballo resopló, pero cruzó con paso firme. Maddie se giró al escuchar el chapoteo, y en cuanto me vio, sonrió.

Y yo… yo no pude evitar sonreír también. Me bajé del caballo justo cuando los niños corrieron hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Cole! —gritaron al unísono.

Los levanté a ambos, uno en cada brazo, mientras reían como locos.

—Tía Maddie, él es Cole, el vecino —dijo Lila.

—Y amigo de papá —añadió Ethan.

Maddie me miró. Había algo distinto en sus ojos. Como si la noche en la camioneta siguiera latiendo entre nosotros.

—Ya conozco a vuestra tía —dije, con una sonrisa ladeada—. Es difícil no notar a alguien como ella.

Maddie se sonrojó, se colocó algunos mechones de pelo tras la oreja y se agachó a mojarse las manos en el arroyo.

Pasamos un rato ahí, entre juegos con los niños, bromas, risas y miradas que decían más de lo que nos atrevíamos a poner en palabras. La observé jugar con Lila, ayudar a Ethan a atrapar renacuajos y reírse cuando Thunder intentó beber del sombrero que uno de ellos dejó tirado.

Me acerqué a ella justo cuando los niños se alejaron corriendo.

—¿Te apetece salir a cenar esta noche?

Ella me miró, sorprendida. Después sonrió.

—Me encantaría.

—¿A las ocho?

—A las ocho.

Me subí al caballo, y mientras Thunder se alejaba al trote, escuché a los niños gritar.

—¡Adiós, Cole!

Yo levanté la mano y me giré una última vez.

Ella seguía ahí, de pie junto al agua, con el sol dándole de lleno y esa sonrisa que se me quedó grabada.

Maddie Turner, esa mujer estaba metiéndose en mi vida sin permiso y yo no estaba seguro de querer echarla.

Había algo en el aire aquella noche cuando recogí a Maddie en su casa. El crepúsculo teñía el cielo con tonos anaranjados y rosados, y el aroma a tierra mojada tras la tormenta de la tarde todavía flotaba en el ambiente. Los grillos ya habían empezado su canto, y las hojas brillaban con los restos de humedad, como si la tierra misma quisiera limpiarse para comenzar de nuevo.

El motor de la camioneta ronroneaba bajo mis manos mientras esperaba frente a su porche. Me miré en el retrovisor y me pasé la mano por el cabello, como si eso sirviera de algo. Llevaba una camisa azul oscuro, limpia, planchada, y un par de vaqueros que no habían visto el polvo del

corral en todo el día. Para cualquiera podría parecer una salida normal, pero yo sabía que no lo era.

La puerta de su casa se abrió, y entonces la vi.

Maddie bajó los escalones con una gracia tranquila, vestida con unos vaqueros ajustados, una blusa blanca sencilla que le dejaba los hombros al descubierto y un par de botas cortas. El cabello suelto le caía como una cascada oscura por la espalda. Sonreía, y juro que el nudo en mi garganta se hizo más fuerte.

—Hola, forastero —dijo, al llegar al lado de la camioneta.

—Más bien tú eres la forastera —le respondí, abriéndole la puerta—, pero te lo paso solo porque te ves... —La miré de arriba abajo, dejando que lo notara— Increíble.

Ella rio, divertida, con esa risa que no sabía si me provocaba paz o me desarmaba por completo.

Nos alejamos del rancho por el camino de tierra que llevaba a la taberna de Jack, ese viejo establecimiento de madera con faroles colgados en el porche, buena comida y mejor café. Era uno de esos lugares donde el tiempo parecía haberse detenido.

Durante el trayecto, hablamos de todo y de nada. Ella me contó cómo el clima en Manhattan la volvía loca en primavera, y yo le conté que aquí las estaciones tenían nombres, pero no siempre cumplían con lo que prometían. Reímos. Me encantaba cómo sus ojos se iluminaban cuando hablaba, cómo podía pasar de una historia graciosa a una profunda sin que se le rompiera la voz.

Nos detuvimos en el aparcamiento de tierra de la taberna. El lugar estaba iluminado con faroles amarillos, y las risas salían por las ventanas abiertas.

El sonido de una guitarra resonaba desde el interior. Entramos, y como era de esperarse, todas las miradas se giraron hacia nosotros.

En un pueblo pequeño, cualquier novedad se volvía noticia y Maddie, era más que una novedad, era como traer primavera en el invierno.

Nos sentamos en una mesa del fondo, bajo una ventana abierta por donde entraba el aroma a pino y el murmullo de la noche. Jack, el dueño, nos saludó con un gesto de cabeza desde detrás de la barra. Una de las camareras nos dejó los menús, aunque yo ya sabía lo que iba a pedir: estofado de carne con pan de maíz. Ella eligió una ensalada con pollo y una copa de vino blanco.

—Muy sofisticado para este tugurio —le dije, con una ceja arqueada.

—Lo sé —respondió, riendo—, pero una tiene que mantenerse fiel a sus costumbres.

—Bueno, yo solo espero que no te ofenda que coma como un vaquero.

—Lo haría si no fuera lo más sexy que he visto esta semana.

Tragué saliva. No supe si era el vino, la luz de las velas o la forma en que me miraba, pero algo en mí se agitó. Volvimos a reír. Esa noche, todo fluía.

Hablamos de su antigua vida en Nueva York, de las cosas que más echaba de menos, como los *bagels* y los taxis, y de las que no, como el ruido constante y la gente corriendo a todas partes. Yo le hablé del rancho, de lo que había significado para mi padre, y de cómo a veces sentía que nunca sería suficiente para mantenerlo a flote.

—¿Y lo eres? —preguntó, seria, mirándome como si intentara leerme por dentro.

—No lo sé —le respondí, con honestidad—, pero lo intento cada día y creo que eso es lo único que puedo hacer.

Ella asintió, y sin decir palabra, estiró la mano sobre la mesa y cogió la mía. Sus dedos eran cálidos, suaves. Sentí algo en el pecho que no supe nombrar.

Y justo en ese instante, April apareció.

Capítulo 10



Cole

La vi venir desde el otro lado del salón, con esa sonrisa ladeada que conocía bien. Llevaba el uniforme del bar: una camiseta ajustada, vaqueros bajos y el cabello recogido en una coleta alta.

—Bueno, bueno… mira quién ha salido del rancho esta noche —dijo, apoyándose con descaro en el respaldo de mi silla.

—Hola, April —respondí, sin soltar la mano de Maddie.

—Me alegro de verte de nuevo… Maddie, ¿cierto? —dijo, girándose hacia ella—. He oído hablar mucho de ti. Todo el pueblo lo ha hecho.

—Supongo que en un pueblo tan pequeño es fácil hacerse notar —dijo Maddie, con una sonrisa que no era del todo dulce.

April soltó una risita falsa, me lanzó una mirada rápida y se fue con un movimiento de caderas tan exagerado que rozaba lo cómico. Maddie se quedó mirando su espalda por un segundo, luego me miró a mí.

—¿Ella y tú...?

—Sí —dije—, y no.

Ella rio, y el momento tenso pasó.

La cena continuó entre risas, bromas sobre las diferencias entre la ciudad y el campo, y pequeñas confesiones. En un momento, ella me habló de su ex, de lo difícil que fue salir de esa relación, de cómo había perdido la confianza en sí misma. Yo escuché, atento, y cuando terminé mi cerveza, sentí que la conocía un poco más y la admiraba más aún.

—Tengo que ir al baño —dije, levantándome—. No te vayas.

—No me iría, aunque quisiera. Este pan de maíz está demasiado bueno.

Caminé por el pasillo que llevaba al fondo del local, donde estaban los baños. Entré, y al salir, vi a quién menos quería ver esperándome, apoyada contra la pared. Era April.

—¿En serio? —pregunté, sin ocultar mi fastidio.

—¿Ya te has olvidado de mí, Cole? —dijo en voz baja, con un brillo peligroso en los ojos— ¿Tan fácil te ha resultado?

—April…

—¿Es que ahora estás entretenido con la novedad del pueblo? ¿Eso es todo lo que soy para ti ahora? ¿Una historia vieja?

La miré, exhalando con paciencia.

—Tú y yo sabíamos lo que era. Solo sexo. Nunca hubo promesas, nunca hubo más que eso. Y ahora… ahora hay otra cosa. No te debo explicaciones, pero te las doy porque sé que esto duele.

Ella bajó la vista, luego se cruzó de brazos, mordiéndose el labio inferior.

—Te gustaba cómo te hacía sentir.

—Me gustaba, pero ya no me basta —le dije, con la voz firme.

La dejé allí, en medio del pasillo, con la sombra de una historia que nunca fue amor. Regresé a la mesa, y Maddie me sonrió. No preguntó nada, pero sus ojos lo sabían todo.

—¿Nos vamos? —pregunté.

Ella asintió, dejando la servilleta sobre el plato. Me levanté y le tendí la mano.

Salimos al aire fresco y la guie hacia el todoterreno sin decir una palabra. No hacía falta. Su mano en la mía bastaba, su respiración era todo el diálogo que necesitaba. Encendí el motor, y el ronroneo grave del motor rompió el silencio denso que nos rodeaba como una niebla espesa de anticipación. En ese momento sentí que algo había cambiado.

No era solo deseo lo que sentía por Maddie. Era algo más. Algo que empezaba a hacerme pensar en raíces y no en huidas.

Conduje por el mismo camino que habíamos recorrido aquella otra vez, cuando aún fingíamos que podíamos resistirnos. La zona del arroyo nos recibió como un viejo confidente, entre árboles altos y sombras que se alargaban como dedos sobre la tierra húmeda. Aparqué el vehículo junto al árbol de tronco retorcido que parecía haber sido testigo de todo y apagué el motor.

El mundo se detuvo.

Ella me miró, sus ojos tan abiertos, tan llenos de algo que no era miedo ni duda, sino hambre. Hambre por mí.

Me acerqué. El aire entre nosotros vibraba. Ni siquiera recordaba quién se movió primero; solo sabía que, en un segundo, nuestras bocas estaban encontrándose con una urgencia que me hizo temblar hasta los huesos. No era un beso suave. Era una embestida, una rendición y una conquista al mismo tiempo. Ella sabía exactamente cómo tocarme, cómo besarme. Como si hubiéramos estado esperando toda la vida este momento.

—Cole… —susurró contra mi boca, como si decir mi nombre le doliera y al mismo tiempo la salvara.

Le acaricié el rostro, mi pulgar siguiendo el contorno de sus labios hinchados. Bajé la mano por su cuello, lento, firme. Cada centímetro de su piel me hablaba en un idioma que solo yo entendía. Su pulso latía frenético bajo mi palma.

No esperé más. Sostuve su rostro entre mis manos y volví a besarla, más profundo esta vez, como si con ese beso pudiera grabarme en su memoria. Ella gimió, apenas un susurro que me recorrió la columna como un relámpago. Sentí sus dedos en mi espalda, deslizándose bajo la tela de mi camisa, arañándome con suavidad, como si quisiera marcarme, como si me dijera: “eres mío ahora”.

La llevé hasta el árbol, donde el arroyo corría a unos pasos. El agua cantaba bajo la luna, el murmullo perfecto para lo que estábamos a punto de hacer.

La apoyé contra el tronco rugoso, y ella se arqueó hacia mí como una llama buscando más oxígeno. Nuestros cuerpos hablaban un idioma antiguo, uno que no necesitaba traducción. Mis labios recorrieron su cuello, bajaron por su clavícula y su piel se erizó al contacto. Cada caricia era una promesa incumplida. Cada roce, una amenaza de rendición.

Le desabroché la camisa lentamente, como si cada botón fuera un secreto revelado. Su piel se encendía bajo mis dedos. No había vergüenza en sus

ojos, solo deseo puro, crudo. Me dejó explorarla, me dejó perderme en ella.

—Te quiero así —le dije, con la voz ronca—. Sin defensas. Sin miedos.

Sus manos bajaron por mi pecho, urgentes, temblorosas, me despojó de la camisa y me besó allí, justo sobre el corazón, como si supiera que ese era el punto más vulnerable de mi cuerpo. Cerré los ojos y por un momento no supe si era el viento o ella quien me hacía estremecer.

Nos desnudamos con una torpeza dulce, como si nos quemáramos al tocarnos. No había prisa, y al mismo tiempo no podíamos esperar. El mundo se había reducido a su piel, a sus labios, a sus gemidos ahogados en mi cuello.

La recosté sobre la manta que había traído en la parte trasera de la camioneta, justo al borde del arroyo. La hierba era suave y húmeda bajo nosotros, y el cielo abierto parecía mirarnos con complicidad. La luna era una espectadora muda mientras nos enredábamos.

Hicimos el amor como si fuéramos los únicos seres humanos sobre la tierra. Como si todo antes de ese momento hubiera sido un ensayo para esto. Cada movimiento era una danza entre el deseo y la ternura. La forma en que sus piernas se entrelazaban con las mías, cómo sus manos se aferraban a mis hombros, cómo me llamaba por mi nombre mientras se perdía en mí… Eso no era lujuria, eso era una necesidad.

Me detuve un momento solo para mirarla. Tenía el cabello desordenado sobre la manta, su pecho subía y bajaba con respiraciones agitadas y sus labios estaban entreabiertos.

—Eres preciosa —le dije, porque era una verdad que necesitaba ser dicha.

Ella se sonrojó, pero no apartó la mirada. Al contrario, me la sostuvo con una intensidad que me desarmó.

—Hazme tuya —susurró—. Por completo.

Y lo hice.

Volví a besarla y la penetré con fuerza, haciendo que Maddie gritara y clavara sus uñas en mi espalda. Encajábamos a la perfección, nos movíamos al unísono y nos dejábamos llevar por el deseo, la pasión y la urgencia de sentirnos.

Horas más tarde, aún desnudos bajo la manta, escuchamos el canto lejano de los grillos. Ella estaba recostada sobre mi pecho, y sus dedos dibujaban círculos perezosos en mi piel. El agua seguía fluyendo cerca, constante y tranquila, como si el mundo no hubiese cambiado, pero para mí, sí lo había hecho.

Porque esa noche, bajo la sombra del árbol, junto al arroyo, con la luna como única testigo, no solo nos habíamos entregado el uno al otro, nos habíamos pertenecido.

No pude evitar rozar su frente con mis labios. Cerré los ojos y respiré hondo, grabándome su aroma, su calor, su presencia. Me sentí completo por primera vez en mucho tiempo. Me sentí humano.

—¿Y ahora qué? —preguntó, en voz baja, como si temiera romper el hechizo.

No supe qué responder al principio, porque lo que sentía era demasiado grande, demasiado real y me asustaba. Me aterraba la idea de perderla. Me aterraba más la idea de no haberla conocido nunca.

—Ahora... —dije al fin— Ahora ya no hay marcha atrás.

Ella asintió, y volvió a recostarse sobre mí. El silencio que siguió no fue incómodo, fue denso y lleno de significados.

El sol estaba empezando a asomar cuando nos vestimos en silencio. No hacía falta hablar. Habíamos dicho todo lo importante con nuestras manos, nuestros labios, nuestros cuerpos.

La ayudé a subir a la camioneta y volví a ponerme al volante. El camino de regreso al rancho fue largo, pero no por la distancia. Lo fue por todo lo que cargábamos ahora.

Habíamos cruzado una línea invisible.

Cuando aparqué frente a la casa, ella me miró. Sus ojos estaban brillantes, su boca sonreía, pero había algo más en su expresión. Algo vulnerable. Algo que me hizo querer jurarle que nunca la dejaría.

Se bajó del todoterreno con una gracia silenciosa. Antes de entrar, se giró para mirarme una vez más. Esa mirada fue un anzuelo que se me clavó en el alma.

Y cuando se perdió tras la puerta, me quedé allí, solo, con las manos aún calientes por su cuerpo, con el corazón palpitando como si acabara de correr una maratón.

Apoyé la frente contra el volante y respiré hondo.

Sabía lo que significaba esto. Sabía que ella iba a ser mi perdición. Pero también sentía, con cada maldito latido de mi pecho, que era mi salvación.

Y lo peor, o lo mejor, era que ya no pensaba dejarla ir.

Capítulo 11



Maddie

El sol aún no terminaba de asomarse cuando me puse las botas. La madera del porche estaba húmeda por el rocío, y el aire olía a tierra, a heno, a mañanas viejas y sinceras. Me pasé los dedos por el cabello aún húmedo por la ducha, mientras el recuerdo de la noche anterior se colaba en mi mente como una ráfaga inesperada.

Cole…

Su nombre parecía tener vida propia dentro de mí, como si cada letra llevara consigo la memoria de sus caricias, sus palabras, esa mirada suya que parecía desnudarme más allá de la ropa.

No era solo deseo lo que me agitaba el pecho, era otra cosa. Algo que no sentía desde hacía mucho. Algo parecido a… ¿Esperanza?

Apreté los dientes y bajé los escalones hacia el corral. El día apenas comenzaba, y tenía trabajo que hacer. Necesitaba ocupar las manos, ensuciarme un poco, para no pensar tanto.

El rancho de Caroline y Daniel era grande, y en verano siempre se multiplicaban las tareas. Me ofrecí a ayudar en los establos, más por necesidad emocional que por otra cosa. No quería quedarme encerrada,

pensando en lo que sentí cuando vi a Cole con mis sobrinos… esa punzadita en el pecho, justo allí, donde creía que ya nada podía florecer.

Y, sin embargo, ahí estaba. Esa imagen: él levantando a los niños en brazos, riendo con ellos, tan natural, tan él… Tan capaz de hacerme olvidar que alguna vez alguien me rompió en pedazos.

Cogí el rastrillo y empecé a limpiar la paja sucia del establo. El sonido de los caballos resoplando, las moscas zumbando en el aire, el crujido de la madera al pisar… todo me resultaba extrañamente reconfortante. Como si ese lugar me abrazara sin palabras.

A lo lejos, escuché voces. Risas. Murmullos de hombres y el inconfundible sonido de cascos golpeando el suelo. Me limpié las manos en los pantalones y salí hacia la zona de entrenamiento, justo a tiempo para ver a todos los empleados del rancho reunidos.

Ray, Mike, TJ, Nate, Jonas, Big Will, Derek, Eli, Chris y Tyler estaban apostados en semicírculo, observando con atención la figura de mi cuñado Daniel, que galopaba con destreza sobre uno de sus caballos. Su sombrero se mantenía firme, su postura recta. Parecía una postal del viejo oeste, una de esas imágenes que solía ver de niña en las películas que a mi padre tanto le gustaban.

—Buenos días, señorita Turner —me saludó Nate Rivers con su eterna sonrisa encantadora—. ¿Madrugando otra vez?

—Alguien tiene que ganarse el desayuno —le respondí, intentando sonar ligera—. Y, por favor, llámame Maddie. ¿Está adiestrándolo? —pregunté señalando a mi cuñado con la cabeza.

Nate se acomodó el sombrero y se acercó un poco.

—Dentro de unos días habrá un rodeo en el pueblo; Daniel entrena para él.

Levanté las cejas, interesada.

—¿Un rodeo?

—Sí. Daniel va a participar y algunos de nosotros también… incluso los muchachos del rancho de *Iron Creek*.

Tragué saliva. No podía evitar que una imagen surgiera en mi mente: un jinete volando por los aires, golpeando el suelo con violencia. Las imágenes de los rodeos en televisión no eran nada tranquilizadoras.

—Y… ¿Cole? —pregunté, antes de poder detenerme.

Nate asintió con una media sonrisa.

—Él también. Y Logan. Siempre compiten juntos. Son buenos… muy buenos.

Sentí un escalofrío, y no de emoción precisamente, sino de miedo.

—¿No es peligroso?

—Lo es —admitió él con naturalidad—, pero para ellos es como respirar.

Justo en ese momento, Ethan y Lila vinieron corriendo desde la casa.

—¡Tía Maddie! —gritó Ethan, aferrándose a mi cintura— ¿Podemos ir al pueblo contigo? ¡Queremos ir a la tienda de juegos!

—Mamá dice que no puede llevarnos —añadió Lila, frunciendo el ceño —. Dice que no se siente bien.

Fruncí el ceño también. Esa mañana, Caroline no me había parecido enferma, estaba tranquila, desayunando con normalidad. ¿Qué habría cambiado?

Miré a los niños, con sus caritas ansiosas.

—Claro —les dije—, os llevo esta tarde.

Ambos soltaron un grito de alegría y corrieron de vuelta a la casa, como si les hubieran dicho que pasarían una semana en Disney. Me quedé mirándolos un momento antes de volver al establo.

Aún me faltaban dos caballos por alimentar y varias balas de heno que mover. El sudor me perlaba la frente, pero por dentro, sentía una presión diferente: una mezcla entre preocupación por mi hermana y esa voz interior que no paraba de repetir el nombre de Cole como un eco constante.

Cole. Cole. Cole…

Había pasado mucho tiempo desde que alguien me hiciera sentir tan vista, tan deseada, tan... viva.

Y, sin embargo, ahí estaba yo, en mitad de la paja, sintiéndome como una adolescente. No sabía si eso era hermoso o peligroso.

Tal vez ambas cosas.

Cuando terminé de limpiar los establos, los brazos me dolían y tenía la camisa pegada a la piel. El sol ya estaba alto y el olor a sudor y heno se me había metido hasta en el alma. Pero me sentía bien. Cansada, sí, pero viva.

Me detuve un momento en la puerta del establo, mirando hacia la casa principal. Los niños corrían por el porche, y el sonido de sus risas me trajo

un recuerdo que no esperaba: mi madre, colgando ropa en el tendedero y yo, pequeña, bailando entre las sábanas con mi padre haciéndome cosquillas.

Tragué saliva. No podía permitirme perderme en la melancolía, hoy no.

Entré a la casa con los vaqueros llenos de polvo y la cara brillante. Gloria ya estaba poniendo la mesa. Daniel ayudaba a Ethan a lavarse las manos en el fregadero, y Lila canturreaba mientras colocaba los cubiertos.

—Huele increíble —dije, dejando mi sombrero sobre una silla.

—Llegas justo a tiempo, querida —dijo Gloria con una sonrisa cálida.

Nos sentamos todos a la mesa. El estofado de carne humeaba en los platos, y había pan recién horneado en una canasta en el centro. Era una de esas comidas que te abrazaban desde dentro.

—¿Y Caroline? —pregunté, mientras partía el pan.

—Sigue en la habitación —dijo Gloria con una expresión de leve preocupación—. Dijo que no se sentía bien, que prefería descansar.

—La vi bien esta mañana… —murmuré.

Daniel levantó la mirada.

—Estuvo un poco mareada después del desayuno. Me dijo que era solo cansancio.

Mordí el pan, pero el nudo que tenía en el estómago no tenía nada que ver con hambre.

Después de comer, subí las escaleras con pasos suaves y empujé con cuidado la puerta de la habitación de Caroline.

Estaba en la cama, medio recostada, con una manta sobre las piernas y el cabello desordenado.

—Hey —susurré, apoyándome en el marco de la puerta.

—Hey, tú —respondió con voz ronca, pero con una sonrisa débil.

Me acerqué y me senté en el borde de la cama.

—Daniel dice que estás cansada.

—Un poco —respondió—. Solo es… agotamiento, Maddie. No es nada.

—Deberías ver al médico del pueblo. No cuesta nada que te revise.

—No empieces —dijo riendo bajito—. Solo necesito dormir más de tres horas seguidas. Y quizás… dejar de intentar hacerlo todo yo sola.

—¿Entonces es verdad que voy a malcriar a tus hijos esta tarde? —pregunté con una sonrisa, cambiando de tema.

—Sí, pero me reservo el derecho de regañarte después —dijo, apretándome la mano con fuerza—. Me alegra tenerte aquí, Maddie.

Sus ojos se nublaron un poco, y los míos también.

—Y a mí me alegra estar —le respondí, besándole la frente—. Ahora duerme. Yo me encargo de los terremotos.

Caroline cerró los ojos con un suspiro, y salí de la habitación despacio, cerrando la puerta tras de mí.

En mi cuarto, mientras me duchaba, dejé que el agua arrastrara el cansancio y parte de la inquietud. Pero no todo. Algunas cosas se quedaban pegadas por dentro.

Y pensé en mis padres. Mi madre, con su corazón rendido a los cuarenta y pocos. Mi padre, con su casco cayendo tras él desde aquel andamio maldito.

Y Caroline… que dejó sus sueños en pausa para criarme, para ser más madre que hermana cuando no tenía opción.

Y yo le debía tanto…

Salí de la ducha y me envolví en la toalla, sentándome en la cama con el cabello empapado. Me miré en el espejo que colgaba en la pared: ojos oscuros, la misma nariz que Caroline, la misma curva en los labios que nuestra madre. Me vestí con un estilo vaquero sencillo: vaqueros ajustados, una camisa de cuadros anudada en la cintura y botas marrones. Me sentía… parte de este lugar. Cada vez más.

Me recogí el cabello en una coleta alta, agarré las llaves del coche y salí a buscar a los niños.

—¡Vamos! —grité desde el porche— Hora de ir al pueblo.

Ethan y Lila salieron corriendo como si fueran a una fiesta. Y, en cierto modo, lo era. Una pequeña fiesta entre los tres.

El viaje al pueblo fue una mezcla de canciones mal entonadas, risas agudas y la voz de Ethan pidiéndome que subiera más el volumen cada vez que empezaba su canción favorita. Lila, desde el asiento trasero, me hablaba sin parar de un nuevo juego de mesa que quería comprarse. Era algo de dragones y castillos. O eso creía. Perdí el hilo cuando empezó a explicarme las reglas a toda velocidad, pero no me importaba.

Miraba por el retrovisor y los veía así, felices, despreocupados, con las mejillas encendidas por la emoción. Y pensaba… que quizás esto era lo más parecido a tener una familia.

Una mía.

La tienda de juegos en el centro del pueblo era un pequeño paraíso de colores y sonidos. Al entrar, una campanita sobre la puerta anunció nuestra llegada, y Lila corrió directa hacia los estantes de peluches, mientras Ethan se abalanzaba sobre los juegos de construcción.

—Tenéis quince minutos para escoger —dije, cruzándome de brazos—. Y ni un segundo más.

—¡Tía Maddie! —protestaron los dos al unísono, pero lo dijeron riendo.

Mientras ellos elegían, caminé por los pasillos de la tienda, recordando aquellos años en los que Caroline me traía a sitios como este cuando era niña. Cuando se esforzaba por hacerme sonreír, aunque apenas podía con el sueldo que tenía.

Mi hermana siempre fue más fuerte de lo que parecía.

Volví con los niños justo a tiempo para evitar que Ethan metiera un juego de cartas en el carrito "para después". Pagué todo, no sin antes hacer que prometieran no abrir nada hasta llegar a casa. Fue una promesa que rompieron en los siguientes cinco minutos, por supuesto.

—¿Podemos ir a merendar, porfi? —preguntó Lila, con esa mirada irresistible que claramente había heredado de su madre.

—Por supuesto que sí. ¿Y si vamos a la taberna de Jack? Me han dicho que tienen los mejores gofres con sirope del planeta.

Los dos gritaron de alegría.

Caminamos hasta la taberna bajo un cielo que empezaba a tornarse dorado. El calor ya no era tan pesado, y una brisa suave movía las ramas de los árboles.

Cuando entramos en la taberna de Jack, nos recibió el murmullo de conversaciones, el olor a café y a sirope, las risas que venían de una mesa en el fondo. Todo era tan diferente a Nueva York. Allí todo era ruido. Aquí, todo parecía tener su propio ritmo.

Nos sentamos junto a una ventana. Eloisa, la cocinera, nos trajo tres platos rebosantes de gofres calientes con mantequilla derretida y sirope de arce. Ethan literalmente gimió de felicidad cuando le dio el primer bocado.

—Tía Maddie, ¿te vas a quedar a vivir con nosotros? —preguntó Lila de pronto, con la boca manchada de sirope, y yo me quedé inmóvil un segundo.

—No lo sé, cariño —respondí con una sonrisa suave—. Estoy aquí por ahora.

—Ojalá te quedaras para siempre —dijo Ethan, más bajo.

Sentí que algo en mí se rompía. ¿Cómo se suponía que me iría después de eso?

Estaba limpiando la cara de Lila con una servilleta cuando mi teléfono vibró sobre la mesa.

Era un número desconocido. Fruncí el ceño. No solía contestar llamadas que no reconocía, pero algo en mí hizo que lo hiciera.

—¿Sí?

Silencio por un segundo. Y luego, esa voz.

—Hola, Maddie…

El mundo se detuvo. Lo juro. Era Travis.

Corté de inmediato. Sin decir palabra. Sin respirar.

El sonido del clic fue casi tan fuerte como el que sentí en el pecho.

Miré el teléfono con la pantalla aún encendida, temblando por dentro. Ethan me observaba con curiosidad. Lila seguía comiendo sin notar nada.

—¿Estás bien? —preguntó él, ladeando la cabeza.

—Sí —respondí, con una sonrisa fingida—. Solo… una llamada equivocada —mentí.

Miré por la ventana, obligándome a parpadear rápido. ¿Cómo había conseguido mi número? Lo bloqueé, cambié de número, me aseguré de que no pudiera volver a encontrarme. Y sin embargo…

Me repetí una y otra vez que no tenía poder sobre mí. Pero, aun así, el temblor en mis manos decía otra cosa.

Cuando terminamos, volví a guardar el teléfono en el bolso y nos levantamos para regresar al rancho. Los niños hablaban de sus juegos, de cómo convencer a su madre de jugar con ellos, de lo bien que olían los gofres y yo, apenas los escuchaba.

Todo el camino de vuelta fue un intento de no dejar que el pasado me atrapara. De no permitir que la sombra de Travis arruinara lo que había

empezado a construir aquí.

Pero al entrar por el camino de tierra y ver la casa, el porche, las luces encendidas, algo en mí volvió a enraizarse.

Este lugar era mío, aunque solo fuera por ahora.

Al entrar a la casa, Caroline estaba en la cocina, sentada a la mesa con una taza de sopa entre las manos. Se la veía un poco mejor, más color en las mejillas, los ojos menos apagados.

—¿Qué tal la tarde? —preguntó, sonriendo al vernos.

Ethan y Lila corrieron hacia ella y empezaron a contarle todo a la vez. La tienda. Los gofres. El sirope. Lo mucho que comí, lo cual era mentira. Caroline reía mientras les acariciaba el cabello.

Gloria me miró desde la encimera, con esa sabiduría silenciosa que siempre la acompañaba.

—¿Estás bien, Maddie? —preguntó en voz baja, acercándose un poco más— Estás pálida como si hubieras visto un fantasma.

Tragué saliva.

—Ojalá hubiera sido un fantasma —murmuré.

Gloria frunció el ceño, pero no dijo nada más.

Subí a mi habitación sin mirar atrás. Cerré la puerta y me apoyé contra ella con los ojos cerrados.

Travis era parte del pasado. Un capítulo cerrado. Uno que no iba a volver a abrir.

Y, sin embargo, el temblor en mi pecho me decía que aún tenía miedo.

Me senté al borde de la cama, mirando mis botas llenas de polvo y los vaqueros arrugados por el día agitado. Mi blusa tenía una mancha de sirope cortesía de Lila, pero no me molesté en cambiarme de inmediato. Me quedé ahí, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, tratando de ordenar el torbellino de pensamientos que se arremolinaban dentro de mí.

La llamada. Travis. El sonido de su voz.

Habían pasado varios meses desde la última vez que lo vi. Desde que me convencí de que salir de esa relación no era una derrota, sino una forma de salvarme a mí misma. Y, sin embargo, una simple llamada había bastado para hacerme temblar. Aún tenía poder o al menos, eso parecía.

Sacudí la cabeza. No. No más. No le daría espacio. Aquí no. Ahora no.

Capítulo 12



Cole

La mañana había empezado como siempre, con todo el trabajo por hacer, pero algo me decía que el día no iba a ser como los demás.

Estaba terminando de dar de comer al ganado cuando escuché el motor de un coche acercándose. Al salir, me quité el sombrero para retirar el sudor de mi frente con el pañuelo y vi que el doctor Sullivan bajaba de su camioneta.

—Cole, buenos días —saludó.

—Buenos días, Hank.

—¿Cómo están las reses? —preguntó, y Logan salió en ese momento.

—Acabo de verlas, y siguen estables —dijo él.

—Bien, vamos a verlas.

Hank había sido nuestro veterinario de confianza desde que tenía memoria. Era un hombre de pocas palabras, pero manos sabias. Revisó a las tres reses y sonrió, les administró un medicamento y dijo que en unos días estarían como nuevas. Y entonces dijo algo que no esperaba escuchar.

—Lo que las afectó no es viral ni bacteriano. Es toxina pura —dijo.

—¿Toxina? ¿Quieres decir veneno?

Hank no respondió de inmediato. Asintió con gravedad mientras suspiraba.

—Revisé las muestras que les extraje, y encontré la toxina. ¿Sabéis si bebieron en algún otro sitio?

Negué con la cabeza.

—Estaban todas en la misma zona de siempre.

—¿Y tenéis grano fuera del almacén? ¿O sabéis de alguien que haya entrado sin permiso?

Las palabras me golpearon como un mazo.

—Espera, ¿quieres decir que alguien hizo esto adrede?

—Cole, en los análisis encontré fluoroacetato de sodio. Se usa para control de plagas en algunos países, aunque está prohibido en la mayoría. Es muy potente; una dosis mínima bastaría para matar ganado.

—¿Y cómo demonios llega eso aquí?

—Eso es lo que deberías preguntarte, Cole.

No recordaba haber sentido tanta rabia en el cuerpo en mucho tiempo. Como una olla a presión. Miré al cielo, luego a las vacas.

Estaba furioso. No solo por la pérdida económica que nos habría supuesto perderlas si el doctor no hubiera actuado a tiempo cuando vino a revisarlas,

que ya era grave, sino porque alguien había violado la seguridad de mi rancho. Habían entrado, alimentado o forzado a mis reses a consumir veneno, y se habían largado sin dejar rastro.

No iba a dejarlo pasar.

En cuanto el doctor Sullivan se marchó, llamé a todos mis hombres al granero. Uno por uno, fueron llegando, quitándose los guantes de trabajo, algunos aún cubiertos de polvo, otros con la camisa pegada al sudor.

—¿Ha pasado algo, jefe? —preguntó Jesse con su voz profunda.

Me crucé de brazos frente a ellos. Todos me miraban expectantes.

—Sí. Ha pasado algo grave —dije—. Tres reses fueron envenenadas. No fue un accidente, ni el agua, ni una planta rara. Fue alguien. Alguien que entró en nuestras tierras y les dio el veneno directamente.

Un murmullo de indignación y sorpresa recorrió el grupo. Clint, como siempre, fue el primero en levantar la mano.

—¿Ya sabemos quién fue?

—No, pero quiero saber si alguno de vosotros vio algo raro estos últimos días. ¿Algún vehículo que no conocierais? ¿Algún desconocido rondando cerca del perímetro?

Negaron todos. Bobby, el más joven, frunció el ceño.

—Yo no vi a nadie, señor. Pero había huellas cerca del corral norte que pensé que eran de Logan.

Logan negó de inmediato.

—No he estado ahí desde la tormenta del jueves.

Me anoté mentalmente ese dato. No era una prueba, pero sí un indicio.

—A partir de ahora quiero vigilancia. Cambios en los turnos de patrullaje. Nadie entra ni sale sin que lo sepamos. Y hoy mismo empezaré a instalar cámaras.

—¿Cámaras? —preguntó Trey.

—Voy a comprar todo lo necesario para que este lugar tenga ojos en cada rincón. No vamos a perder una sola cabeza de ganado por culpa de cobardes.

Me giré hacia Logan.

—Te quedas al cargo. Voy a la tienda de Mike.

—¿Mike Grant? ¿El loco de las cámaras?

—Ese mismo. Hoy no me importa lo loco que esté si me vende lo mejor que tenga.

La camioneta chirrió cuando salí del rancho. El volante crujía entre mis dedos. Apreté los dientes; conducía con el pecho lleno de furia y la garganta seca. No dejaba de repetirme la misma frase: alguien estuvo en mi tierra. Alguien cruzó mis cercas, se movió entre mis animales, me desafió.

Y si lo había hecho una vez, podía hacerlo de nuevo.

La tienda de Mike Grant se encontraba en las afueras del pueblo, justo donde comenzaba el asfalto a rendirse ante la grava. No era un local moderno, ni mucho menos. Las letras del cartel estaban descoloridas por el sol, la madera crujía con el viento y el letrero que decía: “Tecnología Grant

– Lo que necesitas, cuando lo necesitas" colgaba torcido desde hacía años. Pero si querías buena tecnología en medio del campo, ese era el lugar.

Empujé la puerta de golpe. Un cascabel sonó arriba, y Mike levantó la mirada desde detrás del mostrador, donde estaba soldando algo con una lupa de aumento y un cigarrillo apagado colgándole del labio.

—Cole Whitaker... —dijo sin sorpresa— Cuando vienes con esa cara, es que algo se jodió.

—Necesito cámaras. Y sensores. Todo lo que tengas para vigilancia nocturna, detección de movimiento, visión térmica si hace falta. Dame lo mejor.

Mike dejó el soldador, se quitó las gafas y se levantó con ese andar lento de quien ya no tenía prisa por nada.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien se coló en *Iron Creek*. Envenenaron a tres reses. No fue un accidente. Alguien lo hizo a propósito.

Mike soltó un bufido, como si eso confirmara algo que ya sabía.

—No hay que ser muy inteligente para imaginar quién pudo ser.

No le respondí. Solo lo miré.

—Lo sé, pero no quiero suposiciones, quiero pruebas.

Mike asintió y me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera.

Nos llevó hasta la trastienda, un lugar que parecía más un búnker que un negocio. Había estanterías repletas de cajas con marcas que jamás había

oído, monitores, drones, dispositivos que parecían sacados de una película de espías.

—Te daré las Viper360, cámaras rotatorias con visión nocturna y térmica. Tienen buena resistencia al polvo y al clima. También unos sensores infrarrojos de largo alcance. Puedes colocarlas en los accesos. Si detectan movimiento, te llega alerta directa al móvil. Tienen modo silencioso y grabación automática.

—¿Qué más?

—Luces con sensor, pero de esas que ciegan. No es letal, pero mete miedo. Te convendría poner dos lo más cerca posible del almacén y una en el corral. Y un *router* de largo alcance para enlazar todo al sistema central en tu oficina o móvil.

—¿Cuánto me va a costar?

—Mucho —dijo sin sonreír—, pero te haré precio de amigo. Aun así, prepárate para dejarme medio sueldo de vaquero.

Le pasé la tarjeta sin pestañear.

—Hazlo. Y no digas nada en el pueblo.

—Mi boca está cerrada. Pero Cole… —Me miró mientras preparaba las cajas— Sabes tan bien como yo que hay un nombre que suena más fuerte que los demás.

—Lo sé, pero no voy a iniciar una guerra sin pruebas. No pienso jugar a las adivinanzas.

—Pues empieza a mirar por encima del hombro, amigo. La gente que envenena animales... no se detiene ahí.

Salí de la tienda con el cajón trasero lleno de cajas y cables; los amortiguadores de la camioneta se quejaban del peso. Iba tan concentrado, tan ciego de rabia y resolución, que no noté siquiera el calor del mediodía.

De vuelta al rancho, la tierra parecía más seca. El paisaje, más amenazante. Era como si el propio terreno me advirtiera que las reglas habían cambiado.

Aparqué junto al granero y empecé a descargar.

Beau y Zeke vinieron a ayudar. Les expliqué que comenzaría por los puntos más vulnerables: la entrada principal, el corral de ganado, los bordes cercanos al arroyo y los alrededores del almacén de pienso.

Instalamos la primera Viper360 en la entrada del camino principal, justo al lado del cartel que decía *"Iron Creek Ranch"*. La monté sobre un poste metálico de dos metros, con anclajes al suelo de cemento. La cámara podía girar trescientos sesenta grados en silencio, tenía zoom nocturno y grababa en resolución 4K.

—Esto es más equipo del que tiene la comisaría del pueblo —bromeó Beau, mientras sujetaba la escalera.

La segunda fue al norte del corral. Otra más apuntando hacia el viejo silo. Las luces con sensores fueron colocadas en puntos estratégicos, y cuando las probamos, el destello fue tan intenso que Zeke se llevó la mano a los ojos y soltó un silbido.

—Definitivamente, esto va a asustar a más de un mapache… o algo peor —dijo.

Los sensores infrarrojos los fijamos en árboles a lo largo del perímetro más alejado, camuflados entre la maleza. Programé el sistema para que

cualquier movimiento nocturno de más de veinte kilos de peso corporal me enviara una notificación inmediata al móvil con coordenadas y, si había cámaras cerca, la imagen adjunta.

Instalé el *router* de alta potencia en la oficina. El sistema quedó enlazado a mi móvil y al ordenador. Una *app* mostraba el rancho en un mapa satelital, con puntos rojos donde estaban los sensores, y ángulos de cámara en tiempo real.

Cerca del atardecer, lo tenía todo funcionando. El rancho parecía un maldito cuartel militar. Y, sin embargo, la ansiedad no desaparecía.

Después de cenar algo rápido, un sándwich frío que me supo a ceniza, subí a darme una ducha. El agua caliente me resbalaba por el cuello, el pecho, los brazos tensos por el trabajo físico y la tensión del día.

Apoyé la frente contra los azulejos, cerré los ojos, y fue entonces cuando apareció ella.

Maddie. Su risa, su manera de arquear la ceja. El recuerdo de su cuerpo junto al mío, su boca en mi cuello. El calor bajo el agua se volvió otra cosa. La imagen de ella, desnuda en el arroyo, volvió con una nitidez que me robó el aliento. Mi mano se deslizó sin pensar. Quise sacarla de mi mente… pero no pude.

Cuando terminé, me apoyé contra la pared, el agua corriendo aún, pero el corazón más tranquilo. A veces, el deseo era la única forma que tenía el cuerpo de aflojar la tensión cuando las palabras no bastaban.

Me sequé, me puse una camisa limpia, vaqueros y botas. Cogí el teléfono y le escribí.

Cole: *¿Te apetece cenar conmigo esta noche en el arroyo? En el mismo sitio donde te vi con los niños.*

La respuesta no tardó ni un minuto en llegar.

Maddie: *Claro que sí, cowboy. Estaré allí en media hora.*

Sonreí por primera vez en todo el día.

Esa noche, no sería Cole el ranchero que peleaba por mantener su tierra a salvo. Esa noche, sería solo Cole. Un hombre que quería a una mujer como el agua en el desierto.

El cielo ya se estaba tiñendo de naranja y violeta cuando llegué al arroyo. El mismo sitio donde días atrás vi a Maddie con sus sobrinos. Todo estaba en calma, pero de ese tipo de calma que precede a antes de la tormenta. Las cigarras cantaban en la distancia y el agua corría despacio entre las piedras como si no tuviera ninguna prisa en llegar a ninguna parte.

Bajé la vieja manta del asiento trasero de la camioneta y la extendí sobre el pasto. Un farol portátil iluminaba con una luz suave. Traía pan de campo, queso curado, carne seca, dos cervezas frías en una nevera pequeña y algo de fruta cortada en una caja. Nada especial, pero suficiente.

Escuché su todoterreno antes de verlo. El motor tenía un rugido particular, más suave que el mío. Cuando se detuvo, Maddie bajó con una chaqueta vaquera sobre una blusa blanca y vaqueros ceñidos. Llevaba el pelo suelto y una sonrisa que me hizo sentir como si alguien encendiera una luz dentro de mí.

—Hueles a caballo y a madera —dijo cuando se acercó—. Me gusta.

—Y tú hueles a… no sé, algo que me dan ganas de quedarme quieto y mirarte un rato.

Se rio, ese tipo de risa que se escapaba sin filtros. Se sentó en la manta sin perder ni un ápice de elegancia.

—¿Cena al aire libre?

—Mucho mejor que en la taberna, ¿no crees?

—Sin lugar a dudas —sonrió, mientras cogía un trozo de queso—. ¿Qué te pasa? Te noto preocupado.

La miré sorprendido. La mujer que tenía a mi lado en este momento apenas me conocía de unos días, y había notado algo en mí, mientras que la mujer con la que estuve durante años ni siquiera se daba cuenta de si me había hecho un corte trabajando.

—Ha pasado algo en el rancho —dije cogiendo la cerveza para dar un sorbo.

—Y por tu cara, no es nada bueno. ¿Ha vuelto tu ex? —curioseó.

—Por Dios, no —levanté la mano—. Si regresara, sería una tortura.

—Ya veo —sonrió.

Y le conté lo ocurrido, porque, a fin de cuentas, su cuñado era mi amigo y socio, y si se lo contaba a él en algún momento, ella se acabaría enterando también.

—Lo siento, Cole —dijo apoyando una mano en mi brazo.

—Ya he puesto cámaras por todo el rancho. Sensores, luces, todo. Si alguien vuelve a pisar *Iron Creek* sin permiso, lo sabré antes de que dé el primer maldito paso.

Maddie me miró de lado mientras abría la botella.

—¿Y eso te hace sentir mejor?

Pensé en mentir. Pensé en decir que sí, que me tranquilizaba, pero no lo hice.

—No, solo me hace sentir... alerta. Como si mi casa ya no fuera un lugar seguro. Como si tuviera que vigilar cada árbol, cada sombra.

Bebió un trago. Luego me miró fijamente a los ojos.

—No puedes vivir así, Cole. Ni siquiera tú puedes sostener eso por mucho tiempo.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? ¿Esperar a que maten a mis animales? ¿A que entren a la casa? ¿A que hagan daño a mi madre?

La rabia me brotó sin filtro. Me senté más recto, como si el fuego dentro de mí necesitara espacio.

Maddie no retrocedió. Solo se acercó más.

—No estoy diciendo que no te defiendas. Pero esto... este rancho no puede ser lo único que eres. No puedes dejar que te consuma.

—Es todo lo que tengo.

—¿Y yo?

Las palabras salieron suaves, pero con la fuerza de una piedra lanzada al agua quieta.

Me giré a mirarla y vi que sus ojos reflejaban la luz del farol. La brisa le movía el cabello y algo en su expresión me golpeó el pecho con más fuerza que cualquier puño.

—¿Tú qué?

—¿No mereces también amar algo más que la tierra que pisas?

Tragué saliva. Me sentí más vulnerable que enfrentando al veterinario, al forense o al banquero.

—No sé si sabré cómo hacerlo —admití.

Ella se acercó un poco más y su rodilla tocó la mía. Su voz bajó como si el viento pudiera robarle las palabras.

—Yo puedo enseñarte. Si quieres.

Mis dedos rozaron los suyos sin pensarlo. No fue un gesto calculado. Fue necesidad. Instinto. Como si algo dentro de mí dijera: “ya basta de contenerte”.

—Me da miedo no poder protegerte si esto va a más —confesé.

—Ya estás protegiéndome. Siendo tú. Siendo esto —dijo, llevando mi mano a su pecho, justo sobre el corazón—. No tienes que darme garantías, Cole. Solo verdad.

Nos miramos un instante eterno. Después, la besé.

No fue un beso suave. Fue firme, honesto. Cargado de tensión, deseo y ese tipo de hambre que no era solo física. Maddie respondió con la misma intensidad. Se aferró a mi camisa, su cuerpo encajando contra el mío como si estuviera esperando ese momento desde antes de conocernos.

La besé de nuevo. Esta vez más lento, saboreándola. Queriendo recordar cada sensación: el sabor de su boca, el calor de su piel, el temblor sutil de su respiración cuando mis dedos rozaron su cintura.

—Quédate esta noche —susurré contra su cuello.

Ella no respondió con palabras. Solo me besó otra vez, más profundamente, más segura.

La luna ya estaba alta cuando nos recostamos sobre la manta. Yo con la espalda contra el suelo, ella sobre mí, riendo en silencio. Y por un momento, solo uno, olvidé que alguien quería destruir lo que amaba.

Porque ella estaba ahí. Y por esa noche, era suficiente.

Capítulo 13



Maddie

Cole volvió a besarme y sentí que él quería y deseaba lo mismo que yo en este momento.

Sus manos rodearon mi cintura con una seguridad brutal. Yo me aferré a su cuello, buscando más. La manta crujió bajo nosotros mientras nuestros cuerpos se acomodaban el uno al otro con una precisión que me asustó por lo perfecta que era.

—He estado soñando con esto todo el día —murmuró él contra mi cuello, y su aliento encendió mi piel.

—Entonces deja de soñar —susurré de vuelta—. Y tócame.

Y él me tocó.

Su boca recorrió mi cuello, mis clavículas, mis pechos, con una devoción que me arrancaba jadeos. Sus manos eran fuertes, curtidas por años de trabajo duro y, sin embargo, se movían con una ternura que me desarmó.

Comenzó a desnudarme despacio mientras me miraba, mientras parecía hacerme el amor con sus ojos, mientras sus labios recorrían cada centímetro de piel que encontraban y sus manos la acariciaban también.

Mis piernas se abrieron para él como una flor al sol, y su lengua fue un incendio que me consumió sin reservas. Me arqueé bajo su tacto, presa de una lujuria que no conocía, que no sabía que podía sentir. Lo llamé por su nombre una y otra vez, como si al hacerlo me perteneciera un poco más.

Lamía mi clítoris a un ritmo casi frenético mientras mantenía mis piernas separadas con ambas manos sosteniendo mis muslos. Hasta que noté que dos de sus dedos se adentraban en mi vagina y comenzó a penetrarme rápido y fuerte mientras su lengua seguía llevándome al éxtasis.

No tardé en correrme mientras con mis dedos agarraba su cabello y él seguía moviendo la lengua con esa destreza que me encendía y me volvía loca.

Él se desnudó ante mí sin vergüenza. Su cuerpo era pura fuerza, pura vida. Me sostuvo con firmeza mientras se posicionaba sobre mí, y en cuanto lo sentí entrar, dejé escapar un gemido tan profundo que sentí que el alma se me escapaba por la garganta.

Nos movimos como animales bajo la luna. Lento al principio, después más rápido, más urgente, cubiertos de sudor, dejando escapar nuestros suspiros, gemidos y palabras entrecortadas. Él me decía cosas al oído que me hacían derretirme por dentro. Yo le arañaba la espalda, le mordía el hombro, le pedía más, más, más.

Y Cole me lo daba. Me penetraba con fuerza, con furia, llegando a lo más profundo de mi ser, mientras mi cuerpo se estremecía y se preparaba de nuevo para liberar ese placer que me hacía sentir.

Cuando llegué al orgasmo, grité. No sabía si su nombre o un simple sonido salvaje, pero fue real. Brutal. Y después, lo sentí a él estremecerse, descargarse dentro de mí con un gruñido ronco, primitivo, que me hizo estremecer de nuevo.

Nos quedamos tendidos, jadeando, enredados el uno en el otro. Su cabeza reposaba sobre mi pecho y mis dedos recorrían su espalda con suavidad.

—Esto no es solo sexo —dije sin pensar.

Él levantó la mirada y me besó suavemente.

—Nunca lo ha sido.

Y entonces, el pitido agudo de su móvil rompió la calma. Cole se incorporó de golpe, su cuerpo todavía temblando. Cogió el teléfono y leyó la alerta en pantalla.

—Joder... No… —murmuró, con la mandíbula apretada.

—¿Qué pasa? —pregunté, sentándome de golpe mientras me sujetaba la manta sobre el pecho.

—El sistema de seguridad. Una alerta en los establos. Algo está pasando en *Iron Creek*.

Se puso de pie de inmediato, vistiéndose tan rápido como podía. Yo hice lo mismo, con las piernas aún temblorosas. Cuando estuvo listo, llamó a su hermano.

—Logan, ha saltado la alerta. Establos. Reúne a quien puedas y ve allí ahora. Yo voy en camino.

Colgó y me miró.

—¿Vienes?

—Claro que sí.

Cada fibra de mi cuerpo quería quedarse en ese momento, en ese calor, en ese abrazo, pero algo más fuerte me empujaba: la necesidad de estar a su lado cuando más lo necesitara.

Subimos a los coches y dejé que se adelantara, mientras yo iba siguiendo el polvo que su camioneta dejaba en el aire. El silencio se llenó de presagios mientras conducíamos hacia el infierno que nos esperaba.

La carretera hasta *Iron Creek Ranch* se extendía bajo mis faros como un camino interminable. Cada kilómetro retumbaba bajo mis nervios. Sabía que debía estar junto a Cole. Por él, por los animales, por lo que habíamos comenzado a construir juntos.

Llegamos al rancho en convoy: la camioneta de Cole delante, mi todoterreno detrás. Aceleré para alcanzarlo, frené frente al granero principal, y apenas bajé del coche, lo vi correr hacia los establos. Casas apagadas, un silencio mortal: el aire parecía contener el aliento.

Lo seguí sin dudar, enfocando mi linterna que dibujaba círculos de polvo en el aire. Él ya estaba dentro cuando empujé la puerta. No estaba preparada para lo que encontré.

Una yegua yacía en el suelo de uno de los boxes, jadeando y temblando. Junto a ella, chorreaba saliva mezclada con sangre y vómito. En el box de al lado, la puerta estaba abierta. Uno de los sementales agonizaba, herido gravemente; el otro había desaparecido.

—¡Logan, reúne a todos! —gritó Cole con rabia— ¡Hay que encontrar al otro semental!

El aire se volvió denso, olía a sangre y pánico. Varios hombres corrían hacia el fondo del establo; Logan giraba desesperado la llave de otra puerta que no cerraba.

—Lo siento, señor —dijo uno de los jinetes mientras entraba con paso inseguro—. Las puertas estaban abiertas y no sabemos quién lo hizo.

Cole corrió hacia los boxes arrasado por la indignación. Su rostro ya no era semblante de ranchero: era fuego y furia. Me quedé atrás un momento y marqué el número de mi cuñado.

—Daniel… ha pasado algo grave en *Iron Creek*. Ven, por favor. Trae ayuda. Ahora mismo.

—Voy para allá —respondió él, con esa calma helada que siempre transmitía seguridad.

Colgué justo cuando Cole inspeccionaba al semental herido: un magnífico caballo marrón, herido y sangrando por un costado. La yegua continuaba tirada, temblando.

—¡Llamad al veterinario! —ordenó Cole, como si una descarga eléctrica hubiera entrado en su voz— ¡Urgencia total!

Uno de los hombres corrió fuera del establo. Cole giró hacia mí, jadeando, con los puños apretados.

—Quiero que reviséis cada rincón del rancho —exigió con voz tensa—. Huellas, manchas, cabellos, lo que sea. Lo que encontréis, me lo traéis a mí.

Sus ojos relucían con odio. Logan trató de calmarlo con una mano sobre la espalda, pero Cole no cedía ni un centímetro.

—Te digo que no fue ninguno de nosotros —respondió uno desafiante—. No hemos abierto ninguna puerta.

—Pues id a buscarlo ya mismo —replicó Cole, su voz como un látigo.

Cole sacó el móvil de su bolsillo. Las cámaras del establo le permitieron ver lo que había pasado. Las grabaciones mostraban a tres hombres vestidos de negro y con pasamontañas entrando, hiriendo intencionalmente a los caballos y luego llevándose al semental que había desaparecido. Lo vi todo.

Algo dentro de su rostro se rompió. Gruñó un insulto y el primer puñetazo voló contra una viga. Y otro. Y otro. Los tablones cedieron. Golpe tras golpe, lanzó su furia contra la madera del box. Rompió azulejos; astilló la puerta. Maldijo, gritó. Sus hombres intentaron detenerlo, pero no pudieron. Yo me acerqué, temblando más yo que él.

Le puse una mano en el hombro; fueron solo unos segundos, pero que me parecieron eternos.

—Cole… —susurré con voz temblorosa— Romper esto no cambia nada.

Se detuvo. Me miró con rabia domada por la presencia de mis dedos sobre su piel. Entonces escuchamos la voz de Daniel que gritó desde el final del pasillo del establo.

—¡Cole! ¿Qué ha pasado aquí?

Se separó de mí respirando con dificultad.

—Estos dos están heridos, y Winter ha desaparecido —dijo él, señalando al semental ausente—. Mira estas grabaciones…

Daniel tragó saliva sin despegar la mirada del vídeo en el teléfono de Cole. Luego caminó hacia él con pasos firmes.

—Cuenta conmigo para lo que necesites, hermano.

En ese instante se escucharon cascos resonando fuera, así como gritos y silbidos. Salimos del establo y vimos a varios hombres corriendo por el

sendero del rancho, persiguiendo un caballo que brincaba en círculos frenéticos. Era el semental.

Cole gritó su nombre entre el caos.

—Winter… ven.

Entonces algo increíble ocurrió: como si reconociera esa voz, el caballo blanco se detuvo en medio del pánico. Lentamente, cojeando, pero con dignidad, se acercó hacia Cole. Sangraba profundamente por un costado, pero caminaba. Con su rugir propio de animal herido, se dejó acariciar. Se inclinó y cerró los ojos cerca de Cole.

—Lo tengo —susurró Logan junto a él mientras varios de los hombres trataban de cubrirlos con mantas y sábanas improvisadas.

La herida sangraba mucho, pero el animal estaba vivo. Logan usó su chaqueta para presionar una venda mientras otro rociaba agua para limpiezas básicas. Cole se arrodilló, y sin soltar aún la pata de Winter, cogió mi mano con dedos empapados de sangre.

—Tranquilo, te tenemos —dijo con voz ronca.

En ese silencio cargado de peligro y alivio, comprendí que el vínculo que nos unía ya no era solo pasión: era pertenencia, era alianza. Yo estaba exactamente donde debía estar.

La espera fue una eternidad envuelta en resignación. Dentro del establo, la respiración contenida de todos creaba un silencio pesado, lleno de miedo y esperanza. Luego, el sonido de ruedas de alguna camioneta crujió al pisar la grava del camino principal.

El Dr. Hank Sullivan y su hija Hailey llegaron en cuestión de minutos. Entraron con paso firme. Él ya llevaba en la mano un maletín, mientras

Hailey sujetaba su bolso con gasas y jeringas preparadas.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el veterinario sin rodearse de formalidades.

Logan y Daniel lo pusieron al corriente en segundos. El veterinario inspeccionó primero al semental, luego a la yegua. Hailey aplicó suero y sedante, mientras su padre curaba las heridas con mano profesional.

—Tienen que estar aislados del resto —indicó al final—. Limpiar bien cada herida y mantenerlos lo más vigilados posible. Evitar que pierdan fluidos. Os dejo antibióticos y sedantes para varios días.

Respiré un poco más tranquila cuando ayudé a colocar compresas sobre la yegua y el semental. Daniel salía y entraba con calma, asegurándose de que los medicamentos estuvieran guardados en un lugar fresco. Cole seguía pegado a Winter, cubierto por su sangre, sin querer apartarse de él. Daniel le habló al oído.

—Hank sabe lo que hace. Si necesitáis algo, solo pedidlo y voy.

Cole asintió con ojos húmedos.

—Gracias.

Mientras los Sullivan recogían sus cosas para marcharse, yo ayudé a secar a Winter con una manta limpia. A mi lado, Cole pedía gasas y vendas a sus hombres, convencido de que tenía que haber una promesa de cuidados, atención, alerta continua.

Cuando el veterinario se fue, Daniel se quedó con nosotros un momento.

—Esto no es solo un ataque —dijo serio—. Es una amenaza evidente. Y no se detendrá si lo dejas pasar.

Cole se mantuvo en silencio. Sabía que Daniel tenía razón, aunque no llevaba intención de desatar una guerra.

Sentí mis rodillas temblando al absorber la intensidad de todo. La adrenalina cayó, pero el cansancio inundó mi cuerpo como un manto pesado.

Cole notó mi mirada vacía.

—Ve a descansar —susurró—. Pronto amanecerá y seguro tendrás cosas que hacer en el rancho o con los niños.

Le di un beso rápido en la mejilla. La voz le temblaba y sentía aún la sangre recién seca entre mis dedos.

—Llámame si hace falta —le dije—. Vendré por ti.

Crucé la mirada con Daniel, que asintió con cierta complicidad paternal, como si él viera mucho más allá del problema actual.

Mi cuñado y yo salimos juntos del establo hacia los coches. El silencio del rancho era pesado y el polvo del sendero del establo aún vibraba bajo nuestros pasos. Cuando llegamos junto a mi todoterreno, Daniel se detuvo.

—Oye… —empezó dudoso— ¿Hay algo entre tú y Cole que aún no me estás contando?

Sentí un calor en las mejillas.

—Nos estamos conociendo —respondí simplemente, esbozando una sonrisa—. Eso es todo.

Él dejó escapar una leve risita.

—Así fue con Caroline... y ya ves dónde estamos ahora —sonrió.

Subí al todoterreno y cuando arranqué, vi las luces del rancho con la caballeriza detrás de nosotros, oscura y tensa. Dentro de mí, algo comenzó a asentarse: la lealtad, la pertenencia, un miedo aún latente... y un amor posible.

Cuando llegué a casa, subí a mi habitación, me lavé bien y me metí en la cama con el cuerpo todavía vibrando por el caos. Miré el techo y pensé en la yegua, en Winter, en Cole, en Daniel, en los hombres de negro. Me pregunté quién haría algo tan despiadado y por qué. ¿Para desprestigiar su rancho? ¿Para hacerle daño a él, a lo que significa *Iron Creek*?

Nadie había dicho nada al respecto, pero estaba claro que todos sabían quién estaba detrás de esos dos ataques al rancho de los Whitaker, o al menos intuían quién podía haberlo hecho, quién podría haber atentado así contra esos animales.

Capítulo 14



Cole

Salí de la cocina con el café aún tibio en las manos. Mi madre me esperaba en la mesa, rodeada de periódicos desplegados. Su mirada firme revelaba que había pasado una noche larga, aunque había luchado por no mostrarlo.

—¿Has dormido algo? —preguntó, rompiendo el silencio.

Asentí levemente. El peso de los últimos días todavía me calaba hasta los huesos.

—Quieres que te cuente lo que pasó —dije y asintió—. Recibí una notificación por las nuevas cámaras; el establo era la escena de una masacre. Llamé a Hank; también vino Daniel. Los caballos ahora están estables, pero…

Ella me observó con suavidad antes de hablar.

—Cole, hoy deberías ir al sheriff. Denunciar estos ataques. Que conste en las actas, aunque sea para que las patrullas estén en alerta.

Logan, que salió en ese momento con tres tazas en la mano, asintió con decisión.

—Mamá tiene razón. Es lo más sensato. Que se lo tomen en serio.

Dejé mi taza en la mesa y respiré hondo.

Tenían razón, no iba a negar lo contrario, así que me tomé ese segundo café con ellos, en silencio, decidido a ir a hablar con las autoridades para que supieran que alguien iba a por mí.

Salí del rancho y sentí cómo el aire fresco me despejaba la mente. Llegué a la comisaría del pueblo, con el gorro bien puesto y el corazón palpitando con rabia contenida.

El sheriff me recibió con amabilidad y le expliqué todo: el ataque a las reses, la yegua y los sementales, el robo del semental, las pruebas de las cámaras… Me tomó declaración detallada, y me aseguró que estarían alerta.

—Si vemos algo raro o hay movimientos en el rancho, te avisamos —prometió.

Salí de allí sintiendo algo que no esperaba: alivio. Por primera vez en días sentí que la fuerza del sistema podía estar de mi lado.

Al salir, me crucé con April, que caminaba por el aparcamiento. Se detuvo frente a mí, hizo una pirueta con el cabello y me sonrió con una seguridad que me erizó.

—Hola, cowboy. Qué bueno verte. Te he echado de menos.

—Ya te dejé claro que no va a pasar nada más entre nosotros —respondí con voz firme.

Su sonrisa se tornó venenosa.

—Tu nueva conquista se irá del pueblo al acabar el verano —dijo con sarcasmo— y quizá cuando vuelvas a buscarme para llevarme a follar al almacén de Jack, ya no esté libre. Hay hombres aquí que quieren algo real, no solo sexo rápido.

La verdosa espuma del rencor le brilló en los ojos. Respiré hondo.

—Me alegro por ti. Acepta a alguien que te dé lo que necesitas y olvídate de mí.

Dio media vuelta con un bufido. Yo subí a la camioneta y me alejé entre el polvo del camino.

Llegué al rancho de Daniel y lo primero que vi fue a Ethan y Lila corriendo hacia mí, lanzándose en un abrazo de brazos pequeños que me rodearon con fuerza. Sonreí de puro placer. Entonces vi a Maddie detrás. Sus labios se curvaron cuando me vio llegar.

—Cada día pesáis más —les dije a los pequeños, mientras los dejaba en el suelo.

—Es porque estamos creciendo, lo dice mamá —contestó Lila, la pequeña de cuatro años que me tenía enamorado.

—Ya veo, en cualquier momento seréis incluso más altos que yo.

—Yo voy a ser tan alto como mi padre, pero ella no —dijo Ethan, señalando a Lila.

—¡Oye! Que yo también voy a ser muy alta. ¿Verdad que sí, Cole?

—Claro que sí, princesa —sonreí.

—¿Cómo estás? —preguntó Maddie, que había llegado a mi lado.

Y sin pensar, la rodeé por la cintura para atraerla con suavidad y la besé con pasión.

—Ahora estoy mucho mejor —contesté, cuando nos separamos.

Los niños soltaron una carcajada mientras corrían hacia la casa.

—Esto va a dar como resultado un interrogatorio de tercer grado por parte de mi hermana Caroline, que lo sepas —dijo mientras suspiraba.

—Tranquila —respondí riendo—, puedo ser tu abogado si hace falta.

Daniel salió con el café y me saludó.

—¿Todo en orden con los caballos?

—Están estables, por ahora —le dije—. He puesto una denuncia por los dos ataques. Al sheriff le he dado toda la información.

—Bien hecho —asintió Daniel solemnemente—. Si necesitas algo, lo que sea, solo pídelo.

Justo entonces Caroline bajó por las escaleras, con una sonrisa algo traviesa.

—¿Es cierto que has besado a mi hermana, Cole? —preguntó, sin ocultar una chispa divertida.

Maddie resopló y exhaló.

—Tus hijos son dos cotorras diminutas.

Entrelacé mi mano con la suya y Caroline me miró sonriente.

—No necesitas pedirme permiso, solo prométeme una cosa —me dijo, al tiempo que me señalaba con el dedo, poniéndose mucho más seria—. Prométeme que no le harás daño. Ya ha pasado por demasiado con su ex.

Noté que Maddie se tensaba a mi lado y bajó la mirada.

—La promesa está hecha —dije, con solemnidad.

Caroline asintió lentamente, algo aliviada.

—¿Te apetece dar un paseo hasta el arroyo? —le pregunté a Maddie.

Ella me miró con suavidad y sonrió.

—Sí.

Caminamos dejando la casa atrás. La mañana tenía ese aire tibio de principio de domingo. El arroyo brillaba entre rocas y juncos. El viento arrullaba las hojas y el aroma a tierra inundaba el silencio.

Cuando estuvimos a solas, le pregunté sobre lo que había mencionado su hermana.

—¿Quieres hablar de tu ex?

Ella vaciló un instante, luego empezó con voz baja, cargada de dolor.

—Era una relación tóxica... tormentosa. Peleas, manipulaciones... Cada día era una montaña rusa. Perdí mi confianza, mi voz... hasta que decidí que se acababa y le dejé.

Las palabras temblaban en su voz. Sentí todo ese sufrimiento en mi pecho.

—Está muy lejos ya —le dije—. Aquí no puede hacerte daño. No lo permitiré.

La miré a los ojos con firmeza. Me acerqué, mis labios rozaron los suyos, y luego la besé de nuevo, con ternura y deseo mezclados. Ella se entregó sin reservas.

Nos encaminamos hacia el agua. La corriente acariciaba nuestros pies mientras nos quitábamos la ropa, dejándonos llevar por la frescura. Entramos hasta las rodillas, luego más profundo, hasta que quedamos flotando sobre el arroyo. La rodeé por la cintura y la besé con deseo renovado, entre susurros y caricias cargadas de significado.

El agua nos mecía. El mundo parecía detenerse. Nadie más existía. Solo su voz, su piel, su calor.

Nos abandonamos por un instante. Fue intenso, sensual, emotivo. Fue pertenencia, fue deseo, fue promesa.

Nos abrazamos bajo el sol que hacía que el agua brillara más que nunca. Y en ese abrazo supe que ambos habíamos resistido nuestras propias batallas, incluso que algunas aún podrían estar por llegar, pero seguíamos en pie. Juntos.

La corriente del arroyo nos mecía suavemente mientras el canto de los pájaros nos acompañaba de fondo junto al sonido del agua y nuestros suspiros compartidos. Le sostuve la espalda, sintiendo la firmeza de su cuerpo contra el mío. El frío del agua contrastaba deliciosamente con el calor que emitía su cuerpo aún húmedo.

—Nunca me cansaré de mirarte —le dije con la voz rota, sintiendo cómo las palabras se rompían en mi pecho.

Ella me respondió con un susurro que me atravesó como un disparo directo a la certeza.

—Cada vez que estás cerca, siento que puedo volver a ser yo.

La profundización gradual del arroyo envolvía nuestras piernas y luego nuestras caderas. El mundo pareció reducirse a su aliento, su piel, ese renovado vendaval de confianza que me sacudía. Cuando nos besamos de nuevo, fue largo, suave y profundo. No necesitábamos fuerza: solo honestidad y entrega.

Sentí mis manos temblar sobre su espalda. Quise prometerle que ya no habría más sombra de su pasado entre nosotros. Prometer que su seguridad, su paz, serían siempre mi prioridad. Pero esas palabras fueron otro beso.

Por un instante perdimos la noción del tiempo. Solo éramos agua, respiraciones mezcladas y latidos sincronizados. El frescor en la piel de Maddie me hizo volver a la tierra. La apreté contra mí con fuerza y respiré hondo ese perfume que se había instalado en mi memoria desde la primera vez que la vi.

—Regresemos —dijimos al unísono.

Salimos del arroyo con el aliento contenido y la piel erizada por el contraste. Nos secamos como pudimos con mi camisa y la vi vestirse. Me vestí también, salvo por la camisa que no me puse; nos miramos y sonreímos. En sus ojos vi la misma mezcla de alivio y miedo que los años de trabajo en el rancho nunca me habían causado.

Después de dejarla en el rancho de su familia, regresé al mío, apenas comí y pasé el resto del domingo vigilando, revisando los establos, a los caballos, el ganado y todo lo que alcanzaba la vista. Vi a mis muchachos hacer rondas de vigilancia y sentí que, si volvíamos a sufrir algún ataque, al menos estaríamos prevenidos.

Ni siquiera me fui a dormir; me quedé despierto paseando por el rancho, recordando a mi padre, pensando en qué haría él en estos momentos, y lo único que me vino a la cabeza fue que no me iba a rendir; eso me diría. Que no me rindiera ni cediera ante nadie que quisiera hacer daño a mi familia.

Me senté en el porche con una taza de café poco antes del amanecer. Sentí el frío del suelo bajo las botas mojadas, la brisa helada del campo presagiando un día duro. Pensé en todos los sonidos de la noche anterior: cascos, golpes, gritos, y un corazón construido junto a alguien a la orilla del agua.

Mi madre había comentado que, al menos, había dado el paso sensato con el sheriff. Y aunque no quería guerra, entendía que este tipo de cosas ya no se podían tolerar. El enemigo había cruzado sus límites y yo necesitaba protegerlo todo. No solo el rancho, sino aquello que empezaba a florecer: una promesa, un, nosotros.

Me levanté y fui al coche; quería hacer una última ronda revisando todo. Un recorrido completo por los límites del rancho y las grabaciones nocturnas. Aun así, la seguridad ya no era solo una red de cables y sensores: ahora era un pacto con alguien que había elegido quedarse.

El sol apareció por fin tras las colinas: un día más en *Iron Creek.* Se veía como cualquier otro, pero todos sabíamos que nada volvería a ser igual.

Capítulo 15



Maddie

El aire de la mañana olía a tierra mojada y a forraje cortado al amanecer. Entré al corral con mi cubo de pienso, los guantes puestos y el sombrero calado hasta las cejas. El sol apenas subía, pero en *Twin Oaks Ranch*, el día ya exigía movimiento. El ganado resoplaba tranquilo, masticando, y yo estaba sumida en la rutina: alimentar, limpiar bebederos, comprobar los terneros, marcar alguno que otro.

Entonces, el móvil vibró dentro de mi bolsillo. Saqué el teléfono sin apartar la mirada del ganado. El mensaje que apareció en pantalla me heló la sangre.

Desconocido: *Si crees que puedes huir, te equivocas. Si crees que voy a dejar que huyas, te equivocas. Eres mía, Maddie, no lo olvides.*

No tenía que ser muy lista para saber quién lo enviaba. Travis.

El mundo pareció frenarse. Una punzada de ansiedad atravesó mi pecho. Dejé el cubo en el suelo y tuve que apoyarme contra el poste más cercano. Cogí una buena bocanada de aire intentando calmarme. No quería que nadie me viera así. Respiré despacio. Cerré la conversación. No iba a responder. No iba a volver a darle poder para desestabilizarme.

Volví a mi tarea intentando no perder la concentración, pero los recuerdos empezaron a bailar como sombras…

Aquella noche en la que me ignoró, las discusiones, la manipulación, los días que lo tuve tan cerca y aun así me sentí sola. Lo reviví todo en breves flashes: una mano demasiado dura, una rabia húmeda entre risas que me dolían… Tuve que apartar la vista. Necesitaba silencio mental. Tenía que ocuparme de esos animales que dependían de mi cuidado.

El resto de la mañana hice mi trabajo, marqué tres terneros, cambié la paja del establo, llené bebederos, con una determinación silenciosa. Proteger ese rancho y mi mente de ese pasado se volvió mi prioridad. Y entonces, Daniel apareció en el sendero, con un cubo lleno de heno y una sonrisa cómplice.

—¿Necesitas ayuda, cuñada? —preguntó, señalando un grupo de vacas recién paridas— Quería asegurar que todo estaba bien.

Sonreí a pesar del peso en el pecho.

—Claro, gracias. Me vendrá bien que alguien me cubra por un rato y pueda ordenar ideas.

Mientras hablábamos, un ternero escapó del corral y se lanzó en estampida en dirección al portón de salida. Lo vi y solté un grito.

—¡Qué alguien lo pare, por Dios!

Daniel soltó su cubo y empezó a correr tras el animal, tropezando con un montón de heno. El ternero lo esquivó con un brinco que ninguno pensamos que pudiera dar justo cuando él berreaba un improperio rural. La vaca madre apareció detrás del bebé, mugiendo, asustada, y antes de que yo pudiera reaccionar, el ternero dio un salto sobre mi cadera, sin querer, y salió disparado de nuevo.

Me tambaleé, y caí abrazando a la madre sin querer, y restregándome con su vientre mientras ella me lamió la cara con su lengua áspera. Daniel apareció jadeando detrás, con el cubo en la mano, totalmente avergonzado y riendo a carcajadas.

Me reí a pesar de mí misma. En ese momento supe con claridad que ya no tenía ninguna prisa por irme de este lugar. Me reí de casi todo el pasado, del mensaje de Travis, de los recuerdos que me acechaban… y también del ternero que la había liado parda.

Miré a Daniel y él se inclinó, recogió el cubo y me tendió la mano para ayudarme a levantar. Le di una palmadita en el hombro:

—Tu ternero me ha dejado convaleciente, cuñado, voy a necesitar unos días de baja laboral.

Él simplemente sonrió, se encogió de hombros y volvió al trabajo mientras yo me limpiaba la paja del pantalón.

Fue entonces cuando mi móvil volvió a vibrar. Era un mensaje de Jessie.

Jessie: *¿Qué te parece salir esta noche con Emily, Hailey y yo? Un rato fuera, cena, risas y cerveza en la taberna de Jack. Te invitamos.*

Lo leí y, sin pensarlo, respondí con un "¡Sí, por supuesto!", sintiendo que necesitaba ese respiro, esa noche fuera del rancho, esa risa que sabía que vendría.

—¿Y esa sonrisa? —preguntó Daniel al verme.

—Noche de chicas.

—Vaya, entonces doy por hecho que no necesitas unos días de convalecencia —arqueó la ceja.

—Sí, sí, solo que la cerveza, dicen que es buenísima para la salud.

—Anda, sigamos con el trabajo que hoy Gloria va a preparar su famoso estofado para comer, y no quiero llegar muy tarde.

Y así continuó la mañana, con el corazón latiendo más lento, el rancho tranquilo y una promesa privada: no dejar que el pasado me dictara el presente.

La tarde pasó ligera entre las tareas del rancho y una pequeña siesta bajo la sombra del porche. Cuando el sol estuvo algo más bajo, me duché y me vestí con ropa vaquera: unos shorts desgastados, una camisa de cuadros ajustada y mis botas de piel marrones. Me recogí el pelo en una coleta alta, dejando unos mechones sueltos enmarcando el rostro, y me pinté los labios con un tono rosado suave. Estaba lista para esa salida que necesitaba como el aire.

Llegué a la taberna de Jack y al entrar vi a Jessie, Emily y Hailey esperándome en la barra y con cervezas heladas en mano. Todas tenían sonrisas amplias, vestidas con encanto rural: Jessie llevaba un vestido de flores y botas, Emily una falda vaquera y top blanco, y Hailey una camiseta y vaqueros.

—¡Parece un desfile vaquero! —bromeó Jessie, alzando la cerveza— ¡Bienvenida, Maddie!

—Cada vez que te veo vestida así, no puedo creer que seas una urbanita neoyorquina. Parece que hayas nacido aquí —rio Emily.

—Y esos shorts son criminales —añadió Hailey guiñando el ojo—. ¿Cómo no los compré yo?

Todas nos reímos mientras íbamos a sentarnos a una de las mesas. Pedimos pollo frito con patatas asadas y las cervezas fueron llegando. Ya en el primer bocado, la conversación estalló en carcajadas.

—¿Visteis a David perdiendo un diente en el rodeo hace unas semanas? —contó Jessie entre carcajadas—. Saltó del caballo y, ¡chao!, ese diente salió volando a mitad del campo.

—¡Y su tía Jenny corrió a recogerlo! —remató Emily— Fue grotesco, pero me moría de la risa.

Desde luego que el verano en compañía de estas tres chicas iba a ser algo que no podría olvidar, como tampoco olvidaría todo lo que estaba viviendo con Cole.

Intercambiamos anécdotas: Hailey fingiendo ser médica en un concurso escolar, Emily descubriendo que había confundido sal y azúcar en galletas recién horneadas, y Jessie confesando que una vez se escondió en el granero de Phil para ver si encontraba fantasmas, cuando lo único que encontró fueron mantas viejas.

Cuando se acabó la cena, Jack anunció el torneo de dardos. Nos apuntamos sin pensarlo. Emily, con un tiro de lo más certero, clavó uno tras otro. Yo me sorprendí clavando tres seguidos; Hailey puso uno con la mano temblorosa y Jessie gritaba del otro lado de la sala animándonos.

Ganamos. Nos dieron un vale para una cena gratis cuando quisiéramos. Saltamos y nos abrazamos entre risas estruendosas. Pedimos otra ronda de cervezas y celebramos aquella victoria como si acabara de tocarnos la lotería.

No mucho después, un hombre atractivo se acercó a nuestra mesa. Alto, de cabello oscuro rizado, barba de tres días y ojos de un gris azulado profundo. Vestía camisa de cuadros rojos y negros, vaqueros oscuros, un sombrero vaquero impecable y botas relucientes. Tenía una presencia…

imponente. Pero detrás de esa fachada atractiva había algo frío. Una mirada que encendía, pero sin confianza, sin calor.

Se presentó con voz suave.

—Buenas noches. Soy Darren Rourke, dueño del *Wild Ranch*. He oído hablar de ti. Eres la hermana de Caroline McCoy, ¿verdad?

Sentí un escalofrío. A las chicas les tomó un segundo darse cuenta de la tensión. Imposible no notarlo.

—Sí, soy yo —respondí amablemente—. ¿Nos conocemos?

—No personalmente —dijo—, pero he oído hablar mucho de ti. También que ves mucho a Cole Whitaker, ¿no es así?

Mi humor del minuto anterior había desaparecido. Cambié mi postura; mis manos apretaron la jarra de cerveza.

—Vamos a ver, Darren… —empecé, y él se adelantó, sonriendo.

—Solo quería invitarte a una cerveza. Preguntarte si has notado algo extraño, cualquier cosa en el rancho de *Iron Creek*. Ya sabes, los rumores vuelan cuando hay tensión.

—Gracias por la inquietud —contesté con cortesía—, pero no necesito a nadie investigándome ni preguntando por mi vida. Estoy bien.

Sentí que las miradas de las chicas se posaban sobre él, expectantes.

—Me están esperando —dije, apartándome.

—Claro, pero no te olvides de que este pueblo es pequeño —añadió con voz suave y una sonrisa venenosa—. Si de verdad quieres un cowboy en tu

vida, sería mejor que pensaras menos en Whitaker. Hay otros hombres —dijo, con tono diplomático—, que podrían preocuparse por ti de verdad.

En ese instante, empecé a ver un tipo calculador. No había bondad en sus ojos.

—Disculpa —dije alejándome—. Me voy con mis amigas.

Las demás se pusieron en pie también, mirando a Darren con mirada desafiante. No queríamos conflicto, pero tampoco tolerábamos el aire prepotente que traía consigo. Él se encogió de hombros y se alejó con calma, dejando tras de sí un silencio tenso.

—Es como los carroñeros —dijo Hailey.

—Un tipo así siempre busca presa —comentó Emily con rabia contenida.

—Es prepotente —afirmó Jessie—y superficial. Si alguien así se acerca a ti, dile que se olvide de eso.

Pedimos otra ronda y decidimos acabar la noche, contentas con la victoria, las cervezas y la compañía. Al salir, nos abrazamos como despedida esperanzada.

Cuando volví al rancho, me tiré en la cama, aun riendo por las historias, pero antes de dormirme pensé en Cole, su nombre y cómo el pecho se me apretaba cuando lo mencionaba. Respiré hondo, abrazada a la almohada y supe que eso que sentía se llamaba amor. Y por primera vez en mucho tiempo, dormir me pareció un poquito menos malo y un poco más refugio.

El amanecer trajo consigo una calma extraña. Me desperté temprano, todavía con el aroma a cerveza y risas en la piel, y me encontré con los niños desayunando con Gloria y Caroline en la cocina.

—Buenos días —saludé sonriendo.

—Tienes cara de haberte pasado con las cervezas anoche —dijo Caroline, dándome un beso en la mejilla.

—No me lo recuerdes. Es casi imposible seguir el ritmo de Jessie, Emily y Hailey.

—Se han criado aquí, entre vaqueros y hombres rudos que beben cerveza. ¿Qué esperabas? —rio.

—Toma, querida, un zumo y una pastilla.

—Gracias, Gloria, eres mi ángel de la guarda —le di un abrazo.

Después de desayunar, me puse las botas y volví al corral. El aire sabía a hierba fresca. Me recordé a mí misma lo lejos que estaba ya del pasado con Travis. No quería pensar en él ni en nada que me lo recordara. Estaba donde quería, aquí, en el campo, con el trabajo de mis manos y mi mente tan clara como nunca.

Daniel apareció con una pala y un cubo.

—¿Me ayudas con esa cerca rota? —dijo—. Vi que el viento del otro día dobló algunos postes.

Trabajamos juntos en silencio, clavando estacas y tensando alambre. Él hablaba sobre los corrales nuevos y yo asentía con atención. La rutina era un bálsamo. Cada clavo que golpeaba era un recordatorio: este rancho era mi refugio y mis límites.

Mientras adelantábamos la tarea, escuchamos unos mugidos. Un ternero había enganchado su bozal en la cerca y se debatía desde el otro lado, tirando del poste con fuerza para intentar escapar. Saltó hacia nosotros y se

enredó entre las piernas. Tuve que agacharme para liberarlo, momento en el que el índice casi se me dobló, y, cuando lo logré, el animal corrió despreocupado hacia un campo vecino. Daniel soltó un bufido de risa.

—A ese ternero le gusta explorar el rancho más que a ningún otro —bromeó.

Nos reímos y me di cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía prisa por irme de este lugar. Sentía que comenzaba a encajar. A pertenecer.

Cuando pusimos la última tabla, Daniel me preguntó si me apetecía comer algo.

—Un café y luego un descanso —respondí—. No me importa deberte un desayuno después.

Sonrió y se alejó mientras yo recogía las herramientas. Finalmente, me quité los guantes y limpié mis manos en el pantalón.

Fue entonces cuando mi móvil volvió a vibrar. Pensé que sería otro mensaje de Travis o algo de trabajo, pero era de Emily.

Emily: *¿Te apuntas a una tarde de películas? Tengo varias de Chris Evans; no te imaginas cuánto me gusta este hombre.*

Le respondí casi al instante.

Maddie: *Me apunto, dime hora.*

Sentí una calidez extra en el pecho; mi corazón ya no temía su nombre.

Terminé el resto del trabajo en los corrales, alimenté a las vacas recién paridas y luego me senté bajo la sombra de un roble a beber algo frío. Poco

después, apareció Lila con cara de traviesa.

—Tía Maddie… ¿Puedo montar a Midnight? —preguntó, señalando un viejo caballo gris.

—Claro, pero solo si estás con Nate —respondí, sabiendo que a Caroline no le importaría.

La ayudé a subir y la vi recortarse contra el cielo azul, girando en círculos pequeños. Me brillaron los ojos y supe que ya no tenía ninguna duda: ese era mi sitio. Aquí. Donde el odio del pasado se diluía entre el sol, las risas, el viento y una nueva promesa que no terminaba en recuerdo.

A la hora de comer fuimos a la casa y nos sentamos todos en familia, tomamos café y me subí a la habitación para ducharme y descansar un poco antes de ir a pasar la tarde con las chicas.

Capítulo 16



Cole

El cielo sobre el rancho estaba tan oscuro como el recuerdo de aquella noche en la que encontraron los caballos heridos. Ni una estrella. Solo la silueta de las montañas recortándose contra un fondo aún más negro. Las nubes se habían tragado la luna hacía rato, y lo único que iluminaba mi camino eran las luces de mi linterna y los destellos del sistema de sensores cada vez que pasaba junto a uno.

Había pasado una semana desde el ataque. Desde entonces, instalé cámaras térmicas, sensores de movimiento y reforcé cada maldita sección de la valla. El rancho, mi hogar, ya no se sentía como antes. El sonido de los grillos había sido reemplazado por el zumbido de las cámaras girando en sus soportes.

Caminaba con paso firme, pesado, sintiendo el frío del metal de la linterna en la palma de la mano. Cada cierto tiempo, me agachaba a comprobar un sensor o pasaba la mano por la caja negra de una cámara para asegurarme de que seguía alimentada por la batería solar. Todo estaba en orden. Todo... hasta que no lo estuvo.

Justo al cruzar el límite del potrero oeste, noté algo raro en el aire. No era un olor, ni un sonido. Era una sensación, como cuando sentías que algo no

encajaba en una imagen. Avancé otros veinte metros, y ahí lo vi: un trozo de valla cortado, apenas visible bajo la maleza.

Me agaché despacio. El alambre estaba limpio, cortado con precisión. No estaba oxidado y mucho menos era viejo. Había sido cortado con herramientas modernas. Nada de eso era producto del desgaste ni de un animal salvaje. Me quedé unos segundos con la mano sobre el alambre, escuchando, pero no había nada solo, el silencio espeso de la noche.

Apunté mi linterna hacia el camino de grava que llevaba hacia los establos. No se veía movimiento. Saqué el teléfono del bolsillo y abrí la *app* de vigilancia. Avancé hasta el metraje de esa zona. Las cámaras estaban activas, así que me bastó retroceder unos quince minutos.

Y ahí estaban.

Dos figuras negras como la noche. Ropa oscura y pasamontañas. Se movían con sigilo, como la otra vez. Se detenían, miraban hacia ambos lados, y uno de ellos cortaba la valla. El otro sostenía algo que no pude distinguir bien… ¿Una caja? ¿Una herramienta?

Pero lo que más me llamó la atención fue que apenas unos segundos después, la cámara captó algo más: Ryan, uno de los muchachos del rancho, haciendo su ronda como cada noche. Llevaba su linterna en la mano, apuntando al suelo como siempre hacía, despreocupado.

Los dos encapuchados lo vieron primero y reaccionaron rápido. Uno le tocó el hombro al otro y desaparecieron entre los árboles antes de que Ryan siquiera se acercara al sector.

Apreté los dientes, cogí el teléfono y marqué el número de mi hermano.

—¿Logan? —susurré en cuanto respondió— Hay que arreglar la valla del potrero oeste. Y trae a Ryan, Trey y Zeke contigo. Tenemos compañía.

—¿Qué ha pasado?

—Lo de siempre. Dos figuras. Pasamontañas. Y justo antes de que Ryan pasara por ahí, se fueron. No sé qué estaban buscando esta vez, pero cortaron la valla.

—¿Ryan los vio?

—Eso mismo voy a preguntarle ahora.

Colgué y giré sobre mis talones. Mientras caminaba hacia la casa principal, abrí nuevamente la grabación y la repasé, fotograma a fotograma. No había duda. Eran los mismos cabrones de la otra vez. ¿Qué querían esta vez? ¿Robar más animales? ¿Ver si aún teníamos vigilancia? ¿O simplemente joder?

Cuando Logan llegó con los demás, ya tenía el video listo para mostrárselo. Ryan frunció el ceño mientras lo veía y se cruzó de brazos.

—Estaba demasiado lejos —dijo—. Además, venía concentrado en revisar las trampas para mapaches. No vi ni escuché a nadie.

—No te culpo —respondí—. Se escondieron rápido, pero la valla estaba recién cortada. Tuvieron que haber pasado menos de un minuto antes que tú.

Logan ya estaba dando instrucciones a Trey y Zeke para soldar la valla temporalmente. Mañana la reforzaríamos con malla gruesa y sensores activos.

Miré una vez más hacia el bosque. Algo no cuadraba. Si querían entrar, lo habrían hecho. Si querían dañar algo, habrían tenido el tiempo. Pero no

hicieron nada… solo cortaron y esperaron. Como si estuvieran probando algo. Midiendo nuestra reacción.

La noche todavía tenía respuestas y yo pensaba encontrarlas.

Apenas habían pasado quince minutos desde que Logan y los muchachos terminaron de soldar la valla cuando escuché el sonido de neumáticos sobre grava. No era uno de los camiones del rancho. El motor sonaba más suave, más ligero. Cuando me giré hacia la entrada, lo supe incluso antes de verla bajarse del coche.

Era Maddie.

Cabello suelto, vaqueros ajustados, camisa de algodón metida en la cintura y una sonrisa que me derritió desde lejos. Sostenía una pequeña cesta entre las manos, cubierta con un paño blanco.

—¿Has venido hasta aquí a estas horas solo para verme? —pregunté, acercándome mientras ella cerraba la puerta del todoterreno.

—No, claro que no —bromeó—. He venido por el clima, por el silencio... y por el mejor terreno para caminar con botas —hizo una pausa y luego levantó la cesta—. También traje comida. He cocinado yo.

Me reí entre dientes y le quité la cesta con cuidado. El olor ya estaba escapando del paño: carne en salsa, pan caliente y algo que olía a romero y mantequilla.

—¿Te das cuenta de lo peligrosa que es esta combinación? —le dije, mientras caminábamos hacia el arroyo.

—¿La comida o yo?

—Ambas.

La llevé hasta el viejo sauce que crecía junto al arroyo. Las hojas caían como cortinas verdes, ocultándonos del mundo. Extendí una manta sobre el césped y me senté con ella. La brisa fresca rozaba la piel, y el sonido del agua corriendo era el único testigo de nuestra conversación.

Comimos despacio, entre risas, compartiendo bocados y recuerdos. Ella hablaba con pasión de sus sobrinos, del último desastre en la cocina que habían provocado, y yo escuchaba con media sonrisa, bebiéndome cada palabra como si fuera whisky añejo.

En algún momento, su mano tocó la mía. Sin pensarlo, entrelacé nuestros dedos.

—Gracias por esto —le dije en voz baja—. No sabía cuánto lo necesitaba.

—Yo sí —susurró—. Se te nota en los ojos... llevas noches sin dormir.

No respondí. En lugar de eso, acerqué mi rostro al suyo. Nuestros labios se encontraron como si hubieran estado esperando ese momento desde siempre. El beso fue suave al principio, lento... luego más profundo, más hambriento. El sabor de su boca mezclado con el aroma de la comida, el calor de su cuerpo contra el mío… Me perdí.

Mis manos buscaron su cintura, tirando de ella hasta sentarla sobre mí. Maddie no dudó. Se movió con la precisión de quien ya había imaginado esto muchas veces. Sus dedos se enredaron en mi cabello mientras mi boca descendía por su cuello.

La brisa se volvió testigo de nuestra urgencia. Bajé los tirantes de su blusa, besando cada centímetro de piel expuesta. Ella arqueó la espalda, con los labios entreabiertos, jadeando suavemente. La tierra bajo la manta crujía con cada movimiento. Mi camisa quedó hecha un nudo junto al tronco y su sujetador acabó volando. La luz tenue que se filtraba entre las hojas dibujaba sombras suaves sobre su pecho desnudo.

Y me tomé mi tiempo.

Su piel estaba tibia al tacto, y sus suspiros, cada vez más profundos, eran como una melodía que conocía, pero nunca había escuchado tan de cerca. Bajé hasta su vientre, dejando un camino de besos húmedos. Sus piernas temblaban cuando la miré a los ojos antes de deslizarme entre ellas. Su sabor era salado, dulce y absolutamente adictivo.

Maddie gimió mi nombre en voz baja, mientras sus caderas se movían para buscar más. La sostuve con firmeza mientras su cuerpo se sacudía contra mi boca, y me deleité con su respiración entrecortándose cuando alcanzó el clímax.

—Cole… —jadeó, tirando de mí hacia arriba, con los ojos brillando.

No hubo más palabras. Solo el sonido de nuestras ropas siendo apartadas, el crujido de la manta, el roce urgente de piel contra piel. Entré en ella con un gemido grave, sintiendo cómo su cuerpo me recibía con la misma necesidad. Nos movimos despacio al principio, sincronizados, cada embestida más profunda que la anterior. Después, perdimos el control.

Fui su ritmo. Su aliento. Su nombre escapaba de mis labios entre gruñidos ahogados. Ella me rodeó con las piernas, exigiendo más, más profundo, más fuerte. Y le di todo.

Cuando ambos nos derrumbamos uno sobre el otro, jadeando, con el corazón latiendo como un tambor de guerra, el mundo parecía haber desaparecido. Solo el arroyo, las hojas y nosotros dos, desnudos bajo el sauce, como si el tiempo se hubiera detenido solo para vernos.

Ella apoyó la cabeza sobre mi pecho y la abracé sin decir nada. Había algo en ese silencio que lo decía todo.

Pasaron unos minutos antes de que rompiera la magia.

—Tengo que irme —dijo en voz baja—. Les prometí a mis sobrinos que les contaría un cuento antes de dormir.

Asentí, aunque la idea de verla irse me pesó en el pecho.

Se vistió sin prisas, robándome un último beso antes de alejarse. Yo la seguí hasta el coche.

—¿Nos vemos el viernes en la taberna de Jack? —me preguntó, con una media sonrisa— Jessie, Emily y Hailey quieren salir a tomar algo.

—Ahí estaré. Logan también vendrá.

—Perfecto. Entonces será una noche interesante.

Subió al coche y se alejó, dejándome con el olor de su perfume aún en la camisa y el recuerdo de su cuerpo todavía caliente en mis manos.

La noche volvió a ser oscura, pero por dentro, yo ardía.

Capítulo 17



Cole

Y llegó la noche del viernes, y con ella la seguridad de que volvería a ver a la mujer que me tenía completa y absolutamente cautivado.

El cartel de neón de la taberna de Jack parpadeaba como siempre, a medio funcionar, iluminando la entrada con un tono rojizo que hacía parecer que todo el lugar estaba bañado en fuego. Dentro, el ambiente era el de cada viernes por la noche: cerveza derramándose, risas ahogadas entre canciones de country viejo y el ocasional grito de alguien celebrando una buena jugada de billar o una ronda de póker ganada.

Logan y yo llegamos pasadas las nueve. Él conducía su vieja *pick-up*, como de costumbre, y yo iba en el asiento del pasajero, con la mirada perdida en la ventana. No podía dejar de pensar en la valla cortada. En las figuras negras. En la forma en que huyeron antes de que Ryan los viera. Pero me obligué a dejarlo en pausa, al menos por unas horas. Maddie iba a estar ahí y solo pensar en ella hacía que la sangre me corriera más rápido por las venas.

—Relájate un poco — dijo Logan, dándome un codazo cuando bajamos de la camioneta—. Vas a verla, no a interrogarla.

—No estoy tenso.

—Claro que no, por eso tu mandíbula parece hecha de cemento —respondió con una sonrisa, y entramos.

El lugar olía a madera vieja, cerveza y fritura. El suelo crujía bajo nuestras botas. Jack, tras la barra, nos saludó con un gesto de la cabeza mientras limpiaba vasos. En una de las mesas del fondo, cerca de la máquina de discos, estaban ellas.

Maddie fue la primera en vernos.

Se levantó ligeramente en el asiento, con esa sonrisa que me hacía olvidar que alguna vez me dolió algo en la vida. Llevaba unos vaqueros oscuros ceñidos, botas marrones y una blusa sin mangas color vino que dejaba al descubierto sus hombros dorados por el sol. Jessie, Emily y Hailey estaban con ella, cada una con una cerveza en la mano, riendo de algo que claramente ya no tenía importancia ahora que nosotros habíamos entrado.

Me acerqué directo a ella, sin rodeos, y Maddie se levantó antes de que pudiera decir algo. Me rodeó el cuello con los brazos y me besó la mejilla… aunque sus labios rozaron peligrosamente cerca de mi boca. Me cogió desprevenido, y me encantó.

—Llegáis tarde —dijo con una sonrisa.

—Solo queríamos asegurarnos de que estuvierais ya metidas en problemas —respondí.

Logan saludó al resto con un guiño rápido y pidió una ronda en la barra. Yo me senté al lado de Maddie, nuestras piernas rozándose bajo la mesa, como si estuviéramos solos a pesar de que el bar estaba lleno.

—Estás muy guapa esta noche, vaquera —le dije en voz baja, casi un susurro, inclinándome hacia su oído.

—Me vestí para ti —respondió sin dudar—. Y por cómo me estás mirando, valió la pena.

Cogí su mano bajo la mesa, entrelazando nuestros dedos. Ella apretó, firme, segura. Esa mujer era una tormenta envuelta en seda.

La conversación fluía entre todos. Jessie y Logan, para mi sorpresa, parecían haber encontrado un tema común: caballos. O más bien, sus temperamentos. Jessie contaba historias de una yegua llamada Loba, y Logan reía como no lo hacía desde hacía tiempo. Emily y Hailey se reían a carcajadas de las anécdotas, haciendo que el ambiente se sintiera ligero, incluso… normal. Como si las amenazas allá afuera no existieran.

Pero yo no podía dejar de observar.

La puerta. Los rostros nuevos. Cualquier sombra extraña fuera del ventanal. Era instinto. Protección.

Maddie notó mi mirada de vez en cuando desviarse hacia la entrada, y apoyó la cabeza en mi hombro.

—No puedes desconectar, ¿verdad?

Negué.

—No cuando hay cosas que no encajan.

—Estoy aquí —me susurró—. Solo por esta noche… olvida todo eso. Mírame.

Y lo hice. Dios, lo hice.

Me perdí en su sonrisa, en la curva de sus labios cuando hablaba. En cómo bebía de su vaso de cerveza con calma, como si el mundo fuera suyo. Hablábamos sin decir demasiado. Nuestros cuerpos se decían cosas que las palabras no alcanzaban. Su rodilla presionaba la mía. Su mano dibujaba círculos sobre mi muslo. De vez en cuando, sus ojos bajaban a mis labios y luego volvían a los míos. La tensión crecía como un incendio lento.

Cuando Jack puso música lenta en la máquina, alguna canción vieja de Chris Stapleton, varias parejas se levantaron a bailar.

—¿Quieres? —preguntó Maddie, mirándome con esos ojos que sabían exactamente lo que hacían.

Me puse de pie sin responder, cogiéndola de la mano. La llevé al centro del pequeño espacio entre mesas donde otras parejas se mecían despacio. La rodeé con los brazos, y ella apoyó la mejilla sobre mi pecho.

Bailamos así. Lento, con la respiración acompasada. Sus manos en mi espalda y mi nariz en su cabello.

—¿Qué somos, Cole? —preguntó de repente, sin levantar la vista.

Me quedé en silencio.

Podría haber dicho cualquier cosa. Una broma. Algo ligero. Pero eso no sería justo. Ni con ella. Ni conmigo.

—No lo sé —admití—, pero quiero averiguarlo contigo.

Ella sonrió, cerrando los ojos, como si esa respuesta hubiera sido suficiente.

Cuando la canción terminó, volvimos a la mesa. Tomamos otra ronda y volvimos a reír con los demás. Pero todo entre nosotros seguía vibrando con

lo que habíamos dicho y no dicho. Con lo que habíamos hecho dos noches atrás bajo el árbol. Y con lo que ambos sabíamos que pasaría de nuevo… muy pronto.

Cerca de la medianoche, nos despedimos del grupo. Logan y Jessie seguían hablando. Emily y Hailey seguían bromeando. Pero Maddie y yo ya teníamos la mirada puesta el uno en el otro.

La acompañé hasta su coche. La noche estaba templada, y el viento traía olor a tierra mojada.

Antes de que subiera, la rodeé por la cintura y la atraje hacia mí. Esta vez no hubo duda. Nuestros labios se encontraron en un beso lento, intenso, que duró lo suficiente para dejar claro que no habíamos terminado ni de cerca.

—Te escribo cuando llegue —me dijo, con voz ronca.

—Hazlo. Y dime cuándo quieres que pase por ti la próxima vez.

—¿Mañana? —preguntó, arqueando una ceja.

—Mañana.

Nos sonreímos como dos adolescentes con secretos que el mundo no entendería. Y luego se fue, dejándome de nuevo con el pecho latiendo demasiado fuerte para ser sano.

A la mañana siguiente, me levanté antes del amanecer, como siempre. El café ya estaba hecho en la cocina, y el sol apenas asomaba un filo anaranjado por detrás de las montañas. Me senté con la taza entre las manos frente al monitor del sistema de seguridad y comencé a repasar cada segundo grabado desde el incidente en la valla.

Revisé no solo esa cámara, sino las de las zonas aledañas. Avancé y retrocedí los clips. Tomé notas. Agrandé la imagen. Pude distinguir algo más: uno de los encapuchados cojeaba ligeramente. No mucho, pero lo suficiente para que lo notara alguien que había pasado toda su vida observando el paso de hombres y animales por los pastizales.

También había una señal en la muñeca derecha de uno de ellos. Un brazalete. Oscuro. ¿Cuero, tal vez?

Apreté los dientes.

Algo no encajaba. Todo esto no era casual. No era un simple robo ni una travesura. Había método. Estaban tanteando el terreno, midiendo tiempos, calculando distancias. Y si alguien hacía eso… no era por un par de caballos.

Decidí que ya era hora de hablar de nuevo con el sheriff Harlan.

Me subí a la camioneta y conduje hasta su oficina. Cuando llegué, él ya estaba ahí, con su sombrero viejo sobre el escritorio y una taza de café que olía más a petróleo que a café.

—¿Cole? ¿Qué te trae por aquí?

—Han vuelto —dije sin rodeos, cruzando la puerta y cerrándola detrás de mí—. Al menos dos personas. Cortaron una sección de la valla oeste la otra noche. Tengo las grabaciones.

Harlan se enderezó, frunciendo el ceño.

—¿Estás seguro de que son los mismos?

—Misma ropa. Pasamontañas. Mismo sigilo. Se fueron justo cuando uno de mis chicos apareció haciendo su ronda.

Saqué el teléfono, abrí el vídeo y se lo mostré. El sheriff observó en silencio, con la mandíbula tensa. Cuando terminó, asintió lentamente.

—No me gusta esto, Cole, pero al menos tenemos algo visual otra vez. Te pondré a uno de mis hombres a vigilar el rancho un par de noches. Turnos desde medianoche hasta el amanecer. A ver si vemos algo.

—Te lo agradezco —dije, con honestidad—. No quiero que esto se repita. Ni que pase a mayores.

Harlan entrelazó los dedos sobre el escritorio.

—¿Tienes idea de quién podría estar detrás de esto?

Me quedé en silencio unos segundos. No me gustaba hablar antes de tener pruebas… pero mentir tampoco era mi estilo.

—Tengo mis sospechas —dije al fin—. Pero eso es todo lo que son por ahora. Sospechas.

El sheriff asintió, sin presionarme. Sabía que, si yo tenía un nombre en mente, no era por capricho.

—Bien —dijo, levantándose—. Avísame si vuelven o si logras ver algo más claro en las grabaciones. Y, Cole… ten cuidado. No te metas solo con esto.

—Ya no estoy solo —respondí, pensando más en Maddie de lo que él suponía.

Salí de la oficina sin decir más.

El calor ya empezaba a apretar cuando me subí a la camioneta. Tenía polvo en las botas, sudor en la nuca y mil cosas en la cabeza. Pero por primera vez en días, también tenía algo distinto: un motivo para volver al rancho con una sonrisa.

Maddie me esperaba esa tarde. Habíamos quedado en vernos temprano, sin prisas. Una nueva cita, sin que nadie la llamara así.

Me pasé la mano por la barba y me miré en el retrovisor.

Era hora de volver, hacer una ronda rápida… y prepararme para verla.

Capítulo 18



Maddie

Cuando escuché el motor de la camioneta de Cole entrando por el camino de grava, se me aceleró el corazón. No porque fuera sorpresa, ya que sabía que vendría a buscarme, sino por lo que significaba. Verlo otra vez, después de todo lo que había pasado entre nosotros bajo el sauce, después de todas las palabras que no dijimos, pero que nuestros cuerpos gritaron.

Me miré por última vez en el espejo del pasillo. Vaqueros ajustados, blusa blanca con hombros al descubierto, cabello suelto, natural, pero con todo pensado. Quería que supiera que me importaba. Que él me importaba.

Cuando salí al porche, ya estaba esperándome, apoyado contra la puerta del conductor con los brazos cruzados. Camisa gris arremangada, vaqueros oscuros, botas polvorientas. El tipo de hombre que parecía pertenecer a la tierra que pisaba.

—¿Lista? —preguntó con esa voz grave que me revolvía el estómago de la mejor manera.

—¿Desde hace media hora? —respondí, sonriendo mientras bajaba los escalones.

Me abrió la puerta del copiloto. Siempre lo hacía. No por cortesía vacía, sino porque así era él.

El trayecto hacia la taberna fue tranquilo. Hablamos de cosas simples: el calor, los caballos, cómo su hermano Logan parecía tener una conexión especial con Jessie últimamente, aunque él fingía no darse cuenta. Pero cada tanto, entre tema y tema, el silencio se hacía cómodo… y cuando me giraba para mirarlo, él ya me estaba mirando.

Llegamos pasadas las ocho. La taberna de Jack estaba llena, como todas las noches. Luces tenues, madera por todos lados, olor a fritura y cerveza, y un bullicio que lo envolvía todo. Me encantaba ese lugar. No por lo que tenía, sino por lo que no tenía: prisas, máscaras, ni gente que necesitara fingir.

Ocupamos una mesa en una esquina, cerca de la máquina de discos. Cole pidió alitas picantes, patatas con queso y bacon y dos cervezas. Yo habría pedido lo mismo, lo que me hizo sonreír. Sabía leerme bien.

—¿Qué? —preguntó cuando notó mi sonrisa.

—Nada —dije, apoyando el codo en la mesa y la barbilla sobre la mano —. Solo pienso que tienes buena puntería con las órdenes.

—Soy observador. Además, después del otro día, me gané al menos el derecho de invitarte una cena decente, ¿no?

Me reí, pero algo en su mirada me detuvo un segundo más de lo normal. Estaba relajado… pero también alerta. Como si su mente siguiera divagando por esos pasamontañas y las sombras que rondaban el rancho.

—Cole… —dije en voz baja— Solo por esta noche, ¿puedes desconectar un poco?

Él bajó la vista, luego me la sostuvo. Asintió despacio.

—Lo intento —dijo.

—Entonces te voy a ayudar —le sonreí, cogiendo su mano por encima de la mesa—. Vamos a jugar al billar.

Él arqueó una ceja.

—¿Te he dicho que soy competitivo?

—¿Te he dicho que no me importa?

Me levanté antes de que pudiera negarse. Jack tenía dos mesas de billar al fondo, cerca del pasillo que daba al baño. Estaban libres. Cogí un taco y le lancé otro a Cole.

—¿Quieres que juguemos con apuestas? —preguntó, sonriendo con ese aire entre pícaro y provocador que tanto me gustaba.

—No hace falta. Sé que voy a ganar —contesté, y nos reímos.

Yo di el primer golpe, y para mi sorpresa, no fue tan malo. Pero el siguiente intento fue otra historia. Me agaché, coloqué el taco… y sentí sus manos en mi cintura. Me estremecí.

—Así no. Estás mal alineada —murmuró, cerca de mi oído.

Se pegó a mi espalda, guiando mi mano por el taco, su pecho contra mi espalda, su aliento en mi cuello. El mundo se redujo al roce de sus dedos sobre los míos, al calor de su cuerpo tras el mío. Disparé… y la bola entró. Pero eso fue lo de menos.

—¿Eso ha sido una técnica de enseñanza… o un intento de distraerme? —pregunté con voz temblorosa.

—¿Y si han sido ambas?

Se rio suavemente y rozó su nariz contra mi mejilla. Me dio un beso breve, rápido, apenas un roce. Un beso robado. Y seguimos jugando.

Él hacía lo mismo cada vez que me agachaba para disparar. A veces un roce en la cintura. A veces su mano sobre mi cadera. Una vez me besó en el cuello, y tuve que contener el suspiro para que no se me notara tanto el temblor en las piernas.

Me separé un poco y le murmuré.

—Nos están mirando…

—Lo hacen porque, desde que me divorcié, no me han visto con nadie así.

Tragué saliva.

—¿Ni siquiera con April? —pregunté, y vi cómo su mandíbula se tensaba por un segundo.

—Con April solo fue sexo esporádico. Nada serio. Todos lo sabían, o al menos lo intuían. No era una relación. Era… algo que pasaba, a veces.

No dije nada, solo asentí. En el fondo, ya lo sabía. Pero escucharlo de sus labios fue otra cosa. Más claro. Más real. Más… cerrado.

Terminamos la partida con una victoria suya, aunque juro que, si no hubiera estado tan cerca, tan encima de mí todo el rato, le habría ganado.

Volvimos a la mesa, terminamos la cerveza. Me quedé mirándolo un segundo y dije.

—Deberíamos irnos.

Él asintió sin preguntar por qué.

Ya en la camioneta, con las luces bajas iluminando apenas el camino polvoriento, Cole rompió el silencio.

—Maddie… ¿Te gustaría pasar la noche conmigo?

Me giré para mirarlo. Su expresión era serena, segura, pero en sus ojos había vulnerabilidad y deseo.

—¿Otra noche bajo las estrellas, junto al arroyo? —curioseé, y Cole sonrió negando con la cabeza.

—No, esta vez te quiero en mi cama.

El corazón me dio un vuelco, literalmente. Bajé la vista, tragué saliva con fuerza. Eso… era un paso grande. Más grande de lo que esperaba esta noche. Más profundo.

—Solo si tú quieres y si estás preparado —dije, más bajito de lo que pensaba.

Él buscó mi mano y la cogió con firmeza.

—Si no lo estuviera… no te lo habría pedido.

No respondí. No necesitaba hacerlo.

El resto del camino fue un silencio lleno de electricidad. Llegamos al rancho y entramos por la puerta trasera, en silencio. Subimos las escaleras sin hacer ruido, como si estuviéramos robando algo sagrado.

Cuando entramos en su habitación, sentí que todo olía a él. Cuero. Tierra. Jabón. Humo de leña. Me quedé en el umbral absorbiendo cada rincón como si fuera parte de él.

Se acercó y me besó. Esta vez sin prisa.

Mis manos fueron a su pecho. Las suyas a mi espalda. La pasión encendida en el sauce volvió a encenderse… pero ahora, en otro terreno. Más íntimo. Más suyo. Más nuestro.

La habitación de Cole no era grande, pero lo sentí como un refugio. Las paredes estaban cubiertas con madera envejecida por el tiempo, y en un rincón había una silla con una manta tejida encima. La cama, grande, desordenada y cálida a partes iguales, ocupaba casi todo el espacio, y olía a él: a cuero, a bosque, a algo masculino y crudo que me revolvió el estómago de deseo en cuanto cerró la puerta detrás de nosotros.

Él no dijo nada. No hacía falta.

Se acercó despacio, con esa mirada cargada de intención que conocía demasiado bien. Me quitó la chaqueta que llevaba encima, deslizándola por mis brazos como si fuera parte de un ritual. Mis manos fueron a su cintura, tocando su camisa por fuera del pantalón. Sentí cómo sus músculos se tensaban bajo el contacto.

—¿Estás segura? —murmuró.

—Estoy más segura que nunca —respondí. Y entonces me besó.

Ese beso no fue como los anteriores. No tenía prisa. No era una explosión. Era fuego que se encendía lento, desde dentro. Sus labios sabían a cerveza y a promesas. Me sostuvo el rostro con ambas manos, acariciándome las mejillas con los pulgares como si intentara memorizarme. Le correspondí con la misma suavidad, la misma intensidad. Una parte de mí temblaba por dentro, pero no de miedo. Era algo más profundo. Mucho más profundo.

Su boca bajó por mi cuello, y suspiré, cerrando los ojos. Mis dedos se enredaron en su cabello cuando lo sentí morderme suavemente cerca del hombro. Se deshizo de mi blusa despacio, dejando al descubierto mi sujetador de encaje blanco. Me sentí desnuda incluso antes de estarlo.

—Eres preciosa —susurró, mirándome como si fuera lo único que existía en el mundo.

Le quité la camisa con manos que ya no podían esperar. Su pecho era firme, con cicatrices pequeñas que contaban historias que algún día quería que me contara. Lo empujé hacia la cama, y él cayó de espaldas, riendo con esa risa grave que hacía que mis piernas flaquearan.

Me subí sobre él, mis muslos a cada lado de su cintura, y lo besé como si el tiempo fuera a acabarse en cualquier momento. Él me sujetó por las caderas, apretándome contra su cuerpo. Sentí su erección endurecida bajo los vaqueros, presionando entre mis piernas. Mi cuerpo respondió al instante, húmedo, dispuesto.

Nos deshicimos del resto de la ropa entre besos y suspiros. Su piel caliente contra la mía. Sus manos recorriendo cada curva, cada línea, como si me descubriera por primera vez. Yo no tenía miedo de mostrarme. No con él.

Cuando me giró y se colocó encima, le rodeé la espalda con las piernas. Su boca descendió por mi pecho, llevándose uno de mis pezones entre los labios. Solté un gemido bajo, arqueando la espalda.

—Cole… —susurré, sin poder contenerlo.

Sus dedos viajaron entre mis muslos y me encontró ya abierta para él. Deslizó uno de ellos dentro de mí, con paciencia, con precisión. Jadeé, agarrando las sábanas. Me miraba mientras lo hacía, como si quisiera grabarse cada reacción en la memoria.

Y yo solo podía pensar en que este hombre me hacía sentir lo que pensé que no sentiría jamás con un hombre. Seguridad.

Capítulo 19



Maddie

Cole seguía mirándome mientras sus dedos se deslizaban dentro y fuera de mí, hasta que vi el brillo en sus ojos y unos segundos después se inclinó para lamer mi clítoris y mi sexo sin pudor alguno.

Lamía, mordía, succionaba, y me llevó al borde del orgasmo haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera.

—Tan jodidamente perfecta —dijo en voz baja.

Cuando al fin se colocó entre mis piernas, lo miré a los ojos.

—Quiero que me sientas —le dije—. Quiero que me tomes… sin miedo.

Y así lo hizo.

Entró en mí despacio, profundamente, con una reverencia que me rompió por dentro. Llenándome por completo, como si cada centímetro de su cuerpo se conectara con cada parte de mi alma. Me quedé sin aire.

Nos movimos al unísono. No fue rápido, tampoco fue salvaje. Fue íntimo, lento, ardiente. El tipo de sexo que no se olvidaba porque no solo lo sentías con el cuerpo, lo sentías con el alma.

Me besaba el cuello, los hombros, la boca. Yo le acariciaba la espalda, los costados, los brazos. Nos buscábamos como si no nos hubiéramos tenido nunca.

El clímax me alcanzó primero. Me aferré a él con las piernas y gemí su nombre en su oído. Temblé bajo su cuerpo mientras él no paraba de moverse dentro de mí, sus caderas firmes, constantes. Poco después, lo sentí tensarse, gruñir contra mi piel y derramarse dentro de mí, con un gemido bajo, profundo, casi primitivo.

Permaneció dentro de mí un momento más, apoyando la frente contra la mía, respirando al mismo ritmo.

—No quiero que esta noche se acabe —murmuró.

—Entonces no dejemos que lo haga —le respondí.

Rodamos juntos hasta quedar de lado, abrazados, y sentí su pecho contra mi espalda. Me cubrió con las mantas y me sostuvo como si no fuera a soltarme jamás.

Su respiración se fue volviendo lenta. Pesada. Yo me quedé despierta unos minutos más, acariciándole la mano que descansaba sobre mi vientre.

Y justo antes de cerrar los ojos, pensé que, si esto era un comienzo, no tenía miedo de lo que viniera después.

Desperté con la espalda tibia, envuelta por un cuerpo que ya sentía familiar. Tardé un segundo en recordar dónde estaba, pero el olor a madera, a sábanas limpias y a Cole me trajo de vuelta.

Sonreí antes de abrir los ojos. Su respiración era tranquila, su brazo rodeaba mi cintura y su mano reposaba, sin apretar, sobre mi abdomen. Me

giré lentamente para verlo. Dormía con la boca entreabierta, la barba desordenada, el pelo alborotado por la almohada. Hermoso de una forma real, cruda, de esas que solo veías en la intimidad más profunda.

Me quedé mirándolo hasta que abrió los ojos. Al verme, sonrió.

—Buenos días —murmuró con voz rasposa, ronca de sueño.

—Buenos días —respondí, acariciándole la mejilla con la yema de los dedos—. ¿Siempre duermes así de abrazado?

—Solo con quien quiero despertar —dijo sin dudar, y sentí cómo se me encendía el pecho por dentro.

Nos quedamos así un momento más, compartiendo un silencio lleno de cosas que no necesitaban decirse. Luego, él me robó otro beso y se levantó.

—¿Quieres una ducha? —preguntó, desde la puerta del baño.

Lo seguí sin decir palabra. La respuesta estaba en mis pasos.

El agua estaba tibia, el vapor llenaba el baño y su silueta desnuda se recortaba contra el cristal. Cuando entré, me atrapó por la cintura y me pegó contra la pared de azulejos. Nos besamos como si no hubiéramos pasado la noche entera tocándonos.

El agua resbalaba por nuestros cuerpos. Sus manos bajaron por mi espalda, hasta mis caderas, y me alzó ligeramente para que enredara las piernas en su cintura. Lo hice sin pensar, jadeando contra su boca cuando lo sentí entrar en mí. Suavemente al principio, luego más profundo. El ritmo del agua no era más constante que el de nuestros cuerpos.

Nos movíamos como si el tiempo se hubiera detenido dentro de aquella ducha. Era diferente. Más crudo. Más urgente. No era solo deseo. Era una

necesidad. Era decirnos sin palabras: “Estoy aquí. Todavía te quiero.”

Cuando terminamos, me apoyó la frente en el hombro y respiramos juntos.

—Podría quedarme así todo el día —murmuró.

—Yo también… pero huele a desayuno abajo —dije entre risas, notando el olor a café colándose por debajo de la puerta.

Nos vestimos sin prisa y bajamos cogidos de la mano. En la cocina estaban Logan, Maggie y su madre, sentados a la mesa. Los dos se giraron al vernos, y sonrieron con la clase de sonrisa que decía más que mil palabras.

—Buenos días, cariño —dijo Maggie, levantándose para abrazarme con calidez sincera.

—Buenos días, Maggie.

—¿Tienes hambre?

Antes de que pudiera responder, Logan intervino con una sonrisa de lo más pícara.

—Conociendo a mi hermano, seguro que la pobre Maddie está hambrienta…

Me sonrojé al instante. Cole le dio una colleja en la nuca sin decir una palabra, y Logan protestó con voz de niño pequeño.

—¡Ay! ¡Ya, ya! Solo bromeaba…

Maggie se rio bajito mientras servía más café.

—Deja de molestar, Logan. Eres peor que cuando tenías doce años.

Desayunamos entre risas, pan de maíz caliente, huevos revueltos, bacon y café fuerte. Era la clase de desayuno que uno no olvidaba, no por la comida, sino por el calor de hogar.

Pero, como siempre, la realidad se coló por debajo de la puerta.

—¿Alguna novedad sobre las cámaras? —preguntó Logan, mientras cortaba una tostada. Cole negó con la cabeza.

—Revisamos todo. Las figuras que vimos la otra noche estaban bien cubiertas. No dejaron huellas, ni nada que los delate.

—¿Tenéis alguna idea de quién puede estar haciendo esto? —pregunté, mirándolos a todos.

Hubo un silencio. Fue Maggie quien habló, con voz firme y cierta pesadez en la mirada.

—Darren Rourke. Tiene que ser él. Esa familia siempre ha tenido rencillas con los Whitaker. Generaciones enteras de rencor acumulado.

Mi estómago se tensó.

—¿Darren Rourke? —pregunté— Se me acercó una noche en la taberna de Jack. Se presentó. Me preguntó si había visto algo raro en *Iron Creek* últimamente. Se mostró muy… amable.

Cole frunció el ceño con fuerza y su mandíbula se endureció.

—Si vuelve a acercarse, me lo dices —dijo con un tono que no permitía discusión.

—No te preocupes —respondí—, le dije que no quería hablar con él. No me dio buena espina.

Maggie asintió y dejó su taza sobre la mesa.

—Hazle caso a Cole, Maddie. No sería la primera vez que ese hombre se acerca a alguien del entorno para sonsacarle lo que quiere saber.

Me detuve.

—¿Qué quieres decir con, "no sería la primera vez"?

Fue Cole quien se levantó, colocó su taza en el fregadero y murmuró:

—Tenemos que empezar con el trabajo.

Se giró hacia mí, se acercó y me dio un beso lento, suave, cargado de algo que no supe nombrar en ese momento.

—Nos vemos luego —murmuró, y se fue sin decir más.

Maggie me miró y dudó, pero yo necesitaba saber.

—¿Darren se acercó a su exmujer? —pregunté en voz baja.

Maggie negó con la cabeza.

—No. A quien se acercó fue a su novia del instituto. Cole tenía diecisiete años. Ella también. Eran inseparables. Estaban enamorados, de ese modo puro y tonto que solo se es a esa edad. Pero Darren... bueno, la engatusó. Ella le contó cosas sobre el rancho, sobre la familia… Lo suficiente como para que él y los Rourke supieran cómo hacer daño. Y lo hicieron.

Me quedé quieta, el corazón encogiéndose sin querer.

—¿Qué pasó con ella?

—Se acostó con Darren. Se quedó embarazada y le dijo a Cole que se había enamorado del otro. Que no podía seguir. Darren no quiso hacerse cargo del bebé. Y ella... desapareció. Se fue del pueblo. Solo su familia supo a dónde. Cole nunca volvió a verla. No habló del tema durante años.

Tragué saliva.

—Yo no haría algo así —dije en voz baja, sintiendo que necesitaba decirlo más por mí, que por ella—. No traicionaría a Cole de esa manera. Sé lo que es que alguien a quien amas te haga daño.

Maggie me miró en silencio. Luego se acercó y me abrazó fuerte, con calidez.

—Lo sé, Maddie. Se te nota. Por tu forma de mirarlo. Y también… por tu mirada. Una mujer que ha sufrido se reconoce en otra. Pero tú eres una buena muchacha, lo vi desde la primera vez que te tuve enfrente.

Sentí que me aflojaba por dentro. Que algo se acomodaba.

—Gracias, Maggie. De verdad.

—¿Vendrás a almorzar algún día?

—Claro que sí. Me encantaría.

Me despedí con un beso en la mejilla y salí caminando hacia el rancho. El sol ya estaba alto, y el calor apretaba, pero no me importaba. Mi cuerpo aún recordaba el suyo. Mi pecho aún ardía con la ternura de su familia, y mi cabeza…

Mi cabeza estaba llena de Cole.

Hasta que vibró el teléfono con un mensaje. Era de un número desconocido, pero no me hacía falta ver ningún nombre en la pantalla para saber quién lo enviaba.

Desconocido: *No vas a poder evitarme eternamente. Sabes que tarde o temprano esto va a salir. Hablemos, Maddie.*

Me detuve en seco. El calor pareció convertirse en hielo y tragué saliva con dificultad.

Había evitado hablar del tema con Caroline y Daniel. Me había mantenido al margen porque no quería traer problemas, pero sabía que mi hermana y mi cuñado tarde o temprano se acabarían enterando.

Capítulo 20



Maddie

La luz del amanecer se filtraba por las cortinas de cuadros rojos y blancos, tiñendo la cocina del rancho con un resplandor dorado y cálido. El aroma del café recién hecho flotaba en el aire, mezclándose con el del pan tostado y los huevos revueltos que chisporroteaban en la sartén. Me acomodé en una de las sillas de madera junto a la mesa grande, frotándome los ojos aún adormilados mientras observaba a mi hermana Caroline moverse con la soltura de quien llevaba toda la vida en ese espacio.

—Gloria, ¿puedes ponerle un poco más de mantequilla a las tortitas de Lila? —pidió con voz suave, mientras recogía una taza y me la tendía— ¿Negro, como siempre?

—Negro como el alma de un vaquero cansado —bromeé, aceptándola con una sonrisa agradecida.

Caroline soltó una risita y se sentó frente a mí. Daniel entró en ese momento, cargando al pequeño Ethan sobre sus hombros. El niño agitaba los brazos como si cabalgara un toro salvaje, gritando un entusiasta, "¡yiiihaaa!" que resonó por toda la cocina.

—¿Quién necesita despertador teniendo a este campeón? —dijo Daniel, dejando a su hijo en el suelo con una reverencia exagerada.

—¡Hoy es el rodeo! —gritó Ethan, y su hermana Lila, que ya estaba en su silla con las mejillas embadurnadas de sirope, aplaudió emocionada.

—Así es —confirmó Daniel, sentándose junto a Caroline y robándole un trozo de bacon de su plato—. Y no solo eso. Los muchachos del rancho también van a participar. Ray, Mike, TJ... hasta Chris quiere intentarlo este año.

—¿Chris? ¿Nuestro John Wayne de juguete? —me burlé, alzando una ceja.

—Ese mismo —respondió Daniel entre risas—. Dice que está listo para domar cualquier bestia con una cita de película en la boca.

—¿Y los del rancho de Cole? ¿Van a participar también? —pregunté, removiendo el café.

—Claro. Cole, Logan y casi todo su equipo. Ya sabes cómo se pone esto, Maddie. Rodeo en el pueblo significa rivalidades, apuestas, orgullo vaquero. Nate ya se está picando con Trey desde hace días.

—¿Y tú vas a participar? —le pregunté a Daniel, mirando a Caroline.

Antes de que ella pudiera responder, Lila, con su vocecita dulce, intervino.

—¡Tía Maddie! Para ir al rodeo tienes que vestirte como una vaquera de verdad. Con botas y sombrero.

—¡Sí! —gritó Ethan— Y un cinturón con hebilla grande. Como el de papá.

—Ah, ¿sí? ¿Eso queréis? —pregunté, haciéndome la ofendida— Entonces tendré que ir a buscar el conjunto vaquero más texano que pueda encontrar.

Los niños vitorearon y yo no pude evitar reírme. Fue entonces cuando mi teléfono vibró sobre la mesa. Lo cogí y vi un mensaje de Jessie.

Jessie: ¿*Vas a ir al rodeo? Yo voy con Emily y Hailey, como todos los años. Podemos vernos en el puesto de comida y cervezas a las ocho.*

Le respondí enseguida.

Maddie: *Sí, vamos todos. No me quedo en casa ni loca. Nos vemos allí a las ocho.*

Guardé el teléfono y sonreí para mis adentros. Me gustaba esa energía, esa promesa de una noche llena de emoción, luces, risas y polvo levantándose en la arena.

Después del desayuno, subí a mi habitación. La mesa junto a la ventana estaba cubierta de papeles, notas y el portátil abierto con los archivos de las localizaciones que me habían pedido para unos anuncios de televisión. Trabajé durante un par de horas, respondiendo correos y ajustando cosas, pero mi mente ya estaba en otra parte.

A mediodía, decidí darme una vuelta por el rancho de Cole. El sol pegaba fuerte, pero el viento traía consigo el aroma familiar del heno, el cuero y el polvo del camino. Al llegar, lo primero que vi fue a Maggie en el porche, con un vestido de flores y su sonrisa maternal.

—¡Maddie, cariño! —exclamó, bajando los escalones para abrazarme.

Me recibió con un beso cálido en la mejilla y me sujetó las manos como si hubieran pasado años desde la última vez que nos vimos.

—¿Dónde está Cole? —pregunté, recorriendo con la mirada el terreno, buscando su figura alta entre los establos.

—Está con los muchachos. Están repasando los consejos de seguridad para el rodeo. Ya sabes cómo es: serio cuando toca. Especialmente esta noche.

Me quedé callada, pensativa; Maggie lo notó y apretó suavemente mi mano.

—No te preocupes, mi niña —dijo, con una dulzura que me desarmó—. Ese muchacho prácticamente nació subido a un caballo. Te lo digo yo, que lo vi hacerlo antes de aprender a caminar.

Sonreí, enternecida.

—Robert se encargó de eso, ¿sabes? Quería que sus hijos fueran uno con la tierra y los animales. Que supieran vivir en este mundo, no solo pasar por él. Y si te soy sincera, pensé que después de lo de su padre lo dejarían, que el dolor los alejaría. Pero luego entendí que, para ellos, montarse en un toro o en un caballo es una manera de honrarlo, de tenerlo cerca.

Me hizo un gesto para que la siguiera y me llevó por un pasillo hasta una habitación pequeña al fondo de la casa. Al abrir la puerta, el aire se llenó de historia.

Había vitrinas llenas de trofeos, medallas, fotografías en blanco y negro y otras más recientes. Vi el nombre de Robert Whitaker grabado en varias placas doradas. Maggie cogió una foto enmarcada donde Robert, joven y sonriente, alzaba un trofeo con su sombrero en alto.

—Míralo —susurró—. Igualito a Cole, ¿verdad?

Asentí, impresionada por el parecido. También vi rasgos de Logan en esos ojos claros y esa sonrisa amplia.

—Cole y Logan dejarán de competir cuando estén listos. Igual que su padre. Nadie se lo pidió, pero él supo cuándo era tiempo de pasar el testigo.

Maggie acarició el rostro de Robert en la foto con los dedos, y por un instante, el silencio en la habitación fue absoluto, reverente.

Al regresar a la cocina, encontramos a Cole y Logan sentados, con el apetito que solo el trabajo del campo podía dar. Cole me vio, se sorprendió un segundo y luego sonrió con esa expresión que siempre me hacía sentir en casa. Se levantó, rodeó mi cintura con un brazo fuerte y me besó.

—¿Te quedas a comer? —preguntó Logan, sirviéndose un trozo de carne.

—Claro. He venido a robaros un poco de comida... y a hacerte prometer que vas a tener cuidado esta noche —le dije a Cole, mirándolo con seriedad.

—Siempre lo tengo. Pero ahora tengo un motivo más para tenerlo —dijo, bajando la voz. Me rodeó la cintura otra vez y me besó el cuello, susurrando —: tú.

Sentí un estremecimiento recorrerme el cuerpo, como una chispa eléctrica. Me aferré a él y lo besé. El resto de la comida pasó entre risas y anécdotas de rodeos pasados, café cargado y las advertencias cómicas de Maggie sobre "no romperse ningún hueso si querían volver a cenar en su mesa".

Después, Cole y yo fuimos a los establos. Caminábamos lado a lado, en silencio al principio, hasta que él me miró de reojo.

—¿Vas a venir esta noche?

—Sí, pero, por favor, ten cuidado.

Él se detuvo, me rodeó por la cintura otra vez, y esta vez su beso fue más lento, más profundo. Me envolvió con esa intensidad que solo él sabía usar cuando me hablaba sin palabras.

—Siempre lo tengo. Pero ahora más que nunca.

Lo siguiente sucedió rápido y de manera inevitable. Entre el olor del heno, el calor del establo, el roce de su piel contra la mía, nuestras respiraciones aceleradas, las caricias urgentes y esa pasión que no se podía contener... nos dejamos llevar. Allí, entre los caballos y la historia de una tierra que ambos amábamos, tuvimos un momento de intimidad tan intenso, tan real, que me dejó temblando cuando me vestí de nuevo para regresar al rancho.

Mientras subía al coche, sentí un nudo en el estómago. Porque si a Cole le pasaba algo esa noche, no sabría cómo soportarlo.

El camino de regreso al rancho se me hizo eterno. El cielo era una inmensidad azul sin nubes, como si también él estuviera esperando la noche del rodeo. El motor del coche zumbaba constante, pero mis pensamientos iban a toda velocidad. Sentía todavía en mi piel el roce de Cole, su aliento, la intensidad con la que me había besado, como si fuera la última vez.
Apreté el volante con fuerza, intentando anclarme a la realidad.

—No empieces a imaginar cosas, Maddie —me dije en voz baja. Pero era imposible evitarlo. La sola idea de que algo pudiera salir mal esa noche me llenaba de un miedo que no quería admitir frente a nadie.

Cuando llegué al rancho, los niños ya estaban en el porche con sus sombreros puestos y banderas pequeñas en las manos. Ethan giraba sobre sí mismo como si estuviera sobre un toro imaginario, y Lila daba vueltas a su vestido como si fuera a una fiesta de gala.

—¡Tía Maddie, tía Maddie! —gritaron al unísono, cuando me vieron bajar del coche—. ¿Ya te has puesto el traje vaquero?

—Aún no —dije con una sonrisa cansada—, pero si me dais quince minutos, vais a ver a la vaquera más auténtica de todo Texas.

Subí a mi habitación, abrí el armario y me quedé mirando un momento la ropa colgada. Tenía botas marrones con bordados, un cinturón con una hebilla de rodeo que Caroline había comprado en una feria años atrás, unos vaqueros ajustados y una blusa blanca con bordes de encaje. Pero lo que realmente me hizo sentir lista fue el sombrero.

Lo cogí con ambas manos y me lo coloqué frente al espejo. Me observé en silencio. No parecía una turista ni una chica de ciudad. Parecía parte de ese lugar.

Al bajar, Caroline me silbó desde la cocina.

—¡Pero mírate! Si te ve Cole, se cae del caballo antes de que empiece el rodeo.

—¿Y tú? ¿No te da miedo ver a Daniel participar? —le pregunté en voz baja, acercándome a ella mientras los niños correteaban por el salón.

Caroline se encogió de hombros y sonrió con tranquilidad.

—Siempre tiene cuidado. Y, además, confío en que Daniel sabe lo que hace. Nunca ha sido imprudente con esto. Le apasiona, sí, pero tiene los pies en la tierra.

—Ojalá yo pudiera tener esa calma —murmuré.

—Lo harás —dijo ella, dándome un apretón suave en la mano—. Cuando llevas un tiempo amando a alguien que monta toros de más de seiscientos kilos... aprendes a respirar entre cada salto.

Reí con suavidad, aunque mi estómago seguía tenso.

Antes de salir, me aseguré de que llevaba el teléfono, la cartera y mi brillo de labios. Mientras nos preparábamos para ir al rodeo, el teléfono vibró de nuevo. Jessie había respondido.

Jessie: *Nos vemos en el puesto de comida y cerveza. Emily y Hailey parecen no haber comido en días.*

Le respondí de inmediato.

Maddie: *Allí estaré. Lista y armada con sombrero, botas y actitud vaquera.*

Nos subimos en la camioneta de Daniel, que parecía un desfile ambulante de patriotismo tejano con banderas colgando del retrovisor y música country sonando en la radio.

Cuando pasamos por el pueblo, vi que estaba encendido. Literalmente.

Luces colgantes cruzaban las calles desde un poste al otro, banderines ondeaban en cada esquina y se respiraba ese aire electrizante que solo un rodeo podía generar. El aroma del algodón de azúcar, el maíz asado y las parrillas llenaba cada rincón. Los niños gritaban emocionados, las parejas paseaban cogidas de la mano y los cowboys, los de verdad y los aspirantes, caminaban con pasos firmes y sombreros bien puestos.

Daniel aparcó cerca de la entrada principal y los niños saltaron del coche como si fueran a un parque de atracciones. Gloria había traído una bolsa llena de botellas de agua y toallitas húmedas. Sonreía, pero sus ojos siempre

estaban en alerta, siguiendo a Lila y Ethan como si fueran diamantes ambulantes.

—¡Maddie! —escuché mi nombre entre la multitud.

Era Jessie, con su melena revuelta por el viento y unos vaqueros que seguro eran ilegales de tan ajustados. Emily y Hailey venían detrás de ella, ambas con sombreros y cervezas frías en la mano.

—¡Pero mírate! —exclamó Jessie— ¡Te has convertido en una auténtica tejana!

—No me dejaron opción —reí, abrazándolas—. Si no me vestía así, los niños me desheredaban.

—Ven —dijo Emily, pasándome una cerveza fría—. Vamos al puesto de comida; dicen que tienen un pollo con salsa picante que te hace ver visiones.

Nos dirigimos al lugar acordado, riendo entre empujones y saludando a conocidos. Todo el mundo parecía estar allí: rancheros, familias, turistas, adolescentes con sombreros nuevos y viejos vaqueros con arrugas en forma de sonrisa.

Desde lejos se empezaba a oír la voz del locutor, anunciando que en menos de una hora comenzaría el espectáculo. El cielo ya se teñía de naranja y púrpura, y las luces del estadio iluminaban como si fuera una noche mágica.

Mi mirada se perdió un momento entre la multitud.

Buscaba una figura.

Una silueta alta, con botas gastadas, camisa de cuadros y una sonrisa que me desarmaba.

Y aunque todavía no lo veía, sabía que él estaba allí, preparándose, poniendo a prueba su cuerpo. Su mente. Su corazón.

Y lo hacía por muchas razones: por el rancho, por su padre, por el nombre que llevaba...Y ahora, también por mí.

Me aferré a la cerveza, tragando el nudo que me subía por la garganta. La noche apenas comenzaba y bajo ese cielo tejano… todo podía pasar.

Capítulo 21



Maddie

El rugido de la multitud me golpeó como una ola cuando entramos al estadio. El aire olía a tierra húmeda, cuero, polvo y adrenalina. Las gradas estaban repletas, los niños agitaban banderas pequeñas y los locutores llenaban el aire con comentarios animados mientras sonaban canciones country por los altavoces.

El suelo temblaba ligeramente cada vez que un toro pateaba el cajón de salida.

—¿Dónde quieres sentarte? —me gritó Jessie, para hacerse oír entre la multitud.

—¡Donde pueda ver todo, pero sin estar demasiado cerca de la acción! —respondí. No sabía si podría soportar estar justo al borde de la arena sabiendo que Cole estaría allí abajo, jugándose el tipo en cada salto.

Nos acomodamos en una sección un poco elevada, con una vista perfecta de la arena central. Emily ya había comprado patatas fritas con chile y queso, y Hailey compartía el pollo frito con todas.

—Ahí vienen los del rancho de Cole —dijo Jessie, dándome un codazo.

Me giré de inmediato. Desde uno de los laterales, un grupo de vaqueros entraban al recinto caminando con esa mezcla de seguridad y calma que solo tenían los que venían sobre una silla de montar. Reconocí a muchos: Mason con su sonrisa descarada, Trey Daniels moviendo los hombros como si ya hubiera ganado, Jesse McAllister con su andar pausado, y Zeke, tan callado como siempre, acariciando el lomo de su caballo como si fuera un secreto.

Y detrás de ellos… Cole. El mundo pareció detenerse un momento.

Iba vestido con su camisa azul oscuro, sombrero negro y las botas con espuelas que siempre hacían eco en el suelo de madera del establo. Tenía esa expresión seria, concentrada, como si nada más importara en ese instante.

A su lado, Logan bromeaba con otro jinete. Reían, pero incluso desde mi asiento podía ver la tensión en sus hombros. Ambos eran hijos de Robert Whitaker. Ambos sabían lo que estaba en juego, aunque nadie lo dijera.

—¿Sabes quién va primero? —pregunté, mirando a Emily.

—Logan. Luego va Trey. Cole va más tarde, en la segunda ronda.

Asentí, aunque el corazón ya me latía con fuerza. Tener tiempo para prepararme emocionalmente no era un alivio. Era una tortura.

Las primeras competencias comenzaron con jinetes locales, algunos, de otros estados. La multitud vitoreaba, aplaudía cuando alguien aguantaba los ocho segundos reglamentarios y se levantaba en un rugido colectivo cada vez que un jinete caía de forma aparatosa.

Los paramédicos estaban atentos en cada esquina. Solo su presencia me recordaba lo real que era todo eso.

Después de una breve pausa, anunciaron el primer participante del rancho Whitaker.

—Logan Whitaker, categoría, monta de potro salvaje, peso medio. En el corral número dos.

La multitud respondió con vítores. Logan montó su caballo con una agilidad casi teatral, levantando una mano como saludo. Me estremecí. Lo vi moverse con una mezcla de gracia y fuerza mientras el potro pateaba con furia. Al dar la señal, el cajón se abrió y el mundo pareció encogerse.

El caballo saltó como si tuviera fuego bajo las patas. Logan se aferró; cada músculo en su cuerpo vibraba con la tensión, con el esfuerzo de mantenerse encima. Conté los segundos en mi cabeza.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco… Me mordí el labio con fuerza. Seis. Siete… ¡Ocho!

El silbato sonó y el público estalló en aplausos. Logan salió despedido con un salto controlado, aterrizó de pie y levantó el sombrero con una sonrisa. Saludó a la tribuna, buscando a su madre, y luego se dirigió a la zona de espera donde sus compañeros lo aplaudían.

Solté el aire que no sabía que había estado conteniendo.

—Uno menos —murmuré.

—Y uno que lo hizo perfecto —dijo Jessie con orgullo.

Trey fue el siguiente. Como siempre, entró con fanfarronería, saludando al público, bromeando con el locutor, tirando un beso a un grupo de chicas que chillaban desde el otro lado del estadio. Su monta fue intensa, salvaje, como él. Cayó justo en el límite de los ocho segundos, ganándose un puntaje alto y muchos aplausos.

Pero yo ya no escuchaba. Solo tenía ojos para Cole. Sabía que pronto lo llamarían. Y entonces, algo me hizo girar.

—¿Maddie, cierto?

Era Mason. Había subido a la zona donde estábamos sentadas. Tenía una sonrisa encantadora y la barbilla cubierta de polvo.

—Vaya, ya están soltando a los vaqueros del corral —respondí con una media sonrisa—. ¿Te tocó saludar a las fans?

—A veces hay que darles lo que piden —bromeó—. Vine a decirte que Cole está bien. Está enfocado, calmado. Pero el jefe no podía salir ahí sin que lo supieras.

—Gracias… —dije, y por un instante, el bullicio pareció apagarse a mi alrededor.

—Se cuida más desde que estás tú. Créeme. Hasta lo noto distinto cuando entrena. No sé qué le diste, pero le diste algo bueno.

Mason se despidió con un guiño y regresó a la zona de espera. Y entonces…

—A continuación, Cole Whitaker. Categoría monta de toro. Peso superior. Corral número uno.

Me paralicé.

El locutor hablaba de su historial, de sus títulos anteriores, de su apellido. Pero yo solo veía su figura acercarse al toro. Un monstruo de músculos negros, con los ojos inyectados en furia y espuma saliendo por la boca.

Cole montó con precisión. Ajustó las correas. Asintió. El cajón se abrió. Y el infierno se desató.

El toro giró, saltó, giró otra vez. El cuerpo de Cole se movía como una extensión del animal, firme, poderoso. Vi sus músculos tensos, su expresión concentrada, como si nada más existiera. Grité sin darme cuenta. Todos gritábamos.

Cinco segundos. Seis. El toro se alzó; casi lo tira. Siete. Ocho. Silbato. Y entonces, una caída.

No fue fea, ni peligrosa, pero, aun así, me puse de pie al instante, con el corazón desbocado. Cole se levantó de inmediato, sacudiéndose el polvo, levantó el sombrero y saludó al público. El estadio rugió. Las luces lo enfocaron. Sonrió. Y me miró.

Desde el centro de la arena, me encontró entre la multitud. Y sonrió, como si solo yo estuviera allí. Yo… Yo apenas podía mantenerme en pie.

Bajé las gradas casi sin sentir mis pies, como si el alma se me hubiera quedado flotando en el momento exacto en que Cole me miró desde la arena. Tenía las manos heladas, la garganta seca y el corazón aun palpitando, como si no pudiera entender que todo había salido bien.

Lo encontré cerca de los corrales, rodeado de algunos jinetes y trabajadores que lo felicitaban. Cuando me vio, se apartó del grupo sin decir nada, cruzó los pocos metros que nos separaban y me abrazó como si no hubiera más mundo que mis brazos.

—¿Estás bien? —pregunté, aunque sabía la respuesta. Sentía su cuerpo caliente, fuerte, vivo.

—Ahora sí —susurró contra mi cabello.

Nos quedamos así unos segundos, rodeados por el bullicio del rodeo, pero en nuestra propia burbuja. Luego se apartó un poco, me cogió de la mano y me guio hacia una zona lateral con vista privilegiada a la arena.

—Ven. Hay más por ver todavía. Y te prometo que este tramo será menos salvaje... aunque igual de interesante.

Nos acomodamos en una pequeña plataforma junto a la valla. Desde ahí, podíamos ver perfectamente el corazón del rodeo. El presentador hablaba sin parar, exaltando el espíritu de los hombres del campo, la valentía de los jinetes y el orgullo de las familias.

—Ahora viene tu cuñado —dijo Cole, apoyado con un brazo en la valla —. Daniel es más calculador que Logan, pero no por eso menos valiente. Le gusta entender al animal antes de montarlo.

—¿Cómo lo entiendes? —pregunté, mirando los toros que resoplaban impacientes tras los cajones.

—Observándolos —respondió—. Algunos se lanzan de frente. Otros giran en seco. Hay uno, por ejemplo, el que le tocó a Mike, que no gira. Solo embiste. Pura fuerza. Mike lo prefiere así, no tiene paciencia para los giros.

El locutor anunció el nombre de Daniel y la multitud respondió con un fuerte aplauso. Era uno de los favoritos del condado.

Daniel apareció caminando con calma, sin florituras, sin sonrisas innecesarias. Su cuerpo era una línea recta de tensión controlada. Saludó brevemente al público, se acomodó, asintió. El cajón se abrió y el toro salió disparado como si hubiera explotado por dentro.

Cole lo observaba con atención, sin pestañear.

—Mira eso. Daniel lo dejó girar. No está forzando el movimiento. Está respirando con el toro, como si fueran uno.

La tensión aumentaba con cada salto. La multitud aullaba, se levantaba, vitoreaba.

Siete segundos. Siete y medio. Ocho. Y entonces…

Una pierna mal puesta. Un giro inesperado. El cuerpo de Daniel salió volando por el aire y cayó con fuerza. El toro se giró, lo olfateó, embistió hacia él con furia.

—¡Dios mío! —grité.

Me lancé hacia adelante, pero Cole me sujetó fuerte por la cintura.

—¡Espera!

El rodeo entero se congeló. El toro fue contenido por los animadores del rodeo que, además de hacer la espera del público más amena con bailes o bromas, siempre estaban alerta para alejar a un caballo o un toro del jinete caído. Daniel quedó tendido en la tierra unos segundos eternos.

El silencio fue abrumador.

—Vamos… vamos, por favor —susurré, con el alma colgando de un hilo.

Y entonces, se movió. Despacio y con esfuerzo. Pero se puso de pie.

Un estruendo de aplausos retumbó en las gradas. Daniel levantó la mano, sacudiéndose el polvo, con una sonrisa torcida.

—Solo perdió el aire. Eso ha sido todo —dijo Cole, apretándome la mano —. Cayó bien. El golpe fue duro, pero los ha recibido peores.

—Eso no me tranquiliza —contesté, aunque me sentía temblar de alivio.

—A mí sí, porque si lo conoces bien, sabes que, si de verdad le hubiera pasado algo, no se habría levantado. No así.

Me apoyé contra su hombro. El cuerpo aún me temblaba, pero sentía cómo el calor de él me ayudaba a volver a mí.

—¿Quién sigue? —pregunté, tratando de cambiar de tema.

—Ahora vienen los chicos de tu rancho —respondió, con una sonrisa más amplia—. ¿Quieres que te diga quién es quién?

Asentí, y Cole empezó a señalar con la cabeza mientras uno a uno sus muchachos se preparaban.

—Mira a Ray. Siempre está serio, parece que va a misa en vez de a un rodeo, pero en cuanto se sube al caballo, es una máquina. Es el jefe por una razón. Ese de ahí es TJ —dijo mientras un hombre saludaba a la multitud con una sonrisa enorme—. Se sabe todos los himnos country. Apuesto a que va a cantar mientras monta. Mike es ese que no ha hablado con nadie —añadió, señalando al hombre robusto que parecía ignorar al mundo—. Solo le importan las vacas. Lo he visto darle charla a una res con más cariño que a un humano.

—¿Y Nate? —pregunté.

Cole sonrió de lado.

—Nate se está peinando antes de montar. Ese siempre está en plan coqueto. Pero te aseguro algo: cuando monta, es tan bueno como Trey. Tal vez mejor. Ese… —continuó—, el callado que parece querer desaparecer es

Jonas. Nadie sabe de dónde vino, pero el tipo es una sombra. Lo ves y no sabes si es un vaquero o un fantasma, pero el toro lo siente, créeme.

La competencia siguió. Ray fue sólido y eficaz. TJ, como predijo Cole, montó cantando y el público lo adoró. Mike duró apenas cinco segundos, pero salió riendo como si hubiera ganado. Nate hizo una presentación brillante que casi igualó la puntuación de Trey. Jonas, silencioso, tuvo una ronda impecable.

—Ese es Eli, el hijo de Gloria. Un toro no lo tira. Su ética de trabajo es inquebrantable. Es como si lo hubiera entrenado su madre.

—¿Y ese que habla como John Wayne? —pregunté entre risas al ver a Chris girar en cámara lenta y soltar un "Yippee-ki-yay" antes de salir.

—Chris Palmer. Él cree que está viviendo dentro de un western. Pero no lo despiertes, es feliz así.

Me apoyé contra Cole, que me rodeó con un brazo y me besó la sien.

—¿Estás bien? —me preguntó de nuevo, más suave esta vez.

—No lo sé. Ver a Daniel caer… No sé cómo haces tú para estar tan tranquilo.

—No estoy tranquilo, Maddie. Solo… lo he vivido más veces. El truco está en no pensar en lo que puede pasar, sino en lo que se ha entrenado para evitar que pase. No puedes vivir con miedo todo el tiempo.

Lo miré a los ojos. Había una calma en él que no era indiferencia. Era fortaleza.

—Y si alguna vez me pasa algo —dijo, más serio—, quiero que sepas que no fue por descuido. Siempre pienso en ti. Incluso cuando no lo parece.

No supe qué decir. Me acerqué y lo besé. Un beso profundo, lleno de emociones acumuladas.

La noche seguía avanzando. El cielo era un manto de estrellas y las luces del rodeo iluminaban los rostros llenos de orgullo, tensión y alegría.

Aún faltaba lo mejor de la noche.

Pero por ahora, estar a su lado, viva, entera, con el corazón latiendo fuerte… era todo lo que necesitaba.

Capítulo 22



Maddie

La arena comenzaba a vaciarse, pero el bullicio no cesaba. Aunque el espectáculo había terminado oficialmente, los corredores tras las gradas y las zonas cercanas al corral estaban más vivos que nunca. Risas, palmaditas en la espalda, botas pisando el suelo de tierra y vasos de cerveza circulando de mano en mano como si fueran medallas.

La música country empezó a sonar con más fuerza desde los altavoces y las luces bajaron un poco, dejando que el resplandor de las guirnaldas y los focos portátiles creara una atmósfera casi mágica.

Cole y yo seguíamos juntos, su brazo rodeándome con fuerza y calidez mientras caminábamos hacia la zona donde se habían instalado puestos de comida, bebida y bancos rústicos. Logan nos alcanzó por detrás con un par de cervezas frías en la mano.

—Para celebrar —dijo, entregando una a Cole—. Y para calmar nervios, supongo —añadió, mirándome con una media sonrisa.

—Gracias —le dije—, me vendrá bien. Estaba a punto de arrancarme las uñas.

—Bienvenida a la vida de la mujer de un jinete —bromeó Logan, levantando su cerveza—. O bueno… casi mujer.

Cole le lanzó una mirada que no supe cómo interpretar: mezcla de advertencia, complicidad y algo más profundo, pero no dijo nada, solo bebió.

Nos sentamos en un banco de madera junto a un barril convertido en mesa, rodeados por algunos de los muchachos del rancho. Gloria apareció con Lila en brazos, Ethan saltando alrededor de Daniel, que tenía el brazo vendado con una tela improvisada.

—¿Estás bien? —le pregunté en cuanto lo vi.

—Solo un golpe —dijo él—. Más aire que daño. El toro no me quería muerto… solo asustado.

—¡Y lo logró! —añadió Caroline, abrazándolo con fuerza desde un costado— Pero me casé con un terco, así que esto era parte del paquete.

Nos reímos todos. Por un momento, todo parecía en paz. Hasta que una voz cortó el aire como una hoja afilada.

—Whitaker.

Me giré al oír el apellido de Cole, y ahí estaba. Darren Rourke.

Piel bronceada por el sol, camisa negra impecable, botas relucientes y ese sombrero beige que no parecía jamás ensuciarse. Su sonrisa era una mezcla de arrogancia y veneno.

Cole se tensó al instante. Su cuerpo, que minutos antes estaba relajado, se puso rígido. Su mandíbula se marcó. Su brazo se endureció alrededor de mi cintura.

—¿Cómo están tus animales, Cole? —preguntó Darren con tono casual, aunque sus ojos decían otra cosa— ¿Todo en orden? ¿El rancho sigue en pie?

La voz me caló por dentro. Sarcástica. Calculada. Le cogí la mano a Cole sin pensarlo, apretándola suavemente. Él no me miró, pero sentí cómo su cuerpo respondía. No temblaba, pero se tensaba conteniéndose.

Darren notó el gesto y sonrió con más malicia.

—Vaya, vaya. No sabía que tenías guardaespaldas de mirada dulce. O tal vez… guardaespaldas con botas y labios de fuego —dijo, mirándome con descaro—. Por cierto, preciosa… mi oferta sigue en pie. Cuando quieras saber cómo es estar con un auténtico cowboy, ya sabes dónde encontrarme.

Inclinó su sombrero hacia mí, como si fuera una dama en una novela del oeste. Y luego, se dio la vuelta y se perdió entre la gente como una sombra que no dejaba huella, pero dejaba frío.

Cole no se movió durante varios segundos. Ni respiró. Solo me soltó la mano lentamente, se pasó la lengua por los dientes y exhaló por la nariz.

—Ese hijo de puta…

—Cole —susurré—. No le des lo que quiere.

Él me miró. Sus ojos estaban llenos de rabia contenida, pero también de algo más oscuro. Determinación.

—Ahora no me queda ninguna duda —dijo en voz baja—. Darren Rourke está detrás de todo lo que ha pasado en el rancho. Cada cerca rota. Cada animal herido.

—No podemos estar seguros —dije, aun queriendo mantener una pizca de duda.

—Maddie —interrumpió, mirándome de frente—, por muy pequeño que sea este pueblo, solo unas pocas personas sabían lo que ha pasado en el rancho. Mike, que me vendió las cámaras. Tu familia. La mía. Tú. El sheriff. Y uno de sus muchachos.

Me quedé en silencio porque sabía que tenía razón.

—Y ahora él viene aquí, me pregunta por mis animales, se mete contigo como si eso no le fuera a costar nada… y lo hace con esa sonrisa. Esa burla.

—¿Y qué piensas hacer?

—Aún no lo sé —dijo Cole, con los ojos fijos en el punto donde Darren había desaparecido—. Pero lo conozco. Sé cómo piensa. Y sé que aún no ha terminado.

Tomó un sorbo largo de cerveza, dejó la botella en la mesa y me miró de nuevo.

—Por eso necesito que estés conmigo. No solo esta noche. No solo mientras dure la tensión.

Lo dijo con una suavidad que me desarmó.

—¿Adónde vas con eso, vaquero? —le pregunté, intentando bromear, aunque sentía un nudo en el pecho.

—Voy a que esto ya no es un juego, Maddie. Que lo que siento por ti es más grande de lo que pensé. Y que si algo me pasara… quiero que sepas que tú fuiste lo último bonito que me pasó.

Me quedé sin palabras. Sentí las lágrimas subiendo, pero me forcé a tragarlas. No era el momento.

—No me digas eso. No vamos a dejar que te pase nada —susurré, tocándole el pecho con la mano abierta—. No lo permitiré.

—Entonces quédate cerca. Y cuando esto pase… cuando termine con él y todo esté en calma… tal vez podamos hablar de cosas mejores. Como ese cuarto que quiero arreglar en casa. ¿Recuerdas?

—¿El que tiene vista a la montaña?

—El mismo. Ya puedo imaginarte ahí, con el portátil y café, mirando cómo cae la lluvia. Como si pertenecieras a este lugar desde siempre.

Lo besé. No con urgencia y tampoco con deseo, sino con certeza, con una promesa.

Y mientras lo hacía, sentí que no importaba lo que Darren intentara. Cole no estaba solo. Ya no.

La celebración se encendió cuando el cielo terminó de oscurecerse. Las luces colgadas entre los árboles y los postes de madera les daban un tono cálido a los rostros cansados, pero sonrientes de los vaqueros. Una guitarra empezó a sonar desde algún rincón del recinto y la música country envolvió la noche como una vieja manta familiar.

Cole no se separó de mi lado, pero se dejó arrastrar por los brindis de sus muchachos, por los saludos del pueblo y los elogios que iban y venían como balas de fogueo. Logan estaba apoyado en una barrica con Jessie sentada a su lado. Daniel y Caroline bailaban con Ethan entre los brazos y Lila dormía en brazos de Gloria.

Me excusé un momento para ir por más agua, y al regresar me topé con Maggie.

—¿Cansada? —preguntó, ofreciéndome una sonrisa sincera.

—Feliz. Pero también... sí. Un poco.

Maggie se acomodó a mi lado, ambas de pie, mirando la escena. Era como si el tiempo se hubiera detenido: el rancho, la familia, el pueblo. Todo bajo las estrellas.

—Cole no había traído a nadie aquí desde... —hizo una pausa—, bueno, desde nunca.

La miré de reojo.

—¿En serio?

—Maddie, mi hijo nunca ha dejado que nadie se acercara tanto a su mundo.

Tragué saliva.

—¿Y eso es bueno?

—Es real. Mi hijo construyó paredes después de la muerte de su padre. Lo hizo por necesidad. Nadie lo culpó. Tuvo que ser el hombre de la casa. Se volvió protector, terco... cerrado. Incluso con Logan, al principio. Después lo de su mujer, y antes de todo esto, lo de su novia y Darren.

La voz de Maggie bajó, como si las palabras le costaran más de lo que esperaba.

—A veces pienso que el rancho lo salvó. O tal vez solo lo mantuvo ocupado mientras se curaba.

—Y ahora… ¿Cómo lo ves?

—Ahora lo veo mirándote como si el mundo volviera a tener sentido. Como si finalmente pudiera bajar las armas sin miedo a que alguien le haga daño.

No supe qué decir. Solo asentí y le cogí la mano.

—Gracias por confiar en mí —susurré.

—Gracias a ti por devolverle algo que no sabía que había perdido: paz.

Nos abrazamos, un gesto corto, suave, pero lleno de cosas no dichas.

Volví con Cole minutos después. Él me rodeó por la cintura como si no me hubiera visto en horas y me susurró al oído.

—¿Estás lista para irnos?

Lo estuve. Lo supe sin dudarlo.

Llegamos a su rancho y subimos sin prisas por la escalinata del porche, escuchando todavía el eco de la música a lo lejos. El rancho estaba en penumbra, tranquilo. En el aire flotaba el olor a cuero, tabaco y el polvo del rodeo aún impregnado en nuestras ropas.

—¿Quieres una ducha? —preguntó Cole mientras se quitaba las botas.

—Solo si es contigo.

Él me miró, y la sonrisa que apareció en sus labios no fue la de un hombre con deseo, sino la de un hombre que finalmente sentía que estaba donde debía estar.

Nos duchamos sin hablar mucho. Solo con las manos, el agua, las miradas. La tensión del día parecía disolverse con cada caricia, con cada roce suave bajo el agua caliente. No hubo urgencia. No hubo hambre. Solo una necesidad inmensa de tocarnos desde la ternura.

Nos secamos, caminamos descalzos hasta su habitación y nos metimos en la cama como si esa rutina fuera nuestra desde siempre.

Y entonces, bajo la tibieza de las sábanas, nos amamos.

Fue lento, sincero, como una conversación silenciosa. Cada beso fue una palabra. Cada gemido, una promesa. Nos miramos fijamente mientras nos entrelazábamos, sus dedos entrelazados con los míos sobre las sábanas, nuestros cuerpos conectados más allá del deseo.

—No quiero perder esto —susurré contra su cuello, mientras aún sentía su respiración agitada contra mi pecho.

—No vas a perderme —respondió—. No mientras tenga fuerzas para sostenerte así.

Nos quedamos dormidos abrazados, como dos piezas de un rompecabezas que al fin se encontraban en su lugar.

Un golpe seco. Luego otro. Y gritos.

Me desperté sobresaltada. Cole ya no estaba a mi lado. Lo escuché correr por el pasillo y me vestí con torpeza mientras el miedo me helaba las piernas.

Bajé las escaleras a toda prisa. Las luces del porche estaban encendidas, y desde fuera llegaban gritos de Logan, de Beau, de Jesse.

Salí al patio y vi el humo.

Uno de los graneros menores estaba ardiendo.

—¡Las crías! ¡Las crías están adentro! —gritó uno de los trabajadores mientras corría con una manguera a medio desenrollar.

Vi a Cole cargar un balde de agua y lanzarse hacia el fuego sin pensarlo dos veces. Logan lo seguía. Zeke sacaba a empujones a varios caballos asustados del establo contiguo.

Todo era caos. Gritos. Chispas volando. Maderas crujiendo.

Me acerqué hasta la cerca, el calor del fuego rozando mi rostro.

—¡Cole! —grité—. ¡Cole, por favor!

Él salió jadeando con un cabrito entre los brazos, cubierto de humo, con una herida sangrante en el antebrazo. Me vio y levantó la mano.

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien!

Pero no lo estaba, nadie lo estaba. La paz se había roto. Y aunque el fuego fue contenido antes de extenderse, la amenaza era clara.

Y esta vez, no quedaba ninguna duda: el enemigo ya no jugaba desde las sombras.

Capítulo 23



Cole

El humo todavía olía a peligro cuando salió el sol.

No había dormido un segundo desde que salí corriendo de la cama en mitad de la noche con el grito de uno de los muchachos atravesándome el pecho. El calor del fuego aún me ardía en la piel. Me había lavado los brazos y el rostro, pero el carbón se aferraba como una sombra a la piel, como si el incendio hubiera dejado más que una marca superficial.

Una parte de mí quería creer que fue un accidente. Que una chispa, un fallo eléctrico, algo sencillo, había iniciado la llama, pero en el fondo… ya sabía que no era así.

Ryan lo dijo primero; apenas logramos apagar el fuego.

—Esto fue intencionado.

Logan lo confirmó al encontrar una garrafa de gasolina medio enterrada detrás del granero y huellas de neumáticos recientes alejándose por el camino lateral, donde nadie más entraba salvo nosotros y quienes sabían que ese acceso existía.

El sheriff llegó poco después. Miró, olfateó, preguntó y anotó.

—Vamos a investigarlo —dijo.

Yo no respondí. No lo miré. No necesitaba más promesas vacías. Lo que necesitaba era proteger lo que quedaba.

Me aparté de la zona del granero cuando el sol empezó a golpear de frente. La madera aún humeaba. Las crías estaban a salvo, aunque tres tenían quemaduras menores. Mason no se había separado de ellas desde que las sacó.

A lo lejos, vi a Maddie sentada en el porche. En cuanto notó que me acercaba, se puso de pie de golpe y bajó las escaleras sin dudarlo.

—¿Estás bien? —me preguntó, mirándome los brazos con ojos asustados.

Asentí, aunque la verdad era otra.

La miré y vi que tenía el cabello aún despeinado, la camisa mía que llevaba como pijama, los ojos rojos de no dormir.

No merecía esto.

—Me da miedo —dijo en voz baja—. Esto ya no es solo un rodeo o un rancho con problemas. Esto… esto es alguien queriendo hacer daño. A ti. A todos.

—Lo sé —le respondí—, y ya no voy a dejarlo pasar.

Una hora más tarde, reuní a Logan, Ryan y Beau en la oficina del rancho.

—No más excusas. No más suposiciones —les dije—. Ya sabemos quién está detrás. Y si alguien aún duda, que me mire a la cara y me diga que esto no huele a Darren Rourke.

Beau bufó, con las manos en los bolsillos.

—Nunca me cayó bien ese cabrón. Demasiado limpio para ser de campo.

—Nos viene pinchando desde hace tiempo —añadió Logan—. Desde que nuestro padre murió, ha querido quedarse con estas tierras. Ya sea comprándolas o haciéndonos caer.

Ryan solo asintió. Su silencio era suficiente.

—Esta vez fue un granero —dije—. La próxima puede ser una casa. O alguien.

Un silencio espeso cayó sobre la sala.

—Vamos a reforzar la vigilancia. Cámaras nuevas. Alarmas en los establos. Patrullas cada noche. Y si hace falta, pongo a Zeke con un rifle en la colina.

—Puedes contar conmigo —dijo Ryan sin dudarlo.

—Conmigo también —añadió Logan.

—Y conmigo, claro —terció Beau, aunque no parecía feliz—. Pero si encuentro a ese cabrón en el terreno... no respondo de lo que haga.

Más tarde, volví a la casa. Maddie no se había ido. Estaba en la cocina con mi madre, en silencio. Parecían no necesitar palabras. Solo presencia.

Me apoyé en el marco de la puerta y respiré hondo.

—¿Te ayudo? —preguntó Maddie.

Negué con la cabeza y extendí la mano.

—Ven. Quiero enseñarte algo.

La llevé hasta el antiguo taller de mi padre, un sitio que casi nadie usaba desde que él murió. La madera olía a pasado, a recuerdos, a cuero viejo y herramientas gastadas.

Saqué una caja del fondo, dentro, había recortes de periódico, fotos, planos, cartas. Todo de mi padre. Todo sobre cómo llevó el rancho de la familia Whitaker a lo más alto, cómo defendió estas tierras cuando otros intentaron tomarlas antes.

—Esto no lo sabe nadie —le dije—, pero él también recibió amenazas. También intentaron quemar parte del corral en los años ochenta y no se rindió.

Ella tocó las fotos con cuidado.

—¿Y tú?

—Yo tampoco me voy a rendir —respondí—. Pero esta vez no estoy solo.

La miré y se me encogió el pecho.

—No quiero que te vayas. Aunque todo esto se vuelva peor. Aunque el miedo crezca, quiero que te quedes, que hagas de este lugar también tuyo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ya lo siento mío, Cole. Porque tú estás aquí.

La besé ahí mismo. Lento. Firme. Como quien besaba a su brújula antes de una tormenta.

Esa noche, volvimos a dormir juntos. En silencio. Sin sexo. Sin palabras. Solo con nuestros cuerpos entrelazados y la certeza de que lo que venía… no sería fácil.

Pasadas las tres de la madrugada, algo me despertó.

Un ruido seco. Un portazo. Luego, un relincho agudo. Después, pasos corriendo.

Me levanté de un salto y Maddie abrió los ojos al instante.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé. Quédate aquí.

—No voy a quedarme.

Se vistió casi tan rápido como yo.

Salimos armados con linternas y Logan nos interceptó a medio camino con un rifle en la mano.

—Alguien está dentro del corral de sementales —dijo, con la voz tensa—. Ya vi a uno de nuestros chicos correr hacia allí, pero no estamos todos. Puede ser alguien de fuera.

—¿Otra vez? —dije entre dientes, apretando los puños.

—Esto ya es una guerra.

Corrimos los tres hacia el corral, con el corazón en la garganta.

Y cuando llegamos… Lo que encontramos fue algo que lo cambió todo.

La linterna temblaba en mi mano mientras corríamos colina abajo hacia el corral de sementales. El aire era más frío de lo normal para esa hora de la madrugada, y el cielo tenía ese tinte morado oscuro que precedía al amanecer. Todo parecía demasiado quieto, como si la tierra misma contuviera el aliento.

Hasta que lo escuchamos.
Un relincho desgarrador. No de miedo, sino de dolor.

Apreté el paso, con Logan justo detrás de mí. Maddie corría junto a nosotros, descalza, sin haber pensado en zapatos. Su cabello suelto se movía con el viento, pero su rostro no mostraba ni una pizca de duda.

Ryan ya estaba ahí cuando llegamos. La linterna en una mano, una pala en la otra y los ojos encendidos como si pudiera prender fuego con la mirada.

—Lo dejaron claro —dijo, señalando con el mentón hacia la cerca—. Esto no fue un robo. Fue un mensaje.

Me adelanté, con el estómago retorciéndoseme. Y entonces lo vi.

Lucky. Mi semental más fuerte. Negro azabache, con una estrella blanca entre los ojos. Un animal que no se dejaba domar por cualquiera. El orgullo del rancho. Yacía en el suelo, respirando con dificultad, con una herida profunda en el lomo. Había sangre en la tierra.

Me arrodillé a su lado, le hablé bajo, le acaricié el cuello mientras revisaba el daño.

No era un corte accidental. No había sido un accidente. Alguien lo había hecho con intención. Con precisión.

—Hijo de puta… —susurré.

Entonces Logan se agachó, iluminando un poste de la cerca.

Y ahí estaba. Una soga trenzada. Con un nudo de horca colgando. Justo sobre el corral. Moviéndose con el viento.

Maddie la vio y dio un paso atrás, con el rostro pálido como el yeso.

—Esto… —murmuró— esto es una amenaza.

—Lo es —respondí, con los dientes apretados—. Es una firma. Una advertencia.

—¿Quién hace algo así? —preguntó ella.

La miré a los ojos.

—Alguien que quiere que me rinda. Alguien que no tiene agallas para enfrentarse de frente. Alguien que sabe que aquí, si te atreves a tocar a un semental, estás declarando guerra.

Logan me puso una mano en el hombro.

—¿Y ahora qué, hermano?

—Ahora… vamos a responder.

Llamamos al veterinario del pueblo, que llegó en menos de una hora. Lucky iba a vivir, pero no volvería a competir. La herida cicatrizaría, pero su confianza no. Era un animal orgulloso y lo habían humillado.

Igual que a mí.

Mientras los chicos comenzaban a reforzar el perímetro y Ryan organizaba las patrullas para las noches siguientes, Maddie y yo volvimos a la casa para tomar café.

No hablamos mucho.

Estaba sentada en la mesa con una taza entre las manos, sin moverse. Yo me mantuve de pie junto a la ventana, observando cómo el sol empezaba a pintar de dorado los campos.

Después de un rato, rompí el silencio.

—Ese caballo era más que un semental. Era parte de este rancho. De mi historia. Lo crie desde que era potrillo.

—Lo sé —dijo ella, apenas en un susurro.

—El nudo en la cuerda… lo hacían los cuatreros cuando marcaban un ganado que no les pertenecía. Es un símbolo viejo. Muy del sur. Casi nadie lo usa ya… salvo los que saben lo que significa.

—¿Darren? —preguntó en voz baja, y asentí.

—Él o alguien a quien pagó. Está subiendo la apuesta. Quiere provocarme.

—Y lo está logrando —dijo ella, mirándome con el ceño fruncido—. Pero no puedes perder la cabeza. No puedes dejar que el odio decida por ti.

Me acerqué a ella y me agaché, cogiéndole la mano.

—No voy a caer en su juego, pero tampoco me voy a quedar quieto. Si quiere guerra, la va a tener, pero será bajo mis reglas.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo primero: proteger cada centímetro de este rancho. Desde la entrada hasta el último abrevadero. Voy a hablar con el sheriff y exigir patrullas constantes. Y si no me las da, pagaré seguridad privada.

—¿Y lo segundo?

—Lo segundo… —Le acaricié la mejilla— Es mantenerte a salvo a ti.

—Cole…

—No quiero que te vayas, Maddie, pero si esto sigue escalando, necesito que sepas que no te voy a pedir que te quedes en medio del fuego. No me lo perdonaría si algo te pasara por estar cerca de mí.

—¿Y tú crees que voy a irme ahora, después de todo esto?

—No lo sé, pero tenía que decirlo.

Ella me besó, un beso lento, pero profundo. Como si me dijera sin palabras que no pensaba ceder ni un centímetro.

Y en ese momento entendí algo: no estaba solo y no podía rendirme. Por el rancho, por mi padre, por mi hermano y mis muchachos. Por ella.

Salí al porche cuando el sol ya estaba arriba. Miré el campo. Miré el cielo.

Y supe que el fuego que habían intentado encender en mi tierra había prendido en mí también, pero no como destrucción.

Lo había hecho como determinación.

Capítulo 24



Cole

El rancho olía distinto esa mañana.

No era solo el rastro persistente del humo o la sangre seca en la tierra donde Lucky había caído. Era otra cosa. Una especie de electricidad contenida, una tensión que se colaba por los poros de la madera y que todos los muchachos sentían, aunque nadie lo mencionara.

Estábamos siendo atacados, estaban jugando con nosotros, querían guerra y la buscaban sin pudor ni vergüenza. Darren Rourke quería verme destruido, como ocurría desde hacía generaciones, desde mucho antes de que nuestros bisabuelos se hicieran cargo de las tierras de su familia y la mía.

Apenas pasadas las siete, reuní a todos mis muchachos en el cobertizo grande.

No era común hacer reuniones formales. Aquí cada uno sabía lo que tenía que hacer desde que salía el sol. Pero esa mañana… era diferente.

—Gracias por venir —empecé, mirando a los diez hombres que hacían posible que este rancho siguiera en pie, día tras día.

Ryan, firme como siempre, los brazos cruzados. Beau, con tierra aún en la cara, como si no hubiera dormido. Austin, sin su sombrero por respeto. Jesse, Trey, Shawn, Mason, Zeke, Clint… Todos estaban ahí. Excepto uno.

—¿Alguien ha visto a Bobby esta mañana? —pregunté.

—Salió temprano —respondió Zeke—. Dijo que iba a hacer una entrega a la ferretería del pueblo.

Asentí, pero tomé nota. Era la segunda vez en tres días que Bobby se adelantaba al resto.

—No hay forma suave de decir esto —continué—. Lo que pasó anoche fue un ataque. Alguien entró, hirió a Lucky, dejó una amenaza. No voy a permitir que este lugar se convierta en campo de nadie. Así que, desde hoy, vamos a tomar el control.

Puse un plano del rancho sobre una mesa de madera improvisada. Lo abrí con firmeza y les señalé.

—Vamos a dividir turnos de patrullaje. Dos hombres por noche. Armados. Ryan se encargará del armamento. Beau, de revisar cercas y accesos. Shawn, revisa todo lo que tenga cables, motores o conexiones. No quiero que nadie aproveche una debilidad técnica.

Asentimientos. Seriedad.

—Si veis algo raro, no actuéis solos. Avisad. Y si alguien aparece aquí con malas intenciones, responded con lo necesario. No quiero violencia innecesaria, pero tampoco vamos a volver a ser víctimas.

Miré a cada uno a los ojos.

—Este rancho es nuestra casa, y el que se meta con una parte, se mete con todos.

Salí con Logan rumbo al pueblo poco después. Fuimos a ver al sheriff. Un hombre cansado, con más papeles sobre el escritorio que autoridad en sus botas.

—Cole —dijo, levantando una ceja al vernos—. Logan. Me imagino que es por lo de anoche.

—No vengo a preguntar si vas a hacer algo —le dije—. Vengo a decirte que, si tú no actúas, yo sí lo haré.

El sheriff suspiró.

—Sabes que estamos haciendo lo que podemos…

—¿De verdad? —interrumpió Logan— Porque ya perdimos cabezas de ganado, nos han saboteado el riego, casi queman un granero, y ahora apuñalan a un semental en nuestro propio corral. ¿Eso te parece que se detiene con papeleo? ¿Vas a hacer algo con Rourke?

El sheriff se acomodó en su silla.

—¿Insinuáis que Darren Rourke está detrás?

—No lo insinúo. Lo sé —dije—. Pero claro, no tengo pruebas. Porque él se cuida mandando a otros. Juega sucio.

—Entonces, hasta que haya pruebas, las manos de la ley están atadas.

—Pues las mías no lo están —le respondí, con frialdad.

Me di la vuelta para salir con Logan detrás. Y fue entonces que lo vi.

Darren Rourke estaba apoyado en la pared del bar del pueblo, como si nada. Su sombrero perfectamente colocado, su sonrisa ladeada.

—¡Cole! —exclamó, como si fuera un viejo amigo.

Me detuve. Lo miré, y sentí que algo en mí vibraba como una cuerda a punto de romperse.

Se acercó con pasos lentos. Sin miedo. Con su eterno aire de superioridad.

—¿Cómo está el rancho? ¿Y tus animales?

Me quedé en silencio. Entonces sentí la mano de Logan en mi hombro.

Lo miré por encima del hombro y negó levemente, no quería que me metiera en problemas, no aquí, delante de ojos y oídos que pudieran verlo todo.

—He oído lo que pasó, una tragedia para *Iron Creek* —suspiró el muy cabrón como si de verdad lo lamentara—. ¿Cómo se encuentra Maddie? ¿Pudiste protegerla bien? Se lo advertí, no está en buenas manos; conmigo estaría mejor.

—Serás… —empecé, pero mi hermano me frenó hablando él.

—Darren, siempre es una desgracia verte. Ahora, si nos disculpas, tenemos cosas que hacer.

—Es una pena que no sepas cuidar y mantener a tus mujeres, Cole, ni siquiera a April, pobre chica. Es curioso lo rápido que pueden cambiar las cosas por aquí —dijo antes de saludar con una leve inclinación de sombrero y alejarse silbando.

Sentí la rabia recorrerme por completo, pero me controlé todo lo que pude hasta que subí a mi camioneta.

—No caigas tan bajo, hermano, eres mejor tipo que él —me dijo Logan.

Esa misma noche, me senté en la cocina con Logan, Ryan y Beau. Cerré la puerta y bajé la voz.

—Hay alguien dentro del rancho que está hablando. Nadie más sabía de los turnos nuevos, del lugar exacto donde dormía Lucky, ni del camino lateral por donde entraron. Solo nosotros… y los hombres.

Ryan bajó la mirada. Logan maldijo.

—¿Sospechas de alguien?

—Todavía no, pero vamos a descubrirlo. Y cuando lo hagamos…

No terminé la frase. No hacía falta.

Porque algo estaba claro. El enemigo ya no era solo un hombre en otro rancho. Ahora, era una sombra dentro del mío.

Y esa noche, mientras Maddie dormía a mi lado, supe que, si no actuaba pronto, podía perderlo todo.

Desde que Bobby salió temprano esa mañana, algo no me cuadraba. Cuando me reuní con él y le hablé del ataque a Lucky, parecía nervioso, incluso distraído. No era normal en alguien que siempre se jactaba de conocer cada centímetro de este rancho.

Le comenté a Logan, a Ryan y a Beau que teníamos que estar atentos, y ellos estuvieron de acuerdo. No podíamos permitirnos ningún error.

Esa misma tarde, mientras los demás trabajaban en el campo, Logan y yo nos quedamos cerca del cobertizo donde Bobby guardaba sus herramientas. Observamos sus movimientos, cómo miraba constantemente hacia el pueblo y cómo evitaba nuestro contacto visual.

—No me gusta ese hombre —dije, apretando los puños—. Siempre habla mucho de películas del oeste, pero ahora parece que actúa como un traidor de verdad.

Ryan llegó y nos entregó un papel con una nota anónima que encontró cerca del corral. Solo decía: “No confíen en Bobby. Él habla con Rourke”.

El corazón me dio un vuelco. No podía creer que uno de los nuestros estuviera traicionándonos de esa manera, pero las evidencias se acumulaban.

Esa noche, Maddie me encontró en el porche con la mirada fija en la oscuridad.

—¿Qué pasa? —me preguntó, y le conté lo que pensábamos.

Ella frunció el ceño, apretando mi mano.

—Confía en tu instinto, Cole, pero no actúes sin pruebas.

La tensión me estaba consumiendo, pero también me daba fuerzas para proteger lo que amaba.

Al día siguiente, decidí enfrentar a Bobby.

Lo encontré cerca de los establos, hablando con un extraño a quien no había visto antes. Al verme, Bobby se tensó, y la conversación se cortó abruptamente.

—¿Qué hacías aquí tan temprano? —le pregunté, manteniendo la voz firme.

Él intentó sonreír, pero sus ojos no pudieron ocultar el miedo.

—Solo... cumplía con un encargo para la ferretería.

—¿Quién te lo pidió? —insistí.

—No puedo decirlo —replicó evitando mirarme a los ojos mientras se alejaba.

No me quedé con su respuesta.

Su actitud me confirmó que teníamos que ir más profundo. No era un simple trabajador más, y ahora más que nunca, sabía que esta batalla apenas comenzaba.

Capítulo 25



Maddie

Había salido al pueblo con la intención de distraerme un poco, pero lo que descubrí esa tarde me dejó con el corazón latiendo a mil por hora.

Mientras caminaba por la plaza, recordando las palabras de Cole sobre Bobby, no pude evitar fijarme en un hombre que se había detenido frente a la tienda de comestibles. No era un desconocido. Era Travis.

Mi ex. Mi pasado.

El mismo que había dejado atrás para empezar de nuevo.

Lo vi hablar con alguien; la expresión en su rostro era fría, calculadora. En ese instante, un estremecimiento me recorrió el cuerpo y sentí que el aire me faltaba. ¿Qué hacía él en Sweetridge? ¿Cómo había sabido que podría encontrarme allí?

Mi mente se llenó de dudas y miedo. No podía quedarme ahí. Volví al rancho tan rápido como pude, tratando de calmar las palpitaciones que me impedían pensar con claridad.

Al llegar, encontré a Caroline y Daniel en la cocina. Mis manos temblaban y no pude ocultar lo alterada que estaba.

—¿Qué te pasa? —preguntó Caroline, preocupada.

—He visto a Travis —dije en voz baja—. Está en el pueblo.

Daniel frunció el ceño y maldijo entre dientes.

—Si ese cabrón se atreve a hacerte daño, se las verá conmigo —dijo con rabia contenida.

—No —lo interrumpí—, por favor. No quiero que hagas nada precipitado.

Subí rápidamente a mi habitación y, con el teléfono en la mano, llamé a mi jefe.

—Hola —dije intentando sonar firme—. ¿Alguien ha hablado con Travis? ¿O le ha dicho dónde estoy?

La voz del otro lado sonó algo preocupada.

—Lo vi hace unos días, hablando con una de las recepcionistas nuevas —me contó—. Seguramente fue ella quien le dijo algo; no sabía que era tu ex. Deberíamos haberlo evitado. Lo siento, Maddie.

—Está bien —respondí, tratando de tranquilizarme—. Ahora solo queda enfrentar que Travis está aquí.

Colgué el teléfono y suspiré profundamente. Poco después, Caroline llamó a la puerta.

—Daniel dice que deberías contárselo al sheriff —me dijo con suavidad, y negué con la cabeza.

—No —respondí—. No quiero que todo el pueblo se entere de mi pasado.

Me quedé mirando por la ventana, con la sensación de que algo se avecinaba, pero sin saber aún cómo enfrentar ese nuevo desafío.

Aquella noche, me costó dormir.

La sombra de Travis seguía presente, como una amenaza invisible que se cernía sobre cada rincón del rancho. Sabía que no podía simplemente esconderme o ignorar lo que pasaba, pero tampoco estaba lista para enfrentar a todo el pueblo, ni para dejar que Daniel o Caroline se encargaran por mí.

Me senté en el borde de la cama, mirando el teléfono como si en él estuviera la respuesta a todo.

¿Por qué había vuelto? ¿Qué quería ahora?

Recordé las noches en que nos amábamos sin miedo y las heridas que nos habíamos infligido al separarnos. No podía dejar que ese pasado enterrado rompiera el presente que estaba construyendo aquí, con Cole, con mi familia, con este nuevo hogar.

Decidí que lo primero era reunir información.

Al día siguiente, salí al pueblo con la intención de hablar con la recepcionista nueva que mi jefe había mencionado. Tenía que entender qué le había contado, qué había dejado escapar.

No fue fácil. La chica estaba nerviosa, casi temerosa al hablar. Me confesó que Travis se había mostrado insistente y manipulador desde que llegó, buscando cualquier excusa para acercarse a mí, sin saber que yo ya estaba aquí.

Sentí un nudo en el estómago, pero también una chispa de determinación. No permitiría que él rompiera la paz que tanto me había costado conseguir. Volví al rancho, y esa tarde le conté todo a Caroline.

—No estás sola, Maddie —me dijo, abrazándome con fuerza—. Vamos a cuidarte.

Pero yo sabía que el camino no sería sencillo. Travis no era un hombre cualquiera. Y Sweetridge, aunque pequeño, podía ser un lugar donde los secretos se volvían peligrosos.

A pesar de todo, no podía olvidar que tenía a Cole a mi lado, y que juntos enfrentaríamos lo que viniera.

El día siguiente amaneció cálido, pero dentro de mí seguía esa tormenta de incertidumbre y miedo. Sin embargo, no podía permitirme dejar que el temor me paralizara. Tenía que ser fuerte, por mí, por mi familia y por Cole.

Cuando llegué al rancho, Cole estaba esperándome en el porche. Me recibió con esa sonrisa que siempre conseguía calmar mi alma, aunque en sus ojos sabía que también sentía la tensión que me consumía.

Le dije que mi ex estaba en el pueblo y me abrazó con suavidad antes de hablar.

—No tienes que enfrentarlo sola, Maddie. Estoy aquí.

Sentí que, por un instante, ese peso que llevaba sobre mis hombros se hacía un poco más liviano.

Le conté todo lo que sabía, lo que había hablado con la recepcionista, lo que Daniel y Caroline me habían dicho. Me escuchó atento, sin interrumpirme, como si mis palabras fueran lo más importante del mundo.

Después, me cogió de la mano y me llevó a dar un paseo por el rancho, entre los caballos y el olor a tierra mojada.

—Sé que Travis no es fácil —me dijo—, pero confío en que juntos podemos proteger lo que hemos construido. No dejaré que te haga daño.

Sentí que mis ojos se humedecían, no solo por el miedo, sino por la ternura y la fuerza que él me transmitía.

Pasamos la tarde hablando de planes para fortalecer la seguridad, para estar preparados ante cualquier eventualidad. Y cuando la noche cayó, nos quedamos juntos en la cocina, compartiendo un café y buscando consuelo en la compañía del otro.

Sabía que el camino sería duro, pero también que no estaba sola. Tenía a Cole, y eso hacía toda la diferencia.

Esa noche, después de que el rancho quedó en silencio y las estrellas comenzaron a brillar en el cielo, Cole y yo nos quedamos en la sala, solo nosotros dos.

Él me cogió de la mano y me condujo hacia el porche, donde el aire fresco y la calma de la noche parecían abrazarnos con suavidad.

—No quiero que pienses que estás sola en esto —susurró, acercándose a mí—. Siempre estaré a tu lado, pase lo que pase.

Sentí cómo su aliento se mezclaba con el mío y cómo el latido de su corazón parecía resonar en mi pecho.

Sin decir más, me rodeó con sus brazos y me besó con una ternura que parecía borrar todas las dudas y miedos que me habían invadido.

Fue un beso lento, profundo, que hablaba de promesas no pronunciadas, de un amor que se fortalecía con cada prueba.

Nos sentamos en el banco del porche, pegados el uno al otro, y en ese silencio compartido, encontré la calma que tanto necesitaba.

Cole me acarició el rostro con delicadeza antes de hablar de nuevo.

—Juntos somos más fuertes, Maddie. No dejaré que nadie te haga daño.

Me apoyé en su pecho, escuchando el ritmo constante de su corazón, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que todo estaría bien.

El miedo no desapareció, pero con Cole a mi lado, sabía que podía enfrentarlo.

Y esa noche, bajo el cielo estrellado de Texas, nuestro amor se hizo más fuerte, lleno de ternura, deseo y una esperanza silenciosa que nos prometía un futuro juntos, sin importar las tormentas que aún tuviéramos que atravesar.

La mañana siguiente desperté con una mezcla de nervios y determinación. Tenía que salir al pueblo, despejar la mente y, sobre todo, estar atenta a cualquier señal.

Caminaba por la calle principal cuando, de repente, sentí que alguien me observaba. Giré y me encontré con April, la camarera con la que Cole había tenido aquella relación esporádica que todos en el pueblo conocían.

—No te creas todo lo que te diga ese hombre —me dijo con una sonrisa amarga—. Promete la luna, pero lo único que quiere es follarnos a todas y no quedarse con ninguna.

Me mordí el labio, intentando no dejar que me afectara.

—Si no te eligió a ti, por algo será —respondí con calma.

Ella se acercó, su mirada se tornó amenazante y su voz bajó a un susurro casi venenoso.

—Ten cuidado, Maddie. Sé que tu ex está en el pueblo y se muere por verte, por saber dónde estás. O te alejas de Cole... o yo misma lo enviaré para que te encuentre.

Sin esperar respuesta, April se dio la vuelta y desapareció entre la gente, dejándome con el corazón acelerado y mil pensamientos dando vueltas en la cabeza.

Seguí caminando, tratando de sacudirme el mal presentimiento, pero no fue fácil. Y entonces, lo vi.

Darren estaba de pie frente a la puerta del bar, con esa sonrisa torcida que me ponía los pelos de punta.

—Deja a Cole —me dijo sin rodeos—. Ese hombre no es bueno para ti.

Di un paso atrás, sorprendida por su descaro.

—Lo que tú necesitas es alguien que te cuide de verdad, alguien que no te ponga en peligro en mitad de la noche por un incendio —añadió con desprecio.

—Eres un monstruo —le respondí, levantando la voz—. Acabarás arrepintiéndote de todo lo que haces contra la familia Whitaker.

Se rio amargamente y dio un paso hacia mí. Se inclinó y susurró en mi oído, haciéndome sentir su aliento frío como la amenaza que traían sus palabras.

—Si dejas a Cole y te vienes conmigo, los ataques acabarán. Si no lo haces, no serán solo pequeños incidentes en *Iron Creek*. Puede haber pérdidas de vidas. Y todos lamentarían un nuevo accidente como el que le ocurrió a Robert Whitaker.

Me tensé, con el miedo y la rabia mezclándose en un torbellino difícil de controlar. Cuando Darren se alejó, saqué el teléfono y marqué el número de Cole sin dudar.

—Necesito hablar contigo —le dije nada más respondió—. Es urgente.

Llegué al rancho de Cole con el corazón latiendo a mil por hora. Tenía que verlo, necesitaba que estuviera a mi lado más que nunca.

Caminé hacia el recinto donde los caballos pastaban tranquilamente bajo el sol de la tarde. Cole estaba allí, de pie, observando a los animales con esa calma que siempre parecía esconder tormentas internas.

—Cole —llamé suavemente.

Él giró y, al verme, una mezcla de preocupación y alivio cruzó por su rostro.

Sin perder tiempo, le conté todo lo que había pasado con Darren, cómo me había amenazado, cómo intentaba controlarnos a todos con miedo y manipulación.

Cole se tensó, su mandíbula se apretó y sus ojos se oscurecieron con una furia contenida.

—Siempre pensé que lo de mi padre había sido algo más que un accidente —dijo con voz grave—. Ahora sé que estaba en lo cierto.

Me cogió de la mano, mirándome con una intensidad que me hizo sentir vulnerable y protegida al mismo tiempo.

—Por favor, Maddie, evita estar cerca de Darren. No puedo perderte.

Sentí que una ola de miedo se mezclaba con el amor que sentía por él.

Le conté entonces lo que April me había dicho, la advertencia, y le confesé lo que más me asustaba: que temía que mi ex pudiera encontrarme o hacerme daño.

Cole me sostuvo ambas mejillas entre sus manos, su mirada fija en mis ojos, profunda y decidida.

—No permitiré que nadie te haga daño —me susurró.

Sin pensarlo, me besó. Fue un beso lleno de promesas, de fuerza y ternura. En ese momento, supe que, aunque el mundo alrededor fuera incierto y peligroso, entre sus brazos, en el rancho de Cole Whitaker, estaba en casa.

Capítulo 26



Cole

El sol empezaba a ocultarse detrás de las colinas cuando cogí el teléfono y marqué el número de Daniel, el cuñado de Maddie. Necesitaba que estuviera aquí, en el rancho, para hablar cara a cara.

—Cole, ¿qué pasa? —respondió con voz preocupada.

—Ven al rancho. Tengo cosas que discutir contigo y con Logan. Es urgente.

No tardaron en llegar, y nos reunimos en la oficina. Logan estaba tranquilo, pero sabía que por dentro estaba tan tenso como yo.

—Quiero que me cuentes todo lo que sepas sobre el ex de Maddie —le pedí a Daniel sin rodeos.

Daniel suspiró y comenzó a relatar.

—Ese tipo es un auténtico desastre, Cole, tóxico como pocos. Trataba a Maddie como si no valiera nada, la controlaba, la acosaba incluso después de que ella rompiera con él. Por eso vino al rancho, para alejarse un tiempo, para respirar, para intentar olvidarlo.

Asentí con gravedad.

—Si lo ves por el pueblo, asegúrate de que no intente acercarse a Maddie. Y cuéntales también lo que me ha dicho sobre Darren. Maddie casi me confiesa todo lo que ha pasado con ese hombre. Tenemos que acabar con él.

Daniel frunció el ceño, consciente de la gravedad.

—Voy a hablar con el sheriff. No podemos dejar que esta locura siga.

—Bien —dije—. Quiero que todos en el rancho, y también en el tuyo, estén más atentos y vigilantes que nunca.

Daniel suspiró.

—En algún momento, Darren tendrá que parar con esta rencilla familiar.

Negué con la cabeza.

—Eso solo pasará si uno de los dos se quita de en medio, y no voy a ser yo.

Mi hermano Logan intervino en ese momento.

—Tenemos que reforzar la seguridad. Mucho más.

Sacó su teléfono y se alejó un poco para hacer una llamada. Mientras tanto, Daniel se volvió hacia mí.

—No te preocupes, Cole. No voy a permitir que ese hijo de puta le haga daño a Maddie.

Asentí, agradecido por tenerlos a mi lado. Logan regresó guardándose el teléfono de nuevo en el bolsillo.

—En media hora estarán aquí unos tipos que conozco, dispuestos a trabajar para reforzar la seguridad de los ranchos.

Sentí un alivio tenso. Las cosas se estaban poniendo feas, pero no dejaría que nada ni nadie rompiera lo que había construido, ni que dañaran a Maddie.

Media hora más tarde, los motores de dos camionetas retumbaron en el camino de grava que llevaba al rancho. Logan y yo salimos al porche, y Daniel se quedó apoyado contra el poste de la baranda, cruzado de brazos, atento.

Las puertas se abrieron, y de los vehículos bajaron cuatro hombres. Tipos duros. Se les notaba al instante. Logan los saludó con un gesto breve.

—Cole, Daniel, estos son Travis Shaw, Boone Keller, Duke Hernández y Levi Rowe. Son buenos. Gente de confianza.

Nos dimos la mano. Fuerte, firme. Sin rodeos.

—Muchachos —les dije—, lo que vamos a hacer aquí no es un simple trabajo de vigilancia. Esto va de proteger a nuestras familias. Al ganado. Al futuro de este rancho y del de Daniel. No puedo pagarles con palabras, pero si hacen bien su trabajo, tendrán algo más que un cheque.

—Nosotros no trabajamos por miedo —respondió Boone, un tipo robusto con acento del oeste—. Si hay alguien jodiendo en estas tierras, lo encontraremos.

—Y lo sacaremos —añadió Levi, más joven, pero con los ojos de alguien que había visto demasiadas cosas.

Les enseñamos los límites del terreno, los accesos más vulnerables, la zona de los establos, el granero, los corrales. No quería dejar nada al azar.

Logan les entregó planos de ambos ranchos y radios de comunicación.

—Turnos nocturnos. Rondas aleatorias. Nadie entra sin que lo sepamos —dije—. Si alguien se acerca con malas intenciones, lo quiero saber antes de que respire el polvo de este suelo.

Uno a uno, los hombres asintieron.

Daniel los guio luego hacia su propio rancho para repetir el mismo protocolo allí. Las siguientes horas fueron intensas: preparación, organización, coordinación… Pero mientras los demás hablaban, yo solo podía pensar en Maddie.

En su miedo. En sus ojos cuando me habló de Travis, de Darren. En cómo se refugió en mis brazos. Ella confiaba en mí, y yo haría todo para protegerla.

Pasadas las diez, Logan regresó al porche donde yo aún estaba, repasando los mapas con una linterna.

—Esto va en serio, hermano —me dijo.

—Ya no se trata solo de nosotros —le respondí—. Si tocan a Maddie, o a alguien más, no va a quedar en amenazas.

Logan me dio una palmada en el hombro, luego se quedó en silencio conmigo, mirando las estrellas. Por un momento, no fuimos rancheros ni hermanos peleando por proteger una tierra. Éramos dos hombres sosteniendo con los dientes lo poco que el mundo aún no les había arrebatado.

Y no pensábamos soltarlo.

Esa noche, cuando por fin el rancho pareció respirar en calma, regresé a casa.

Maddie estaba en la cocina, de espaldas a mí, con el cabello recogido en una coleta baja, descalza y usando una de mis camisas. Se movía entre las encimeras como si ese espacio le perteneciera desde siempre. Como si su alma hubiera vivido aquí mucho antes de conocernos.

Me apoyé en el marco de la puerta, solo observándola.

Cuando se giró y me vio, su expresión se suavizó. Se acercó a mí en silencio, envolviéndome en un abrazo que no necesitó palabras.

—¿Cómo ha ido todo? —me preguntó, con la cabeza contra mi pecho.

—Ya tenemos refuerzos. Logan se encargó. Y Daniel… está más involucrado que nunca.

Le acaricié la espalda con una lentitud medida, como si necesitara memorizarla con las yemas de los dedos.

—Gracias por decirme la verdad hoy, Maddie.

Ella levantó la mirada, sus ojos brillando en la tenue luz de la cocina.

—No podía guardarlo más. Necesitaba que lo supieras.

La besé despacio. No como quien reclamaba, sino como quien agradecía.

Esa noche no hubo urgencia, ni pasión desbordada. Solo necesidad de estar cerca. De aferrarnos el uno al otro con calma. Desnudos entre sábanas

arrugadas, piel con piel, nuestros cuerpos se buscaron sin prisa. Se sintió distinto. Más profundo. Más íntimo que nunca.

En un momento, ella me rodeó con sus piernas, apoyó la frente contra la mía y susurró.

—Cuando estoy contigo… todo lo demás desaparece.

Y por un instante, yo también me lo creí.

Nos quedamos dormidos entrelazados. Sus dedos sobre mi pecho, mi brazo protegiendo su cintura, pero la paz no duró.

Me despertó el sonido de los cascos de un caballo corriendo a toda velocidad por el corral. Luego, los gritos.

Salté de la cama sin pensarlo. Maddie despertó sobresaltada mientras yo me ponía los vaqueros y las botas.

—¿Qué pasa? —preguntó, incorporándose— ¿Qué ha sido eso?

—No lo sé, pero suena mal. Quédate aquí, Maddie.

—Cole… —Me agarró del brazo con sus ojos llenos de miedo.

—Voy a estar bien —le aseguré, besándola rápido—, pero necesito saber qué está pasando.

Bajé las escaleras y crucé el porche a zancadas, cogiendo la escopeta que guardaba junto a la puerta.

Al llegar al corral, me encontré con uno de los nuevos guardias, Duke, que venía corriendo hacia mí.

—¡Cole! ¡Tenemos un problema! Alguien cortó la cerca norte y espantaron a los caballos. Uno de los potros cayó en la zanja de drenaje. Se ha roto una pata.

Sentí un golpe en el pecho. El potro… era uno de los más jóvenes. Una promesa.

—¿Has visto a alguien?

—Nada. Se movieron rápido y sabían lo que hacían. Entraron, causaron el caos y salieron sin dejar huellas. Solo una cosa… —Duke me tendió algo envuelto en un trapo.

Era una pequeña herradura de bronce… con una “R” grabada. Rourke.

La ira se encendió en mi interior como gasolina ardiendo. Darren lo estaba llevando demasiado lejos.

Y esta vez, no iba a quedarse sin consecuencias.

El metal frío de aquella herradura con la "R" de Rourke pesaba más que una tonelada en mis manos.

No era solo una provocación. Era una firma. Un mensaje claro. *“Puedo entrar cuando quiera. Puedo hacer daño y tú, no puedes detenerme.”* Pero estaba equivocado.

Miré a Duke, con la mandíbula apretada.

—Llévalo al granero, cúbrelo bien y no digas nada al resto, de momento. No quiero que cunda el pánico. Solo Logan, Daniel y los nuevos deben saberlo.

—Entendido.

—¿Y el potro?

Duke bajó la mirada.

—No va a sobrevivir, Cole. Tiene la pata destrozada.

Mi garganta se cerró. Ese animal era joven, noble, y había nacido aquí, en *Iron Creek*. Había confiado en mí.

—Mantenlo tranquilo. Llévalo a la sombra. Iré yo mismo —dije, sintiendo un nudo en el estómago. No iba a dejar que otro lo hiciera.

Duke asintió y se fue con rapidez.

Me quedé allí, solo un momento, observando la oscuridad más allá de las luces del rancho. Cada sombra, cada rincón, parecía esconder la risa burlona de Darren Rourke.

No sabía cómo había llegado tan lejos, cómo se había convertido en algo tan podrido. Su padre había sido un hombre duro, pero con principios. Darren era otra cosa. Puro veneno.

Hacía años, mi padre tuvo una disputa legal por la propiedad de una parte del arroyo que cruzaba nuestro rancho y el de los McCoy con otro ranchero vecino. Calvin Rourke siempre fue un hombre sin escrúpulos, pero jamás llegó tan lejos. Hoy en día estaba casi retirado y era Darren quien se hacía cargo del rancho. Darren era ambicioso y vengativo como pocos hombres que yo conociera y lo único que quería era destruir la reputación de mi familia, recuperar esas tierras y posicionarse como el criador de caballos más importante de la zona puesto que según él, yo contaba con ventajas injustas gracias a mis sementales cruzados con las yeguas del rancho de los McCoy.

Sentí pasos detrás de mí. Era Logan.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Le mostré la herradura y su expresión se endureció de inmediato.

—Hijo de perra…

—Nos está empujando al límite —dije—. Nos está provocando. Sabe que, si reaccionamos primero, saldremos como los malos.

—¿Y qué vas a hacer?

Me guardé la herradura en el bolsillo.

—Lo que hay que hacer, pero con cabeza. Primero el sheriff. Luego, vigilancia reforzada. Si tenemos que contratar más hombres, lo haré. Quiero ojos en cada maldito ángulo del rancho, día y noche.

—¿Y Maddie?

Me pasé la mano por el rostro. El solo hecho de pensar que ella pudiera estar en peligro me revolvía el alma.

—No quiero que se entere aún. No así. Le diré lo del potro, pero esto… no. No mientras esté tan expuesta.

Logan me miró con gravedad, asintiendo.

—Entonces déjame hacer una lista de personal adicional. Gente que pueda trabajar en ambos ranchos. Seguridad rotativa. Vigilancia. Perímetros electrónicos. Tengo contactos.

—Hazlo.

Volvimos a la casa y, antes de entrar, me detuve en el porche. Respiré hondo.

Tenía que estar tranquilo. Ser firme.

Entré, y Maddie estaba en la sala, envuelta en una manta, sentada en el sofá, con los ojos como faros en la oscuridad.

—¿Qué ha pasado, Cole? —preguntó al verme.

—Uno de los potros se ha hecho daño. Voy a atenderlo. —Me acerqué y me arrodillé frente a ella—. Quiero que te quedes dentro, ¿vale? Y quiero que, cuando estés en el rancho de Daniel, te mantengas cerca de él, y si estás aquí y no estoy contigo, que estés cerca de Logan. Y si estás sola, no abras la puerta a nadie.

Ella me miró con ese silencio que decía más que cualquier palabra.

—¿Crees que ha sido…?

—No lo sé —mentí, besándole la frente—, pero voy a encontrar al responsable.

Cuando salí de nuevo a la noche, el rifle colgado del hombro y el alma en guerra, supe que esto ya no era solo una disputa de tierras. Era una guerra por todo lo que amaba.

Y yo no pensaba perderla.

Con el primer sol de la mañana calentando apenas el horizonte, monté a Sawyer, mi caballo más ágil, y cabalgué hasta el pueblo.

No iba a esperar más.

No después de la herradura. No después del potro muerto. Y no con Maddie durmiendo bajo mi techo, en medio de un campo de minas.

El sheriff Harlan estaba abriendo su oficina cuando llegué. Se giró al verme desmontar con paso firme, los ojos entrecerrados como quien ya intuía que la mañana iba a complicarse.

—Sheriff —dije con tono seco.

—Cole —respondió—. ¿Tan temprano y ya traes ese rostro? Pasa.

Entré sin esperar la invitación completa. Cerré la puerta tras de mí.

—Anoche alguien cortó la cerca norte de *Iron Creek*. Espantaron a los caballos. Uno de los potros cayó y se destrozó la pata. Tuve que sacrificarlo esta mañana.

Harlan frunció el ceño.

—¿Tienes pruebas?

Saqué la herradura del bolsillo y la dejé sobre su escritorio. El metal brilló con la luz que se colaba por las persianas.

La "R" de Rourke estaba allí, clavada como una maldita firma. Harlan la observó con cuidado. Luego me miró, más serio.

—Eso no es una prueba directa, Cole.

—¿Estás bromeando?

—No. Sé que hay tensiones entre tú y Darren, pero no puedo ir a arrestarlo por una herradura en el suelo. Necesito algo más que eso: cámaras, testigos, huellas y lo sabes.

Me incliné sobre su escritorio, mirándolo con una firmeza que no fingía.

—Va a seguir subiendo la apuesta, sheriff, ya lo ha hecho. Primero, las cercas, luego el ganado. ¿Qué sigue? ¿Una persona? ¿Mi hermano? ¿Mi madre? ¿Uno de los niños del rancho de los McCoy? ¿Maddie?

El nombre de ella bastó para que el sheriff se tensara. Sabía perfectamente quién era y sabía lo que representaba para mí.

—¿Él la ha amenazado?

Lo miré un segundo.

—No directamente, pero le ha dejado claro que, si se aleja de mí, los ataques cesarán. ¿Te parece eso suficiente?

Harlan tragó saliva, luego se apoyó en la silla.

—Escucha, Cole, yo también quiero que esto se detenga. Déjame hacer mi trabajo. Voy a mandar a un par de mis muchachos a patrullar *Iron Creek* por las noches. Oficiales visibles. Si Darren está detrás, lo hará dudar, pero necesito más para iniciar una orden formal contra él.

—Lo vas a tener, lo juro, porque voy a encontrar algo que lo incrimine con las manos manchadas.

Cogí la herradura de nuevo y me dirigí a la puerta.

—Y si no lo detienes tú, Harlan… lo detendré yo.

Salí antes de que respondiera, notando la sangre aún caliente por mis venas.

Monté de nuevo y regresé al rancho con el viento golpeándome el rostro, repitiéndome cada palabra que había dicho.

La guerra con Darren ya no era silenciosa, era personal y ahora tenía nombre, forma y un blanco muy claro.

Nadie iba a tocar lo que era mío. Nadie.

Capítulo 27



Maddie

Llevaba dos días de vuelta en el rancho de mi familia, puesto que Cole estaba ocupado en el suyo; no es que me contara mucho, pero sabía que era algo relacionado con la seguridad para evitar más intrusiones.

Había salido a caminar sola al arroyo cercano, donde el agua corría suave y las ramas dibujaban sombras danzantes en la orilla. El arroyo parecía un lugar seguro. Siempre lo había sido.

El murmullo del agua me envolvía con una suavidad engañosa, como si pudiera lavarme las dudas, arrancar de mi piel los rastros de todo lo que había pasado. Pero no era así, no ese día.

Me senté en una roca húmeda, cubierta de musgo. El frescor de la sombra me acariciaba el rostro, y el viento entre los árboles murmuraba una canción que no lograba descifrar. Cerré los ojos. Necesitaba un respiro. Solo uno. Un instante que no doliera.

Mis pensamientos eran una tormenta. Cole. Caroline. El rancho. El fuego. Los secretos. Travis.

Travis…

Apretaba los puños sin darme cuenta. Recordar su rostro, sus palabras, me provocaba náuseas. Pero lo que más dolía era que una parte de mí aún recordaba al hombre que había amado, el que me prometió el mundo y luego lo redujo a cenizas.

Y ahora, Darren. Su mirada afilada, su sonrisa llena de cinismo, la forma en que caminaba como si el suelo le perteneciera; como si todo lo que tocaba le debiera algo.

Respiré hondo. El dolor en el pecho no cedía.

¿Qué vas a hacer ahora, Maddie? ¿Cómo te enfrentarás a todo esto? El viento me hacía esa pregunta una y otra vez. Y yo no tenía respuestas.

Entonces lo oí.

Un crujido leve, como el roce de botas sobre grava. Abrí los ojos con un escalofrío recorriéndome la espalda.

Allí estaba Darren Rourke. Solo. Sólido como un muro. Amenazante.

—Vete de aquí —dije, y aunque la voz me temblaba, el tono fue claro. Firme.

Él se detuvo a pocos pasos. Me observó con esa expresión inescrutable, una mezcla de superioridad y frialdad que me hizo desear tener algo en la mano para defenderme.

—No esperes que te obedezca. No has hecho lo que te pedí —dijo con esa voz suya, mansa, pero venenosa.

Quise levantarme, alejarme, gritar, pero algo había empezado a pellizcar el aire detrás de mí.

El sonido era casi imperceptible, pasos suaves, y luego…

Una mano me atrapó desde atrás, presionándome un trapo húmedo contra la boca y la nariz. El olor me golpeó como un mazo. Cloroformo.

Intenté gritar, patear, golpear, pero mis brazos se volvieron de plomo. El mundo se desdibujó en segundos, y mi conciencia se desplomó como una piedra en el fondo del arroyo. Lo único que vi entonces fue la negra oscuridad que me envolvía.

Desperté mucho después, con el sol ya bajo en el cielo, casi de noche. Me dolía la cabeza, la garganta… y la confianza en que todo eso no podría pasarme. Mis pensamientos iban y venían como hojas arrastradas por el viento.

Parpadeé con esfuerzo. La luz era escasa, rojiza, filtrada por pequeñas rendijas en las paredes. El olor… era a heno húmedo, a madera podrida. A encierro.

Intenté moverme, pero tenía las muñecas atadas. Las piernas también. Una cuerda gruesa y rasposa me marcaba la piel.

Estaba en un establo que no reconocía. El olor era a heno viejo y a cuervos. Había paredes de vetas envejecidas y sombras que apenas dejaban ver mis pies.

Los tablones de las paredes estaban agrietados por el tiempo. Las sombras se alargaban como dedos. Afuera, un cuervo graznó.

Y entonces, la puerta crujió. Mi corazón se detuvo por un segundo.

Darren apareció cruzando la penumbra con pasos que retumbaban con intención. Tenía una bandeja con un plato de comida caliente y un vaso de agua.

Lo fulminé con la mirada.

—Te vas a arrepentir de esto —le dije, con la voz ronca, pero cargada de todo el odio que podía reunir.

No pestañeó.

—Cole vendrá por ti —añadí, aunque ya sabía que lo intentaría.

Él sonrió, una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Ah, ¿sí? —dijo con ironía— Que lo intente, pero no podrá hacer nada. Mira a tu alrededor. Estás sola, querida Maddie.

En ese momento, el sonido de pasos más suaves lo distrajo. Darren giró el rostro. Frunció el ceño, como si no esperara compañía.

La puerta se abrió de nuevo. Y el mundo se me vino abajo. Mi corazón casi se detuvo.

Era Travis. Lo reconocí en un instante, aunque había algo nuevo en él. Algo siniestro. Su sonrisa era más tensa, sus ojos más oscuros. El mismo rostro que una vez amé… ahora me resultaba irreconocible.

Me quedé pálida, en shock. Sin aire. Sin aliento, porque el hombre que pensé que había dejado atrás hacía tiempo, estaba ahí, junto a Darren. Sonriendo. Y mirándome como si algo hubiera cambiado… o todo estuviera por cambiar.

Había algo diferente en él… en su postura, en la forma en que sonreía. Era el mismo hombre que una vez amé, pero ahora era una sombra más oscura, retorcida por algo que no alcanzaba a comprender.

—No debiste dejarme, Maddie —dijo en cuanto estuvo frente a mí—. No debiste huir. Eso fue un error.

Mi garganta se cerró. Intenté formar palabras.

—¿Qué… qué haces aquí? ¿Qué tienes que ver tú, con Darren Rourke?

Él soltó una risa seca, ladeando la cabeza.

—Al parecer, tenemos algo en común. Queremos ver destruido al mismo hombre.

—¿Cole? —susurré.

Travis no respondió con palabras. Solo asentía lentamente, como si la respuesta fuera obvia.

—No vas a estar con otro que no sea yo —añadió—. Eso ya lo decidí hace mucho.

Quise escupirle en la cara, quise gritar, pero mis labios estaban secos, mis fuerzas al límite. Me estremecí. Busqué escapar de la cuerda con la que me tenían sujeta, pero era inútil.

Darren se apoyó en una de las columnas de madera, cruzando los brazos, con esa expresión de falso interés que me ponía los pelos de punta.

—Verás, Maddie… —dijo con tono suave, como si hablara de una oferta de negocios— Hemos pensado que todo esto puede resolverse de una forma mucho más civilizada.

Travis se inclinó hacia mí. Sus ojos tenían esa mezcla de nostalgia torcida y obsesión.

—Puedes dejar a Cole, olvidarlo, y estar con nosotros.

—¿Nosotros? —susurré, sintiendo que el mundo se me venía abajo.

—Sí —intervino Darren con su voz suave, casi burlona—. Travis me ha hablado mucho de ti y, créeme, es convincente cuando quiere. No lo culpes por quererte solo para él… pero también sabe que lo que sentimos ambos por ti… podría compartirse.

Mi estómago dio un vuelco.

—Estáis enfermos —dije con voz temblorosa, pero llena de asco—. ¿En serio pensáis que tendría una relación con los dos? ¿Que me acostaría con un hombre al que apenas conozco y con otro que arruinó mi vida?

Travis dio un paso hacia atrás visiblemente herido, aunque más por el orgullo que por el corazón, y su mandíbula se tensó.

—No conoces a Darren tan bien como para saber si sería un mal compañero —intentó decir con cinismo—. No sabes lo que puede ofrecer.

—¿Y tú sí? —le escupí— ¿Ese es tu argumento? ¿"Mira qué buen equipo hacemos los dos sociópatas"?

Darren rio suavemente, se incorporó y avanzó unos pasos hacia mí.

—Ahí te equivocas, preciosa. Travis y yo nos conocemos desde siempre. ¿No te lo ha contado nunca? Su padre fue el capataz del mío en el rancho Rourke durante años. Él creció allí. Luego se fue… Quiso una vida mejor en la ciudad. Y ahora ha vuelto.

Me quedé sin palabras. Sin aliento. Los ojos se me llenaron de comprensión. Por eso lo sabía todo. Por eso me había encontrado. Él ya sabía que estaba aquí, no fue casualidad.

No solo por aquella recepcionista ingenua en la oficina. Lo sabía desde antes. Sabía que, si todo iba mal, podía volver a Sweetridge. Sabía que en algún momento yo acabaría aquí.

Darren se acercó lentamente. Me tendió el plato de comida y el vaso de agua.

—Tienes tres días, Maddie. Tres. Para decidir.

—Decidir, ¿qué?

—Si quieres ser nuestra —respondió Darren con tono seco—. Y a cambio, los Whitaker vivirán. Se acabará todo: los incendios, los sabotajes, las amenazas. Todo.

—Y si me niego…

Su voz se tornó más áspera y su expresión se endureció.

—Si te niegas… esto sigue. Hasta que Logan y Cole acaben como Robert Whitaker.

Las palabras me apuñalaron. El nombre de Robert era una herida aún abierta. Y ellos lo sabían.

Los miré con odio. Un odio profundo, silencioso. No les daría ni una lágrima más. No frente a ellos.

Me sentí helada. Vacía. Como si mi cuerpo aún estuviera atado, pero mi alma comenzara a romperse.

Ambos se giraron para marcharse, pero Darren se detuvo un instante antes de salir.

—Piénsalo bien, preciosa —murmuró—. No te queda mucho tiempo.

Y salieron.

Cuando la puerta se cerró tras ellos y me quedé sola en el establo, lloré en silencio. Sin sonido, sin gemidos, solo lágrimas pesadas, con sabor a rabia y miedo.

Pensé en Cole. En su mirada cuando me decía que no iba a dejar que nadie me hiciera daño. Pensé en Caroline, en Daniel, en los niños. En Maggie. En Logan. En *Iron Creek*.

Y recé. No sabía a quién, ni cómo, pero recé.

Porque si alguien sabía que me habían llevado, si alguien podía atar las piezas, si alguien era capaz de ver más allá de las mentiras, de las trampas, ese era, Cole Whitaker. Y yo iba a resistir.

Atada, humillada, rodeada de locura, pero viva por él, por todos. Hasta el último aliento.

Capítulo 28



Cole

Algo no estaba bien.

Desde el instante en que vi que Maddie no salía al porche a recibirme a pesar de hacer dos días que no nos veíamos, sentí que algo no estaba bien.

Tal vez se encontraba mal y estaba en la cama, o quizás se había ido al establo con los niños. Pero era esa maldita punzada en el pecho que uno aprendía a reconocer después de haber perdido antes lo que me dijo que algo no iba bien.

Revisé el rancho de *Twin Oaks* entero. Pregunté a Gloria, a los chicos, a Caroline. Nadie la había visto desde la noche anterior.

Fue Ethan quien dijo algo que me hizo detener en seco.

—Tía Maddie dijo que iba a caminar al arroyo.

Cogí uno de los caballos de Daniel y salí como alma que lleva el diablo, con Logan justo detrás de mí. El sol se alzaba, pero no traía calma.

El arroyo estaba vacío. Sin señales de lucha, sin gritos, sin huellas. Pero lo sentí. El aire olía a algo distinto. A traición. A miedo.

Encontré una rama rota. Y más allá, un pañuelo. Tenía algo de tierra y un olor extraño.

—¿Esto es… cloroformo? —dijo Logan al acercarse y olfatear.

Mi mandíbula se apretó. No fue una marcha voluntaria. Se la llevaron.

Volvimos al rancho y toqué la campana del granero. Una señal que, al igual que yo, Daniel nunca usaba, a menos que hubiera una emergencia.

En minutos, todos los hombres de Daniel estaban reunidos: Ray, Mike, TJ, Nate, Jonas, Big Will, Derek, Eli, Chris, Tyler. Daniel llegó unos segundos después.

—¿Qué pasa? —preguntó con el ceño fruncido.

—Es Maddie. Desapareció. No dejó nota. No avisó a nadie. Y encontramos esto en el arroyo —le mostré el pañuelo.

Daniel palideció, su mano se apretó en el cinturón.

—¿Quién fue?

—No lo sé con certeza, pero me lo imagino.

—¿Darren? —preguntó, y asentí.

—Y no estaba solo, estoy seguro de que tuvo ayuda. Maddie no se iría voluntariamente sin luchar, y esto… —Miré el pañuelo— Esto la debió coger por sorpresa.

Daniel me miró. Un segundo. Luego bajó la cabeza, maldiciendo en voz baja.

—Travis. Dios… —murmuró— Ese cabrón. Sabía que era peligroso, pero esto…

—Ya no hay tiempo para dudas. Maddie está en manos de gente que no tiene escrúpulos y si no la recuperamos rápido…

No terminé la frase. Ray alzó la voz desde el fondo.

—Nos dices por dónde empezar y lo hacemos. Todos.

Miré al grupo de hombres frente a mí. Hombres curtidos, algunos con pasados difíciles, otros con sueños simples. Todos con una cosa en común: lealtad. A esta tierra. A la familia. A Maddie. Logan llamó a los muchachos de nuestro rancho y en poco más de quince minutos se unieron a nosotros.

—Vamos a dividirnos en grupos —dije—. Tyler, Nate y Chris, mirad en la zona este, la parte más cercana al rancho Rourke. Jonas, Big Will, Eli y Ray, vosotros id al bosque norte. Logan y yo vamos al camino viejo. TJ, Mike y Derek, id por los establos y almacenes abandonados que hay más al oeste. Si hay señales, humo, pisadas, cualquier cosa… avisad. Los demás, uníos al grupo que queráis; cuantos más seamos para revisar cada zona, más posibilidades tendremos de encontrarla.

Daniel se acercó y me sostuvo el brazo.

—No voy a parar hasta encontrarla.

—Lo sé —dije con la voz tensa—, pero cuando la encontremos, Daniel… no pienso dejar a ninguno de esos cabrones en pie.

Logan se acercó con su rifle colgado al hombro.

—Y yo tampoco.

Llevábamos más de tres horas buscando. El sol comenzaba a hundirse sobre el horizonte, lanzando sombras largas entre los árboles que hacían parecer que el mundo entero estaba aguantando la respiración.

Logan y yo íbamos a caballo, en silencio. Cada ruido nos hacía girar la cabeza. Cada sombra nos hacía tensar la mandíbula. Llegados a ese punto, lo único que quedaba era el instinto.

Y el mío gritaba que Maddie estaba cerca. Viva. Esperando.

—Mira eso —dijo Logan de pronto, señalando una zona más alta, a unos cien metros del camino de tierra.

Nos acercamos y lo primero que vi fue una cerca rota. Luego, un portón a medio caer, oxidado y cubierto de maleza.

Una construcción olvidada entre los árboles. Un viejo establo de algún rancho que, a juzgar por el estado, había sido abandonado hacía décadas.

Desmontamos. Logan fue por el lado derecho, y yo al izquierdo. Avanzamos despacio, con las armas listas. El silencio ahí dentro era denso. Como si el aire mismo supiera lo que estaba ocurriendo.

Di unos pasos hacia una de las ventanas. Estaba sucia, pero podía distinguir siluetas dentro. Unas herramientas colgadas. Montones de heno. Un cubo metálico.

Y algo más.

—¡Logan! —dije con la voz grave.

Él se acercó y miró por encima de mi hombro. Justo ahí, en el suelo, vi una bufanda de Maddie. La de cuadros rojos, la que solía usar cuando

salíamos a montar. Estaba sucia, pero era suya, no había duda.

—Es de ella —dije. La ira me subió como una ola caliente.

Logan me agarró el hombro.

—¿Vamos ahora?

Negué con la cabeza.

—Si entramos sin saber si siguen ahí, podríamos ponerla en más peligro. Necesitamos planearlo bien.

Saqué mi móvil y marqué al instante.

—Ryan. Logan y yo hemos encontrado un viejo establo a medio kilómetro del camino viejo, cerca del barranco sur. Encontramos una prenda de Maddie. Puede estar aquí. Necesito a todos. Ahora.

—Entendido. Llegamos en veinte minutos.

—Y Daniel…

—Aquí estoy —respondió su voz al fondo—. No voy a quedarme quieto. Vamos para allá.

Colgué y me giré hacia Logan.

—No vamos a perderla —le aseguré, y él asintió.

—Y no van a salir de esta.

Nos escondimos entre los árboles, vigilando. Esperando. Rezando. Porque ahora teníamos lo más importante: una pista real. Un punto de partida. Y si

Maddie estaba dentro de ese establo… no pensábamos dejarla sola otra noche.

Esperamos. Cada minuto era un cuchillo.

El sol caía lento detrás de las colinas cuando empezamos a ver figuras moverse entre los árboles. Uno a uno, los hombres de ambos ranchos fueron llegando: Ray, Derek, Nate, Jonas, Big Will, Beau, Ryan, Trey, Zeke… todos. Armados. Silenciosos. Con los rostros tensos.

Daniel fue el último en llegar, con la mandíbula apretada y los nudillos blancos de tanto agarrar el volante.

Logan trazó un mapa improvisado sobre la tierra con una rama.

—Aquí está la entrada principal. Nosotros dos iremos por el frente. Ray, Big Will, Zeke, por el flanco derecho. Derek, Nate, Trey, por el izquierdo. Jonas, Chris y Ryan, rodead por detrás. Entramos al mismo tiempo. Rápido y sin errores.

—No disparamos —añadí— a menos que estén armados. Si Maddie está adentro, cualquier bala puede ser la que lo arruine todo.

Asintieron en silencio. El aire pesaba. Dimos la señal.

Logan y yo avanzamos primero, con el corazón en la garganta. Mi dedo estaba listo en el gatillo. Cada paso crujía bajo las hojas secas, cada sombra parecía moverse. Llegamos a la puerta y conté hasta tres con los dedos.

Uno. Dos. Tres. Pateé la puerta con fuerza.

—¡Manos arriba! —rugí mientras entrábamos, pero no había nadie.

Solo heno. Un cubo metálico. Las herramientas. La bufanda… aún ahí.

—¿Está vacía? —preguntó Logan en voz baja.

—No —respondí mirando el rincón más alejado—. Ha estado aquí.

Y entonces… disparos. Uno, dos, tres. Rápidos. Desde algún lugar entre los árboles. Derek gritó.

—¡Nos disparan desde el bosque! ¡Cubrid los flancos!

—¡Atrás! ¡Retirada! —ordené mientras me agachaba y disparaba una vez hacia la sombra que se movía.

No vimos su rostro, solo el destello del cañón de su rifle y el rugido de un vehículo alejándose.

El enemigo sabía que estábamos cerca. Nos habían visto antes. Nos habían dejado llegar… y luego nos empujaron para alejarnos.

—¡Maldición! —golpeé la pared con la culata de mi rifle mientras Logan maldecía por lo bajo.

Ryan corrió hacia nosotros.

—¿Todos bien? —pregunté con interés por mis hombres y los de Daniel.

—Derek se rozó el brazo, pero está bien. Fue un tiro de aviso —dijo Big Will—. Nos querían fuera, no muertos.

Y lo consiguieron. Nos retiramos con los dientes apretados y el alma rota.

De vuelta en *Iron Creek,* el rancho estaba en silencio.

Las luces del porche estaban encendidas. Gloria esperaba en la puerta con el rostro preocupado. Caroline salió con los niños. Ethan abrazó a su padre. Pero Lila… Lila miró alrededor. No vio a Maddi y empezó a llorar.

—¿Dónde está mi tía Maddie? —sollozó mientras se abrazaba a las piernas de Caroline— Dijiste que venía…

Tragué saliva. Me agaché y la levanté con cuidado, sosteniéndola contra mi pecho.

—Eh… Lila. Escúchame, cariño.

Sus ojitos estaban llenos de lágrimas, pero me miraban con esperanza.

—Tu tía está bien. Solo está… un poco lejos. Pero yo voy a traerla de vuelta. Te lo prometo.

—¿De verdad? —preguntó con la voz rota y las lágrimas cayendo por sus mejillas sin parar. Y asentí.

—De verdad. Nadie… y te lo digo muy en serio, princesa… nadie me va a quitar a Maddie. No mientras yo siga respirando.

Ella apoyó la cabeza en mi hombro y asintió en silencio. Caroline me miró con los ojos vidriosos. Daniel posó una mano en mi hombro.

Y supe que esa promesa iba a cumplirla, aunque tuviera que quemar media maldita Texas para hacerlo.

Capítulo 29



Maddie

No sabía cuánto tiempo había pasado. Solo que el cielo se había teñido de negro, otra vez.

En el establo todo olía a encierro y polvo. A soledad. La única luz en ese viejo establo venía de una grieta en la madera, donde la luna se colaba a ratos, plateando las partículas de polvo que flotaban en el aire viciado, como si bailaran para entretenerme en mi miseria.

Tenía frío. Me dolía todo el cuerpo de estar en el suelo, y mis huesos ya no podían seguir soportando la postura. Tenía los músculos entumecidos, las muñecas marcadas por las cuerdas, la garganta seca por la falta de agua y por no gritar.

Porque sabía que gritar no serviría de nada. Aquí nadie iba a oírme y aunque lo hicieran, quizás nadie se atrevería a intervenir.

Y no había probado bocado desde que Darren me dejó ese plato de comida que ni me atreví a tocar. Ni una sola cucharada. Desconfiaba. Sabía que era parte del juego. Una trampa disfrazada de gesto. Tal vez estaba drogado, o tal vez era solo otra forma de recordarme que ellos decidían cuándo comía, cuándo bebía, cuándo vivía… o moría.

Sabía bien con qué clase de hombre estaba tratando.

Y ahora también sabía que Travis, el mismo hombre al que una vez creí amar, era parte de todo esto; se había convertido en algo peor que una pesadilla. Era real. No era un sueño. No era un mal recuerdo. Estaba aquí y había decidido que yo le pertenecía. A él… y a Darren.

Cerré los ojos, abrazándome las rodillas contra el pecho, sintiendo el ardor en los músculos. Las palabras de Darren y Travis me retumbaban en la cabeza como un mantra envenenado.

Repasé una y otra vez sus palabras. "Si eres nuestra, los Whitaker estarán a salvo." Como si pudiera comprar mi cuerpo a cambio de la seguridad de quienes amaba.

La náusea subía por mi garganta. ¿Eso era lo que valía mi cuerpo? ¿Ese era al precio de la vida de los demás para ellos?

Tuve que morderme el labio con fuerza para evitar que las lágrimas cayeran. No podía permitirme romperme otra vez.

Sentí el ardor de las lágrimas asomando, pero me negué a dejarlas caer. Ya había llorado. Ya había temblado. Ya había sentido miedo.

Ahora solo sentía determinación.

Me quedé recostada contra la pared, intentando no pensar en el dolor de espalda ni en la garganta seca. Cerré los ojos y lo vi. Vi a Cole.

Lo imaginé en su caballo, con la mirada fija, el ceño fruncido, los dientes apretados. Lo conocía lo suficiente para saber que estaba buscándome. Que no pararía.

Recordé cómo me había sostenido la cara entre las manos antes de besarme. Cómo me dijo que no iba a permitir que nadie me hiciera daño. Cómo me hizo sentir que estaba en casa, entre sus brazos. Como si el mundo, al menos por un momento, tuviera sentido.

Iba a aguantar, me lo decía a mí misma cada vez que las lágrimas se agolpaban en mis ojos, cada vez que sentía el ardor de las heridas que me estaban dejando las malditas cuerdas.

No sabía cuánto tiempo más me darían esos hombres antes de volver a entrar. No sabía si intentarían drogarme de nuevo, si Travis intentaría tocarme, si Darren sería aún peor.

Pero mientras estuviera consciente, mientras pudiera pensar, mientras respirara… seguiría resistiendo.

Porque tenía algo que ellos no podían controlar. Algo que no se vendía, ni se rompía, ni se amenazaba: Amor.

Y ese amor tenía nombre. Y ojos claros. Y una voz ronca que me susurraba que ya no estaba sola.

Cole. Ven por mí. No tardes. Pensaba mientras un largo suspiro escapaba de mis labios.

La oscuridad del establo parecía cerrarse más a cada minuto, como si el aire estuviera cediendo a la desesperación. Y mi corazón latía tan fuerte que me dolía el pecho. Sabía que esa noche no sería como las anteriores. Algo en el aire me lo decía. La tensión me hizo incorporarme con lentitud, y fue entonces cuando escuché pasos que se acercaban.

No eran rápidos, ni pesados, sino medidos. Como si disfrutaran cada crujido de la madera. Contuve la respiración.

Travis entró sin llamar, sin hacer ruido al abrir la puerta. Solo apareció, envuelto en sombra. Su figura recortada por la luz de la luna parecía la de un depredador que ya no tenía necesidad de esconderse.

Su mirada era un torbellino oscuro de deseo y obsesión.

—No debiste dejarme, Maddie —susurró, como si ese fuera el único argumento válido en su mente capaz de justificar su presencia allí.

—¿Qué tienes que ver tú con Darren? —pregunté, con la voz temblorosa, seca, pero viva.

Travis sonrió. Una sonrisa rota, agria, que no llegaba a los ojos.

—Más de lo que imaginas —dijo, encogiéndose de hombros—. Los dos queremos lo mismo: que dejes a ese cowboy y estés con nosotros.

Con nosotros. La palabra me golpeó en el estómago como un puñetazo.

Sentí que la rabia y el miedo se mezclaban dentro de mí, creando un nudo imposible de deshacer.

—Eso es una locura —repliqué con asco—. No voy a tener una relación con dos hombres. Ni siquiera conozco a Darren como para hacer algo así. Y a ti… a ti ya no te reconozco, Travis.

—No necesitas conocerlo —insistió—. Él te protegerá. Yo te amaré. No es tan difícil. Solo deja ir esa vida de fantasía con Cole.

—¡No es una fantasía! —grité, por fin— Lo que tengo con él es real. Lo nuestro fue lo que no lo fue, Travis.

Travis se quedó quieto por un instante y vi algo, un destello en su mirada de algo humano. Dolor. Pero solo duró un segundo. Después, volvió la oscuridad.

—Él te va a romper —dijo en voz baja—. Como tú me rompiste a mí.

Antes de que pudiera reaccionar, Darren apareció en la puerta del establo. Su presencia era fría y dominante.

—Ah, ya le estás confesando todo, Travis —dijo con esa voz calmada que me ponía los pelos de punta.

—No, todo no —respondió Travis, sin apartar la vista de mí.

Darren se acercó.

—Travis y yo nos conocemos desde siempre. Su padre era el capataz del mío, como te dije. Él creció bajo mi techo. Bajo mis reglas.

—Y ahora, ¿qué? ¿Compartes mujeres con él? —escupí, con todo el desprecio que pude reunir.

Darren se inclinó hacia mí.

—No es tan sencillo. No queremos cualquier mujer. Te queremos a ti.

—Si eres mía —añadió—, ya sabes que los Whitaker vivirán. Si no… — Sus dedos me rozaron el rostro y bajaron por el cuello— La guerra solo estará comenzando.

Mi cuerpo entero se tensó. Travis se mantenía al margen, pero su mirada era un incendio. Celos. Confusión. Orgullo herido.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y cerré los ojos, controlando las náuseas que amenazaban con traicionarme. Sentí sus manos explorando mi cuerpo, invadiendo cada centímetro con su fuerza y amenaza. Intenté calmar mi respiración, buscar dentro de mí esa fortaleza que Cole había despertado.

“Respira, Maddie. Resiste”, me repetí.

Mi mente trabajaba sin descanso, buscando cualquier oportunidad, cualquier error que pudiera usar para escapar, para dejar de sentir esas náuseas, esa furia y el terror que me mantenían anclada al suelo.

En ese momento supe que mi tiempo se estaba acabando, pero también que no iba a rendirme.

Tenía que hacer algo. No podía quedarme quieta mientras me rompían. Pero esperé, esperé a que Darren se sintiera confiado, a que pensara que me había rendido.

Pasaron unos minutos que se me hicieron eternos. Sentía las manos de Darren en mi piel, su aliento pesado rozándome el cuello. Tenía que hacer algo, cualquier cosa, antes de que perdiera completamente el control.

Cuando creyó que me había rendido, con todas las fuerzas que me quedaban, me giré bruscamente, me aparté de un impulso, lo empujé con el hombro y me lancé hacia la puerta del establo, que estaba entreabierta. Mi corazón se disparó cuando sentí la madera áspera bajo mis dedos, rogando que no estuviera cerrada.

La noche me recibió con un frío cortante, y el campo oscuro se extendía como una promesa incierta.

—¡No tan rápido! —gritó Darren, con la voz llena de rabia y sorpresa.

Corrí tan rápido como podía, con la respiración entrecortada, las lágrimas mezclándose con la determinación. Sentí que casi tocaba la libertad cuando un ruido seco, como un disparo, me heló la sangre. Caí de rodillas, sintiendo que algo golpeaba el suelo a mi lado.

¿Me había alcanzado? No, solo había caído por el susto, pero eso fue suficiente. Darren me alcanzó.

Maldijo, me sujetó del cabello y, con rapidez, me arrastró hacia atrás, arrojándome en un rincón oscuro del establo, jadeando y rabioso.

—Pensaste que iba a ser tan fácil, ¿verdad? —susurró con una sonrisa cruel, con voz baja y venenosa.

Sus ojos eran pura furia. Me acorraló contra la pared con el rostro a centímetros del mío.

—Tu tiempo se acaba, Maddie —me recordó, y yo lo sabía.

Pero también sabía que él estaba ahí fuera. Cole. Con su rifle. Con su caballo. Con su corazón valiente. Sabía que vendría. Sabía que no me dejaría. Y aunque mi cuerpo estaba herido, agotado, mi espíritu seguía más vivo que nunca.

No me rendiría. Todavía no.

Mi mente buscaba frenéticamente una salida, pero él controlaba todo, cada movimiento, cada instante. Cerré los ojos un momento y pensé en Cole, en su fuerza, en la promesa de que me protegería.

A pesar del miedo, a pesar de la amenaza, sabía que no estaba sola, que él y toda su gente, además de mi cuñado Daniel, estaban luchando para encontrarme.

Capítulo 30



Maddie

Durante cada segundo en aquel establo olvidado de la mano de Dios, parecía que el tiempo se estiraba hasta romperse en mil pedazos, a cada cual más doloroso. Había abierto los ojos para encontrarme con el techo hueco, torcido por la humedad y los años. La paja crujía bajo mis hombros y el aire olía a encierro y abandono.

Me dolía todo: los tendones, la piel, el corazón. El silencio me envolvía como una prenda afilada. Sabía que el mundo que antes existía, donde vivían Caroline, Daniel, Ethan, Lila, Gloria, Maggie, Logan… Y Cole, que ahora estaba fuera, lejos, quizá buscándome. Y yo estaba aquí, atrapada entre dos sombras que decían poseerme.

Entonces lo oí: un rasgar de costuras, una madera cediendo al peso de una figura. Una sombra se deslizó por la rendija y una puerta se abrió.

El aire fresco de la noche me golpeó el rostro. No lo respiré; me sentí invadida por un escalofrío de esperanza. Quizá era Cole. Quizá por fin había llegado.

Pero no.

La figura que cruzó la penumbra con una chaqueta oscura era una silueta familiar para mí, demasiado familiar. Travis.

No me incitó miedo. Estaba demasiado sorprendida. Me temblaron los brazos. La rabia afloró cuando reconocí su voz ladeada, burlona.

—¿De verdad pensaste que podrías? —susurró— ¿Que escaparías de aquí?

Mi cabeza giró, luchando por enfocar. Logré arrastrarme hacia atrás; arrastré mis muñecas atadas, como si pudiera alejarme.

—Cole vendrá —logré mascullar, y las palabras explotaron con urgencia desde mi interior.

—Tal vez, pero esta noche, estás aquí, conmigo y con Darren. Y quién sabe, puede que tal vez también lo estés mañana, y la siguiente noche —añadió, alargando esas palabras como veneno.

El aire entre nosotros se condensó. Quise correr, gritar, suplicar, pero el miedo no era lo que me retenía; era la certeza de que cada palabra que pronunciara sería otra jaula.

Se mantuvo en silencio un instante, observándome. Luego, se inclinó.

—¿Sabes por qué lo hago? —murmuró.

Inspiré profundamente. Traté de oler el suelo, la cuerda, la humedad, cualquier cosa real que me anclara. Pero el olor que me invadió fue el de su perfume mezclado con el whisky. Sentí el eco de su voz.

—Porque me perteneces. Porque siempre quisiste esto, aunque ni lo supieras.

Mentira rotunda. La rabia me invadió hasta lo más hondo. Cerré los ojos, dejando que la ira quemara cada fibra de mi ser, cada uno de mis pensamientos. Travis no podía hablar en serio, nunca quiso compartirme con otro hombre, ¿cómo podría querer algo así?

Abrí los ojos y él seguía ahí. Demasiado confiado. Quise escupirle en la cara, pero en lugar de eso, mantuve firmes y silenciosos mis pensamientos. Cole vendrá a por mí. No me fallará. No podía fallar.

Y en ese pensamiento, encontré un destello. Esperanza.

En mi mente resonaba su voz: "No voy a permitir que te hagan daño." Cada recuerdo, cada gesto suyo se encendió. El tacto de sus manos, su respiración cerca de mi oído, su voz ronca llamándome *"mía"* cuando el mundo se desmoronaba.

Travis se incorporó, respirando lento. Dio unos pasos hacia la puerta, como si estuviera improvisando un adiós. Entonces apareció Darren.

El aire cambió y el miedo lo envolvió todo, denso, opresivo. Él se detuvo en el umbral, con esa calma calculada, y cruzó sus brazos.

—¿Haciendo planes? —Arqueó la ceja y me miró como si el simple hecho de que pensara fuera una ofensa para ellos— No podías esperar de verdad que te dejáramos ir, Maddie.

Ambos me rodearon de tal modo que me estremecí, pensando que esos dos locos, esos dos perturbados, iban a hacerme algo.

Darren se acercó, rozó mi mejilla con un dedo frío. Me costó tragar saliva.

—Tienes menos de una hora —dijo—. Entonces la paciencia se acaba, y empezamos otra guerra.

Dentro de mí, respirar se hizo un acto consciente, lento y cálido. Las imágenes de Cole llegaron todas a la vez. La puerta que se abriría. El disparo. Su silueta recortada contra el polvo de la noche.

Pasó un segundo. Luego otro. En la penumbra, mis ojos se clavaron en ellos. Ya no temía tanto porque sabía lo que pasaría.

Cole vendría y eso les quitaba el control. Me quedé quieta. Respire. Pensé cada palabra que iba a decir. Y entonces…

—Está bien —mascullé, con voz brutal—. Si queréis esa rendición, la tendréis, pero no me vais a romper más, y no me vais a tener todavía. Hoy no.

Los ojos de Darren se entrecerraron. Travis se tensó. No entendieron en ese momento, pero era suficiente.

Y entonces lo escuché. Un crujido en la madera, casi imperceptible, pero verdadero. Y tan solo unos segundos después, una figura apareció en la entrada del establo. Era Cole.

Su rifle colgaba de su hombro, su mirada hecha de fuego y locura de proteger. En ese instante, desapareció todo lo demás y la tensión se rompió como el más fino y frágil cristal.

—¡Maddie! —gritó su voz, ronca y desesperada.

Agité la cabeza. Intenté incorporarme, pero las cuerdas se tensaron. Él se sacudió la correa, cogió el rifle y apuntó. Su rostro era el de alguien enfurecido, corriendo hacia mí con botas sucias, con ojos claros llenos de luz y tormenta.

Darren retrocedió. Travis dio un paso al lado. En silencio, los dos retrocedieron ante esa presencia que les arrancaba el poder.

—¡Quietos o disparamos! —gritó alguien.

Sentí a Cole acercarse. Su mano libre golpeó el suelo al caer, apoyando una rodilla. Su aliento olía a tierra y luna.

—Estoy aquí —le dije, las palabras salieron entrecortadas—. Sabía que vendrías.

Él alargó una mano y cortó la cuerda. El roce de su piel me quemó.

—No iba a dejarte, pequeña —susurró.

La tensión estalló en un estallido de movimiento.

Cole se puso de pie, sujetándome por el codo. Su rifle estaba listo para ser disparado. Miré a Travis y Darren: luché por mantenerme firme, sostener mi mirada.

—Fuera —dijo Cole. No fue una sugerencia, fue una orden en toda regla.

Ellos se movieron. Detrás de nosotros, la puerta crujió y la noche se abrió como un portal.

En cuanto pude ponerme en pie, Cole me rodeó con el brazo. Me pegó a su cuerpo y sentí cómo temblaban mis piernas.

Vi a Logan y a algunos hombres más hacerse cargo de Travis y Darren, que me miraban con la rabia en los ojos. Sobre todo, Travis, el hombre que una vez dijo amarme y a quien yo entregué mi corazón sin pensarlo. Hasta que me falló por completo.

Cole me abrazó y dejé de ver al resto, de escuchar lo que nos rodeaba; solo podía sentir su cuerpo cubriendo el mío y escuchar el latido de su

corazón.

—Tú y yo —murmuré contra su chaqueta—. Juntos. Siempre.

—Siempre —respondió él, suave y hostil.

El establo se quedó atrás, lleno de ecos. Esa noche, el cielo nocturno era vasto, frío y salvaje. Y en ese momento, los dos caminamos hacia la libertad.

Llegamos al rancho *Iron Creek* bajo un cielo que todavía estaba salpicado de estrellas, aunque la oscuridad ya no me resultaba amenazante. Había atravesado aquello que parecía una eternidad en el establo, pero ahora estaba de vuelta, y todo se veía distinto, cargado de esperanza.

Cuando bajé de la camioneta de Cole, mis piernas apenas respondían, pero el beso que me dio fue más fuerte que cualquier medicina. Lo sentí arder en cada fibra de mi ser: un ancla. Su mano temblaba, pero firme, y me sostuvo para mantenerme erguida.

Entonces, pasé bajo el porche principal y vi a Lila y Ethan. Ellos habían esperado cerca del granero, entre la verja de madera y el heno suelto, con las luces del rancho iluminando su preocupación.

Lila fue la primera en atravesar la distancia. Me abrazó con fuerza, como si en ese instante necesitara asegurarse de que era real. Sentí su cuerpo contra el mío, el ritmo de su pecho tranquilo y su olor dulce y seguro. Después apareció Ethan, y se unió al abrazo sin palabras, con los ojos brillando de alivio. Su presencia era una caricia.

Sentí que me deshacía en mil pedacitos de llanto contenido. No lo hice aún. Pero entonces Caroline llegó corriendo. Su llanto se rompió en un suspiro ahogado, y de pronto estaba también en ese abrazo. Y en medio de aquel cruce de brazos y temblores, Caroline habló entre lágrimas.

—Tenía tanto miedo...

Su voz fue un eco que me rompió por dentro, y me hundí en ese abrazo. Lloré entonces. Necesitaba llorar. Lloré por el miedo, por la furia, por el alivio, por volver a estar aquí, en casa.

Todo fue palabra sin palabras, miradas aferrándose, latidos que chocaban en un refugio común. Finalmente, Caroline me soltó suavemente, secó mi mejilla, me sostuvo el rostro en sus manos y, tras darme un beso en la frente, emprendió la caminata hacia la casa, mientras yo me resbalaba hacia atrás, dejando que Lila y Ethan me sostuvieran.

Subí los escalones hacia la casa con pasos torpes; sentía el peso del momento de saberme salvada. Caroline me hizo un gesto con la mano, como animándome a entrar, mientras Lila se deslizó a mi lado, en silencio.

Daniel y Gloria también estaban allí, sonriendo, pero con lágrimas en los ojos; me abrazaron y dijeron que se alegraban de tenerme de vuelta.

Subí las escaleras y entré a mi habitación, ese pequeño refugio en el que iba a pasar tres meses olvidando mi pasado, solo que este se negaba a dejarme libre y había vuelto por sorpresa y con malas intenciones. Me dirigí al baño, encendí la luz y, despacio, me quité la ropa pegada de sudor, suciedad y el horror que había vivido durante aquellas últimas noches por el capricho de dos hombres sin escrúpulos.

Cole abrió la puerta. No me sorprendió. Siempre estuvo ahí. Mi corazón dio un vuelco de alivio. Me sonrió con esa mirada cálida, protectora, y se detuvo en el marco de la puerta.

No dije nada. Él cerró la puerta con ligereza, cortando el ruido del pasillo.

—¿Quieres que te ayude? —me ofreció y asentí.

Él deslizó los botones de mi camisa con cuidado, como si cada gesto contara, y después me ayudó con los pantalones y la ropa interior. Luego se inclinó y abrió el grifo del agua. El vapor se elevó, envolviéndonos. Entré a la ducha mientras él sujetaba la toalla, saliendo un momento para traer jabón.

Dentro, el agua caliente fue una caricia sanadora. Lavé la tierra y el olor del miedo de mi piel, mientras mi mente giraba en torno al rescate.

Cuando salí, envuelta en la toalla, encontré a Cole esperándome. En sus manos llevaba otra toalla limpia. Sonreí y me envolvió. Me miró con una concentración que me estremeció.

—¿Cómo lo hicisteis? El rescate, quiero decir —le pregunté con voz suave, pero cargada de cansancio y alivio a partes iguales.

Sus ojos se encendieron con una mezcla de orgullo y gravedad.

—Encontramos un establo abandonado, pero no estabas allí cuando llegamos. Los muchachos vieron marcas, huellas que se alejaban, y al seguirlas nos llevaron al lugar en el que estabas —me contó—. Daniel, Logan y yo, reunimos a todos los hombres de ambos ranchos. Montamos guardia cerca del establo. Fue preciso, coordinado. Se confiaron, solo tenían un par de hombres vigilando por turnos. Pudimos sacarte antes, pero quería que ellos nos vieran, que me vieran a mí, que supieran que recuperaba lo que es mío. Quería cogerles por sorpresa como te cogieron a ti, y enfrentarme a ellos como es debido.

—¿Vas a llevarlos ante el sheriff? —pregunté, mientras me ayudaba a ponerme un pijama limpio.

—A su debido tiempo —contestó con seriedad.

—Cole… no hagas nada de lo que te arrepientas.

—No voy a hacer nada que no se merezcan.

—Te puedes meter en problemas, y no quiero eso.

—No te preocupes por mí, que no voy a meterme en problemas —me dio un beso en la frente y me abrazó, sentándose en su regazo.

Sentí otro temblor, esta vez de reconocimiento y amor tan profundo que me cortó el aliento.

—Sabes lo que significa que me hayas rescatado y que tengas a Darren Rourke, ¿verdad? —dije, apenas en un susurro— Su padre puede tomar represalias.

—Lo sé —me interrumpió—. Y estaremos listos para lo que sea.

Y me abrazó otra vez. En ese abrazo se cerraron líneas; el peligro latía afuera, pero dentro, el rancho, el amor, la familia, el corazón, eran más fuertes.

Nos quedamos allí, juntos, y me permití descansar por primera vez en días, sabiendo que la batalla no había terminado, pero que no la libraría sola.

Sabiendo que Cole me mantenía entre sus brazos, segura y protegida, y que cuando despertara la mañana siguiente, él seguiría a mi lado.

Capítulo 31



Cole

Desperté con el calor de la mañana entrando por la ventana, pero no fue la luz lo que me hizo abrir los ojos, sino el peso ligero de su cuerpo acurrucado contra el mío. Maddie dormía profundamente, la respiración tranquila, los labios entreabiertos y una mano sobre mi pecho como si supiera que era ahí donde pertenecía.

Me quedé observándola en silencio, memorizando cada línea de su rostro, cada pequeño detalle que hacía que el mundo entero se desvaneciera cuando la miraba. Su cabello caía sobre su mejilla como una cortina de seda dorada, y no pude resistir la necesidad de acariciarlo. Dejé que mis dedos se deslizaran con suavidad entre sus mechones, apartándolos para ver mejor su rostro.

Le acaricié la mejilla con el dorso de los dedos, con una ternura que jamás pensé que pudiera salir de mí. Me incliné despacio, respirando con calma, y deposité un beso leve en su frente.

Dios**...** Esta mujer me había cambiado.

Desde el momento en que la vi, supe que traía consigo algo más que belleza. Había fuego en su interior, una fortaleza que me desarmaba. Por ella, lo entendía ahora con más claridad que nunca, haría cualquier cosa. Lo

que fuera. No iba a permitir que volviera a sufrir. No mientras yo pudiera evitarlo.

Maddie se movió ligeramente, sus pestañas temblaron y, al cabo de unos segundos, sus ojos se abrieron. Me miró, primero con somnolencia y luego con una sonrisa suave, de esas que hacían que todo dentro de uno se aflojara, que hacían que uno se rindiera sin condiciones.

—Buenos días, preciosa —le dije, con mi voz más ronca de lo habitual—. ¿Cómo estás?

—Buenos días —susurró, y luego añadió—. Ahora... mucho mejor.

Se incorporó un poco, acurrucándose aún más contra mí. Yo la envolví con los brazos y la besé. Primero en la sien, después en la mejilla y finalmente en los labios. Ella respondió con lentitud, pero con una dulzura que me rompía en mil pedazos. Había tanta entrega en ella, tanta confianza, que casi dolía.

Sus manos subieron por mi pecho, acariciándome como si quisiera memorizar cada centímetro de mi piel. Me miró, con los ojos llenos de una ternura silenciosa, y luego su voz llegó a mí como un soplo cálido contra mi oído.

—Hazme el amor, Cole... —susurró.

Me detuve un segundo. Quería estar seguro de haberlo escuchado bien. La miré.

—¿Estás segura?

Ella asintió, mordiéndose el labio, y me besó con más decisión. No hubo más palabras. Solo el lenguaje de los cuerpos que se reconocían, que se buscaban, que se necesitaban.

Cuando sus labios se fundieron con los míos con esa mezcla de anhelo y vulnerabilidad, sentí que todo mi mundo se contraía hacia ese instante. El calor de su cuerpo, la suavidad de su piel contra la mía, la forma en que me miraba como si yo fuera su refugio… No había prisa. No podía haberla. Esto no era solo deseo, era algo más profundo. Algo que nos envolvía con la misma intensidad que la herida de haber estado a punto de perderla.

Deslicé mi mano por su costado, sintiendo su piel erizada bajo mis dedos. Maddie tembló levemente, no de frío, sino de anticipación. Sus labios se abrieron con un suspiro suave cuando mi boca se deslizó hacia su cuello, y mis besos descendieron lentamente, saboreando cada parte de ella como si fuera sagrada.

Ella arqueó la espalda cuando mi mano acarició la curva de su cadera, y mi otra mano se enredó en su cabello mientras nuestros cuerpos se buscaban con urgencia contenida. La ropa que nos separaba no tardó en desaparecer entre caricias y jadeos ahogados.

Me detuve un instante para mirarla.

—Eres tan hermosa... —murmuré, pasando los dedos por la línea de su clavícula, bajando hasta el centro de su pecho, donde su corazón latía como un tambor al unísono con el mío.

Maddie me atrajo hacia ella, con los labios entreabiertos y las mejillas sonrojadas por el deseo.

—Hazlo, Cole... quiero sentirte. Quiero... todo de ti.

No necesitaba más.

Me acomodé entre sus piernas y la sentí abrirse para mí, sus muslos envolviendo mi cintura, sus ojos clavados en los míos mientras me

deslizaba dentro de ella con una lentitud reverente. El primer contacto fue tan profundo que tuvimos que cerrar los ojos. No por vergüenza, sino porque la emoción de estar así, tan expuestos, tan desnudos, era abrumadora.

Me moví con lentitud en un vaivén suave, sintiendo cómo su cuerpo se adaptaba al mío, cómo sus gemidos eran mi guía, cómo sus uñas marcaban mi espalda con dulzura y fuerza. Maddie me acariciaba el rostro, bajaba a mi cuello, me besaba los labios como si no pudiera tener suficiente. La amé con paciencia, con cuidado, pero también con hambre.

Sus piernas me apretaron más fuerte, buscando más contacto, más profundidad. Yo obedecí, empujando con más firmeza, más ritmo. Ella se arqueaba, se ofrecía sin reservas, sus labios buscando los míos una y otra vez, hasta que nuestros cuerpos se volvieron un solo lenguaje, una sola súplica compartida.

Cuando la sentí temblar bajo mi cuerpo, cuando su voz se rompió en un gemido largo y tembloroso, supe que se rendía por completo. Y yo fui con ella, entregado a esa pasión que nos consumía, derramándome en su interior con un suspiro de alivio y amor.

Permanecimos así, unidos, con nuestros cuerpos sudorosos, las respiraciones entrecortadas y los corazones desbocados. Ella escondió su rostro en mi cuello, y yo la abracé como si pudiera fundirla en mi piel. Nadie en el mundo me había hecho sentir así. Nadie había logrado que el sexo se sintiera como un acto tan puro.

Después de un largo silencio, Maddie me acarició el pecho con lentitud.

—No sabía que podía sentirme tan... viva —dijo en un leve susurro.

Le besé la frente, luego la nariz y por último los labios otra vez.

—Yo tampoco —le respondí—. Pero contigo, todo es diferente.

Nos quedamos en silencio, entrelazados, sin necesidad de palabras. Y cuando el calor del cuarto se volvió pegajoso, Maddie me miró y sonrió.

—Ven... vamos a la ducha —dijo, y se levantó entrelazando nuestras manos, llevándome con ella.

La ducha se convirtió en un oasis. El agua caliente caía sobre nuestros cuerpos entrelazados como una bendición, arrastrando el sudor, la tensión… y los restos del miedo.

Maddie se dejó empapar, con los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia atrás. No podía dejar de mirarla. El agua recorría su piel como si la acariciara en mi lugar, y la curva de su cuello, el perfil de sus labios, su respiración tranquila… todo en ella me parecía irreal. Como si la vida me hubiera dado una segunda oportunidad y no pensara permitir que se me escapara.

Me acerqué por detrás y la rodeé con los brazos, dejando que apoyara la espalda en mi pecho. Sentí su suspiro cuando le besé el hombro. Mis labios descendieron hacia su brazo, luego hacia su muñeca y ahí me detuve.

Las marcas aún estaban ahí. Leves, rojizas, pero imborrables en mi memoria.

Le cogí suavemente la muñeca y la giré para besar cada centímetro. Una, dos, tres veces. Maddie no dijo nada, pero su cuerpo tembló levemente junto al mío. Le besé la otra también, sin dejar de abrazarla, de dejarle claro que jamás permitiría que volvieran a hacerle daño.

—Eres fuerte, Maddie —susurré, apoyando mi frente en su hombro—. Pero no tienes que serlo sola nunca más. Estoy aquí. Para ti. Siempre.

Ella se giró, mojada, hermosa, viva. Me sostuvo el rostro entre las manos y me besó. Lenta y profundamente, con una ternura que me desarmó.

—Y yo estoy aquí para ti, Cole. Siempre.

La besé de vuelta, y esta vez no hubo urgencia. Solo un deseo pausado, una necesidad de volver a sentirnos, de seguir explorándonos. En la intimidad del agua, con el vapor envolviéndonos como un velo, la volví a acariciar, a besar el cuello, el pecho, el vientre. Ella se aferró a mis hombros mientras la hacía mía otra vez, esta vez contra los azulejos calientes, con los cuerpos mojados y la respiración desbocada.

Fue más salvaje, pero no menos íntimo. Fue real. Fue nuestro.

Y cuando terminamos, riendo entre besos y caricias, supimos que algo había cambiado. Que ya no había vuelta atrás.

Bajamos de la habitación cogidos de la mano, con el cabello aún húmedo y las sonrisas en el rostro como si no pudiéramos ocultar lo que habíamos vivido. Y probablemente no podíamos.

La cocina olía a café recién hecho y pan tostado. Y entonces los vimos.

Ethan y Lila, los sobrinos de Maddie, corrieron hacia ella con una alegría que me hizo sonreír por dentro. Maddie se agachó para abrazarlos, y sus ojos se llenaron de lágrimas cuando la rodearon con los brazos.

—¡Tía Maddie! —gritaron los dos— ¡Estás bien!

—Sí, mis amores… estoy bien —respondió ella, acariciándoles el cabello y besándolos con todo el amor del mundo.

Yo me acerqué, agachándome también, y Lila me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Tú la salvaste?

—Hice lo que cualquiera haría —dije, sonriendo.

—No, cualquiera no —dijo Ethan con la seriedad de un adulto en miniatura—. Gracias, Cole.

Los abracé a los dos y luego me incorporé.

Caroline y Daniel estaban cerca, sonriendo también, visiblemente aliviados. Gloria, la mujer que ayudaba en la cocina, nos miró con una ternura maternal.

Y ahí estaba él, apoyado en el marco de la puerta con una taza de café en la mano. Logan. Mi hermano. Sonriente. Feliz de vernos. De verla.

Se acercó y abrazó a Maddie con fuerza.

—Me alegra tanto verte bien, Maddie —dijo—. Nos tenías a todos con el alma en vilo.

Ella sonrió, con un poco de timidez, y luego me cogió de la mano.

—Gracias por todo, Logan —le dijo.

Desayunamos juntos en una mesa cargada de comida casera. Tortitas, huevos, bacon, pan de maíz. Como un desayuno de domingo, aunque fuera miércoles. Porque después de lo que habíamos vivido, todo se sentía como una celebración.

Pero mi mente no podía olvidar a Travis y Darren. Y había llegado el momento de actuar.

Después del desayuno, Logan y yo cabalgamos hacia la zona del arroyo donde el pequeño granero servía como almacén de herramientas… y ahora como celda improvisada.

Duke nos saludó con un gesto de cabeza desde la entrada. Dentro, sentados en el suelo con las muñecas atadas, estaban Travis y Darren. Justo como habían dejado a Maddie.

No pude evitar apretar los puños.

Entré con paso firme. Logan me seguía, con el móvil en la mano. Sabíamos que necesitábamos pruebas sólidas.

—¿Por qué os la llevasteis? —pregunté con voz dura, mirando directamente a Travis.

Él levantó la cabeza con ojos llenos de rabia.

—Porque es mía —escupió—. No iba a permitir que un cabrón como tú, se metiera entre nosotros.

—No era tuya. Nunca lo fue —dije—. Y tú lo sabías.

Darren resopló.

—Ya sabes por qué lo hice yo —dijo, resignado—. Por las tierras. Las de tu padre. Las que les quitaron a los Rourke. Quería recuperarlas… a cualquier precio.

Logan se acercó más con el móvil en la mano, grabando todo.

—Sigue hablando —dijo.

Darren tragó saliva.

—Yo organicé los ataques al rancho de *Iron Creek*… el incendio, las trampas para el ganado, las amenazas. Travis lo sabía. Él… él solo quería llevársela a ella. Lo de Maddie fue personal. Lo mío… fue por venganza.

Grabado. Eso bastaba.

—Se acabó —les dije, dándome la vuelta—. Vais a pagar por todo.

Logan y yo fuimos al pueblo y buscamos al sheriff Harlan. Le enseñamos el vídeo, y escuchó todo en silencio, con los labios apretados.

—¿Dónde están? —preguntó finalmente.

—En el granero del arroyo. Uno de nuestros muchachos los está vigilando.

Harlan se levantó de su escritorio.

—Llevaré dos patrullas. Se hará justicia. Lo prometo.

Nos dimos la mano y con eso, supe que ese capítulo de oscuridad se estaba cerrando.

Cuando volvimos al rancho, la casa estaba llena de voces alegres. Maddie hablaba con mi madre y con Jessie y Emily. Cuando entré, vi que mi madre miraba a Maddie como si ya fuera parte de la familia.

Me acerqué a Maddie y la besé con una ternura que no podía esconder.

—¿Cómo ha ido? —preguntó mi madre.

—Van a detener a Travis y a Darren. Lo confesaron todo —dije—. El hijo de los Rourke va a pasar una buena temporada entre rejas.

Todos suspiraron aliviados.

Mientras comíamos, con la conversación fluyendo como si el miedo jamás hubiera existido, llegó Calvin Rourke, el padre de Darren. Su rostro era serio, envejecido por el peso de la vergüenza sumada a los años.

—Sé lo que ha hecho mi hijo —dijo—. No voy a justificarlo. Desde este momento, se acabaron las peleas. Solo quiero vivir en paz los años que me quedan. Cuando llegue el momento, uno de mis muchachos tomará el mando del rancho, pero pueden estar tranquilos, no habrá más ataques.

Silencio.

Me puse en pie y como cabeza de familia que era desde que murió mi padre y me pasó el testigo del rancho, le estreché la mano a Calvin Rourke para acordar así que, desde ese momento, nuestras familias estaban en paz.

Y luego, cuando se marchó, Logan rompió la tensión con una sonrisa.

—Esto hay que celebrarlo.

—Podemos hacer una gran barbacoa mañana en el rancho —dijo mi madre, emocionada—. Con todos los muchachos, y los del rancho de los McCoy —sonrió mirando a Maddie—. Jessie, Emily, invitad también a Hailey.

—Va a ser una gran fiesta, no me cabe duda —dijo Emily, con una carcajada.

Todos reímos. Maddie me miró, y yo la miré de vuelta. Pensé en el miedo. En el dolor. En la posibilidad real de haberla perdido. No podía permitir que eso volviera a pasar. Nunca.

Capítulo 32



Maddie

El cielo estaba teñido de naranja y violeta cuando llegamos al claro frente al granero. Las luces colgantes danzaban con la brisa tibia del atardecer, colgadas entre los árboles y los postes de madera.

Habían preparado mesas largas cubiertas con manteles de cuadros, cestas llenas de pan de maíz, bandejas humeantes con costillas, alitas, carne asada, verduras, y una mesa entera dedicada solo a postres: tartas de manzana, brownies, galletas de chocolate y pastel de nuez. El aire olía a carne a la parrilla, a humo, a cerveza fría y a libertad.

Estaba en casa.

Daniel y Caroline llegaron temprano con Ethan y Lila, que ya corrían entre las patas de los caballos como si todo el rancho fuera su patio de juegos. Gloria, con su delantal de flores, supervisaba los platos mientras servía limonada a los que no tomaban alcohol, y guiaba con autoridad maternal a los chicos de ambos ranchos.

Y luego estaban ellos, los hombres que hacían que el rancho de Daniel y el de Cole funcionaran como dos pulmones respirando al unísono.

Ray estaba sentado junto a una fogata portátil con un vaso de whisky, mirando todo con ojos de halcón. Serio como siempre, pero atento a los niños como si fueran suyos.

Mike hablaba con pasión sobre las nuevas vacas, describiendo con más detalle de lo necesario las virtudes de una novilla color canela.

TJ ya tenía una guitarra en la mano y canturreaba entre mordiscos a un ala de pollo, saludando a todos con esa energía suya tan contagiosa.

Nate, por supuesto, ya estaba coqueteando con cualquiera que se le cruzara, lanzando sonrisas con ese carisma suyo irresistible, aunque no perdía de vista a Trey del otro rancho.

Jonas estaba apartado, en silencio, observando. Con los ojos llenos de historias que aún no contaba.

Big Will tenía un grupo de niños a su alrededor, entregándoles dulces de los bolsillos como un Papá Noel fuera de temporada.

Derek reía de algo que probablemente no era tan gracioso, con una cerveza en la mano y los ojos brillantes de diversión.

Eli ayudaba a su madre, Gloria, incansable, cortando carne y sonriendo cada vez que alguien le agradecía.

Chris imitaba la voz de John Wayne, mientras se servía más costillas.

Y Tyler arreglaba una lámpara colgante que se había soltado, con herramientas que parecía llevar siempre encima como un vaquero moderno.

Beau estaba cerca de los caballos, acariciándolos con esa serenidad suya de ex jinete de rodeo.

Austin tenía un libro abierto en una mano mientras charlaba con Maggie sobre poesía del Oeste.

Jesse hablaba con voz baja, pero cálida, y Logan no se separaba demasiado de su lado. Noté cómo se miraban. Se gustaban, claramente.

Trey ya había empezado a picarse con Nate, desafiándolo a ver quién era más rápido con la cuerda. El aire entre ellos chispeaba, pero de forma divertida.

Shawn mostraba videos de su *TikTok* secreto a TJ, riéndose como un niño travieso.

Mason Fox coqueteaba con dos chicas al mismo tiempo, como si el mundo fuera un campo de juego.

Clint vigilaba los alrededores como un guardaespaldas invisible. No dejaba que nada se le escapara.

Zeke estaba con los caballos, igual que Beau, completamente concentrado.

Ryan, torpe como siempre, había derramado limonada sobre la mesa de postres, y ahora Gloria le daba un regaño maternal mientras él se disculpaba con la cabeza gacha.

Bobby Steele no estaba. Y todos lo sabíamos. Su ausencia era un silencio más entre los sonidos alegres, pero ninguno dijo nada. Estaba detenido por cooperar con Darren Rourke. Lo merecía.

Duke, Travis, Boone y Levi también estaban ahí. Los cuatro se habían ganado el respeto de todos desde que comenzaron a reforzar la seguridad y ayudar en mi rescate. Se notaba en la forma en que hablaban con los muchachos de ambos ranchos, como si ya fueran parte de la familia.

Duke no dejaba de mirar a Hailey. Y ella, tan reservada, no se apartaba mucho de su lado. Emily se reía con Levi, y él la miraba como si cada sonrisa suya fuera una promesa.

Yo me senté junto a Cole, que sostenía una cerveza fría y me acariciaba la pierna con los dedos bajo la mesa. Logan estaba del otro lado, charlando con Jessie, y Maggie no paraba de ir y venir con platos y risas, disfrutando de tener a toda esa gente en su casa, en su vida.

—Esto es como una película del Oeste feliz —dijo Caroline, levantando su copa.

—Una película de las buenas —respondió Daniel—. Sin malos al final.

En algún momento de la noche, alguien, probablemente Trey o Nate, gritó:

—Qué tal un rodeo aquí mismo, ¿eh? ¡Vamos a ver quién es el mejor vaquero!

—¡Ni hablar! —gritó Jessie— ¡No quiero ver a ninguno romperse una pierna esta noche!

—¡Ni un hueso más partido este verano! —añadió Emily.

Todas las mujeres protestamos entre risas, pero la presión fue tanta, y el tequila ayudó, que terminamos cediendo.

Los hombres corrieron a ensillar los caballos mientras el resto armaba un pequeño corral con vallas móviles y barriles. Se convirtió en una competencia amistosa de lazadas, velocidad y acrobacias. Todos aplaudían, reían, gritaban. Incluso los niños hacían de jueces, dándoles puntuaciones con carteles improvisados.

Fue uno de esos momentos que se quedaban atrapados en la memoria. Como una foto que respiraba.

Yo aplaudía desde la valla, riendo a carcajadas mientras Cole, sin camisa, galopaba como si naciera en el lomo del caballo. Me guiñó un ojo desde la pista y mi estómago dio un vuelco. Mi cowboy.

Y entonces, cuando todo brillaba como una postal de verano, mi cuerpo me traicionó.

Un mareo. Luego otro. El estómago se me revolvió de forma repentina. Tragué saliva, intenté sonreír, pero supe que necesitaba alejarme antes de vomitar frente a todos.

—Voy un momento a la casa —le susurré a Cole, rozándole el brazo.

—¿Estás bien? —me preguntó de inmediato, frunciendo el ceño.

—Sí, sí... solo necesito ir al baño.

No quise preocuparlo. Caminé lo más rápido que pude hacia la casa, subí las escaleras, crucé el pasillo y entré al baño justo a tiempo. Me incliné sobre el inodoro y vomité, el cuerpo sacudiéndose sin control. Me sujeté al borde, jadeando, con lágrimas en los ojos.

Y entonces, escuché su voz detrás de mí.

—Maddie…

Me giré un poco y lo vi en la puerta, preocupado.

—Estoy bien —dije—. Lo juro. Solo… creo que voy a dejar las cervezas. Seguro que me están sentando fatal.

Cole cruzó el baño en dos pasos, se arrodilló a mi lado y me rodeó con los brazos. Me sostuvo con ternura y me acarició la espalda.

—Si quieres, damos por terminada la fiesta. Nos vamos a la cama y descansas…

—No —susurré—. Quiero seguir celebrando. No todos los días se acaba una guerra, Cole. Estoy bien. Solo... abrázame un poco más.

Y me besó. Con tanta ternura que me derretí.

Pero no fue solo ternura lo que nos envolvió. Fue deseo. Calor. El tipo de necesidad que nacía después de haber estado al borde del abismo. Lo miré, y él entendió.

Allí mismo, en el baño, el deseo nos envolvió como una tormenta.

La cerámica del suelo estaba fría bajo mis rodillas, en contraste con el calor que subía por mi cuerpo desde el momento en que Cole me rodeó con los brazos. Su pecho era firme contra mi espalda, y sus manos recorrían mi cintura con una delicadeza reverente, como si mi piel fuera una promesa.

Me giré hacia él, aún sentada en el suelo, y nuestras miradas se encontraron. Mis ojos aún estaban húmedos por el mal rato, pero los suyos no mostraban ni un ápice de disgusto. Solo preocupación, amor y deseo.

—Estás preciosa —murmuró, con una voz grave que me encendió por dentro—. Incluso así… tan jodidamente preciosa.

No respondí con palabras. Solo lo besé. Con hambre. Con necesidad. Lo atraje hacia mí y él me sostuvo como si pudiera romperme, pero yo no quería suavidad. No ahora. Quería sentirlo. Quería que su cuerpo me

recordara que estaba viva. Que había sobrevivido. Que estaba a salvo. Con él.

Mis manos bajaron por su camisa abierta y la empujé hacia fuera de sus hombros, dejándola caer al suelo. Su piel estaba caliente al tacto, tensa y suave. Lo besé en el cuello, en la clavícula, mientras él me levantaba en brazos con una facilidad que me hizo jadear.

Me sentó sobre el mueble del lavabo, con la espalda contra el espejo empañado, y se colocó entre mis piernas. Sentí el mármol frío en los muslos desnudos mientras su boca se perdía en la curva de mi cuello y su mano subía por debajo de la blusa que llevaba. Sus dedos encontraron mi pecho, ya desnudo bajo la tela, y lo acarició con tanta precisión que tuve que sujetarme a sus hombros para no caerme del placer.

Mis piernas se enroscaron alrededor de su cintura, atrayéndolo más cerca. Quería sentirlo todo. Su cuerpo, su deseo, su fuego.

—Te necesito —susurré, jadeante—. Ahora, Cole.

Él gruñó, una vibración profunda que me estremeció. Sus manos se deslizaron por mis caderas y quitaron mi ropa interior con un tirón suave pero decidido. Yo hice lo mismo con su cinturón, con torpeza, con urgencia. La cremallera bajó con un sonido que me erizó la piel. Estaba duro, palpitante, esperando. Por mí.

Me sostuvo la cadera con una mano mientras con la otra guiaba su entrada. Y cuando finalmente se deslizó dentro de mí, lo hicimos sin palabras, con un gemido compartido que se ahogó en un beso desesperado.

Era diferente esta vez. No era suave ni lento. Era hambre. Era posesión. Su cuerpo empujaba contra el mío con un ritmo firme, profundo, casi brutal en su necesidad, y yo lo recibía todo, con las uñas clavadas en su espalda, los labios mordidos, los muslos tensos alrededor de su cintura.

El lavabo crujía levemente con cada embestida, el espejo empañado vibraba y el cuarto de baño se llenó del sonido de nuestros cuerpos, de nuestros jadeos, del olor a sexo y deseo desenfrenado.

Mi espalda golpeaba contra el espejo, pero no me importaba. Nada existía fuera de nosotros dos.

Su boca bajó a mis pechos, los besó, los lamió, los mordisqueó con adoración. Yo estaba perdida. Entregada. Cada movimiento suyo me acercaba más al borde.

Y cuando su pulgar encontró mi clítoris y empezó a acariciarlo con suaves círculos mientras seguía dentro de mí, sentí cómo todo mi cuerpo se tensaba.

—Cole… Cole… no pares… —jadeé.

Él no dijo nada, solo aceleró el ritmo, cada embestida más profunda, más precisa, más cargada de pasión y necesidad.

Y entonces me deshice.

El orgasmo me recorrió como una ola furiosa. Grité su nombre, me arqueé contra él, lo abracé con fuerza mientras las piernas me temblaban. Él siguió unos segundos más, hasta que, con un gruñido ahogado, se corrió también, temblando, aferrado a mi cuerpo como si yo fuera su salvación.

Nos quedamos así, jadeando, sudorosos, con las frentes apoyadas y los corazones desbocados. Mis piernas aún lo envolvían mientras sus manos me acariciaban la espalda, tiernas, agradecidas.

—Dios… —murmuró contra mi cuello— No sabía que podías volverte aún más perfecta.

—Tú me haces así —respondí, besándole la mejilla—. Y me encantas cuando pierdes el control.

Él rio suavemente y me ayudó a bajarme del lavabo. Me limpió con cuidado, casi con ternura reverencial, y luego se arregló la ropa. Yo hice lo mismo, aun con las piernas temblando.

—¿Segura de que quieres volver a la fiesta? —me preguntó, pasándome los dedos por el cabello húmedo de sudor.

—Absolutamente. Esta noche merece ser celebrada hasta el amanecer.

Capítulo 33



Maddie

Cuando volvimos a la fiesta, las luces colgantes titilaban como luciérnagas encantadas sobre nuestras cabezas. La música flotaba en el aire con acordes suaves de guitarra y armónica, y el sonido de la risa llenaba todos los rincones del rancho.

Nadie pareció notar que nos habíamos ido. O quizás sí, pero a nadie le importó. En una noche como esa, con el cielo despejado y las estrellas cubriendo la pradera como un manto de promesas, todo lo que importaba era estar juntos.

Cole entrelazó su mano con la mía, y cuando me miró, supe que sentía lo mismo que yo: esa calidez en el pecho, ese deseo de no irse nunca. Su pulgar rozó el dorso de mi mano con ternura. Aún podía sentirlo en mi cuerpo, como una nota persistente después de una canción.

Nos acercamos al grupo junto a la fogata.

TJ cantaba acompañado por Jesse y Austin, que tocaban sus guitarras. Nate, cómo no, había sacado una armónica del bolsillo y le arrancaba melodías mientras los demás lo animaban con silbidos y aplausos. Ethan y Lila daban vueltas bailando con Gloria, que reía con esa risa contagiosa suya mientras hacía girar a los niños de las manos.

Daniel y Caroline estaban abrazados, con una copa de vino en la mano cada uno, viéndolo todo con una expresión que solo los padres felices podían tener. Maggie, con las mejillas encendidas por la emoción y el calor del fuego, estaba sentada entre Emily y Hailey. Las tres aplaudían al ritmo de la música mientras Levi tocaba el cajón y Duke improvisaba unos pasos de baile que hacían reír hasta a los caballos.

—¿Bailamos? —me preguntó Cole al oído, con esa voz grave que siempre me hacía estremecer.

Asentí sin decir palabra.

Él me llevó hasta el centro del círculo, donde el fuego iluminaba el suelo de tierra y la música envolvía todo como una manta invisible. Me rodeó por la cintura, yo le rodeé el cuello y nos movimos despacio, como si el mundo no tuviera prisa. Como si esa canción hubiera sido escrita para nosotros.

—¿Estás bien? —me preguntó, bajando la voz para que solo yo lo oyera.

—Ahora más que nunca —respondí, sonriendo—. No me imaginaba que esto existía. Esta calma. Esta felicidad.

Él apoyó su frente en la mía.

—Te mereces todo eso y más. Y si tengo que mover montañas para que lo tengas, lo haré.

Me mordí el labio, conmovida. No dije nada. No hacía falta. Todo lo que quería estaba ahí, en ese instante. En él.

Seguimos bailando, rodeados de amigos, de familia, de nuevas conexiones que empezaban a tejerse esa misma noche.

Vi a Logan bailar con Jessie, y ambos reían como adolescentes. Él la miraba como si acabara de descubrir el sol por primera vez. Y ella lo miraba con esa mezcla de curiosidad y dulzura que te atrapaba sin remedio.

Duke tenía a Hailey entre sus brazos, con más respeto que atrevimiento. Y, aun así, el modo en que la sostenía... Era evidente que la cuidaba. Que quería hacerlo.

Levi bailaba con Emily, haciéndola reír con sus pasos exagerados, y ella le seguía el juego sin dejar de sonreír. Había algo inocente en ellos, pero también algo intenso que no necesitaba explicarse.

Los trabajadores de ambos ranchos se turnaban para bailar con todas las mujeres; Gloria y Maggie eran las que más lo disfrutaban, pues decían que hacía mucho que un hombre no las agarraba de ese modo, y todos lo hacían con respeto, con bromas, con risas. Un ambiente de hermandad que no podía fingirse. Era real, y era puro.

Había guitarras, risas, abrazos. Había música country con letra improvisada por TJ, que hablaba sobre vacas tercas, whisky barato y chicas de sonrisa dulce. Y había paz.

Me aferré a Cole un poco más fuerte mientras bailábamos.

—No quiero que este verano termine —dije en voz baja, como un secreto que solo él podía oír.

Él me besó la frente, un beso suave, como si el tiempo pudiera detenerse ahí.

—Entonces no tiene por qué hacerlo —susurró—. Podemos quedarnos en este verano el tiempo que quieras.

Lo miré, y en sus ojos encontré algo que no esperaba: certeza. Esa certeza que solo se tenía cuando ya no había dudas de a dónde pertenecías.

Y en ese momento lo supe. Supe que el rancho, el polvo en las botas, las tardes junto a los caballos, las noches bajo las estrellas, la risa de Ethan y Lila corriendo por la hierba, el aroma del pan de maíz y el sonido de las guitarras…

Todo eso era mío ahora. Y yo era de ellos.

Cuando las guitarras se callaron y los últimos fuegos se apagaron, el rancho quedó sumido en una quietud cálida. Los niños dormían, agotados de tanto correr y reír. Los adultos se despedían entre abrazos lentos, arrastrando las palabras, como si no quisieran que la noche terminara del todo. Se oían las últimas carcajadas, las pisadas suaves sobre la tierra, el tintinear de alguna botella vacía en una mesa lejana.

Cole me cogió de la mano y me guio hacia el porche de la casa.

Subimos los tres escalones sin decir nada. Yo aún tenía los pies descalzos, sentía la madera tibia bajo las plantas, y el cuerpo me pesaba con ese cansancio dulce que solo llegaba después de un día perfecto.

Nos sentamos en el banco de madera junto a la pared. Cole apoyó el sombrero sobre sus rodillas, se inclinó hacia atrás y lanzó un suspiro largo, satisfecho.

—No sé qué me gusta más —dijo—, si el silencio después de una noche así o los recuerdos que quedan flotando en el aire.

Yo lo miré con una sonrisa suave. Tenía la camisa desabotonada a medio pecho, el pelo algo revuelto y los ojos brillándole con esa paz que rara vez le veía. Me apoyé en su hombro y él rodeó mi espalda con su brazo.

—¿Sabes qué pensé esta noche? —murmuré.

—¿Qué?

—Que este lugar ya no se siente como algo ajeno. Es mi casa ahora. Aunque aún no lo entienda del todo, aunque no lo haya elegido desde el principio… es mío. Porque estás tú. Porque están todos ellos. Porque aquí me siento parte de algo.

Cole giró la cabeza para mirarme. Me sostuvo la barbilla con dos dedos y acercó sus labios a los míos. Me besó sin prisa, sin intensidad. Un beso lleno de ternura, de calma, de "te escucho".

—Es tu casa, Maddie. Y lo será siempre —me susurró—. Nadie va a quitarte eso. Nunca más.

El silencio se instaló entre nosotros, pero era un silencio cómodo. Uno que decía más que cualquier palabra.

El cielo sobre nosotros era una cúpula negra salpicada de estrellas. El canto de los grillos llenaba el aire. De vez en cuando, algún caballo resoplaba en la lejanía. Todo era vida. Tranquila, persistente y, sobre todo, real.

Me estiré y puse los pies sobre la barandilla del porche. Cole me imitó.

—¿Qué crees que pasará después de todo esto? —le pregunté— ¿Después del verano, de Travis, de los ataques, de… la guerra?

Cole se quedó pensativo un momento.

—Supongo que… viene la vida. El trabajo diario, las pequeñas cosas. Las decisiones que se toman en la calma. Y ahí es cuando hay que saber lo que uno quiere. Porque ya no hay ruido. Solo verdad.

—¿Y tú sabes lo que quieres?

Me miró y sonrió. Una de esas sonrisas lentas que se clavaban como una promesa.

—Sí. Lo sé desde el momento en que te vi dormida en mi cama aquella mañana.

Tragué saliva. Me estremecí un poco, no de frío, sino de emoción. Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos.

Nos quedamos así un buen rato. Sin prisas. Con el corazón tranquilo, el cuerpo aún tocado por la pasión de antes y la certeza silenciosa de que algo más se estaba gestando entre nosotros. Algo más profundo que el deseo o el amor: pertenencia. Futuro.

Cuando el sueño me empezó a ganar, me levanté y le tendí la mano.

—Vamos a la cama, vaquero. Mañana el rancho no se va a manejar solo.

Él sonrió y se levantó sin soltarme la mano, y mientras entrábamos en la casa, me dio un suave tirón hacia él, atrapándome entre sus brazos.

—No quiero que te acostumbres a esto —dijo.

—¿A qué?

—A dormir sola.

Le sonreí.

—Tranquilo. No pienso hacerlo.

Y nos fuimos juntos al cuarto, con las luces apagadas detrás, con la noche guardando nuestros pasos y el verano palpitando a nuestro alrededor, como una promesa que todavía tenía mucho que ofrecer.

Capítulo 34



Cole

El olor a heno, cuero y tierra húmeda era todo lo que necesitaba para empezar el día.

Estaba en el establo desde poco después del amanecer, cepillando a Willow, una de nuestras yeguas más dóciles, embarazada de casi nueve meses. Su panza redonda se movía levemente bajo mis manos, y cada cierto tiempo dejaba escapar un suspiro que me hacía sonreír sin querer. A su lado, Luna y Maybell, también preñadas, mordisqueaban con desgano sus cubos de avena.

El aire era fresco todavía, pero el sol ya asomaba por el horizonte con esa claridad que solo tenía en agosto. Sabía lo que significaba: el verano se estaba acabando.

Me quedé unos segundos en silencio, con la frente apoyada en el cuello de Willow, acariciándola despacio. Sentí el calor de su piel, el latido tranquilo de su respiración y no pude evitar que mi mente volara hacia ella. Maddie.

Llevaba días fingiendo que no pensaba en eso, pero era mentira. La verdad era que, desde la barbacoa, desde aquella noche bajo las estrellas, no dejaba de contar mentalmente los días que le quedaban aquí. En este mundo. En mi mundo**.**

Ella no me lo había dicho directamente, pero lo sabía. Pronto volvería a Manhattan, a su apartamento, a su trabajo, a los semáforos y al ruido. Y yo me quedaría aquí, en este rancho que se sentía cada vez más vacío cuando no la tenía cerca.

Y el problema no era que se fuera. El problema era que, si se iba, yo no estaba seguro de poder dejarla ir.

Después de cuidar a las yeguas, fui hacia los corrales de las vacas. Varias habían parido hacía apenas unas semanas. Había terneritos por todas partes, tambaleándose sobre patas delgadas, buscando la leche de sus madres. Una imagen que siempre me emocionaba, incluso después de tantos años. Vida nueva. Futuro. Continuidad.

¿Y si…? No. Me detuve. No podía pensar en eso. No podía imaginar que alguna vez tendría eso con Maddie. No, si ella se iba.

Me agaché para recoger un poco de alfalfa caída, cuando escuché unos pasos apresurados detrás de mí. Me giré justo a tiempo para ver a Logan cruzar la entrada del corral a toda velocidad, con la cara desencajada.

—¡Cole! —gritó, y mi corazón dio un vuelco.

—¿Qué pasa?

—Es Maddie —dijo, sin aire—. Me ha llamado Daniel. Estaba en el establo y… se desmayó. El doctor Ferguson ya va de camino a *Twin Oaks*.

No pensé. No hablé. No sentí. Solo corrí.

Solté el cubo de comida, dejé la puerta del corral abierta y crucé el rancho en dirección a la camioneta.

Subí al asiento del conductor y arranqué antes de cerrar la puerta del todo. La tierra se levantó en una nube tras las ruedas. El motor rugía, pero yo no oía nada más que el latido en mis oídos.

Maddie. Desmayada. No. No podía ser. No después de todo lo que habíamos superado.

Tardé menos de diez minutos en llegar a *Twin Oaks*, pero fueron los diez minutos más largos de mi vida.

Cuando detuve la camioneta frente a la casa principal, Caroline ya estaba en la entrada. Su expresión me bastó para saber que las cosas no eran tan graves como mi mente había imaginado, pero no era suficiente.

—¿Dónde está? —pregunté, antes de bajar por completo.

—Arriba, en su habitación —dijo, con los ojos preocupados—. El doctor está con ella. Fue TJ quien la encontró. Estaba sola en el establo, y se desmayó. La trajo corriendo hasta aquí.

—¿Está consciente?

Caroline asintió, pero no hablaba. Y entonces los vi. Ethan y Lila estaban sentados en las escaleras, con la cara pálida y los ojos llenos de lágrimas. Ethan se levantó, con voz temblorosa.

—¿Mi tía Maddie… va a morir?

Sentí que algo se me rompía en el pecho. Me arrodillé delante de ellos y puse una mano en cada una de sus rodillas.

—No, campeón. Ni lo pienses. Tu tía es fuerte. Va a estar bien, ¿me oyes?

Lila se lanzó a los brazos de su madre, y Caroline la abrazó con fuerza.

Pero en mi mente, todo se oscureció. Porque si algo llegaba a pasarle a Maddie… si esa mujer… mi mujer… moría, yo haría un pacto con el Diablo si fuera necesario. Le daría mi vida, mi alma, lo que pidiera, pero ella no. Ella no.

Cuando el doctor Ferguson bajó las escaleras, lo hizo con una calma medida. Sonreía levemente, con ese aire de médico que sabía cómo no asustar.

—¿Cómo está? —preguntó Caroline de inmediato.

Él asintió con suavidad.

—Bien. Fue un desvanecimiento, nada grave dadas las circunstancias.

Yo fruncí el ceño, acercándome un paso.

—¿Qué circunstancias?

El doctor me miró y ladeó la cabeza.

—Será mejor que subas y que te lo cuente ella.

Sin perder un segundo, subí de dos en dos los escalones de la casa, con el corazón golpeando fuerte contra mi pecho. La puerta de la habitación estaba entreabierta. Entré.

Y ahí estaba Maddie. En la cama, con los ojos llenos de lágrimas. Me acerqué de inmediato, sin pensarlo. Me senté a su lado y la rodeé con los brazos.

—Shhh… Estoy aquí —le susurré contra el cabello—. No te preocupes. Vamos a ir a los mejores médicos, a donde haga falta. No voy a dejar que te pase nada, ¿me oyes?

Ella levantó la cara hacia mí. Tenía las mejillas húmedas y los ojos rojos.

—Estoy embarazada, Cole —dijo, con la voz rota—. Lo siento. Yo no quería… atarte a mí así.

Mi mundo se detuvo. Literalmente. Me quedé mirándola, sin respirar, sintiendo cómo las lágrimas subían a mis ojos sin poder detenerlas.
Un hijo. Un hijo nuestro.

—Maddie… —susurré, tocándole la mejilla— No tienes idea de lo que acabas de darme. No digas que lo sientes. Es lo mejor que podía pasarme.

Me incliné y la besé. Con ternura. Con devoción. Con esa mezcla de alivio y amor que solo se sentía una vez en la vida.
Cuando me separé, la miré fijamente.

—Te amo, Maddie. Te amo como nunca pensé que se podía amar a alguien. Y ahora sí que no te dejo volver a Manhattan. Pero si es lo que tú quieres… entonces me voy contigo. Dejo a Logan a cargo del rancho y me voy contigo, adónde sea.

Ella negó con la cabeza, mordiéndose el labio.

—No puedes dejar el rancho, Cole. Es tu vida. Tu legado.

Yo llevé mi mano hasta su vientre, posándola con cuidado, con respeto.

—Este es mi legado ahora. Lo que estamos creando. Nuestra familia.

Maddie rompió a llorar otra vez, pero ya no de miedo. Era otra cosa. Era emoción. Amor.

—No quiero irme —dijo en voz baja—. No veo un lugar mejor que este… estos ranchos y esta tierra para criar a nuestro hijo. Quiero que crezca con sus primos, con sus tíos, con caballos y tardes de verano.

Yo la abracé, con una sonrisa que no me cabía en el pecho.

—Entonces quédate conmigo. Cásate conmigo.

Ella me miró, se quedó un segundo congelada y luego sonrió, como si todo el universo se hubiera alineado.

—Sí, Cole. Quiero casarme contigo. Aquí. Antes de que acabe el verano.

—Entonces vas a tener la boda tejana más perfecta del mundo.

La puerta se abrió de golpe. Era Caroline, con los ojos aún preocupados.

—¿Cómo está? —preguntó desde el marco, y Maddie sonrió entre lágrimas.

—Estoy embarazada.

Caroline se quedó muda hasta que lloró. Avanzó para abrazarla con fuerza, mientras repetía: “Dios mío… Dios mío…”.

—Ya era hora de que uno de vosotros dos hiciera algo definitivo —comentó.

—Créeme —dije—, esto es más que definitivo.

Y luego salió de la habitación gritando.

—¡Va a haber un nuevo Whitaker en la familia!

Maddie y yo reímos, abrazados, con los corazones latiendo a destiempo. La besé otra vez. Y otra. Y otra.

—Te amo —le dije.

—Y yo a ti —susurró—. Siempre.

Cuando bajé las escaleras de *Twin Oaks*, aún tenía el corazón latiéndome en la garganta.

No recordaba si toqué los peldaños o si volé sobre ellos, pero de pronto estaba en la camioneta conduciendo de vuelta a *Iron Creek*, mi rancho, y ahora también el de Maddie.

El sol estaba alto cuando llegué al rancho. Encontré a Logan en el corral, probando una nueva silla con Clint y Austin, mientras Zeke les echaba miradas como si la conversación le diera dolor de cabeza.

Me acerqué sin decir nada, me apoyé en la valla y los observé unos segundos. Logan fue el primero en verme.

—¿Cómo está Maddie?

Asentí, pero no hablé. Solo lo miré. Esperé. Él lo notó.

—¿Qué?

Levanté una ceja.

—¿Recuerdas que siempre dijiste que querías ser el tío favorito? —pregunté, y él frunció el ceño.

—¿Y eso qué…?

La frase se detuvo a mitad de que la dijera. Logan me miró y sus ojos se agrandaron al comprender.

—No jodas…

—Maddie está embarazada —dije, y no pude evitarlo—. Voy a ser padre.

Hubo un momento de silencio, solo roto por el resoplido de un caballo cercano. Y luego, Logan soltó una carcajada.

—¡No jodas! —repitió, pero ahora con una sonrisa de oreja a oreja. Se acercó y me abrazó con fuerza, golpeándome la espalda con esa mezcla de alegría y brutalidad que era tan suya— ¡Maldito bastardo! ¡Vas a ser padre!

Los demás hombres se dieron la vuelta. Austin silbó. Clint soltó una carcajada grave. Zeke, incluso él, sonrió.

—¿Eso significa que se viene una boda? —preguntó Trey desde el fondo, apoyado en un poste, cruzado de brazos.

—Sí —respondí—, antes de que termine el verano.

Ryan, el más joven, que acababa de aparecer con una caja de herramientas, se tropezó con una piedra de la impresión.

—¿Os vais a casar ya?

—Sí. Aquí, en el rancho. Íntima. Como la barbacoa —expliqué.

Shawn, que estaba escuchando desde su caballo, alzó la voz:

—¿Puedo hacer un *TikTok* del momento en que le entregues el anillo? Prometo que solo pondré música country romántica de fondo.

—Si lo haces, te entierro en el establo —gruñí.

Todos estallaron en carcajadas. Me sentía más ligero. No había peso. No había miedo. Por primera vez en años, todo tenía sentido.

Más tarde ese día, nos reunimos en el comedor del rancho para contárselo a los trabajadores de *Twin Oaks* también. Maddie ya estaba más recuperada, y cuando entró cogida de mi brazo, con una sonrisa nerviosa, todos los ojos se clavaron en ella.

Caroline, por supuesto, no aguantó la emoción.

—¡Maddie está embarazada!

El grito retumbó como si hubiera anunciado una estampida.

Mike levantó la mirada desde su plato como si acabaran de decir que las vacas estaban volando. TJ silbó. Ray, el jefe de campo, solo asintió con una sonrisa leve. Nate le guiñó un ojo a Maddie con ese estilo coqueto de él. Big Will casi se atraganta de la emoción y tuvo que beber agua para no llorar.

—¿Vamos a tener un bebé corriendo por aquí con sombrero? —dijo Chris imitando a John Wayne— ¡Eso sí que es una película!

Hailey, Emily, Jessie, Gloria… todos brindaron. Todos celebraron la felicidad del momento.

Incluso los niños, Ethan y Lila, que al principio se habían asustado tanto, ahora no dejaban de hacer preguntas sobre si podrían ser primos mayores, enseñarle cosas al bebé, o si podrían ponerle nombre. Lila sugería “Rosie”; Ethan quería llamarlo “Colt”, como un vaquero.

Yo me senté al lado de Maddie. La miré y ella me devolvió la mirada. Tenía la mano sobre el vientre, como si ya lo protegiera.

Y ahí supe, con más certeza que nunca, que ya no había marcha atrás.

Ese era mi hogar. Ese era mi futuro. Y esa mujer… era mi todo.

Capítulo 35



Maddie

Cuando la noticia del bebé se extendió por los ranchos, no hubo momento para el silencio. Fue un torbellino de sonrisas, abrazos y bromas cariñosas que me envolvieron como un abrazo de familia que no sabía que necesitaba tanto.

Me sentí abrumada, sí, pero también increíblemente feliz.

Aquella tarde, mientras el sol comenzaba a descender, nos reunimos en la sala grande de la casa de los Whitaker. Estábamos Cole y yo, su madre Maggie, Caroline, Gloria y las chicas que ayudaban en la casa, Jessie y Emily, sentadas alrededor de una mesa que pronto se llenó de papeles, muestras de telas y montones de ideas.

Maggie fue la primera en tomar la palabra, con esa voz firme, pero dulce que la hacía parecer una matriarca indiscutible.

—Si vamos a hacer esto, tiene que ser como una verdadera boda tejana —dijo—. Nada de cosas pretenciosas, solo lo que hace feliz a Maddie y a Cole.

Me miró y sonrió, como diciendo: “Estamos aquí para ti.” Caroline, siempre práctica, sacó su libreta y empezó a hacer una lista.

—Lugar, aquí mismo en el rancho, al aire libre. Fecha… antes de que termine el verano. Invitados: solo familia y amigos cercanos, o sea, los pertenecientes al rancho *Twin Oaks* y al rancho *Iron Creek*. Nada de grandes multitudes —rio.

Yo asentí, sintiendo cómo cada detalle comenzaba a tomar forma, a pesar de mi nerviosismo.

Emily y Jessie propusieron algunas ideas para la decoración: guirnaldas de luces, flores silvestres, manteles de lino y mesas largas de madera que serían perfectas para que todos nos pudiéramos sentar juntos.

Gloria dijo que ella se encargaría de la comida, claro. Con una sonrisa traviesa me aseguró que habría barbacoa, sí, pero también algunos platos caseros que hacían bailar el paladar, además de postres que prometían endulzar hasta el más amargo de los días.

Mientras todo eso sucedía, Cole estaba a mi lado, cogiéndome la mano sin soltarme. En sus ojos vi un brillo que nunca había notado antes: la mezcla de orgullo, amor y compromiso que me hizo sentir que no había otro lugar donde quisiera estar.

Levanté la vista y le pregunté en un susurro.

—¿Crees que todo esto puede ser real?

Él apretó mis dedos.

—No solo puede ser real —dijo—, es lo que merecemos. Lo que mereces.

Y en ese momento, sentí que el miedo y la incertidumbre se disipaban, dejando espacio solo para la esperanza y la emoción.

La tarde se volvió noche, y la charla fue tomando un ritmo más relajado. Mientras Maggie contaba historias de bodas pasadas en la familia Whitaker, las risas llenaban la habitación.

Por un instante, olvidé todo el estrés, las dudas, y solo me dejé llevar por la calidez de estar rodeada de personas que me querían, y que ahora formaban parte de esta nueva etapa de mi vida.

Más tarde, cuando la casa quedó en silencio, Cole y yo nos quedamos en el porche, viendo las estrellas que comenzaban a brillar en el cielo tejano.

Él me abrazó por la cintura y me dio un beso en la sien.

—Esto solo es el principio —susurró.

—Lo sé —respondí, apoyando la cabeza en su pecho—. Y quiero que estemos juntos para cada momento.

Nos quedamos ahí, en silencio, con el mundo entero reducido a ese instante pequeño, pero nuestro.

Aquella noche, cuando finalmente quedamos solos en la habitación, sentí cómo un torbellino de emociones me atravesaba. La emoción y la felicidad se mezclaban con una punzada de miedo.

Me quedé mirando el techo, preguntándome si estaba preparada para todo lo que venía, para dejar atrás la ciudad, mi trabajo, mi rutina en Manhattan… para abrazar esta vida diferente, incierta, pero llena de amor.

Cole se sentó a mi lado, sin decir nada. Su mano encontró la mía y la apretó con ternura.

—¿En qué piensas? —me preguntó, con esa voz baja que siempre me hacía sentir segura.

—En todo y en nada —respondí tras un suspiro—. En que estoy feliz, pero también asustada. En que esto es un cambio enorme.

Él me miró fijamente, con esa intensidad que me hacía sentir vista y comprendida.

—No tienes que tenerlo todo claro ahora —me dijo—. No tienes que hacerlo sola. Estamos juntos en esto.

Sentí sus labios rozando mi frente y me dejé caer en su pecho, buscando refugio.

Los días siguientes me enfrentaría a esos miedos con la ayuda de Cole, de Maggie, de Caroline y de todos en el rancho. Su apoyo era mi ancla, lo sabía.

Y poco a poco, empecé a imaginar ese futuro que se abría ante mí: un futuro donde el bebé crecía, donde el rancho se llenaba de risas y amor, donde yo podía ser parte de esta familia que me había acogido como si siempre hubiera estado aquí.

Cole me acarició la mano y me miró con esa mezcla de ternura y determinación que me enamoraba cada día más.

—No me importa lo que deje atrás —me dijo—. Solo quiero estar contigo y con nuestro hijo. Aquí, o donde tú quieras.

Sentí que mi corazón latía con fuerza y le sonreí.

—Entonces, esto es solo el comienzo —le susurré.

Él me besó con esa pasión que aún me hacía temblar, pero esta vez con una promesa y compromiso profundo.

No sabía qué me esperaba. No sabía si sería una buena madre, una buena esposa, o si podría adaptarme a esta vida que había elegido junto a Cole. Pero sabía que, por primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba en casa. Y eso, más que cualquier otra cosa, me daba esperanza.

Al día siguiente, después de varias horas dedicadas a organizar los preparativos de la boda, me quedé sentada en el porche, mirando cómo el sol se filtraba entre las ramas de los árboles. La brisa era cálida, y el rancho parecía un refugio perfecto.

Maggie apareció con una taza de té en la mano y se sentó a mi lado sin decir palabra al principio, solo disfrutando del silencio compartido.

Luego, con esa voz suave, pero firme que tenía, me dijo:

—Maddie, quiero que sepas algo. Tú le has devuelto a mi hijo la felicidad que creía perdida. Le has devuelto la sonrisa.

Sentí que se me hacía un nudo en la garganta.

—No sé qué decir, Maggie —respondí, tocando su mano—. Solo quiero que él sea feliz.

Ella me miró con esos ojos llenos de sabiduría y ternura.

—No tienes que decir nada. Soy yo quien lo hace, y te doy las gracias. Gracias por quererlo y cuidarlo, por hacer que vuelva a creer en el amor. Por eso, siempre te estaré eternamente agradecida.

Me abrazó con fuerza y sentí que en ese abrazo se cerraba un círculo que nunca imaginé posible.

—Eres parte de esta familia, Maddie —me dijo—, y eso no cambiará nunca.

Lágrimas silenciosas rodaron por mis mejillas, y supe que estaba en el lugar correcto, con las personas que siempre había necesitado.

Más tarde, Cole y yo nos fuimos a la ciudad para la cita que había concertado con el ginecólogo.

El camino fue tranquilo, envuelto en ese silencio cómodo que se creaba entre dos personas que se amaban y que estaban compartiendo un secreto maravilloso.

En la clínica, el doctor Harris nos recibió con una sonrisa cálida y profesional. Después de la ecografía, nos miró con una expresión de sorpresa y alegría.

—Estás embarazada de siete semanas —dijo—. Y… son dos bebés.

Cole y yo nos miramos, incapaces de decir nada por un momento. Luego, él cogió mi mano y sonrió con esa mezcla de asombro y felicidad que me hizo temblar.

—Me has hecho doblemente feliz, Maddie —susurró, antes de besarme con ternura.

Sentí que el mundo entero se reducía a ese instante, a esa promesa de vida nueva y amor multiplicado.

Al regresar al rancho, el aire parecía más cálido, como si la tierra misma celebrara la vida que llevaba dentro. Cole conducía con una sonrisa que no podía ocultar, y yo apenas podía contener la emoción y el vértigo que me envolvía.

Al entrar a la casa, nos recibió Maggie con esa sonrisa acogedora que siempre tenía para nosotros. Caroline estaba en la cocina, preparando algo para la cena, y Gloria nos miró con curiosidad mientras acomodaba flores frescas en un jarrón.

—¿Qué tal la visita? —preguntó Maggie, secándose las manos.

Cole me miró y, sin mediar palabra, cogí aire antes de hablar.

—Tenemos una sorpresa.

Me acerqué a Caroline y a Gloria, y con voz temblorosa, seguí hablando.

—El doctor dijo que estoy embarazada de siete semanas… y que son dos bebés.

Un silencio se posó por un instante, y luego Maggie estalló en lágrimas de alegría, abrazándome fuerte.

—¡Dios mío! —exclamó— ¡Dos! Esto es una bendición doble.

Caroline soltó una risa emocionada.

—Ya puedo imaginar a esos dos pequeñitos corriendo por aquí dentro de nada —dijo.

Gloria me abrazó con ternura; sus ojos brillaban de felicidad. Cole me cogió la mano y me llevó hacia el porche.

Cuando nos quedamos solos, nos sentamos en los viejos bancos de madera, bajo el cielo que comenzaba a vestirse de estrellas.

Él me miró a los ojos y habló con suavidad.

—No puedo creer lo afortunado que soy.

Le apoyé la cabeza en el pecho, escuchando el latido de su corazón, que parecía latir al mismo ritmo que el mío.

—Esto es solo el comienzo —susurré—. De una familia, de una vida, de un amor que nunca imaginé.

Cole me besó el cabello, y en ese momento supe que estaba lista para todo lo que viniera.

Capítulo 36



Cole

Habían pasado dos semanas desde que Maddie y yo habíamos descubierto que éramos más que nosotros dos. Ahora éramos una familia, un hogar, un futuro construido con el amor que crecía dentro de ella.

Pero ese día, ese día en particular, todo parecía ir demasiado rápido, demasiado real. Me encontraba en el establo, a solas con el aroma a heno y cuero gastado, intentando mantener la calma mientras cepillaba a uno de los caballos más viejos. Mis manos estaban nerviosas, no por el animal, sino porque no dejaba de pensar en Maddie y en la promesa que estábamos a punto de sellar para siempre.

Logan apareció sin hacer ruido, tan tranquilo como siempre, aunque sabía que estaba ahí para darme ese apoyo silencioso que solo un hermano podía ofrecer.

—Cole, tranquilo —me dijo con una sonrisa—. No es la primera vez que te casas y estás igual de nervioso que entonces —sonrió—, pero hoy es mucho mejor. Es tu día, hermano, y sabes que ella vale cada segundo de espera.

Asentí sin poder hablar. La verdad era que tenía el corazón a mil y la cabeza llena de mil pensamientos. El rancho, la familia, los bebés, el

futuro… Todo se entrelazaba y me hacía querer aferrarme a cada instante con Maddie.

Los muchachos también intentaban animarme, bromeando, contándome historias y tratando de distraerme. Pero la única distracción que necesitaba era la imagen de Maddie.

Fui al lugar en el que debía esperarla cuando Jessie vino a decirnos que era la hora; solté el aire y me quedé allí parado esperando a mi futura esposa.

Y cuando apareció, caminando por el sendero del jardín, me quedé sin aliento.

Ella estaba preciosa. Llevaba un vestido blanco corto, que le llegaba justo por encima de las rodillas, con un encaje delicado que dejaba entrever su piel. Pero lo que hacía único su atuendo eran las botas blancas de vaquera, que le daban ese toque rebelde y auténtico que siempre había amado. Su cabello estaba recogido en un moño adornado con trenzas, que le enmarcaba el rostro de manera perfecta, resaltando sus ojos brillantes y esa sonrisa que me había salvado tantas veces.

Daniel la acompañaba, elegante y orgulloso, como el padrino que era, y al verla caminar del brazo de él, sentí una mezcla de nervios y felicidad absoluta.

—Vamos, Cole —me dijo Logan—. Este es tu momento.

Tomé aire, me enderecé y caminé hacia ella, sin apartar los ojos de esa mujer que iba a convertirse en mi esposa.

La ceremonia se celebró bajo el gran roble que dominaba el centro del rancho, donde Maddie y yo habíamos compartido tantos momentos, tantas

risas. El sol comenzaba a descender, bañando todo con una luz dorada que hacía brillar cada rincón.

Maddie y yo nos plantamos frente a frente, rodeados de nuestras familias y amigos más cercanos. La emoción era palpable, y la brisa acariciaba suavemente las ramas del árbol como si la naturaleza misma bendijera nuestro compromiso.

El reverendo habló con palabras sencillas, pero profundas, recordándonos que el amor verdadero era la fuerza que nos uniría en los días buenos y malos.

Cuando llegó el momento de los votos, no pude evitar que mi voz temblara ligeramente.

—Maddie —comencé, mirándola a los ojos—, desde que entraste en mi vida, me has cambiado por completo. Prometo protegerte, cuidarte, amarte sin reservas y hacer que cada día juntos sea mejor que el anterior. Prometo estar a tu lado en cada paso de este camino, como tu compañero, tu amigo y tu amante. Te amo más de lo que las palabras pueden expresar, y hoy te entrego mi corazón, mi alma y mi vida.

Ella me sonrió con lágrimas en los ojos, y cuando fue su turno, habló con esa fuerza y ternura que siempre la definieron.

—Cole, tú has sido mi refugio, mi fuerza y mi alegría. Contigo he aprendido lo que significa amar de verdad. Prometo darte todo lo que soy, compartir mis sueños y enfrentar cada desafío contigo. Te amo hoy, mañana y por toda la eternidad.

Nos cogimos las manos y sellamos nuestro compromiso con un beso, mientras todos a nuestro alrededor aplaudían y reían emocionados.

La fiesta comenzó inmediatamente después, con música en vivo tocada por los muchachos del rancho. La guitarra, el violín y las voces mezcladas creaban una atmósfera mágica.

Bailamos, reímos y celebramos cada instante. Maddie brillaba con esa mezcla de belleza y sensualidad que siempre me desarmaba, y yo no podía dejar de sentirme el hombre más afortunado del mundo.

Durante la fiesta, mientras descansábamos un momento, hablamos sobre Logan y Jessie. Maddie me contó que últimamente los veía más cerca, que se miraban diferente, como si por fin admitieran algo que ninguno quería reconocer.

—Puede que al final los dos acaben confirmando lo que no querían admitir —dijo con una sonrisa.

Sonreí también y respondí.

—Si eso pasa, estaré feliz por mi hermano. Se merece esa felicidad.

Nos besamos con suavidad, y cuando la música empezó otra vez, Maddie cogió a su sobrino Ethan para bailar, mientras yo me quedé con la pequeña Lila en brazos.

—¿Vas a cuidar siempre de mi tía Maddie? —me preguntó la niña con sus ojos grandes.

Asentí, y con una sonrisa le di un beso en la frente.

—Sí, hasta el último día de mi vida.

La canción terminó y me levanté para buscar a Maddie. La besé y le dije que quería mostrarle algo.

La llevé al establo, donde un potrillo acababa de nacer esa misma mañana. Ella lo miró, encantada, y me preguntó si tenía nombre.

—No —respondí—, quiero que seas tú quien le ponga nombre, porque ese potro será para ti y nuestros hijos.

Ella sonrió y me miró con esos ojos que me volvían loco.

—Lo llamaré Titan —dijo—. Fuerte, poderoso y libre, como nuestra familia.

La abracé, la besé y cogí su mano, llevándola a un lugar apartado, lejos del ruido y la gente.

Allí, entre susurros y caricias, tuvimos un momento de intimidad tan apasionado y sensual que parecía que el tiempo se había detenido. Cada beso, cada roce, cada suspiro fue un juramento de amor y deseo.

Pensé en Maddie, en nuestros bebés, en la familia que estábamos creando, y juré cuidarlos a todos, con todo lo que era.

El establo, con su olor a madera vieja y paja fresca, parecía haberse convertido en nuestro pequeño mundo privado, alejado del bullicio de la fiesta y la mirada de todos. Maddie me miró con esos ojos brillantes que encendían mi alma, y no pude resistirme más.

La tomé suavemente por la cintura y la atraje hacia mí, sintiendo el calor de su cuerpo junto al mío. Su respiración se aceleraba, igual que la mía, y sus labios se entreabrieron en un suspiro que me hizo perder la cabeza.

Deslicé una mano por su espalda, recorriendo cada curva con delicadeza y deseo. Su piel bajo mis dedos era suave y cálida, y el vestido blanco, tan corto, se sentía frágil, perfecto para ser arrancado con cuidado.

Maddie apoyó las manos en mi pecho, buscándome, y yo respondí inclinándome para besarla con una ternura que escondía la pasión que quemaba por dentro. Cada beso era un fuego lento, una caricia en la piel que hacía vibrar cada fibra de mi ser.

Con cuidado la llevé hasta una vieja caja de madera junto a la pared, y la senté ahí, mientras mis manos comenzaban a explorar sin prisa. Recorrí su cuello, sus hombros, bajé por sus brazos hasta las muñecas, donde rozaba con suavidad, sintiendo que su cuerpo respondía a cada toque.

Ella me miraba, con los ojos llenos de deseo, sin decir palabra, solo susurrando mi nombre. Mis dedos encontraron el borde del vestido, y con cuidado lo levanté, dejando al descubierto sus piernas perfectas, hermosas, listas para entregarse.

Deslicé una mano por el muslo, subiendo lentamente, sintiendo cómo su piel se estremecía bajo mi tacto. Maddie cerró los ojos y se dejó llevar, confiando en mí, en ese amor que nos había unido y que ahora se hacía carne.

Besé su cuello, sus clavículas, y sentí cómo su cuerpo se arqueaba hacia mí, buscando más, deseando la mezcla de ternura y pasión que solo nosotros sabíamos dar.

La aparté un poco, para mirarla a los ojos, y le susurré que la amaba, que era lo más importante en mi vida, y que nada ni nadie podría cambiar eso.
Ella me respondió con un beso intenso, profundo, que hacía temblar mi alma.

Con delicadeza, la acosté sobre la paja, y mientras la desvestía lentamente, sentía que cada prenda que caía al suelo era un paso más hacia esa entrega total, ese momento que habíamos soñado en silencio.

Nos unimos con un amor que era fuego y calma al mismo tiempo, con caricias que exploraban y palabras susurradas que prometían un futuro

juntos.

Cada movimiento era una confirmación, cada roce una promesa, y mientras nos fundíamos en esa pasión intensa y dulce, sentí que estábamos creando algo eterno.

Cuando todo terminó, nos quedamos abrazados, con el corazón latiendo al unísono, con la certeza de que nada podría separarnos.

Porque ese amor, ese vínculo que habíamos sellado, era la fuerza más poderosa que había conocido jamás.

Tras ese momento intenso y profundo en el establo, volvimos juntos a la fiesta, aun con las manos entrelazadas y las miradas que decían más que mil palabras. La noche se había vuelto mágica, y la alegría de nuestra unión se sentía en el aire.

Los muchachos seguían tocando sus instrumentos, y la música llenaba cada rincón del rancho. Algunos cantaban canciones country que nos hacían reír y bailar, mientras otros improvisaban pasos de baile que nos contagiaban a todos.

Vi a Maddie bailar con Ethan otra vez, con la dulzura de quien cuidaba y amaba a su familia.

La noche fue una mezcla perfecta de risas, música y esa felicidad tranquila que solo se encontraba cuando estabas con quienes amabas.

En un momento, Maddie y yo nos escapamos un instante para contemplar el cielo estrellado, y susurrarnos promesas de un futuro juntos. Pensé en todo lo que habíamos vivido, en lo que vendría y en la familia que estábamos construyendo.

Antes de despedirnos de la noche, me acerqué al nuevo potrillo que habíamos bautizado juntos como Titan. Ver a ese pequeño ser lleno de vida me recordó que nuestro amor también daba frutos, y que estaba dispuesto a cuidar y proteger todo lo que construíamos.

Me sentí bendecido, completo. Y supe que haría todo lo posible para que Maddie, nuestros hijos y toda nuestra familia vivieran siempre en paz y felicidad.

Epílogo



Maddie

Habían pasado seis años desde que me casé con Cole, y todavía me sorprendía lo natural que se sentía esta vida, como si hubiera estado destinada a ella desde siempre, aunque no lo supiera.

Si alguien me hubiera dicho, en aquel verano en que llegué a *Twin Oaks* con mis tacones llenos de polvo y una vaca llamada Loretta escupiéndome en el parabrisas a modo de bienvenida, que acabaría aquí, felizmente casada con un cowboy y madre de mellizos... probablemente me habría reído, o huido, o ambas cosas.

Pero la vida tenía sus propias maneras de guiarnos, aunque a veces empezara con una vaca descarada y un hombre demasiado guapo con demasiada actitud.

Rosie y Colt, nuestros mellizos, ya tenían cinco años. Aún me enternecía recordar la discusión entre Lila y Ethan el día que eligieron sus nombres. Lila insistía en que Rosie era un nombre precioso y delicado, como una flor. Ethan, en cambio, aseguraba que Colt sonaba valiente y rápido, como un auténtico vaquero. A Cole y a mí nos pareció perfecto. Y hoy, viendo a nuestros hijos montar a caballo como si hubieran nacido sobre una silla de montar, no me cabía duda de que acertaron.

Vivíamos en el rancho, por supuesto, rodeados de colinas suaves, campos dorados por el sol y el sonido constante de los animales que se habían vuelto parte de nuestra familia. Las mañanas comenzaban con el canto de los pájaros filtrándose por las ventanas abiertas, y los atardeceres eran una pintura perfecta de naranjas y rosas, con el viento susurrando entre las hojas de los árboles. No echaba de menos Manhattan, ni un poco, ni el ruido, ni la prisa, ni los semáforos interminables. Tal vez los *bagels*... pero Gloria había aprendido a hacerlos casi igual de buenos, así que ni eso.

Seguía trabajando para la agencia, sí. Nunca dejé del todo esa parte de mí, pero la adapté. Buscaba modelos, localizaciones, armaba campañas desde la comodidad del despacho que Cole y su hermano construyeron para mí junto al porche. Tenía buena señal de Internet, una vista al corral de los caballos y siempre una taza de café caliente a mano. Incluso hicimos varias sesiones fotográficas aquí mismo, tanto en nuestro rancho como en el de Daniel, mi cuñado. La favorita de todos fue aquella en el arroyo que separaba ambos ranchos, cuando Rosie y Colt aparecieron sin que nadie los invitara y acabaron saliendo en la campaña. Fue un éxito rotundo.

Pero más allá del trabajo, lo que realmente llenaba mi alma era la familia. La mía, la que había nacido de mi sangre, y la que había elegido con el corazón.

Caroline y yo nos veíamos todos los días. Después de tantos años separadas, poder compartir lo cotidiano, como una taza de té, una caminata o las risas de nuestros hijos, era un regalo diario. Ella había sido mi ancla en los momentos en que dudaba, y yo lo era para ella ahora. Gloria seguía apareciendo sin previo aviso con sus galletas, sus consejos y su manera de mimarme como si aún fuera aquella forastera desubicada que llegó al rancho de su hermana sin saber diferenciar una vaca de un toro.

Y luego estaba Maggie.

Mi suegra se había convertido en otra madre para mí. Una mujer fuerte, sabia, generosa, que adoraba a sus nietos con una pasión desbordante. Cada

vez que veía a Rosie ayudarla en el jardín o a Colt corretear detrás de ella para mostrarle algún bicho extraño, me derretía un poco más. Era evidente que los amaba con locura y ellos, la adoraban.

También hubo otras historias que florecieron con el tiempo. Jessie y Logan, por fin, dejaron de fingir que solo eran buenos amigos. Un año después de nuestra boda, decidieron dejar de lado el orgullo y el miedo, y se casaron en una ceremonia pequeña, preciosa, bajo el mismo roble donde Cole y yo lo hicimos. Y tenían un hijo, Robert, de tres años, que ya caminaba con botas vaqueras y un sombrero más grande que su cabeza. Era una miniatura de su padre, pero con los ojos de su madre, y una determinación que ya daba miedo.

Hailey y Duke también comenzaron una relación. Después de meses de idas y venidas, construyeron una casita en las tierras del rancho. No era grande, pero tenía lo justo: una chimenea acogedora, una cocina que siempre olía a pan recién horneado y una hija preciosa llamada Alison, de cuatro años, que se había convertido en la mejor amiga de Rosie. Hailey era ahora la veterinaria oficial de los dos ranchos, y no había animal que no confiara en ella. Ni vaquero tampoco, ya que Duke seguía mirándola como si fuera la mujer más hermosa del mundo. Y lo era.

Emily y Levi no se quedaron atrás. También construyeron su propio hogar, y su hija Mandy, de tres años, era la más dulce del grupo. Le gustaba cantar a los caballos, hablaba con los pollitos y decía que de grande quería ser "una mamá y una jinete". Emily, siempre tan amable y serena, tenía la paciencia de un ángel, y Levi, el sentido del humor perfecto para acompañarla.

Todo el rancho, todo *Iron Creek*, era un universo lleno de vida, risas, tierra bajo las uñas y cielo limpio sobre nuestras cabezas.

Y en medio de todo eso, estaba él.

Cole. Mi cowboy. El hombre que me cambió la vida con una mirada, un caballo prestado y una propuesta tan improbable como irresistible.

Aquel día, como tantos otros, lo vi desde el porche.

Cole estaba en el corral, de pie entre los caballos, con una pierna apoyada en la cerca y ese sombrero ladeado que me seguía acelerando el corazón, incluso después de seis años de matrimonio. Rosie y Colt montaban cada uno su caballo, pequeños, pero seguros, con las espaldas rectas y las manos firmes, justo como su padre les había enseñado. Y él, paciente como siempre, los guiaba con voz serena, corrigiendo con cariño, aplaudiendo cada avance, sonriendo con ese orgullo que no trataba de disimular.

Era como ver una escena arrancada del pasado, como si de pronto estuviera viendo a su padre, Robert, con él y Logan cuando eran niños. A veces Maggie se emocionaba tanto al verlos que tenía que sentarse con un pañuelo en la mano. No la culpaba. A mí también se me llenaban los ojos de lágrimas de solo pensarlo.

Cole era un padre maravilloso: presente, atento, tierno y fuerte al mismo tiempo. Cuando jugaba con los niños, cuando los arropaba por la noche, cuando les contaba historias sobre su infancia, a menudo exageradas y siempre con finales graciosos, yo lo miraba como si el tiempo se detuviera solo para disfrutarlo. Nunca imaginé que un hombre así existiera fuera de los libros o las películas viejas. Pero existía. Y era mío.

Durante estos seis años también fui testigo de su destreza en los rodeos. En cada uno al que asistimos, y fueron muchos, Cole brilló como una estrella. No había monta de toro o caballo que no dominara. Siempre con esa mezcla de humildad y confianza que lo hacía destacar sin buscarlo. Era imposible no emocionarse al ver cómo se llevaba el trofeo una y otra vez, con su sonrisa torcida y el sombrero en alto. Rosie gritaba desde las gradas como una pequeña salvaje, Colt intentaba imitarlo desde el suelo con una cuerda en mano, y yo... bueno, yo solo podía mirar y pensar que no había mujer más afortunada sobre la faz de la Tierra.

Las noches eran nuestras. Después de acostar a los niños, nos sentábamos en el porche o en la cama, hablábamos de todo y de nada, o simplemente nos abrazábamos en silencio, escuchando los grillos y el viento. Teníamos nuestro propio lenguaje hecho de miradas, gestos, silencios cómodos y besos que no habían perdido intensidad. Nunca. El fuego seguía ardiendo, fuerte y cálido, como el primer día.

A veces pensaba en el pasado, en mi vida antes de *Iron Creek*. En los taxis frenéticos, los cafés para llevar, las reuniones de último minuto, las luces de neón y los tacones que usaba para caminar entre el caos. Era otra versión de mí. Una que luchaba por todo, que no sabía lo que era respirar profundo, que creía que la felicidad estaba en llegar más alto, más lejos, más rápido.

Y luego, un verano, vine aquí.

Porque Caroline insistió. Porque algo en mi interior pedía un respiro. Porque el destino, o la casualidad, quisieron que aquel verano fuera el inicio de algo nuevo para mí.

Y todo cambió.

Ese verano no solo encontré a un cowboy. Encontré mi hogar.

Uno lleno de risas de niños al correr por el campo, de caballos galopando al atardecer, de familia reunida alrededor de una mesa, de amistades que crecieron fuertes como raíces profundas. Uno donde el amor no se gritaba, pero se sentía en cada gesto. En cada esfuerzo. En cada "buenos días" y en cada "duerme bien".

Rosie creía que los animales nos entendían si les hablábamos con el corazón. Colt decía que quería ser como su padre, pero más rápido. Y yo... yo solo quería seguir siendo testigo de sus vidas, crecer con ellos, amar a Cole cada día un poco más y dar gracias por todo lo que había encontrado aquí sin haberlo buscado.

Ahora, al mirar a través del cristal de la cocina, veía a mi familia: Cole levantando a Rosie de su caballo para luego abrazarla entre risas; Colt colgando del cuello de su padre como un pequeño vaquero temerario; Maggie y Caroline sentadas juntas en el porche de mi casa con Daniel, compartiendo una limonada y observando la escena con ojos llenos de amor.

No cambiaría nada. Ni el polvo en mis botas, ni las madrugadas frías para ordeñar, ni las manos agrietadas de tanto acariciar crines y cortar manzanas para los caballos.

Porque esta era mi vida. Y aunque no lo supe al principio... Era todo lo que siempre quise.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:
Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Amazon:
Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins
Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:
@dylanmartinsautor
@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:
@ChicasTribu